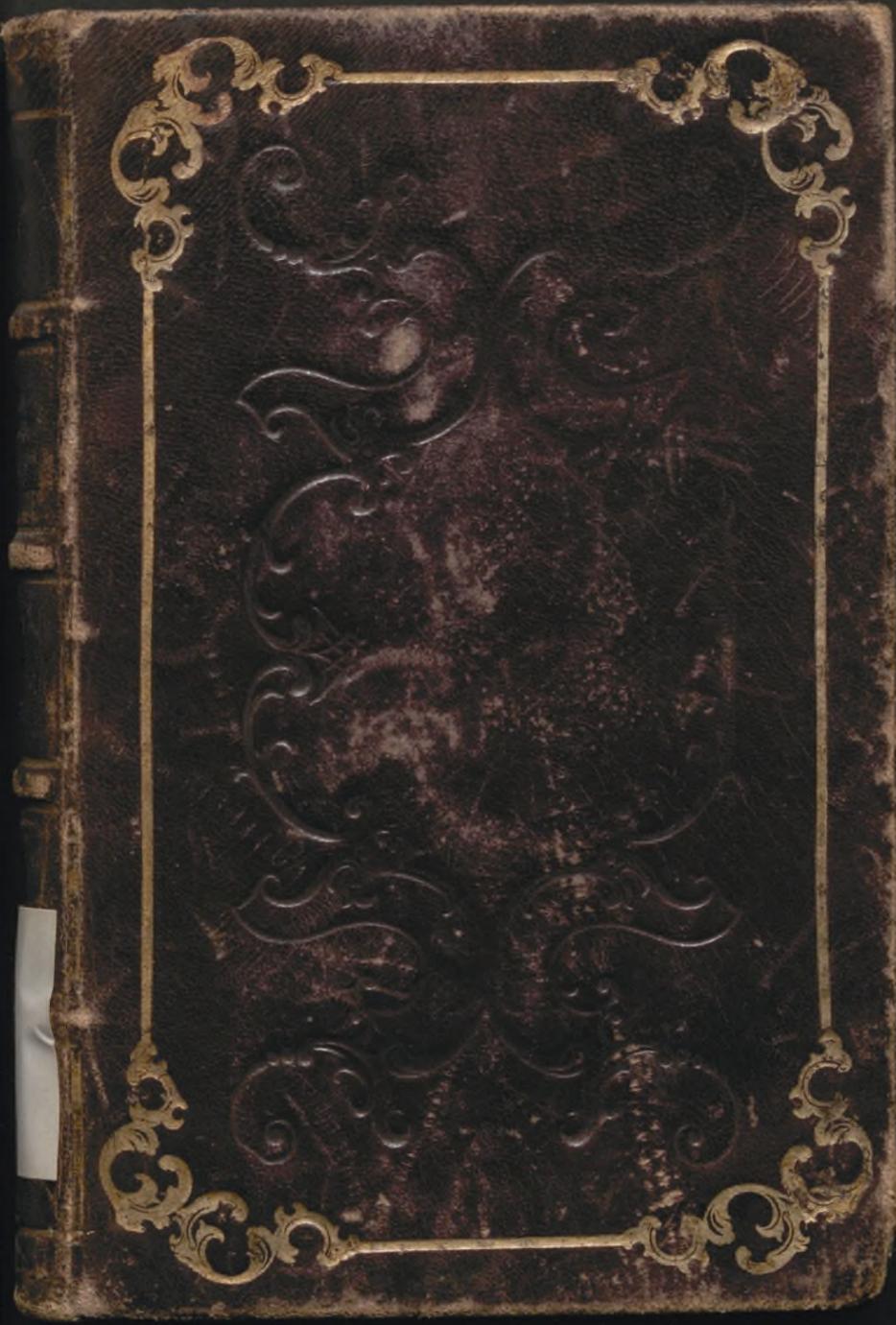


calibrite

colorchecker CLASSIC





ABBATE.
NUESTRA SEÑORA
DE LOURDES

FP 538

Ilmo. Sr. D. Manuel Olmos Alvarez, Teniente Vicario General de los Ejércitos, Subdelegado Apostólico Castrense. VALLADOLID.

SECRETARÍO GENERAL
SUBDELEGACION
Apostólica Castrense
VALLADOLID
— OFICINA —
Particular

Th. 55052

FP-538

NUESTRA SEÑORA
DE LOURDES.

POR

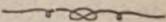
ENRIQUE LASSERRE.

OBRA HONRADA

CON UN BREVE DE SU SANTIDAD PIO IX.

TRADUCCION

DE D. FRANCISCO MELGAR.



SEGUNDA EDICION

AUMENTADA CON UN APÉNDICE.

MADRID: 1876.

LIBRERÍA DE D. MIGUEL OLAMENDI,

Pas, 6.

NUESTRA SEÑORA
DE LOURDES

ENRIQUE CASERRE

CON UN PRELO DE SU SANIDAD PÍO

DE D. FRANCISCO MÉRICA

SEGUNDA EDICIÓN



IMP. DE ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRÓ,
Bordadores, 40.

R.P. 547

De lo sobrenatural en Lourdes.

¿Qué era veinte años há la gruta de Massabielle junto á Lourdes, en la falda de los Pirineos, y qué es al presente? Hace veinte años era una caverna agreste, desconocida aun de muchos de aquellos campesinos, y solo frecuentada de animales que buscaban allí abrigo contra los ardores de la canícula. Ahora es el santuario mas elevado y visitado del mundo. Ahora se estima mas afortunado el que puede besar aquellas rocas, beber del agua que milagrosamente brotó al pié, y arrodillarse en la grandiosa basilica que la piedad de los fieles de todo el globo ha erigido en la cima, á honra y gloria de la Inmaculada Virgen Madre del Verbo humanado. Ahora de todos los extremos del mundo, en todas las estaciones, acuden los peregrinos; y los franceses, que la poseen en su suelo, van á millares de millares, en procesiones que no se acaban nunca; y lo que es mas de admirar, en grupos de hombres solos que pasan de cinco y diez mil cada vez.

¿Cómo ha acaecido esta increíble transformacion de una caverna inhospitalaria en un magnífico templo, que atrae los corazones de toda la cristiandad? Por lo sobrenatural que allí constantemente se manifiesta. Cuantos allí acuden creen oír de lábios de la Virgen lo que Jesucristo decia á los discípulos de Juan: «Al volver á vuestras casas referid lo que habeis oido y visto. Que los

apostólica.

o. Favore-
ne, acabas

el voto que
habias hecho; acabas de emplear tus afanes, probando y estableciendo la reciente aparicion de la Madre de Dios clementisima; y lo has hecho de tal suerte, que la lucha misma de la humana malicia contra la misericordia divina sirve precisamente para hacer resaltar con más fuerza y brillo la luminosa evidencia del acontecimiento.

En la exposicion que haces de los hechos, en su

ciegos reciben luz, los lisiados son sanos, los leprosos recobran la salud, los sordos el oído.» Y no son menester muchos argumentos para persuadir á las gentes. Poco menos que todos los días se repiten estos prodigios á vista de los que allí se encuentran. El milagro de la instantánea curación de toda especie de enfermedades, la mayor parte incurables é inveteradas, al simple contacto del agua que sale allí portentosamente, es común, es irrefutable: tanto, que se puede afirmar que en Lourdes el milagro es permanente.

Ni la ciencia, con todos sus últimos progresos y sus mas peregrinos inventos, puede hacer mas que probar, atestiguar y certificar que es allí el milagro, verdadero milagro, esto es, un hecho que se verifica sobre ó contra todas las leyes de la naturaleza, sin que en la naturaleza se descubra ninguna causa idónea para producirle. Los hechos de las curaciones son ciertos, como es cierto que existe Viena, que existe Roma, que existe Lóndres. No se puede poner en duda que quien esta mañana era ciego de treinta años, ó lisiado de veinticinco, ó paralítico de diez, esta tarde ve la luz, se mueve, camina, trabaja. Centenares de testigos afirman lo que era esta mañana, y centenares de testigos afirman lo que es esta tarde. Basta tener ojos, oídos, manos, para dar semejantes testimonios. Estos son hechos que se palpan, y se comprueban con los sentidos materiales del cuerpo.

Un generoso católico ofreció no há mucho tiempo una buena suma de oro, depositada por él en manos de un notario de París, á cualquiera de los que negaban los hechos milagrosos de



IMP. DE ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRÓ,
Bordadores, 40.

R.P. 547

le-
Y
ber-
los
que
nea
ple
nte,
afir-
e.
esos
mas
lí el
hecho
s de
scu-
Los
no es
que
que
os, ó
, es-
baja.
ma-
ne es
para
s que
s ma-
ucho
a por
quiera
os de

Lourdes, si probaba que era falso ó imaginario uno solo de los muchos que Lasserre cuenta en su historia. Dió tiempo, señaló lugar, dió sus señas á quien quisiera intentarlo. El desafío fué estrepitoso y solemne. Los diarios franceses lo divulgaron por toda Europa. No hubo (nótese bien) ni uno solo de tantos como en la prensa se burlaban de los milagros de Lourdes, que tuviese el valor de probar á ganarse aquella suma; de tal modo son incontrastables aquellos milagros.

Asentada la innegable certidumbre de estos hechos, la ciencia moderna, con todos sus descubrimientos, concurre á confirmar que tales hechos son científicamente, es decir, segun las fuerzas de la naturaleza, inexplicables. La medicina y la fisiología, por ejemplo, aseguran que la enfermedad existia, y tal que era imposible la curación, porque viciado ó destruido el organismo en tal ó cual miembro, era imposible hacerle revivir ó rehacerle. Y á la verdad, ¿cómo rehacer, verbigracia, un ojo vacío ó un brazo seco? Todos los institutos científicos del mundo declararían loco á quien diera esto por cosa posible. La medicina y la fisiología, pues, sirven en Lourdes para demostrar certísimamente sobrenatural, ó sea milagroso, el hecho de las curaciones súbitas que se han verificado allí y diariamente se verifican.

La química mas perfeccionada ha rendido ya tambien tributo á los milagros de Lourdes. Despues de infinitos y numerosísimos análisis del agua del manantial que hizo brotar la Virgen el día que ella anunció, la química ha tenido que confesar que es el agua mas simple y pura de to-

MA

apostólica.

o. Favore-

ne, acabas

*... y con amor el voto que
habias hecho; acabas de emplear tus afanes, pro-
bando y estableciendo la reciente aparicion de la
Madre de Dios clementísima; y lo has hecho de tal
suerte, que la lucha misma de la humana malicia
contra la misericordia divina sirve precisamente
para hacer resaltar con más fuerza y brillo la lu-
minosa evidencia del acontecimiento.*

En la exposicion que haces de los hechos, en su

do elemento mineral heterogéneo que puede encontrarse. De suerte que esta agua no contiene virtud ninguna que naturalmente pueda curar. Y los efectos súbitos y maravillosos que produce, de ningún modo es lícito atribuirlos á fuerza nativa de este agua. Fuera de que, si tuviese alguna virtud intrínseca y natural, este agua obraría siempre idénticos efectos en cualquiera que la usare. Pero no se obtienen siempre, ni todos los que la usan logran tales efectos. Y además, ¿dónde se encuentra en la naturaleza un agua que tenga por sí poder para sanar toda enfermedad, y hasta restituir la vida ó el sér á los órganos muertos ó gastados del cuerpo humano?

Hé aquí, pues, á la ciencia moderna, tan encarecida por los modernos racionalistas; héla aquí precisada á reconocer en Lourdes lo sobrenatural y á declararse incapaz de rechazarlo.

Hablando de milagros, ó sea de hechos que, por obra divina, exceden á las fuerzas de la naturaleza, no queremos adelantarnos al juicio de la Iglesia, á quien únicamente corresponde darlo definitivo. Nuestro ánimo es solamente afirmar que en el santuario de Lourdes, al invocar á la Madre de Dios y al tocar el agua que mana de aquella gruta, suceden hechos asombrosos, y tales que la ciencia de ningún hombre puede demostrar dependientes de causas ó de concausas naturales. Lo que nos basta para sostener, mientras la Iglesia no juzgue de otro modo, que son admirables efectos de una causa superior á la naturaleza.



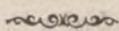
IMP. DE ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRÓ,
Bordadores, 40.

R.P. 547

PIO IX PAPA

A SU MUY QUERIDO HIJO

ENRIQUE LASSERRE.



Hijo muy amado, salud y bendicion apostólica. Recibe nuestra felicitacion, querido hijo. Favorecido en otro tiempo con un beneficio insigne, acabas de cumplir escrupulosamente y con amor el voto que habias hecho; acabas de emplear tus afanes, probando y estableciendo la reciente aparicion de la Madre de Dios clementisima; y lo has hecho de tal suerte, que la lucha misma de la humana malicia contra la misericordia divina sirve precisamente para hacer resaltar con más fuerza y brillo la luminosa evidencia del acontecimiento.

En la exposicion que haces de los hechos, en su

enlace y encadenamiento, todos podrán ver claramente y con certeza, cómo nuestra Religión Santa obra en verdadera utilidad de los pueblos; cómo colma de bienes, no sólo celestes y espirituales, sino también temporales y terrestres, á todos los que recurren á ella. Ellos podrán ver cuán poderosa es, aunque sin fuerza alguna material, esta Religión para mantener el orden; cómo sabe contener dentro de prudentes límites, entre las multitudes conmovidas, el arrebato y la indignacion, aun justas, de los espíritus agitados; en fin, cómo coopera el Clero, por medio de sus leales esfuerzos y por su celo, á tales resultados, y que lejos de favorecer la supersticion, se manifiesta infinitamente más mesurado y más severo que todo el mundo cuando se trata de dar dictámen acerca de hechos que parecen traspasar las fuerzas de la naturaleza.

Con luz no ménos viva hará tu historia patente esta verdad, á saber: que en vano los impíos declaran la guerra á la Religión, y los malos pretenden poner trabas con sus maquinaciones á los divinos consejos de la Providencia, sirviendo sólo por el contrario la perversidad de los hombres, y su culpable audacia, de medio á esa misma Providencia para dar á sus obras más fuerza y esplendor.

Tales son las razones que nos han hecho acoger

con la más viva alegría tu obra titulada NUESTRA SEÑORA DE LOURDES. Creemos que Aquella que de todas partes atrae hacia sí por los milagros de su poder y su bondad, á multitud de peregrinos, quiere igualmente servirse de tu libro para propagar y excitar hacia ella la piedad y la confianza de los hombres, á fin de que todos logren participar de la plenitud de sus gracias. Como prenda del éxito que pronosticamos á tu trabajo, recibe Nuestra bendición apostólica, que te damos muy afectuosamente en testimonio de Nuestra gratitud y de Nuestra paternal benevolencia.

Dado en San Pedro de Roma á 4 de Setiembre de 1869, en el año vigésimo cuarto de Nuestro Pontificado.

PIO IX PAPA.

PREFACIO.

A consecuencia de una señalada merced, cuyo relato tendrá cabida en el curso del presente estudio, prometí, hace algunos años, escribir la historia de los extraordinarios sucesos que han dado origen á la peregrinacion de Lourdes. Si he incurrido en la sinrazon de diferir tan largo tiempo el cumplimiento de mi promesa, he enmendado en lo que cabe mi falta, concentrando todas mis facultades, para estudiar con escrupuloso cuidado el asunto que quería tratar.

En presencia de la incesante procesion de romeros, de peregrinos, de hombres, de mujeres, de pueblos enteros que hoy dia acuden de todas partes á arrodillarse ante una gruta desierta, ignorada por completo hace diez años, y que la palabra de una niña ha convertido de improviso en santuario divino; viendo levantarse el vasto

edificio que la fe popular erige en aquel sitio, y que costará cerca de dos millones de francos, he sentido la necesidad, no solamente de inquirir las pruebas del hecho sobrenatural, si que tambien de examinar cómo se ha extendido tan universalmente esta creencia.

¿Cómo ha sucedido esto? ¿Cómo un hecho de esta clase ha tenido lugar en pleno siglo XIX? ¿Cómo el testimonio de una ignorante pequeña acerca de un hecho tan extraordinario como es una aparicion que nadie en torno suyo distinguía, ha podido hallar crédito y producir tan maravillosos resultados?

Hay personas que á cuestiones de esta índole les place responder con una palabra perentoria, y lo hacen con la palabra «supersticion,» muy cómoda para estos casos. En cuanto á mí, no soy tan diligente, y he querido darme cuenta de un fenómeno tan por encima del curso ordinario de las cosas y tan digno de atencion desde cualquier punto de vista que se le mire. Que el milagro sea verdadero ó falso, que la causa de esta vasta corriente de pueblos esté en la accion divina ó en el error humano, semejante estudio no deja de ser en ningun caso del más alto interes. Observo, sin embargo, que los sectarios del

libre exámen se guardan bien de hacerle. Prefieren negar sin dar razones, lo cual es á la vez que más fácil más prudente.

Yo comprendo de un modo muy distinto la cuidadosa investigacion de la verdad. Si negar sin pruebas les parece sencillo, afirmar sin pruebas me parecería aventurado.

He visto sabios recorriendo penosamente los ásperos senderos de una montaña, á fin de explicarse á sí mismos la causa de que tal insecto se encuentre durante el estío en sus cumbres y durante el invierno en los valles. Esto merece aplauso y se le doy. Y no obstante, me parece que los grandes movimientos humanos, que las causas que conmueven á multitudes inmensas, merecen acaso con iguales títulos ocupar al hombre y ejercitar la sagacidad del espíritu. La historia, la religion, la ciencia, la filosofía, la medicina, el análisis de los diversos resortes de la naturaleza humana, tienen el mismo interes en este curioso estudio.

Por eso he querido hacerlo por completo.

Tampoco me he contentado ni con documentos oficiales, ni con cartas, ni con procesos verbales, ni con certificaciones escritas. He querido, en lo posible, conocerlo todo, verlo todo

por mí mismo, hacer revivir todo ante mis ojos, por el recuerdo y el relato de los que lo habían presenciado. He hecho largos viajes á través de Francia para interrogar á todos los que habían figurado, sea como personajes principales, sea como testigos, en los acontecimientos que quería narrar, para comprobar las relaciones de unos por las de otros, y llegar de esta suerte á la más completa y luminosa verdad.

He querido seguir, en una palabra, y llevar cuan adelante he podido en el estudio de esta historia divina, el método tan excelente que el Sr. Thiers ha empleado con tanta superioridad en los largos trabajos y sagaces pesquisas que han precedido á su obra maestra acerca del *Consulado y del Imperio*

Abrigo la confianza de que, con la ayuda de Dios, mis esfuerzos no han sido del todo vanos.

Una vez conocida la verdad, la he escrito con tanta libertad como si, á imitación del duque de Saint-Simon, hubiese cerrado mi puerta y contado una historia destinada á no aparecer hasta pasado un siglo. He querido contarle todo, y puesto que los testigos viven todavía, he querido dar sus nombres y los puntos en que residen, para que sea posible interrogarlos y hacer de

nuevo, á fin de comprobar mi propio trabajo, la informacion hecha por mí mismo. He querido que cada lector pudiese examinar personalmente mis aserciones para rendir acatamiento á la verdad si he sido sincero, y confundirme y deshonrarme si he mentado.

El estudio profundo á que me he entregado, los documentos que he consultado, las numerosas declaraciones que he oido, me han permitido entrar en circunstanciados detalles, de que no había podido dar cuenta la sumaria relacion que anteriormente se había hecho, y rectificar algunos errores en la cronología de los sucesos. He restablecido tambien con minucioso cuidado los datos precisos y el órden exacto de los hechos, lo cual era indispensable para hacer que se penetrase bien en su esencia íntima.

Estudiar los hechos, no solamente en su corteza exterior, sino en las delicadezas de su fisonomía y en su vida secreta; inquirir, con una atencion constantemente en vela, el lazo frecuentemente lejano, frecuentemente oculto á primera vista, que los une; comprender y exponer claramente su causa, su origen, su generacion; sorprender y ver obrar, en las profundidades que se intenta esclarecer, las leyes eternas y las armonías maravillosas del órden milagroso,

tal es el objeto que me he atrevido á concebir.

Con tal pensamiento ninguna circunstancia era indiferente, ni podía ser despreciada. El menor detalle podría oscurecer una luz y permitir coger, si me atrevo á decirlo, la mano de Dios en flagrante delito.

De aquí mis indagaciones; de aquí la forma tan diferente de la historia oficial, que ha tomado de sí misma mi narración: de aquí, tanto en el relato de las apariciones, como en el de las curas milagrosas, estos retratos, estos diálogos, estas descripciones, estas circunstancias de hora y de lugar, estas justificaciones del tiempo que hacía; de aquí estos mil detalles que tanto trabajo me ha costado descubrir, pero que me daban, á medida que los recogía piadosamente, el indecible placer de ver por mí mismo, de gustar y de sentir todo el encanto de un descubrimiento apénas sospechado anteriormente, la armonía profunda de las obras que vienen de Dios.

Este placer es lo que voy á tratar de comunicar á mis lectores, á mis amigos, á los que sienten curiosidad hacia los secretos de lo alto. Algunos de esos detalles encierran en ocasiones maravillas tan oportunas, que el lector, acostumbrado á las disonancias de este mundo, po-

dría sospechar si el pintor había puesto cierta parte de propia complacencia en su cuadro. Pero Dios es un artista que no necesita que se invente por Él. Las obras sobrenaturales que se digna llevar á cabo aquí bajo, son perfectas por sí mismas: copiarlas fielmente, sería encontrar el ideal.

Pero ¿quién puede copiarlas de esta manera? ¿Quién puede verlas en toda su belleza y armonía? ¿Quién no tiene turbada la vista? ¿Quién puede penetrar todos los secretos de estas humildes y grandes cosas? ¡Ah! nadie. Casi todo escapa á nuestra penetracion, y no hacemos sino entrever.

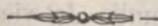
Acabo de decir lo que hubiese querido hacer. El lector verá lo que he hecho.

debe sospechar al pintor habia puesto cierto
 parte de propia complacencia en su trabajo. Pero
 Dios es un artista que no necesita que se invente
 lo por él. Las obras sobrenaturales que se digna
 llevar á cabo aqui bajo, son perfectas por sí mis-
 mas: copiarlas fáltemente, seria encontrar el
 ideal.

¿Pero quién puede copiarlas de esta manera?
 ¿Quién puede verlas en toda su belleza y armo-
 nía? ¿Quién no tiene turbada la vista? ¿Quién
 puede penetrar todas las secretas de estas hu-
 mildes y grandes cosas? ¡Ah! nadie. Casi todo
 cuanto a nuestra penetracion, y no hacemos sino
 entorpecer.

Acabo de decir lo que habiese querido hacer.
 El lector verá lo que he hecho.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES.



LIBRO PRIMERO.



Lourdes.—La fortaleza de Lourdes.—Las cofradías.—Las rocas Massabielle.—La familia Soubirous.—Bernardita.—Primera y segunda aparición.—Clamor popular.—Tercera aparición.

I.

LA pequeña ciudad de Lourdes está situada en el departamento de los Altos Pirineos, en la embocadura de los siete valles de Lavedan, entre las últimas ondulaciones de las colinas que terminan la llanura de Tarbes, y los primeros escarpes naturales que comienzan la Gran Montaña. Las casas, diseminadas irregularmente sobre un terreno accidentado, están agrupadas casi en desorden en la base de una roca enorme, completamente aislada por todas partes, y sobre cuya cima descuella, como un nido de águila, una temible fortaleza. Al pié de la roca, por el lado opuesto á la ciudad, á la sombra de los olmos, los fresnos y los chopos, el Gave corre tumultuosamente, estrellando sus aguas espumosas contra un

lecho de guijarros, y haciendo voltear en sus orillas las sonoras ruedas de tres ó cuatro molinos. El estrépito de esas ruedas y el murmullo del viento en las ramas de los árboles se mezclan con el ruido de sus olas fugitivas.

Fórmase este río por los diversos torrentes de los valles superiores, que salen naturalmente de los ventisqueros eternos y de las nieves immaculadas que cubren en las profundidades de la cordillera los áridos costados de la Alta Montaña. El principal de esos afluentes viene de la cascada de Gavarnie, que cae, como es sabido, de uno de esos picos extraordinarios, que no ha podido hollar todavía planta humana.

Dejando á la derecha la ciudad, el castillo y todos los molinos de Lourdes, á excepcion de uno solo colocado á su izquierda, el Gave, presuroso por llegar á su fin, huye precipitadamente hacia la ciudad de Pau, que atravesará su rápida corriente, para ir á desembocar en el Adour y de allí en el Gran Océano.

En las cercanías de Lourdes, el paisaje que costea el Gave es encantador. Praderas cubiertas de verde, campos cultivados, bosques espesos, áridas rocas se miran sucesivamente en sus aguas. A su derecha tierras risueñas y fértiles, graciosos puntos de vista, y el gran camino de Pau, surcado sin cesar por carruajes, caballeros y peones; á su izquierda, los bosques sombríos y su terrible soledad.

La fortaleza de Lourdes, casi inexpugnable ántes de la invencion de la artillería, era en otro tiempo la llave de los Pirineos.

Cuenta la tradicion que Carlo-Magno, en guerra

con los infieles, no pudo conseguir tomarla. En el momento en que iba á levantar el sitio, un águila, pasando sobre la más alta torre de la fortaleza sitiada, dejó caer en ella un pez magnífico que acababa de coger en un lago inmediato.

¿Era porque aquel día las leyes de la Iglesia prescribían la abstinencia? ¿Era por ser el pez un símbolo cristiano, todavía popular en esta época? Sea como quiera, el jefe sarraceno, Mirat, que ocupaba el castillo, vió en el fondo de esto un prodigio, y se convirtió á la verdadera fe. Nada ménos que el milagro de la conversion de Mirat y su bautismo se necesitaron para hacer entrar ese castillo en los dominios de la cristiandad. Y áun con eso, estipuló el sarraceno, segun la crónica, que «convertido en caballero de Nuestra Señora, la Madre de Dios, quería que su condado, tanto bajo su dominacion como bajo la de sus descendientes, no dependiese nunca sino de Ella sola.»

Las armas parlantes de la ciudad atestiguan este hecho extraordinario del águila y el pez. Lourdes lleva varios gules con tres torres de oro, mazonadas de negro, sobre una roca de plata; la torre del medio, más alta que las otras dos, tiene encima un águila negra con las alas desplegadas, con garras de oro, llevando en el pico una trucha de plata.

Durante todo el periodo de la Edad Media, el castillo de Lourdes fué un centro de terror en todo el país vecino. Ora en nombre de los ingleses, ora en nombre de los condes de Bigorre, veíase ocupado por una especie de capitanes de bandidos que, en el fondo, apénas depen-

dían sino de sí mismos, y que tiranizaban á los habitantes de la llanura en cuarenta ó cincuenta leguas á la redonda. Cuéntase que tenían la increíble audacia de ir á robar las cosas y las personas hasta las mismas puertas de Montpellier, y despues volvían á entrar, como verdaderas aves de rapiña, en su inaccesible nido.

En el siglo xviii el castillo de Lourdes se convirtió en prision de Estado. Fué la Bastilla de los Pirineos. La revolucion abrió las puertas á tres ó cuatro presos, enviados allí por la arbitrariedad del despotismo, poblándole en cambio de algunos centenares de criminales, culpables ciertamente de bien distintas faltas.

Un autor contemporáneo ha descubierto en los registros de los libros de entradas las iniquidades de aquellos malvados. Al lado del nombre de cada prisionero, «hé aquí, dice, cómo está formulada la calificacion del crimen: *Incívico.*—*Ha negado el ósculo de paz al ciudadano N. delante del altar de la Patria.*—*Chismoso.*—*Borracho.*—*Frio hacia la revolucion.*—*Carácter gatzmoño, reservado en sus opiniones.*—*Carácter embustero como un sacamuelas.*—*Pacífico Harpagon, indiferente hácia la revolucion, ha reunido mucho dinero royendo á sus amigos, etc., etc.* (1).»

Se ve, por tanto, que la revolucion se quejaba con justicia de la arbitrariedad de los reyes, y que había reemplazado el horroroso despotismo de la monarquía

(1) El Sr. Bascle de Lagreze, consejero de la corte imperial de Pau.—*Crónica de la ciudad y del castillo de Lourdes.*

con un régimen de dulce tolerancia y de amplia libertad.

El Imperio conservó á la fortaleza de Lourdes su carácter de prision de Estado, que no perdió hasta la vuelta de los Borbones. Despues de la Restauracion, el terrible castillo de la Edad Media, convertido por la corriente de los sucesos en una plaza de cuarto ó quinto órden, está guardado pacíficamente por una guardia de cien soldados de infantería, á las órdenes de un comandante.

II.

La ciudad continúa siendo, sin embargo, la llave de los Pirineos, pero bajo un punto de vista totalmente distinto del que tuvo en otro tiempo. Lourdes es la encrucijada de las aguas termales.

Si se va á Baréges, á San Salvador, á Caunterets ó á Bagnères-de-Bigorre; si de Caunterets ó de Pau se trata de volver á Luchon, siempre es preciso pasar por Lourdes. En otro tiempo, desde que se va á las aguas de los Pirineos, las innumerables diligencias empleadas en este servicio durante el verano se detenían en la fonda del Correo. Por lo comun se dejaba á los viajeros el tiempo suficiente para comer, visitar el castillo y admirar la campiña ántes de partir, es decir, unas dos horas, que muchos empleaban en el café, echando una partida de billar.

Hace, pues, un siglo próximamente que dicha ciu-

dad se ve atravesada sin cesar por los bañistas y aficionados á viajar que vienen de todos los puntos de Europa, lo que ha producido allí una civilizacion bastante adelantada.

En 1858, época en que comienza esta historia, se recibía en Lourdes, hacía largo tiempo, la mayor parte de los periódicos de París, contando la *Revista de Ambos Mundos* muchos suscritores. Como en todas partes, los figones y los cafés servían á sus parroquianos tres números de *El Siglo*, el del día, el de la víspera y el de la antevíspera, sucios y grasientos por igual todos tres. La clase media y el clero se repartían entre *El Diario de los Debates*, *La Prensa*, *El Monitor*, *El Universo* y *La Union*.

Lourdes tenía un círculo, una imprenta y un diario. El subprefecto residía en Argeles, pero el dolor que experimentaban los habitantes de Lourdes, al verse privados de este funcionario, se amenguaba por el gozo de poseer el tribunal de primera instancia, es decir, tres jueces, un presidente, un procurador imperial y un sustituto. Satélites desiguales de aquel centro luminoso, giraban á su alrededor un juez de paz, un comisario de policía, seis ugières y siete gendarmes, entre los que se contaba un cabo de escuadra. Había un hospital y una cárcel, y según tendremos ocasion quizá de justificar, se presentaban circunstancias en las cuales algunos talentos superiores, alimentados con las sanas y humanitarias doctrinas de *El Siglo*, pretendían que era preciso colocar á los criminales en el hospital y á los enfermos en la cárcel.

Pero no contaba Lourdes únicamente con estos potentes habladores; en su foro, así como en su cuerpo médico, se encontraban hombres del mayor saber y de la más alta distincion; ingenios notables, imparciales observadores, como no siempre se encuentran en centros de más importancia.

Las razas montaÑesas están generalmente dotadas de un buen sentido firmísimo y muy práctico; la poblacion de Lourdes, por tanto, poco mezclada con sangre extraña, era excelente. Pocos lugares de Francia podrían citarse, en que las escuelas sean más frecuentadas que en Lourdes. No hay un muchacho que no vaya durante muchos años ó á casa de los profesores seglares ó de los Hermanos (1); no hay tampoco una niña que no frecuente del mismo modo, hasta su completa educacion popular, la escuela de las Hermanas de Nevers. Más instruidos que la mayor parte de los obreros de nuestras ciudades, los habitantes de Lourdes tienen al mismo tiempo la sencillez de la vida del campo. Tienen la sangre caliente, la cabeza meridional, noble el corazon y una moralidad perfecta; son, en fin, probos, religiosos y poco amigos de novedades.

Algunas instituciones locales, que funcionan de tiempo inmemorial, contribuyen á mantener un orden de cosas tan feliz. El pueblo de Lourdes, mucho ántes de los pretendidos descubrimientos del progreso moderno, había comprendido y practicado, á la sombra de la Igle-

(1) Instituto religioso que hay en Francia destinado á la enseñanza.

sia, las ideas de solidaridad y de prudencia, que han engendrado nuestras sociedades de socorros mútuos. Existen y funcionan en Lourdes, siglos há, sociedades de esta clase, que datando de la Edad Media, han atravesado victoriosamente la revolucion, y hace mucho tiempo que los filántropos las hubieran hecho célebres, si no arrancase su vitalidad del principio religioso, y si no se llamasen todavía, como en el siglo xv, «hermandades.»

«Casi todo el pueblo, dice M. de Lagrize, entra en estas asociaciones tan filantrópicas como piadosas. Los obreros, á quienes une el nombre de cofrades, colocan su trabajo bajo la proteccion de un patrono celestial, y se ayudan mútuamente con socorros y con caridad cristiana. La caja comun recibe la ofrenda semanal del obrero lleno de vigor y de salud, para devolverla en su día al obrero aquejado de la enfermedad y de la miseria, y al obrero difunto, cuyos funerales paga, y á quien acompaña á su postrera mansion. Cada hermandad, á excepcion de dos, entre quienes se divide el altar mayor, tiene una capilla particular, cuyo nombre toma y que sostiene con la colecta del domingo. La hermandad de Nuestra Señora de Gracia se compone de labradores; la de Nuestra Señora del Cármen, de pizarreros; la de Nuestra Señora de Monserrat, de albañiles; la de Santa Ana, de carpinteros; la de la Santa Luz, de sastres y modistas; la de la Ascension, de picapedreros; la del Santísimo Sacramento, de mayordomos de parroquia; la de San Juan y Santiago, de todos aquellos que han recibido al bautizarse uno de estos nombres.»

Las mujeres forman parte igualmente de asociaciones religiosas semejantes, una de las cuales, la Congregacion de las Hijas de María, tiene un carácter particular. Tambien es sociedad de socorros mutuos, pero en el orden espiritual. Para entrar en esta Congregacion, completamente seglar, se necesita tener ya una prudencia experimentada.

Las cofrades se comprometen á no colocarse nunca en la pendiente del vicio por la frecuente asistencia á las fiestas mundanas, en que se pierde el espíritu religioso, á no seguir las modas excéntricas, y á ser exactas á las reuniones que tienen lugar todos los domingos y á las instrucciones que en ellas reciben. Entrar allí es un honor; ser excluida, una vergüenza. No puede calcularse el bien que ha hecho esta asociacion, la moralidad que ha mantenido en el país y las buenas madres de familia que ha preparado. Además, sobre el modelo de esta asociacion matriz se han fundado otras semejantes en las feligresias de muchas diócesis.

El país tiene una devoción particular á la Virgen. Los santuarios que le están consagrados son numerosos en los Pirineos, desde Piétat ó Garaison hasta Bétherram. Todos los altares de Lourdes están consagrados á la Madre de Dios.

III.

Tal era Lourdes diez años há.

El camino de hierro no pasaba todavía por allí, ni se pensaba en ello. Un trazado mucho más directo parecía indicado de antemano por la línea de los Pirineos.

Toda la ciudad y la fortaleza están situadas sobre la orilla derecha del Gave, que, después de haber bañado, viniendo del Mediodía, la base de la enorme roca que sirve de pedestal al castillo, forma bruscamente un recodo en ángulo recto y se dirige hacia el Oeste.

Un antiguo puente, construido más arriba, á alguna distancia de las primeras casas de la ciudad, la pone en comunicacion con la campiña, las praderas, las selvas y los montes de la orilla izquierda.

Entre el puente y el castillo, una presa, practicada sobre la izquierda del rio, da nacimiento á un considerable canal, que vuelve á unirse al Gave á la distancia de un kilómetro, un poco más abajo de las rocas de Massabielle, cuya base baña. Antes de reunirse al Gave, y después de poner en movimiento un molino, el de Savy, se aumenta con las aguas de un arroyuelo nacido de un manantial cercano y llamado la Marlasse.

La isla que forman el Gave y esta corriente es una vasta pradera cubierta de verde, que en el país se llama *Isla del Chalet*, ó para abreviar, *el Chalet*.

El molino de Savy, único que se encuentra en la

orilla izquierda, está edificado sobre el canal y sirve de puente entre la pradera y la tierra firme.

Así pues, en 1858 apenas se encontraba en las cercanías de la risueña ciudad que hemos descrito, lugar más solitario ni salvaje que las rocas desiertas á cuyo pié se unían el Gave y el canal del molino.

Algunos pasos más arriba de este confluente, á la orilla del arroyo, la roca estaba atravesada en su base por tres excavaciones irregulares, superpuestas asaz caprichosamente, y que comunicaban entre sí, como podrían hacerlo los poros de una esponja gigantesca.

La rareza de estas excavaciones las hace bastante difíciles de describir.

La primera y mayor se encontraba al nivel del suelo. Tenía próximamente el aspecto de una tienda de comerciante ó de un horno muy informe y muy alto, que estuviese cortado verticalmente hácia el medio, y que en vez de formar una bóveda entera, formase sólo media bóveda.

La entrada, un arco de círculo perfectamente contorneado, tenía cerca de cuatro metros de altura en su punto de mayor elevacion, siendo su longitud próximamente triple.

A partir de esta entrada, la roca iba descendiendo, á manera de un techo de desvan, visto por abajo, y cerrándose á derecha é izquierda.

Como en todas las excavaciones de esta clase, la roca estaba completamente seca en tiempo ordinario y húmeda en tiempo de lluvias. Esta extraña humedad y este imperceptible rezumo durante la estacion de las

lluvias, no se notaba más que por un solo lado, es decir, á mano derecha entrando. Este lado es precisamente aquel de donde viene la lluvia, por lo general, azotada por los vientos de Poniente, y sucedia naturalmente con la roca, en extremo delgada y llena de grietas en aquel paraje, lo que sucede con los muros de las casas expuestos á estas contrariedades y contruidos con argamasa no muy buena.

El lado izquierdo y el fondo de la gruta, como no participaban de estas condiciones, estaban siempre tan secos como el piso de un salon, haciendo la humedad accidental de la pared situada á Poniente, resaltar todavía más la rígida sequedad del Norte, de Levante y del Mediodía de la gruta.

Por cima de esta primera cavidad, á la derecha del espectador, hallábanse en las rocas dos aberturas superpuestas, que eran como sus dependencias ó sus anejos.

Vista desde afuera la principal de estas dos aberturas, separada por un débil espesor de la pared superior de la gruta, tenía, en forma ovalada, la altura y la longitud de una ventana ó de un nicho de iglesia. Se hundía de alto á bajo en la roca, hasta la profundidad de dos metros en que se bifurcaba, descendiendo por un lado hasta el interior de la gruta de abajo y subiendo por el otro, volviendo sobre sí misma hasta la parte exterior de la roca, en que su orificio formaba aquella segunda abertura superior á que más arriba nos hemos referido, y que no tenía más importancia que el contribuir á iluminar perfectamente y en todos sentidos esta otra cavidad.

Si hemos conseguido dar una ligera idea de este singular conjunto, comprenderá el lector que la mirada penetraba en las excavaciones superiores, desde afuera, por la abertura en forma de nicho, y desde el interior de la gran gruta de abajo, por su conducto inferior, que atravesaba la bóveda en forma de chimenea.

Estos diversos conductos eran bastante espaciosos para que un hombre de pié pudiese recorrerlos libremente.

Un escaramujo ó rosal silvestre brotaba de una hendidura de la roca, extendiendo sus largas ramas por la base de la abertura en figura de nicho, en la cual se encontraba (no sabemos cómo) un trozo enorme de granito, y hacemos notar esta circunstancia, porque la roca que tan minuciosamente describimos no es de granito, sino de mármol.

Por delante de este sistema de excavaciones, tan sencillo á la vista como complicado para quien intente describirle, y á través de un caos de enormes piedras, caídas de la montaña, pasaba el canal del molino para ir á reunirse con el Gave, cinco ó seis pasos más allá.

La gruta se hallaba, por tanto, frente por frente á la punta inferior de la isla del Chalet, formada, segun hemos dicho, por el Gave y el Canal.

Llamábanse estas excavaciones la *Gruta de Massabielle*, tomando el nombre de las rocas en que estaba situada, pues «Massabielle» en el dialecto del país, significa «antiguas rocas.»

Hacia abajo, en las márgenes del Gave, se hallaba un cerro inculto y rápido, propiedad, lo mismo que las

rocas, de la ciudad de Lourdes, y en el cual los porque-ros del país venían á veces á apacentar sus sucios rebaños, resguardándose las pobres gentes en tiempo de lluvia en la Gruta, igualmente que algunos pescadores que acudían á aquel sitio para echar sus redes en el Gave.

Sobre la triple cavidad se elevaba casi á pico la enorme masa de las rocas Massabielle, tapizadas á largos trechos de yedra y de boj, de matorrales y de musgo. Zarzas trabadas entre sí, avellanos, rosales silvestres y algunos árboles, cuyas ramas quebraba frecuentemente el viento, habían echado sus raíces en las hendiduras de la roca, doquiera que algun hundimiento de la montaña, ó el ala de los vientos, había acarreado un grano de tierra. El Eterno Sembrador, Aquél cuya mano invisible llenó de estrellas y de soles las inmensidades del espacio; Aquél que ha sacado de la nada las plantas y los animales; el Creador de tantos millones de hombres que han poblado la tierra, y de tantos millares de ángeles que pueblan el cielo; ese Dios cuya opulencia no tiene medida y cuyo poder no tiene límites, no quiere que nada se pierda en las vastas regiones de su obra. Hé aquí porqué no deja estéril nada de lo que pueda producir; hé aquí porqué, sobre toda la extension de nuestro globo, flotan en los aires gérmenes sin número, que cubren la tierra vegetal doquiera que aparece, aunque no presente terreno más que para la existencia de un copo de yerba, ó para la vida de una hebra de musgo. Tambien; oh Divino Sembrador! vuestras gracias, como el invisible polvo de los granos fecundos, flotan en torno á nuestras almas, en acecho de la buena tierra; y si somos tan estériles, es

porque os presentamos, ó corazones más duros y más áridos que la roca, ó caminos trillados que huella sin cesar el pié de los pasajeros, ó zarzas espinosas que, invadiéndolo todo cual mala planta, ahogan la buena semilla.

IV.

Si es necesario describir el país que va á ser teatro de las escenas diversas que vamos á referir, no importa ménos explicar qué luz, es decir, qué profunda verdad moral ilumina el punto de partida de la presente historia, en que esperamos aparecerá la mano de Dios visiblemente.

Es, al parecer, una vulgaridad hacer notar la ley de los contrastes en la tierra, donde están mezclados continuamente los buenos y los malos, los ricos y los indigentes, donde la choza del pobre está muchas veces separada por una simple pared de la casa de un poderoso. Por un lado, todos los placeres de una vida cómoda, dulcemente pasada en medio del delicado refinamiento de la molicie y de la elegancia del lujo; por el otro, los horrores de la miseria, el frio, el hambre, las enfermedades, el doloroso cortejo de los sufrimientos humanos.

En torno á los primeros, las adulaciones, las solícitas visitas, las estrepitosas amistades; en torno á los otros, la indiferencia, la soledad, el abandono. El mundo, sea porque teme la importunidad de las peticiones expresas ó tácitas del pobre, sea porque le espanta como un repro-

che el espectáculo de su horrorosa desnudez, evita al pobre y se arregla sin contar con él. Los ricos, formando un círculo exclusivo, que su orgullo llama *la buena sociedad*, consideran en cierto modo como si tuviese sólo una existencia secundaria é indigna de atención, todo lo que está fuera de ellos, todo lo que no pertenece á la clase de «personas distinguidas.» Y aún cuando den trabajo al obrero, aún cuando sean buenos y socorran al indigente, le tratan como un protegido, como un inferior, no tienen hácia él la íntima y sencilla manera de obrar que tendrían con uno de los suyos. Excepto algunos escasísimos cristianos, nadie mira al pobre como á un hermano, como á un igual; excepto los Santos ¡ay! diseminados harto raramente por el mundo en los actuales tiempos, ¿á quién se le ocurrirá la idea de mostrarle ese respeto que se manifiesta á un superior? En el mundo propiamente dicho, en el gran mundo, el pobre está completamente desamparado. Abrumado por el peso del trabajo, consumido á fuerza de necesidades, desdeñado y abandonado, ¿no parece que está maldito por el Criador de la tierra? ¡Pues bien! precisamente es todo lo contrario: es el predilecto del Padre universal. Miéntas el mundo ha sido maldito para siempre por la infalible palabra de Cristo, los pobres, los desgraciados, los humildes, los pequeños, son para Dios la «buena compañía,» la sociedad escogida en que se esplaya su corazón. «Vosotros sois mis amigos,» les dice en su Evangelio; y aún hace más, se identifica con ellos, no abriendo las puertas del cielo á los ricos, sino en tanto que han sido los bienhechores de los indigentes. «Lo que

hagais á los últimos de esos desamparados, me lo haceis á Mi mismo.»

Por eso, cuando el Hijo de Dios descendió á la tierra, quiso nacer, vivir y morir entre pobres, y ser él mismo pobre. Entre ellos tomó sus Apóstoles, sus principales discípulos, los primeros neófitos de su Iglesia, y en la ya larga historia de esta, se observa que sobre los pobres ha repartido generalmente sus mayores gracias espirituales.

En todos tiempos, y salva alguna que otra excepcion, las apariciones, las visiones, las revelaciones particulares, han sido privilegios de esos indigentes y esos pequeños despreciados por el mundo.

Cuando Dios en su sabiduría juzga oportuno manifestarse sensiblemente á los hombres por fenómenos misteriosos, se detiene, lo mismo que un rey cuando viaja, en la casa de sus ministros ó de sus amigos particulares, y hé aquí porqué elige habitualmente la morada de los pobres y de los pequeños.

Despues de trascurridos cerca de dos mil años, se verifica la palabra del Apóstol: «Dios ha elegido al débil, segun el mundo, para confundir al poderoso (1).»

El relato que hemos emprendido, manifestará acaso algunas pruebas de estas altísimas verdades.

(1) I. Cor., I, 27.

V.

El 11 de Febrero inauguraba en 1858 la semana de regocijos profanos que, desde tiempo inmemorial, precede á las austeridades de la Cuaresma. Era el juéves de la semana anterior al Carnaval. El tiempo estaba frio, algo nubloso, pero muy encalmado. Las nubes manteníanse inmóviles en el espacio, sin que la menor brisa las impulsase unas contra otras, y la atmósfera disfrutaba de completa calma, cayendo á intervalos algunas gotas de agua.

Aquel día, por uno de esos cambios de fiestas, que hacen con frecuencia indispensables las exigencias del Rito propio de cada diócesis, la de Tarbes hacía conmemoracion en la Misa de la ilustre pastora de Francia, Santa Genoveva (1).

Ya habían dado las once de la mañana en el reloj de la iglesia de Lourdes.

En tanto que en todas partes se preparaban alegres reuniones y festines, una familia menesterosa, cuyos individuos habitaban como inquilinos en una miserable casa de la calle de *Petits-Fossés*, no tenía ni aún leña para calentar su exigua comida.

El padre, todavía jóven, ejercía la profesion de mo-

(1) *Epacta* de la diócesis de Tarbes para 1858, 11 de Febrero.

linero, y durante algun tiempo había explotado, como arrendatario, un molino de poca importancia situado al Norte de la poblacion, sobre uno de los arroyuelos que desaguan en el Gave. Pero esta profesion exige adelantos, y como las gentes del pueblo tenían la costumbre de dar á moler á crédito, el pobre molinero había tenido que renunciar, por esta razon, al arriendo del molino, en el cual su trabajo, léjos de proporcionarles bienestar, había contribuido á sumirle en mayor indigencia. Aguardando mejores dias, trabajaba acá y acullá, no para sí (porque no tenía en el mundo ni un trozo siquiera de tierra), sino para algunos vecinos, que le empleaban á temporadas como jornalero.

Llamábase Francisco Soubiros y estaba casado con una hermosísima mujer, Luisa Castérot, que como buena cristiana, sostenía su ánimo y le prestaba alientos.

Tenía cuatro hijos: dos ^{niños} ~~hombres~~, la mayor próxima-mente de catorce años, y dos ^{niños} ~~varones~~ de mucha menor edad; el último contaba apénas tres ó cuatro años.

Hacia únicamente quince dias que su hija mayor, delicada criatura, habitaba con ellos. Habiendo de desempeñar esta niña un papel de suma importancia en nuestra relacion, hemos estudiado con cuidado todas las particularidades y todos los detalles de su vida.

Cuando vino al mundo, su madre, enferma á la sazón, no había podido amamantarla, y la había puesto con una nodriza en una aldea vecina, en Bartrés, donde permaneció despues de su destete. Luisa Soubiros dió á luz segunda vez, y como dos hijos á la par la hubiesen retenido en su casa, impidiéndola ir á trabajar al campo,

lo cual la era fácil con una sola cria , decidió , de acuerdo con su marido , dejarla en Bartrés , pagando por su manutencion una pension de cinco francos mensuales , á veces en dinero , pero por lo comun en especie.

Cuando la niña llegó á edad de ser útil á su familia , se trató de volverla á la casa paterna ; pero los buenos aldeanos que la habían criado , notaron que la habían cobrado demasiado cariño , y que la consideraban enteramente como á sus propios hijos , lo que hizo que desde entónces se encargasen de ella gratuitamente , destinándola á guardar ovejas , creciendo , por tanto , en medio de su familia adoptiva y pasando todos sus dias en la soledad , sobre las desiertas colinas en que pacía su pobre rebaño.

Tocante á oraciones , no conocia otras que el rosario. Sea porque su nodriza se le hubiese recomendado , sea más bien porque esto constituye una necesidad natural para aquel alma inocente ; en todas partes y á todas horas recitaba , guardando sus ovejas , esta sencilla oracion. Despues se divertía en la soledad con esos juguetes naturales que la maternal Providencia suministra á los hijos del pobre , más fáciles de contentar en este punto , como en todo , que los del rico : jugaba con las piedras , que amontonaba figurando casitas ; con las plantas y las flores que recogía aquí y allá ; con el agua de los arroyuelos , en los que arrojaba inmensas flotas de manojos de yerbas que seguía con la vista , y con el preferido en el rebaño confiado á sus cuidados. « De todos mis cordeles , decía un dia , quiero á uno más que á los otros. » — « ¿ A cuál ? » se le preguntó. — « Quiero más al más pe-

queñito.» Y se complacía en acariciarle y jugar con él.

Ella misma era entre los demás niños como aquel pobre corderillo á quien prefería, débil y pequeña, pues aunque ya tenía catorce años, á lo más se la hubiesen supuesto once ó doce. Sin ser por esto enfermiza, estaba sujeta á las opresiones de un asma, que á veces la hacía sufrir mucho ; pero llevaba con paciencia sus padecimientos, y aceptaba sus dolores físicos con aquella tranquila resignacion que parece tan difícil á los ricos, y que los indigentes suelen encontrar sin esfuerzo.

En esta inocente escuela aprendió acaso la pobre pastora lo que ignora el mundo : la sencillez, tan grata para Dios. Léjos de todo contacto impuro, conversando no más que con la Virgen María, á quien dedicaba todo su tiempo coronándola de oraciones y pasando las cuentas de su rosario, conservó aquel candor absoluto ; aquella pureza bautismal que el hálito del mundo empaña tan pronto, áun en los mejores.

Tal era aquel alma de niña, límpida y serena como esos lagos ignorados, perdidos en las altas montañas, donde se contemplan en silencio todos los esplendores del cielo. « Bienaventurados los limpios de corazón, dice el Evangelio, porque ellos verán á Dios. »

Estos grandes dones son dones ocultos, y la misma humildad que los posee, los ignora con frecuencia. La niña tenía ya catorce años, y si todos aquéllos que casualmente se le acercaban sentían que los arrastraba hácia sí y los encantaba secretamente, ella ni áun se daba cuenta de este fenómeno ; léjos de eso, se consideraba como la última y más atrasada de las muchachas de su edad.

Y en efecto, no sabía ni leer ni escribir. Ignorando por completo la lengua francesa, sólo conocía su pobre *patois* pirenaico; jamás se le había enseñado el Catecismo, siendo en esto también extremada su ignorancia: *Padre nuestro*, *Dios te salve María*, *Creo en Dios*, *Gloria al Padre*, recitados pasando las cuentas de su rosario, constituían todo su saber religioso.

Después de tales detalles, es inútil añadir que todavía no había hecho su primera comunión, y precisamente para prepararla á este acontecimiento y enviarla á la doctrina, acababan los Soubirous de retirarla de la oculta aldea, habitada por los padres adoptivos de la niña, y conducirla á su casa, en Lourdes, á pesar de su excesiva pobreza.

Hacia, pues, dos semanas que había regresado al hogar paterno. Entristecida con su asma y con su endeble apariencia, su madre la prodigaba cuidados particulares. En tanto que los otros hijos de Soubirous iban descalzos sobre sus zuecos, ella llevaba medias dentro de los suyos; en tanto que sus hermanos y su hermana corrían libremente por fuera de la casa, ella estaba ocupada casi constantemente en el interior, por más que, como habituada á la intemperie, habría preferido salir.

Aquel día era, según hemos dicho, el Jueves Gordo; las once acababan de dar y las pobres gentes carecían de leña para calentar su comida.

— Anda á recogerla en la orilla del Gave, ó en los propios, dijo la madre á su segunda hija María.

— Es de advertir que, como acontece en otros muchos lugares, los pobres tenían en la comunidad de Lourdes el

insignificante derecho de recoger las ramas secas que el viento arrancaba de los árboles, y los despojos de madera muerta que los torrentes arrastraban y dejaban esparcidos entre los guijarros de la orilla.

María se calzó sus zuecos, mientras la contemplaba con ávidos ojos su hermana mayor, la pastorcita de Bartrés.

—Permitidme que la acompañe, dijo por último á su madre. Yo tambien recogeré mi atadillo de leña.

—Nó, contestó su madre; tienes tos y te haría daño.

Otra niña de una casa vecina, muchacha de unos quince años, llamada Juana Abadie, entró á la sazón, disponiéndose á ir igualmente á coger leña; insistió con ellas, y todas juntas lograron convencer á la madre, que cedió por fin.

La niña llevaba en aquel momento, segun es costumbre entre las aldeanas meridionales, cubierta la cabeza con un pañuelo anudado hácia un lado.

Esto no pareció suficiente á su madre.

— Ponte tu caperuza, la dijo.

La caperuza es una prenda muy graciosa, peculiar á las razas pirenaicas, que participa á la vez de cofia y de capa corta; la forma una especie de cogulla, de tela muy fuerte; blanca unas veces como el vellon de los corderos, y otras de un vivo encarnado, que cubre la cabeza volviendo á caer hacia atrás, sobre la espalda, hasta la altura de los riñones. Cuando hace grandes frios ó vientos, las mujeres la recogen hácia adelante; envolviéndose en ella cuidadosamente el cuello y los brazos, y cuando, por el contrario, les parece este abrigo dema-

siado , la doblan en forma de cubo y la llevan sobre la cabeza como una especie de bonete cuadrangular.

La caperuza de la pastorcilla de Bartrés era blanca.

VI.

Las tres niñas salieron de la poblacion , y atravesando el puente , no tardaron en llegar á la orilla izquierda del Gave. Pasaron el molino del Sr. de Laffite y entraron en la isla del Chalet , en busca de restos de leña para hacer su atado.

Bajaban poco á poco la pradera , siguiendo el curso del Gave , caminando algo rezagada la delicada niña , á quien su madre había vacilado en conceder permiso. Mé-nos afortunada que sus dos compañeras , no había encontrado nada todavía y su delantal estaba vacío , en tanto que el de su hermana y el de Juana principiaban á cubrirse de ramitas y leña seca.

Vestida con un traje negro usado y remendado , cubierto su delicado semblante con la caperuza blanca que resguardaba su cabeza y caía sobre sus espaldas , encerrados los pies en groseros zuecos , encantaba el corazon aún más que los ojos , con su inocente y rústica gracia.

Era baja para su edad. Aunque sus facciones infantiles estuviesen un poco tostadas por el sol , no habían perdido nada de su delicadeza primitiva. Sus cabellos negros y finos , apénas asomaban por bajo de su pañuelo. En su frente , bastante descubierta , resaltaba una incompa-

rable pureza de líneas. Bajo sus cejas arqueadas , sus negros ojos , más dulces en ella que los ojos azules , brillaban con una hermosura tranquila y profunda , cuya absoluta limpidez no había empañado todavía ninguna mala pasión. Aquella era la mirada sencilla de que habla el Evangelio. La boca , maravillosamente expresiva , dejaba adivinar en el alma un movimiento habitual de bondad y de compasión hacia todo lo débil.

Su fisonomía , dulce é inteligente , agradaba , y todo aquel conjunto poseía un atractivo extraordinario , que se dejaba sentir en las más elevadas regiones del alma. ¿ En qué consistía este atractivo , iba á decir este ascendiente y esta autoridad secreta en aquella pobre niña , ignorante y cubierta de harapos ? Lo constituía la cosa más grande y más extraordinaria que puede darse en el mundo ; la majestad de la inocencia.

Todavía no hemos dicho su nombre. Tenía por patrono un gran doctor de la Iglesia , aquél cuyo genio se puso más particularmente bajo la protección de la Madre de Dios , el autor del *Memorare* « Acordaos , oh piadósísima Virgen María , » el admirable S. Bernardo. Sin embargo , siguiendo una costumbre , que no carece de cierta gracia ; este gran nombre , dado á aquella humilde aldeana , había tomado un giro infantil y campesino ; la niña llevaba un lindo nombre , gracioso como ella ; llamábase Bernardita (*Bernadette*).

Siguiendo á su hermana y á su compañera á lo largo de la pradera del molino , buscaba entre la yerba , aunque inútilmente , algunos trozos de leña para el hogar de su casa.

Tal debió ser Ruth ó Noémi, yendo á espigar á los campos de Booz.

VII.

Caminando de esta suerte, las tres niñas llegaron á lo último de la isla de Chalet, precisamente enfrente de la triple excavacion, que presentaba á la vista aquella gruta Massabielle que más arriba hemos descrito, separándoles de ella nada más que la corriente de agua del molino, ordinariamente muy fuerte, que bañaba el pié de las rocas; pero aquel dia estaban reparando el molino de Savy, y se había cerrado todo lo posible, agua arriba, la presa, quedando el canal, si no completamente seco, al ménos muy fácil de vadear, pues sólo conducía un ténue hilo de agua.

Multitud de ramas secas, caídas de los diversos arbustos que brotaban acá y allá en las hendiduras de la roca, tapizaban aquel lugar desierto, que la accidental sequía del canal hacía en aquel momento más accesible que de ordinario.

Juana y María, alegres con aquel encuentro, y diligentes y activas como la Marta del Evangelio, quitáronse prontamente sus zuecos de madera y atravesaron el arroyo.

—Está muy fria el agua, dijeron al llegar á la otra orilla; y volvieron á calzarse sus zuecos.

Era el mes de Febrero, y aquellos torrentes de la

montaña, recién salidos de las nieves eternas, donde arranca su origen, tienen generalmente una temperatura glacial.

Bernardita, ménos viva, ó ménos apresurada, y además enfermiza, estaba todavía al otro lado del cauce, siendo para ella una gran dificultad atravesar aquella corriente, pues llevaba medias, en tanto que Juana y María iban descalzas dentro de los zuecos, y necesitaba quitárselas.

Ante la exclamacion de sus compañeras temió el frio del agua.

—Tirad dos ó tres piedras grandes en medio de la corriente para que pueda pasarla sin mojarme, les dijo.

Las dos leñadoras se ocupaban ya en formar sus gavillas, y no quisieron perder tiempo ni distraerse.

—Haz como nosotras, respondieron, descalzate.

Bernardita se resignó, y sentándose en una peña que tenía inmediata, principió á descalzarse.

Se acercaban las doce del día. El *Angelus* debía sonar en aquel momento en todos los campanarios de las aldeas pirenaicas.

VIII.

Hallábase en actitud de quitarse la primera media, cuando oyó en torno suyo como el ruido de una ráfaga de viento que se levantaba en la pradera, con no sé qué carácter de irresistible poder.

Se imaginó que era un huracan súbito, y se volvió

instintivamente; pero con gran asombro suyo los chopos de las orillas del Gave estaban completamente inmóviles; ningun viento desusado agitaba sus pacíficas ramas.

—Me habré engañado, dijo para sí.

Y pensando en aquel ruido, que no sabía á qué atribuir, se puso de nuevo á descalzarse.

En aquel momento, el impetuoso ruido de aquel desconocido viento se dejó oír de nuevo.

Bernardita levantó la cabeza, miró enfrente de ella, y lanzó inmediatamente, ó más bien quiso lanzar un gran grito, que se ahogó en su garganta. Principiaron á temblar todos sus miembros, y aterrada, desvanecida, abrumada en cierto modo, por lo que descubrió ante su vista, se inclinó sobre sí misma, se dobló, por decirlo así, completamente, y cayó arrodillada.

Un espectáculo verdaderamente inaudito acababa de presentarse á sus ojos.

IX.

Sobre la Gruta, ante la cual las diligentes Juana y María, encorvadas hacia la tierra, recogían leña seca, en aquel nicho rústico, formado por la roca, manteníase de pié, en el centro de una claridad sobrehumana, una mujer de incomparable esplendor.

La luz inefable que flotaba en torno suyo, ni turbaba, ni hería la vista, como el resplandor del sol; por el contrario, aquella aureola, viva como la luz del rayo, y

pacífica como las profundas tinieblas, atraía invenciblemente la mirada, que parecía bañarse y reposarse en ella con delicia. Era, como la estrella de la mañana, la luz con la frescura. Por otra parte, nada se observaba de vago ni de pavoroso en la misma Aparición. No tenía los contornos fugitivos de una visión fantástica; era una realidad viva, un cuerpo humano, que la vista juzgaba palpable, como la carne de todos nosotros, y que sólo difería de una persona ordinaria por su aureola y por su divina belleza.

Su estatura era mediana. Parecía muy joven y tenía la gracia de los veinte años; pero sin perder nada de su tierna delicadeza, este brillo fugitivo con el tiempo, tenía en ella un carácter eterno. Hay más; en sus facciones, de una pureza infinita, se mezclaban en cierto modo, sin turbar su armonía, las bellezas sucesivas y aisladas de las cuatro estaciones de la vida humana. El inocente candor de la niña, la pureza absoluta de la doncella, la tierna gravedad de la más alta de las maternidades, y una prudencia superior á la de todos los siglos acumulados se reasumían y se fundían juntamente, sin perjudicarse unas á otras, en aquel maravilloso semblante de joven. ¿Con qué compararla en este mundo miserable, donde los rayos de lo bello están esparcidos, rotos y debilitados, y nunca aparecen sin alguna mezcla impura? Toda imagen, toda comparación, no hacía más que rebajar aquel tipo inexplicable. Ninguna majestad del universo, ninguna distinción de este mundo, ninguna pequeñez de acá abajo, podrían darnos una idea suya y hacérsela comprender mejor. Con las lámparas de la tierra

no se puede hacer ver y, por decirlo así, iluminar los astros del cielo.

La misma regularidad y la absoluta pureza de aquellas facciones, en que nada era contradictorio, las exime de descripción.

¿Será preciso decir, sin embargo, que el perfecto óvalo de su rostro tenía una gracia infinita, que sus ojos eran azules y de una suavidad que parecía derretir el corazón de cualquiera á quien mirasen? Sus labios respiraban una bondad y una mansedumbre divinas. Su frente parecía contener la sabiduría ideal, es decir, la ciencia de todas las cosas, unida á la virtud sin límites.

Sus vestiduras, de una tela desconocida, y tejidas sin duda en el misterioso taller donde se viste el lirio de los valles, eran blancas, como la nieve inmaculada de las montañas, y más magníficas en su sencillez que el traje deslumbrador de Salomón en su trono. La falda, larga y rozagante, la falda de castos pliegues, dejaba asomar los piés, que descansaban sobre la roca y hollaban ligeramente la rama del rosal silvestre. Sobre cada uno de aquellos piés, de virginal desnudez, se entreabría la rosa mística del color del oro.

Por delante un cinturón, azul como el cielo, y medio anudado al rededor del cuerpo, colgaba en dos largas fajas, que casi llegaban al nacimiento de los piés. Por detrás, envolviendo en sus pliegues la espalda y lo alto de los brazos, un velo blanco, fijado en torno á la cabeza, bajaba casi hasta el fin de la falda.

Ni sortijas, ni collar, ni diadema, ni joyas; ninguno de esos adornos con que siempre se engalana la va-

nidad humana. Un rosario de cuentas blancas , como las gotas de la leche , y de engarce amarillo , como el oro de las mieses , pendia de sus manos , unidas con fervor. Las cuentas del rosario deslizábanse una tras otra entre sus dedos. Sin embargo, los labios de aquella Reina de las vírgenes permanecían inmóviles. En lugar de recitar el rosario , escuchaba quizá en su propio corazon el eco eterno de la Salutacion Angélica , y el murmullo inmenso de las invocaciones emanadas de la tierra. Cada cuenta que tocaba era sin duda toda una lluvia de gracias celestiales que caían sobre las almas, como las perlas del rocío en el cáliz de las flores.

Aquella maravillosa Aparicion miraba á Bernardita que , segun hemos dicho , en su sobrecogimiento se había doblado sobre si misma y caido de rodillas , sin darse cuenta de ello.

X.

La niña , en su primer estupor , había echado mano insensiblemente de su rosario , y cogiéndole entre los dedos , quiso hacer la señal de la Cruz y llevar la mano á la frente. Pero su temblor era tal , que no tuvo fuerza para levantar el brazo , y volvió á caer , en su impotencia , sobre sus dobladas rodillas.

Nolite timere , «no temais» decia Jesus á sus discípulos cuando iba hacia ellos , caminando sobre las olas del mar de Tiberiades.

La mirada y la sonrisa de la Virgen incomparable parecieron decir las mismas palabras á la asombrada pastorcilla.

Con un gesto grave á la vez que dulce , y que se asemejaba á una omnipotente bendicion para la tierra y para los cielos , ella misma hizo la señal de la Cruz , como para dar valor á la niña. Y la mano de Bernardita , levantándose poco á poco , como si la guiase invisiblemente Aquélla á quien se llama el Auxilio de los Cristianos , hizo al mismo tiempo el sagrado signo.

Ego sum : nolite timere ; «yo soy : ; no temais!» decía Jesus á sus discípulos.

El gesto y la mirada de la Virgen habían calmado el miedo de la niña. Deslumbrada , absorta , dudando , sin embargo , á cada momento de sí misma y frotándose los ojos , con la mirada constantemente atraída por aquella celeste Aparicion , no sabiendo ni qué pensar siquiera , la pobre niña rezaba humildemente el rosario : «Creo en Dios ; Dios te salve , María , llena eres de gracia...»

En el momento de terminarlo diciendo : « Gloria al Padre , al Hijo y al Espíritu Santo , por todos los siglos de los siglos , » la Virgen luminosa desapareció repentinamente , volviéndose , sin duda , á los cielos eternos , donde reside la Santísima Trinidad.

Bernardita experimentó un sentimiento como el que baja ó el que cae , y miró en derredor. El Gave corría siempre mugiendo á través de los guijarros y las quebradas rocas ; pero aquel ruido le parecía más duro que otras veces , las aguas le parecían más sombrías , el paisaje más lóbrego , la luz del sol ménos clara. Ante ella

se extendían las rocas de Massabielle, bajo las cuales rebuscaban sus compañeras restos de leña. Sobre la Gruta continuaba siempre abierto el nicho en que descansaba la rama del rosal silvestre; pero nada desusado ofrecía, ninguna huella había quedado en él de la visita divina; ya no era la puerta del cielo.

XI.

La escena que acabamos de narrar había durado cerca de un cuarto de hora: nó porque Bernardita hubiese tenido conciencia del tiempo trascurrido, sino porque éste pudo medirse en atención á que había podido rezar los cinco misterios del rosario.

Bernardita, vuelta en sí repentinamente, acabó de descalzarse, atravesó la insignificante corriente de agua y se reunió con sus compañeras. Absorta en el pensamiento de lo que acababa de ver, no temió ya la frialdad del agua. Todas las fuerzas infantiles de la humilde niña estaban reconcentradas en repasar dentro de su corazón el recuerdo de aquella aparición extraordinaria.

Juana y María la habían visto arrodillarse y ponerse en oración; pero esto no es raro, á Dios gracias, entre los hijos de las montañas, y ocupadas también en su tarea, no habían hecho alto en ello.

Bernardita quedó sorprendida de la calma completa de su hermana y de Juana, que acabando en aquel mismo momento su trabajo, habían entrado en la Gruta, po-

niéndose á jugar , como si no hubiese acontecido nada extraordinario.

— Pues qué , ¿ no habeis visto nada ? les dijo la niña.

Entónces observaron sus compañeras que parecía agitada y conmovida.

— Nó , le respondieron. ¿ Has visto tú algo ?

¿ Temió Bernardita profanar lo que sentía su alma , refiriéndolo ? ¿ Quiso saborearlo en silencio ? ¿ La contuvo una especie de medrosa timidez ? El caso es que obedecía á esa instintiva necesidad de las almas humildes de ocultar como un tesoro las gracias particulares con que Dios las favorece.

— A fe mia , dijo , si vosotras no habeis visto nada , entónces yo tampoco tengo nada que contaros.

Las gavillas estaban hechas y las tres niñas emprendieron de nuevo el camino de Lourdes.

Pero Bernardita no había podido ocultar su turbacion.

Durante el camino , María y Juana la atormentaron para saber lo que había visto , y la pastorecita cedió por fin á sus instancias , y faltó á su promesa de guardar el secreto.

— He visto , dijo , una cosa vestida de blanco.

Y les describió , en su lenguaje acostumbrado , su maravillosa vision.

— Esto es lo que he visto , dijo al concluir ; pero , por favor , no digais nada.

María y Juana no dudaban. El alma , en su pureza y su inocencia primitivas , es por naturaleza creyente , y la duda no es el mal de la sencilla infancia. Por otra parte , el acento vivo y sincero de Bernardita , todavía conmovi-

da , todavía impregnada de lo que acababa de ver , se imponía irresistiblemente. María y Juana no dudaron, pero se asustaron. Los hijos de los pobres siempre son tímidos por una razón sencillísima : el sufrimiento los acosa por todas partes.

—Será quizá para hacernos daño , dijeron. No volvamos más , Bernardita.

Apénas llegaron á su casa , las confidentes de la niña no pudieron guardar por más tiempo el secreto. María se lo contó todo á su madre.

—Esas son niñadas, le contestó esta... ¿Qué es lo que me cuenta tu hermana? añadió interrogando á Bernardita.

Bernardita empezó de nuevo su relato.

La madre Soubirous se encogió de hombros.

— Te has engañado. Eso es la nada entre dos platos. Has creído ver algo y no veías nada; no pasa de ser una ilusión , una chiquillada.

La niña insistió en afirmarlo.

— De todos modos, dijo la madre , no vuelvas más; te lo prohíbo.

Esta prohibición oprimió el corazón de Bernardita; porque desde que se había desvanecido la Aparición , su mayor deseo era volverla á ver ; no obstante se resignó y nada dijo.

XII.

Trascurrieron dos días, el viérnes y el sábado. Aquel acontecimiento extraordinario se representaba á cada instante al pensamiento de Bernardita, que le hacía objeto constante de sus conversaciones con su hermana María, con Juana y con algunas otras niñas. Bernardita guardaba todavía en el fondo del alma y en toda su suavidad el recuerdo de la celeste vision. Una pasion, si puede aplicarse este profano nombre á un sentimiento tan puro, había brotado en aquel inocente corazon de niña: el ardiente deseo de volver á ver á la incomparable Señora. Este nombre de «Señora» era el que le daba en su rústico lenguaje. No obstante, cuando se le preguntaba si aquella Aparicion tenía semejanza con cualquiera de las señoras que veía en la calle ó en la iglesia, ó con cualquiera de las personas célebres en el país por su deslumbradora hermosura, movía la cabeza y se sonreía dulcemente.

—Nada de eso puede dar idea de ella, contestaba: tiene la Señora una hermosura inexplicable.

Descaba, por tanto, verla de nuevo, miéntras las otras niñas fluctuaban entre el miedo y la curiosidad.

XIII.

2^a aparición domingo de febrero
14 de febrero

El domingo había aparecido el sol radiante y hacía un tiempo magnífico, uno de esos días de primavera, tibios y dulces, perdidos en la estación de invierno, que suelen verse con frecuencia en los valles del Pirineo.

Al volver de misa, Bernardita suplicó á su hermana María, á Juana y á otras dos ó tres niñas, que insistiesen con su madre para que revocase su prohibicion y les permitiese volver á las rocas de Massabielle.

— Puede ser que eso sea alguna cosa mala, decían las niñas.

Bernardita respondía que no era de esa opinion, que jamás había visto una fisonomía tan maravillosamente buena.

— De todos modos, replicaban las niñas que, más instruidas que Bernardita, sabían un poco de Catecismo, de todos modos será menester echarla agua bendita, y si es el diablo, huirá. Tú debes decirla: « Si vienes de parte de Dios, acércate; si del demonio, vete. »

Esta no era ciertamente la fórmula precisa de los exorcismos; pero es lo cierto que los teólogos en miniatura de Lourdes, razonaban, en esta ocasion, con tanta prudencia y tanta justicia como hubiese podido hacerlo un doctor de la Sorbona.

Quedó, por lo tanto, decidido en aquel concilio in-

fantil que se llevaría agua bendita , pues por otra parte, le había entrado cierta aprension á la misma Bernardita de resultas de estas conversaciones.

Faltaba obtener permiso ; pero despues de la comida del medio dia le pidieron todas las niñas reunidas. La madre Soubirous quiso en un principio mantener en pié su prohibicion, alegando que el Gave circundaba y bañaba las rocas Massabielle, que acaso hubiese peligro , que estaba próxima la hora de vísperas y que no se debian exponer á faltar á ellas , que era una niñada , etc. Pero sabido es hasta qué punto de insistencia y de irresistible pesadez puede llegar una legion de niños ; por lo cual, prometiendo todas ser prudentes , juiciosas y exactas, acabó la madre por ceder.

La pequeña caravana se dirigió ante todo á la iglesia, donde rezó algunos instantes , llenando de agua bendita una botella como de medio litro , que llevaba una de las compañeras de Bernardita.

Llegadas á la Gruta , nada se descubrió en un principio.

— Vamos á rezar el rosario , dijo Bernardita.

Y en efecto , arrodilláronse las niñas , y empezaron, cada una , á rezar para si el rosario.

Repentinamente se trasfigura el semblante de Bernardita ; una emocion extraordinaria se pinta en todas sus facciones; su mirada , más brillante , parece que aspira una luz divina. La Aparicion maravillosa acababa de presentarse ante sus ojos , con los pies sobre la roca , y vestida como la vez primera.

— ¡ Miradla ! dijo : ¡ esa es !

¡ Ay! La vista de las otras muchachas no estaba des-
embarazada milagrosamente , como la suya , del velo de
carne que impide que se vean los cuerpos espiritualiza-
dos. Las niñas no veían más que la roca desierta y las
ramas del rosal silvestre , que trepaban dibujando mil
arabescos hasta el pié de aquel nicho misterioso , don-
de Bernardita contemplaba un sér desconocido.

A pesar de eso , la fisonomía de Bernardita era tal
que no podía dudarse de la vision. Una de las niñas co-
locó la botella de agua en las manos de la vidente.

Entónces Bernardita , acordándose de su promesa , se
levantó , y sacudiendo vivamente y con insistencia la bo-
tella , roció de agua bendita á la Señora maravillosa , que
continuaba en su graciosa posicion á algunos pasos de-
lante de aquélla , en el interior del nicho.

— Si venís de parte de Dios , acercaos , dijo Ber-
nardita.

A estas palabras y á estos ademanes de la niña , la
Virgen se inclinó repetidas veces , y se adelantó casi
hasta la orilla de la roca. Parecía como que se son-
reía de las precauciones de Bernardita y de sus armas
de guerra , y al sagrado nombre de Dios su cara se ilu-
minó.

— Si venís de parte de Dios , acercaos , repetía Ber-
nardita.

Pero viéndola tan hermosa y tan maravillosamente
deslumbradora de bondad , sintió que le faltaba valor en
el momento de añadir : « Si venís de parte del demonio ,
idos. » Estas palabras , que le habían dictado anteriormen-
te , le parecieron monstruosas en presencia del Sér in-

comparable , y huyeron para siempre de su pensamiento sin haber salido de sus labios.

Prosternóse de nuevo y continuó rezando el rosario, que segun parecia, escuchaba la Virgen, haciendo tambien deslizarse las cuentas del suyo entre sus dedos.

Al concluirle, la Aparicion se desvaneció.

XIV.

De regreso á Lourdes, Bernardita no cabía en sí de gozo, repasando en el fondo de su alma aquellas cosas tan profundamente extraordinarias. Sus compañeras tenían miedo. La transfiguracion de la cara de Bernardita les había demostrado la realidad de una aparicion sobrenatural, y todo lo que excede á lo natural asusta. «Alejaos de nosotros, Señor, pues tememos morir, decían los judios del Antiguo Testamento.

—Tenemos miedo, Bernardita; es menester que no volvamos aquí otra vez; lo que tú has visto, sucede para hacernos daño, decían á la jóven vidente sus tímidas compañeras.

Conforme lo habían prometido, las niñas regresaron á tiempo para asistir á las vísperas. Al salir de la iglesia, la hermosa temperatura atrajo al camino una parte de la poblacion, que iba y venía conversando durante los últimos rayos del sol, tan dulces en esos espléndidos dias de invierno. La relacion de las niñas circuló poco á poco

en algunos grupos de paseantes , comenzando á extenderse de esta manera por la ciudad la noticia de tan extraños acontecimientos. El rumor , que en un principio habia agitado no más á una humilde sociedad de niñas , crecía como un rio en avenida , y penetraba de golpe en los albergues populares. Los canteros , muy numerosos en aquel país , las costureras , los obreros , los aldeanos , los criados de servir , las personas sencillas conversaban acerca del ruidoso hecho de la Aparicion : éstos creyéndole , aquéllos contestándoles , otros burlándose , muchos para exagerarle adornándole de cuentos. La clase media , salvadas una ó dos excepciones , no se tomó la pena de detener su pensamiento en semejantes niñadas.

Pero ¡ cosa extraña ! El padre y la madre de Bernardita , creyendo á ojos cerrados en la sinceridad de su hija , consideraban el suceso como una ilusion.

—Es una chica , decían. Ha creido ver , cuando en realidad nada ha visto. No pasan de ser sueños de niña.

A pesar de esto , la extraordinaria precision de los relatos de Bernardita les hacía meditar , y arrastrados cada vez más por el acento de su hija , sentían vacilar su incredulidad ; pero aunque deseaban que no volviese más á la Gruta , no se atrevían á prohibírselo.

No obstante , la niña no volvió á visitarla hasta el juéves.

XV.

Durante los primeros días de aquella semana, muchas personas de la clase baja fueron á casa de los Soubrious á preguntar á Bernardita, cuyas respuestas fueron sencillas y precisas. Podría haberse engañado; pero bastaba verla y oirla para adquirir la seguridad de su buena fe. Su ignorancia, su absoluta sencillez, su edad, el irresistible acento de sus palabras se imponían. Todos los que la visitaban salían de la entrevista plenamente convencidos de su veracidad, y persuadidos de que se había verificado un hecho extraordinario en las rocas de Massabielle.

Sin embargo, la declaracion de una muchacha ignorante no podía ser suficiente para fijar un hecho tan completamente fuera de la marcha ordinaria de las cosas. Necesitábanse más pruebas que la simple palabra de una pobre niña.

Por otra parte, ¿qué era aquella Aparicion, áun suponiéndola real? ¿Era un espíritu de luz, ó un ángel del abismo? ¿No podía ser un alma en pena vagando en busca de oraciones? ¿O bien tal ó cual persona, muerta poco ántes en el país, en olor de santidad, y manifestándose en medio de su gloria?—La fe y la supersticion proponían sus respectivas hipótesis.

¿Pudieron acaso las fúnebres ceremonias del miérc-

les de Ceniza contribuir á que se inclinasen á una de estas soluciones una jóven doncella y una señora de Lourdes? ¿Vieron tal vez en la esplendente blancura de los vestidos de la Aparicion alguna idea de mortaja, ó alguna apariencia de fantasma? Lo ignoramos. La jóven se llamaba Antonia Peyret, y pertenecía á la Congregación de las Hijas de María; la otra señora era Mme. Millet (1).

— Indudablemente es algun alma del Purgatorio que solicita misas, pensaron.

Y fueron á buscar á Bernardita.

— Preguntá á esa Señora quién es y qué quiere, le dijeron. Haz que te lo explique, ó mejor todavía, porque no podrás comprenderla bien, haz que te lo escriba.

Bernardita, que por un movimiento interior se sentía vivamente arrastrada á volver á la Gruta, obtuvo una vez más permiso de sus padres; y al siguiente dia, juéves 18 de Febrero, hacia las seis de la mañana, al rayar el dia, despues de oír en la iglesia la misa de las cinco y media, emprendió el camino de la Gruta, en compañía de Peyret y Mme. Millet.

(1) Ambas viven todavía.

A no ser que indiquemos lo contrario en nota aparte, todas las personas que se nombren en el curso de esta historia viven en la actualidad, y puede interrogárseles. Queremos facilitar á nuestros lectores los medios de rehacer y justificar todos nuestros asertos.

*Antonia
Juéves
18
Febrero*

XVI.

La reparacion del molino del señor de Laffite había terminado, y el canal que le ponía en movimiento había vuelto á correr libremente, por manera que era imposible pasar, como en los dias ántes, por la isla del Chalet para llegar al término deseado. Era necesario subir por la falda de las Espélugues, tomando un camino muy incómodo que conducía á la selva de Lourdes, y volver á bajar despues, en medio de desfiladeros, á la Gruta, por las rocas y la rápida pendiente de Massabielle.

Ante aquellas inesperadas dificultades, asustáronse un poco las dos compañeras de Bernardita. Esta, por el contrario, una vez en aquel sitio, experimentó una especie de hormigueo, de ansia, por llegar á la Gruta. Parecía que algo invisible la impulsaba y le prestaba una fuerza desusada. Ella, de ordinario tan débil, sentíase fuerte en aquel momento. Su paso llegó á ser tan rápido al subir la montaña, que á Antonia y á Mme. Millet, ambas en la fuerza de la edad, les costaba trabajo seguirla. El asma, que le impedía la menor carrera algo precipitada, parecía haberla abandonado momentáneamente, y cuando llegó á la cima, ni estaba anhelosa ni fatigada; miéntras sus dos compañeras sudaban á mares, su cara continuaba serena y tranquila. Con igual facilidad y con la misma agilidad bajó las rocas, á pesar de que las hollaba por vez primera, sintiendo siempre den-

tro de sí un apoyo invisible que la guiaba y sostenía. Sobre aquellas laderas casi á pico, en medio de aquellas piedras movedizas, suspendida sobre el abismo, su paso era tan firme y tan seguro como si hubiese caminado por el piso llano y nivelado de una carretera. Antonia y Mme. Millet no intentaron seguirla á paso tan precipitado, y bajaron con la lentitud y precauciones necesarias por tan peligroso camino.

Bernardita llegó, por consiguiente, á la Gruta algunos momentos ántes que ellas, y una vez allí, se arrojó y principió á rezar el rosario, mirando el nicho, vacío todavía, que tapizaban las ramas del rosal silvestre.

Repentinamente arrojó un grito. La tan conocida claridad de la aureola radia en el fondo de la excavacion, y resuena una voz llamándola. La maravillosa Aparicion encontrábase una vez más en pié, á algunos palmos de altura. La Virgen admirable inclinaba hacia la niña su cara, iluminada completamente por una eterna serenidad, y con su mano le hacía señas de que se acercase.

En aquel momento llegaban, tras mil penosos esfuerzos, las dos compañeras de Bernardita, Antonia y Mme. Millet, que se admiraron de la cara de la niña, transfigurada por el éxtasis.

La niña las oyó y las vió.

—Ya está aquí, les dijo. Me hace señas de que me acerque.

—Pregúntala si la incomoda que estemos aquí contigo; si es así, nos retiraremos.

La niña miró á la Virgen, invisible para quien no

fuese ella, escuchó un instante y se volvió hacia sus compañeras.

—Podeis quedaros, les dijo.

Las dos mujeres se arrodillaron al lado de la niña, y encendieron un cirio bendito que habían llevado consigo.

Entonces era, sin duda, la vez primera, desde la creacion del mundo, que un resplandor semejante brillaba en aquel lugar salvaje; y tan sencillo acto, que parecía inaugurar un santuario, encerraba en sí mismo una misteriosa solemnidad.

Suponiendo que la Aparicion fuese divina, aquella señal de adoracion visible, aquella humilde lucecilla, encendida por dos pobres mujeres del campo, ya no se apagaría, y cada dia se iría engrandeciendo, en la larga serie de los siglos. El soplo de la incredulidad podrá agotar sus esfuerzos; podría levantarse la tempestad de la más terrible persecucion; aquella llama, alimentada por la fe de los pueblos, continuaría subiendo recta é inextinguible hacia el trono de Dios. En tanto que aquellas rústicas manos, ignorantes sin duda de lo que hacían, la encendían tan sencillamente y por primera vez en aquella desconocida Gruta, donde oraba una niña, el alba, plateada en un principio, había tomado sucesivamente las tintas de oro y de púrpura, y el sol, que presto debía inundar con su luz la tierra, á través y á pesar de las nubes, comenzaba á asomar tras las crestas de los montes.

Bernardina, arrobada en éxtasis, contemplaba la hermosura sin mancha. *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.*

Sus compañeras la interrumpieron nuevamente.

— Adelántate hacia Ella , pues que te llama. Acércate. Pregúntale quién es, por qué viene aquí.. ¿Es un alma del purgatorio que implora oraciones y desea que se le digan misas?... Dile que escriba en ese papel lo que desea ; que nosotras estamos dispuestas á hacer todo lo que quiera y todo lo que sea necesario para su descanso.

Bernardita tomó el papel , la tinta y la pluma que le daban , y se adelantó hácia la Aparicion , cuya mirada maternal la alentaba viéndola acercarse.

No obstante , á cada paso que daba la niña , la Aparicion se retiraba lentamente hacia el interior de la excavacion. Bernardita la perdió de vista un instante , y penetró bajo la bóveda de la gruta de abajo. Allí volvió á ver á la Virgen radiante , siempre algo elevada , pero mucho más cerca , en la abertura del nicho.

Bernardita , llevando en la mano los objetos que la acababan de dar , se empinó para alcanzar con sus brazos y su modesta estatura á la elevacion en que se mantenía de pié el Sér sobrenatural.

Sus dos compañeras se adelantaron tambien para tratar de oír la conversacion que se iba á entablar ; pero Bernardita , sin volverse , y cómo obedeciendo á un mandato de la Aparicion , les hizo seña con la mano de que no se acercasen.

Llenas de confusion , se retiraron un poco aparte.

— Señora mia , dijo la niña , si teneis algo que comunicarme , quisiera que tuviéseis la bondad de escribir quién sois y qué deseais.

La Virgen se sonrió al oír tan sencilla petición. Entrecabrió sus labios y dijo :

—Lo que tengo que deciros no es necesario escribirlo. Hacedme únicamente el favor de venir aquí durante quince días.

—Os lo prometo , dijo Bernardita.

La Virgen se sonrió nuevamente , manifestando así su plena confianza en la palabra de una pobre pastora de catorce años.

Sabía que la pastorcita de Bartrés era como aquellos niños purísimos , cuyas rubias cabezas se complacía Jesús en acariciar diciendo : « El reino de los cielos es para aquellos que se les parezcan. »

A la palabra de Bernardita respondió también por su parte con un solemne compromiso .

—Y yo , á mi vez , le dijo , os prometo haceros dichosa , nó en este mundo , sino en el otro.

A la niña , que le concedía algunos días , le aseguraba en compensacion la eternidad.

Bernardita , sin perder de vista la aparicion , se volvió hacia sus compañeras , y notó que al seguirla la Virgen con la vista , detuvo un largo rato con complacencia su mirada sobre Antonia Peyret , aquella de sus compañeras que no estaba casada , y que formaba parte de la Congregacion de las Hijas de María.

La niña les repitió lo que acababa de pasar.

—La Señora te mira en este momento , dijo la vidente á Antonia.

Esta oyó enajenada de gozo estas palabras , y desde entónces vive con ese recuerdo.

— Pregúntale, le dijeron, si le repugnaría que durante esos quince dias vengamos á acompañarte.

Bernardita se dirigió á la Aparicion.

— Pueden volver y acompañaros, respondió la Virgen, tanto ellas como otras; deseo ver aquí mucha gente.

Al decir estas palabras desapareció, dejando tras sí aquella luminosa claridad que la rodeaba, y que se iba desvaneciendo poco á poco.

Aquella vez, como las demás, observó la niña un destello que parecía como la ley de esa aureola que cercaba á la Virgen constantemente.

— Cuando la vision tiene lugar, decia, veo la luz ántes y despues á la « Señora; » cuando la vision cesa; lo que primero desaparece es la « Señora, » y despues la Luz.

LIBRO II.

La quincena.—Agitación pública.—Los librepensadores.—
El clero.—El párroco Peyramale.—Las regiones oficia-
les.—La policía.—El Sr. Jacomet.—Aparicion del 21 de
Febrero.—Interrogatorio de Bernardita por Jacomet.—
El pueblo.—Ausencia de la vision.—Aparicion del 23 de
Febrero : el secreto : la mision.

I.

De vuelta á Lourdes, Bernardita debió hablar á sus padres de la promesa que acababa de hacer á la Señora misteriosa, y de los quince dias consecutivos, durante los cuales tenía que volver á la Gruta. Por su parte Antonia y Mme. Millet contaron lo que habían presenciado, la maravillosa transfiguracion de la niña durante el éxtasis las palabras de la Aparicion, y la demanda de que volviera la niña por espacio de quince días. La noticia de tan extraños acontecimientos se difundió al punto por todas partes, y salvando prontamente los límites de la clase popular, sembró en uno y otro sentido la más profunda agitacion en los habitantes del país. Aquel juéves, 18 de Febrero de 1858, era precisamente dia de mercado en Lourdes, donde había, por tanto, mucha gente se-

gun costumbre ; por manera que aquella misma noche, la noticia de las visiones, verdaderas ó falsas, de Bernardita, se repartió por las montañas, por los valles, por Bagneres, por Tarbes, por Caunterets, por Saint-Pé, por Nay, en todas las direcciones de la provincia y en las ciudades más próximas del Bearne. Al dia siguiente, cuando Bernardita llegó á la Gruta, hallábanse ya en ella un centenar de personas. Al otro dia subían á cuatrocientas ó quinientas. El domingo por la mañana se contaban muchos miles.

Y sin embargo, ¿ qué se veía, qué se oía bajo aquellas rocas salvajes? Nada, absolutamente nada, á no ser una pobre niña en oracion, diciendo que veía y que oía. Cuanto más pequeña era la causa en la apariencia, más inexplicable humanamente se presentaba el efecto.

Era preciso ó que el reflejo de lo alto sobre aquella niña fuese realmente visible, ó que el soplo de Dios, que agita como le place los corazones, hubiera pasado sobre aquellas multitudes. *Spiritus ubi vult spirat.*

Una corriente eléctrica, un poder irresistible, del cual nadie podia suspirarse, parecía haber sublevado á aquella poblacion á la palabra de una pastora ignorante, de una pobre niña, desconocida todavia la vispera. En las canteras, en los talleres, en el seno de las familias, en las reuniones, entre seglares como entre clérigos, entre pobres como entre ricos; en los círculos, en los cafés, en las fondas, en las plazas, en las calles, por la noche, por la mañana, en particular, en público, era Bernardita el único asunto de todas las conversaciones. Ya se tuviese simpatía ú hostilidad á este acontecimiento,

ya no se manifestasen ni una ni otra, sino únicamente curiosidad ó inquietud por saber la verdad, no había nadie en el país para quien estos singulares sucesos no fuesen en aquel momento el más vivo, y hasta iba á decir, el único pensamiento.

El instinto popular no aguardaba á que la Aparicion dijese su nombre para reconocerla.—Indudablemente es la Virgen Santísima, clamaban todos.

II.

Ante la autoridad, tan exígua en sí misma, de una niña de trece á catorce años, que pretendía ver y oír lo que nadie veía ni oía en torno de ella, los filósofos del país, educados con la elocuente prosa de los periódicos, tenían armas magníficas contra la supersticion.

—¿A una niña que ni áun tiene edad para prestar juramento y á quien apénas se escucharía en un tribunal declarando sobre un hecho insignificante, se le ha de dar crédito cuando se trata de un acontecimiento imposible, de una aparicion?... ¿No es evidente que esto es una comedia, urdida con miras de alguna interesada especulacion por la familia ó por el partido clerical? Bastan dos ojos algo perspicaces para descubrir la trama de intriga tan miserable. El primer advenedizo de los nuestros no tardaría en descubrirlo diez minutos.

Algunos de los que empleaban este lenguaje quisieron

ver á Bernardita , interrogarla y presenciar sus éxtasis. Las respuestas de la niña fueron sencillas , naturales , sin contradiccion alguna , dadas con un acento de verdad en el que no cabía engaño , y que llevaba á los ánimos más desfavorablemente prevenidos la conviccion de su completa ingenuidad. En cuanto á los éxtasis , los que habían visto en París las grandes actrices de nuestro tiempo, declararon que el arte no podía llevarse á tal extremo. El tema de que era una comedia no resistió veinticuatro horas ante la evidencia.

Los sabios , que habian dejado en un principio á los filósofos resolver la cuestion, salieron entónces á la arena.

— Conocemos ese estado perfectamente , dijeron. Nada más natural. Esa niña es sincera en sus respuestas , completamente sincera , pero está alucinada : cree ver y no vé , cree oír y no oye. En cuanto á los éxtasis , sinceros igualmente por su parte , no dependen ni de la farsa , ni del arte , que serían impotentes para producir tales resultados : dependen de la medicina. La niña Soubirous está atacada de una enfermedad , es cataléptica. Un desórden del cerebro , complicado con una perturbacion muscular y nerviosa , encierra la explicacion de los fenómenos que producen tanto alboroto entre esas pobres gentes. Nada más sencillo.

El papelucho semanal de la localidad , *El Lavedan*, periódico avanzado , que siempre parecía atrasado de noticias , difirió su tirada un día ó dos para hablar de este suceso , y en un artículo , todo lo hostil que podía ser , resumió las altas consideraciones de filosofía y medicina elaboradas por los sabiondos del lugar. Desde aquel mo-

mento, es decir, desde el viénes por la noche ó el sábado por la mañana, el tema de que era una comedia quedó abandonado antè la claridad de los hechos, y los señores librepensadores no volvieron ya á utilizarle, como puede probarse por todos los periódicos de entónces.

Conforme con la tradicion universal de la alta crítica en materia de religion, el buen redactor de *El Lavedan* comenzaba con su poco de calumnia, insinuando que Bernardita y sus compañeras eran ladronas.

«Tres niñas de corta edad habían ido á recoger ramas de árboles, restos de una corta hecha á las puertas de la poblacion. *Sorprendidas por el propietario*, huyeron á todo correr y se refugiaron en una de las grutas próximas al camino de la selva de Lourdes (1).»

De esta manera ha escrito siempre la historia el libre pensamiento. Despues de tan leal accion, que á todas luces manifestaba su buena voluntad y su alta equidad, el redactor de *El Lavedan* narraba, sin inexactitudes demasiado garrafales, los hechos que se habían verificado en las rocas de Massabielle. Eran harto notorios, y tenían demasiados testigos para que pudieran negarse.

«No referiremos, añadía, las mil versiones que corren sobre este particular; dirémos solamente que la jóven acude todas las mañanas á rezar á la entrada de la Gru-

(1) *El Lavedan* del 18 de Febrero de 1838. A pesar de la fecha, este número no salió á luz en realidad hasta el 19 por la noche, ó el 20, segun lo prueban, en el texto, los mismos hechos, y en los anuncios un extracto de un juicio posterior á la fecha del diario.

ta con un cirio en la mano , escoltada por más de quinientas personas. Allí se la ve pasar desde el mayor recogimiento á una dulce sonrisa , y volver á caer luégo en un estado extático de los más pronunciados , sus inmóviles ojos , fijos constantemente en el lugar de la Gruta , donde cree ver á la Santa Virgen , derraman lágrimas.— Tendremos á nuestros lectores al corriente de esta aventura , que cada dia encuentra nuevos adeptos.»

Ni una sola palabra de comedia ó de farsa. Se comprendía que cuantos esfuerzos se hiciesen en ese sentido , se desvanecerían á la primera conversacion con la niña , á la primera mirada que se dirigiese á Bernardita ó ante las lágrimas que corrían cada vez más aprisa por sus mejillas. El excelente redactor , para hacer creer más fácilmente que estaba enferma , afectaba compadecerla , y sólo hablaba de ella nombrándola con dulce conmiseracion «la pobre visionaria.» «Todo , decia desde las primeras palabras , hace suponer que esta jóven padece de catalepsia.»

«La alucinacion , la catalepsia ,» eran pues las dos grandes palabras de los sabios de Lourdes.— «Habeis de saber , repetían con frecuencia , que ya no hay sobrenatural ; la ciencia lo ha esclarecido con los rayos de la justicia. La ciencia todo lo explica ; en ella sólo está la certeza , porque compara , juzga y no vé más que los hechos. Lo sobrenatural podía admitirse en aquellos siglos de ignorancia en que la supersticion embrutece al mundo , en que no se sabía observar ; pero en la actualidad le desafiamos á que se reproduzca , aquí estamos nosotros. ¡ Fijaos bien en la estupidez del pueblo ! Porque una niña

está enferma, porque en sus accesos de calentura tiene delirios, todos esos pobres imbéciles gritan: milagro. Es necesario que la bobería humana pase todos los límites para ver una aparición en lo que no aparece y oír una voz que nadie oye. Que la pretendida aparición detenga el sol como Josué, que, como Moisés, hiera la roca y la haga brotar agua, que sane á los incurables, que mande á la naturaleza, como quiera que sea, y entónces creéremos en su existencia. Pero ¿quién ignora que semejantes cosas ni suceden ahora, ni sucederán jamás?»

Tales eran, en estas ó parecidas palabras, las conversaciones que tenían, de la mañana á la noche, las sagaces inteligencias que representaban en Lourdes la medicina y la filosofía.

La mayor parte de aquellos pensadores habían visto bastante á Bernardita, para comprobar que no representaba una comedia; esto bastaba á su talento examinador, al ver que iba manifestamente de buena fe, sacaban la consecuencia de que sólo podía ser ó loca ó cataléptica. Su genio infalible no admitía la posibilidad de otra explicación cualquiera. Cuando se les proponía estudiar el hecho, ver nuevamente á la niña, ir ó volver á la Gruta, seguir en todos sus detalles tan sorprendentes fenómenos, se encogían de hombros, se reían filosóficamente y decían: «Todo eso lo sabemos de memoria. Son bien conocidas esas crisis. Antes de un mes, esa muchacha estará loca por completo, y probablemente paralítica.»

Algunos, sin embargo, no razonaban enteramente lo mismo.

«Semejantes fenómenos son raros, decía uno de los

médicos más distinguidos de la población, el doctor Dous, y por mi parte, no perderé esta ocasión de examinarlos detenidamente. Los partidarios de lo sobrenatural los arrojan con harta frecuencia á la faz de la medicina, para que no tenga curiosidad, toda vez que se verifican hoy al alcance de mi vista, en estudiarlos escrupulosamente y concluir á fondo, *de visu*, y por experiencia tan célebre cuestión.»

El Sr. Dufó, abogado, y varios individuos del foro; el Sr. Paugat, presidente del tribunal; el Sr. Estrada, recaudador de contribuciones indirectas, y otros muchos, resolvieron dedicarse, durante los quince días anunciados de antemano, á las más escrupulosas observaciones, colocándose para ello en los primeros ó mejores sitios que pudiesen conseguir.

A medida que el asunto tomaba proporciones más considerables, el número de observadores se aumentaba.

Algunos médicos, algunos Sócrates indígenas, algunos filósofos locales que se llamaban volterianos para hacer creer que habían leído á Voltaire, luchaban solamente contra su propia curiosidad, y hacían gala de no figurar en aquella muchedumbre estúpida que de día en día iba creciendo. Como sucede casi siempre á los fanáticos del libre exámen, tentan por principio no examinar nada. Para ellos no merecía atención ningun hecho que alterase los inflexibles dogmas que habían aprendido en el *Credo* de su periódico. Parapetados en lo alto de su infalible prudencia, desde la puerta de su tienda, desde la entrada del café, desde las ventanas del círculo, aquellos talentos de primer orden veían desfilar con desde-

ñosa superioridad las innumerables oleadas humanas que un vértigo inexplicable arrastraba hacia la Gruta.

III.

El clero , como es natural , estaba fuertemente impresionado por todos estos sucesos ; pero con un tacto y un buen sentido maravillosos , había tomado desde el principio una actitud de las más reservadas y de las más prudentes.

El clero , sorprendido como todos por el singular acontecimiento que de un modo tan brusco se había apoderado de la atención pública , se interesaba vivamente en conocer su naturaleza. Allí , donde el volterianismo local , en su amplitud de ideas , veía sólo una solución posible , el clero veía muchas. El hecho podía ser natural , y en este caso ser producido , ó por una comedia muy hábil , ó por una enfermedad muy rara ; pero también podía ser sobrenatural , y entónces necesitaba examinarse si ese sobrenatural era diabólico ó divino , pues si Dios tiene sus milagros , el demonio tiene sus alucinaciones. El clero sabía todo esto , y resolvió estudiar con extremo cuidado todas las circunstancias del suceso que iba á verificarse. Por otro lado , desde los primeros momentos había acogido con grandísima desconfianza la noticia de un hecho tan extraordinario. No obstante , como este podía ser divino , el clero no quería decidirse con ligereza.

La niña, cuyo nombre se había hecho célebre de una manera tan súbita, era completamente desconocida de los sacerdotes de la población. En los quince días transcurridos desde su regreso á la casa de sus padres en Lourdes, fué á la doctrina, pero el eclesiástico encargado aquel año de instruir á los niños, el Sr. Pomian, no la conocía todavía, pues si bien la había preguntado una vez ó dos, ignoraba su nombre, y no se había fijado en su fisonomía; escondida entre los demás muchachos y todavía desconocida, como lo son habitualmente los recién venidos. Cuando acudían ya á la Gruta gentes de gran número de poblaciones, hacia el tercer día de los quince pedidos por la misteriosa aparición, el Sr. Pomian, deseando conocerla, la llamó por su nombre en la doctrina, según su costumbre cuando iba á preguntar. Al nombre de Bernardita Soubirous, se levantó humildemente una muchacha de muy delicada apariencia y pobremente vestida. El sacerdote sólo notó en ella su sencillez, así como su extremada ignorancia en todas las cuestiones religiosas.

La parroquia tenía entónces al frente un sacerdote, cuyo retrato es conveniente que hagamos.

El Sr. Peyramale, que contaba entónces unos cincuenta años, hacía dos que era párroco dean de la ciudad de Lourdes y arcipreste de su canton. Era un hombre brusco por naturaleza, violento quizá en su amor al bien, y á quien la gracia había dulcificado, dejando adivinar el árbol primitivo, el árbol rugoso, pero bueno en el fondo, en el cual la mano delicada y poderosa de Dios había ingerido al cristiano y al sacerdote. Su natural ardor,

apagado por completo en todo lo que le concernía personalmente, se había convertido en un celo purísimo por la casa de Dios.

En el púlpito, su palabra, siempre apostólica, era ruda algunas veces; persiguiendo todo lo malo, ningún abuso, ningún desorden moral, de cualquier parte que viniese, le parecía débil ó indiferente. La sociedad de aquellos sitios, herida frecuentemente en alguno de sus vicios ó de sus extravíos por la ardiente palabra del Pastor, había puesto el grito en el cielo; pero él no se había alterado, concluyendo casi siempre, con ayuda de Dios, por salir vencedor en la lucha.

Esta clase de hombres esclavos del deber son molestos, y á ellos rara vez se les perdona la independencia y sinceridad de su lenguaje; sin embargo, á aquél le perdonaban; porque cuando se le veía cruzar la población con su sotana raída y remendada, con sus gordos zapatos caídos, y con su viejo tricornio desfigurado, se sabía que el dinero que no empleaba en vestirse, le destinaba á socorrer á los desgraciados. Aquel sacerdote, tan austero en sus costumbres como severo en sus doctrinas, tenía una bondad de corazón inexplicable y gastaba su patrimonio en hacer bien con todo el sigilo que podía. Pero su humildad no había podido ocultarse tanto como hubiera deseado su vida de sacrificio, ni el reconocimiento de los pobres había sido mudo; por otra parte, la vida privada se descubre bien pronto en las poblaciones pequeñas, y el digno párroco había llegado á ser objeto de la general veneración. Sólo con ver la manera con que se lo quitaban el sombrero sus feligreses cuando

pasaba por la calle; sólo con observar el acento familiar, alegre y afectuoso con que los pobres, sentados en el umbral de su puerta le decían: «¡Buenos días, señor Cura!» se adivinaba que un lazo sagrado, el del bien modesta y constantemente practicado, unía al Pastor con sus ovejas. Los libre-pensadores, al hablar de él, decían: «No es siempre oportuno, pero es caritativo y no tiene dinero. Es el mejor de los hombres, á pesar de la sotana.»

Lleno en su vida privada de abandono y de honradez, y no suponiendo jamás el mal, se dejaba engañar á veces por gentes que explotaban su candor; pero como Sacerdote, era prudente hasta la desconfianza, en todo lo que concernía á asuntos de su ministerio y al interes eterno de la religion. Podía ser engañado algunas veces el hombre, el Sacerdote nunca. Cada estado tiene sus gracias especiales.

Aquel eminente Sacerdote unía á un corazon de apóstol un buen sentido de rara firmeza y un carácter que nada del mundo podía doblegar, cuando se trataba de la verdad. Los acontecimientos no debían tardar en poner de relieve sus cualidades de primer orden. Colocándole en Lourdes en aquella época, la Providencia se había llevado miras particulares (1).

(1) Desde lo más profundo de mi alma, pido perdon al Sr. Peyramale de cuanto bien digo al hablar de él, y cuya expresion estoy seguro le hará sufrir cruelmente. Para imponer á su humildad este sufrimiento, ha sido preciso, no solamente el interes especulativo de la verdad, sino tam-

Violentando en esto su poco pasiva naturaleza, el señor Peyramale, ántes de permitir á su clero dar un sólo paso ni presentarse en la Gruta; ántes de permitírsele á sí mismo, resolvió aguardar á que los acontecimientos hubiesen tomado un carácter abiertamente declarado, á que se hubiesen pronunciado las pruebas en uno ú otro sentido, y á que hablase la autoridad eclesiástica.

Encargó á algunos seglares inteligentes y de confianza que fuesen á las rocas Massabielle cuantas veces las visitasen Bernardita y la multitud, para que día por día y hora por hora le tuviesen al corriente de cuanto allí acontecía; pero al mismo tiempo que tomaba sus medidas para estar perfectamente instruido, las tomaba también para no comprometer en nada al clero en un asunto cuya verdadera naturaleza era todavía dudosa.

«Dejemos hacer,» decía á los impacientes. «Si por un lado estamos rigurosamente obligados á examinar con extremada atencion los hechos que tienen lugar en la actualidad, por otro la más sobria prudencia nos prohíbe mezclarnos personalmente con el tropel que corre hacia la Gruta entonando cánticos. Abstengámonos de aparecer allí, y no nos expongamos ni á consagrar con nuestra

bien la necesidad que tengo, al escribir la presente historia, de decirlo todo, para revelar los caminos secretos de Dios y la acción manifiesta de su mano.

Como historiador, escribo sin odio y sin amistades personales, y he considerado como un deber no imponerme más ley que la de exponer la verdad, tal como Dios me permite verla y traducirla.

presencia una superchería ó una ilusion, ni á combatir por una decision prematura ó por una actitud hostil un hecho que acaso puede ser don de Dios.

»Convertirnos, una vez en la Gruta, en meros espectadores, no es posible con el traje que llevamos. La poblacion, viendo en su seno un eclesiástico, se agruparia en torno suyo para que caminase á su cabeza entonando oraciones. Si cedía á la presion pública, ó á su irreflexivo entusiasmo, y luégo se descubría que las apariciones eran una ilusion ó una mentira, ¿quién no comprende hasta qué punto quedaría comprometida la Religion en la persona del clero? Si, por el contrario, resistia, y despues se descubría manifestamente la obra de Dios, esta negativa, ¿no tendría las mismas enfadosas consecuencias?

»Y aún cuando, suponiendo un imposible, llegase á guardar una estricta neutralidad, ¿quién no adivina que su sola presencia produciría desastrosos efectos para lo porvenir, y serviría, á pesar de la evidencia, para fomentar las declamaciones de los incrédulos? Si como es probable el hecho es ilusorio, los incrédulos clamarán: «Había sacerdotes: patrocinaban la impostura;» y padecerá la autoridad del sacerdocio. Si se reconoce el hecho como milagroso, los mismos hombres gritarán: «Había sacerdotes: ellos han sido los que han agitado ese negocio, y los que lo han hecho todo.» Y se quebrantaría, ó se haría sospechosa la autoridad del hecho sobrenatural y de la manifestacion divina.

«Abstengámonos, pues, toda vez que nuestra presencia no produciría más resultados que comprometer á

Dios, ora en las obras que se digne llevar á cabo, ora en el santo ministerio que ha tenido á bien confiarnos.»

Algunos, llevados por su impaciente celo, insistían.

«Nó, respondía el párroco con firmeza: nosotros debíamos tomar parte en semejante asunto, sólo si llegase á producir alguna herejía manifiesta, alguna superstición ó alguna desórden. Entónces los mismos hechos nos trazarían naturalmente nuestro deber. Por los malos frutos juzgaríamos el mal árbol, y entónces deberíamos acudir al primer síntoma del mal, para preservar nuestro rebaño.

»Pero, hasta ahora, nada de esto ha sucedido: por el contrario, la muchedumbre, llena del mayor recogimiento, se limita á rezar á la Santísima Virgen, y la piedad de los fieles parece que aumenta.

»No presentándose el caso urgente de un mal manifiesto, aguardemos con humildad la decision suprema, que deberá dictar sobre estos hechos la prudencia episcopal, evitando, por nuestra parte, un exámen innecesario.

»Si estos hechos provienen de Dios, no tienen necesidad de nosotros; el Todopoderoso sabrá, sin nuestra pobre cooperacion, vencer todos los obstáculos y dirigir las cosas á compas de sus deseos.

Si no son, por el contrario, obra de Dios, Él mismo señalará el momento en que debemos intervenir para combatirlos en su nombre. Si nos mezolásenos en ellos al presente, sólo podríamos comprometer nuestras personas, y esto, que nada importaría si se tratase únicamente de nosotros, tiene grandísima importancia, por ha-

llarse comprometido el carácter sagrado de que estamos investidos.

»En suma : dejemos obrar á Dios.»

Tales fueron las profundas razones y las consideraciones de alta prudencia que determinaron en aquellas circunstancias al Sr. Peyramale á prohibir á los sacerdotes sometidos á su jurisdiccion presentarse en la gruta de Massabielle y á abstenerse él mismo de visitarla.

Monseñor Lorenzo , obispo de Tarbes , aplaudió esta prudente reserva , y áun extendió á todos los eclesiásticos de la diócesis la prohibicion de mezclarse para nada en los acontecimientos de Lourdes. Cuando se preguntaba á un sacerdote , fuese en el tribunal de la penitencia , fuese en otra parte , acerca de la peregrinacion á la Gruta , la respuesta preparada de antemano era la siguiente : «Nosotros no vamos allí personalmente , y no podemos dar nuestro parecer sobre hechos que no coñecemos. Pero á todas luces es permitido á los fieles visitar esa Gruta si les parece conveniente , y examinar hechos sobre los cuales no ha recaído hasta ahora ninguna decision eclesiástica. Podeis ir ó no ir : nosotros ni tenemos por qué aconsejarlo , ni por qué vedarlo , ni os autorizamos , ni os lo prohibimos.

Semejante reserva era ciertamente muy embarazosa : porque cada sacerdote tenia que luchar , no sólo contra la presion popular , si que tambien contra su propio deseo , bien legitimo por cierto , de asistir en persona á los sucesos extraordinarios que estaban aún próximos á verificarse.

Por difícil que fuese seguir esta linea de conducta,

fué, sin embargo, estrictamente observada. En medio de aquellas muchedumbres, agitadas repentinamente como un Océano por un soplo desconocido, é impulsadas hacia la roca misteriosa donde conversaba la sobrenatural Aparicion con una niña, el clero, en masa, sin una sola excepcion, jamás se dejó ver. Dios, que todo le dirigia invisiblemente, dió fortaleza á sus sacerdotes para no ceder á aquella impetuosa corriente, y permanecer inmóviles en el seno de tan prodigioso movimiento. Esta inmensa abstencion del clero debía manifestar bien á las claras que la mano y la accion del hombre no habían entrado para nada en aquellos sucesos, y que era necesario buscar su causa en otra parte, ó mejor dicho, más arriba.

IV.

Todo esto era, sin embargo, insuficiente. La verdad necesita otro crisol. Es necesario que estando sin apoyo resista por sí misma y por sí sola á las grandes fuerzas humanas desencadenadas para combatirla. Le hacen falta perseguidores, enemigos furiosos, adversarios hábiles en tenderla lazos. Cuando la verdad pasa por semejante prueba, los débiles tiemblan y tienen miedo de que se derribe la obra de Dios. *Quid timetis, modicæ fidei?* Los hombres que la amenazan al presente son sus columnas para el porvenir.

Estos adversarios encarnizados atestiguan á la luz de los siglos que tal obra ó tal creencia no ha sido establecida clandestinamente y en medio de las tinieblas, sino á presencia de enemigos interesados en verlo todo y en justificarlo todo; atestiguan á la faz de los siglos que sus cimientos son bien sólidos, pues que tantos esfuerzos reunidos no han podido quebrantarlos en el momento mismo en que se levantaban con la debilidad peculiar á toda cosa naciente; atestiguan que sus bases son puras, puesto que examinándolas con el lente de aumento de la maledvolencia y del odio, no se ha podido descubrir en ellas ni un vicio, ni una mancha. Los enemigos son testigos mayores de toda excepcion; que deponen, á pesar suyo, ante la posteridad en favor de la obra que han querido impedir ó destruir. Si las apariciones de la Gruta eran, pues, el punto de partida de una obra divina, se necesitaba, al lado de la abstencion del clero, la hostilidad de los poderosos del mundo.

Dios, que habia provisto á lo primero, proveyó á lo segundo.

En tanto que la autoridad eclesiástica, personificada en el clero, guardaba la prudente reserva aconsejada por el cura de Lourdes, la autoridad civil pensaba á su vez en el extraño movimiento que estaba verificándose en la ciudad y en las cercanías, y que recorriendo sin interrupcion todo el departamento, habia ya traspasado los limites del Bearne.

Aunque no produjesen ningun desórden las peregrinaciones, tanta gente reunida, la niña en éxtasis, inquietaron á aquel mundo sombrío.

¿No habría algún medio de impedir á aquellas gentes en nombre de la libertad de conciencia que rezasen, y sobre todo, que rezasen donde se les antojara? Tal era el problema que empezaba á plantear el liberalismo oficial.

Diferentes veces el Sr. Dutour, Procurador imperial; el Sr. Duprat, Juez de Paz; el Alcalde, el Sustituto, el Comisario de policía y otros muchos, hicieron cundir la voz de que estaban poseidos. Un milagro en pleno siglo XIX, que se manifestaba de improviso, sin pedir permiso á nadie y sin prévia autorizacion, parecía en algunos un ultraje intolerable á la civilizacion, un atentado contra la seguridad del Estado, y juzgaban necesario, en honor á nuestra luminosa época, introducir el órden conveniente. Además, la mayor parte de aquellos señores no creían en la posibilidad de las manifestaciones sobrenaturales y no podían consentir ver en el fondo de aquello más que una impostura ó una enfermedad. De todos modos, muchos sentían una oposicion instintiva á cualquier acontecimiento que, directa ó indirectamente, pudiera aumentar la influencia de la religion, hácia la que experimentaban una hostilidad sorda ó manifiesta.

Sin insistir en las reflexiones ántes expuestas, es, en verdad, digno de observarse que siempre que lo sobrenatural aparece en el mundo constantemente encuentra, bajo diversos nombres y aspectos, las mismas oposiciones, las mismas indiferencias, las mismas fidelidades. Con diferentes matices, Heródes, Caifás, Pilatos, José de Arimatea, Pedro, Tomás, las Santas Mujeres, los ene-

migos francos, los cobardes, los débiles, los adictos, los escépticos, los tímidos, los héroes, pertenecen á todas épocas.

Lo sobrenatural nunca se escapa notoriamente á la hostilidad de una parte más ó ménos considerable del mundo oficial, con la diferencia de que esa hostilidad viene unas veces del dueño y otras de los criados.

El más inteligente de la insignificante legion de los funcionarios de Lourdes, en aquella sazón, era sin duda alguna el Sr. Jacomet, por más que gerárquicamente fuese el último de todos, puesto que desempeñaba el modesto empleo de Comisario de policía. Era jóven, muy sagaz en ciertas ocasiones, y dotado de un don de la palabra bastante raro entre las gentes de su clase. Su sutileza era extremada. Nadie sabía comprender como él á los bribones, siendo maravillosamente apto para desenmascarar sus tramas, y contándose de él, á este propósito, rasgos admirables. Pero en cambio comprendía mucho ménos á las gentes honradas. De gran desembarazo para las cosas complicadas, aquel hombre se turbaba ante la sencillez. La verdad le desconcertaba y le parecía sospechosa; el desinterés excitaba su desconfianza; la franqueza ponía en tortura su talento, ávido de descubrir doquiera doblez y subterfugios. A causa de esta monomanía, la santidad le hubiera parecido la más monstruosa de las artimañas, y le hubiera encontrado implacable. Extravíos de esta clase son muy comunes entre las gentes de su profesion, habituados por su empleo á buscar los delitos y á descubrir los crímenes, y que toman, á la larga, una disposicion de espíritu eminentemente inquie-

ta y suspicaz , que les hace obrar maravillas cuando tropiezan con delincuentes , y enormes tonterías cuando tropiezan con personas honradas y almas leales. Aunque jóven , el Sr. Jacomet había contraído esta extraña enfermedad , propia de los polizontes veteranos. Era, pues, como los caballos de los Pirineos , que nunca tropiezan en los pedregosos y tortuosos senderos de la montaña , y que se caen á cada doscientos pasos en los caminos llanos y espaciosos , ó como las aves nocturnas , que sólo ven en las tinieblas y que en el centro del dia se golpean contra los árboles y las paredes.

Satisfecho de sí mismo , no lo estaba de su posición, á la que era superior por su inteligencia. De aquí cierto inquieto orgullo y un vivo deseo de distinguirse. Tenía, más que influencia , ascendiente sobre sus jefes , afectando tratar de potencia á potencia al Procurador imperial y á los demas funcionarios. Entrometfase en todo, dominando á casi todo el mundo , y manejaba , ó poco ménos, los negocios de la ciudad ; pues el prefecto del departamento, el Sr. de Massy, no veía en todo la concerniente al canton de Lourdes más que por los ojos de Jacomet.

Tal era el comisario de policia , tal era el personaje importante de Lourdes , cuando tuvieron lugar las apariciones en la gruta de Massabielle.

V.

El 21 de Febrero, primer domingo de Cuaresma, era el tercer día de la quincena.

Antes de salir el sol, un gentío inmenso, compuesto de muchos millares de personas, hallábase ya reunido delante y al rededor de la gruta, en las orillas del Gave y en la pradera. Era la hora en que acostumbraba á ir Bernardita, que llegó por fin, envuelta en su capuchita blanca, y seguida de una de su familia, su madre ó su hermana. Sus padres habían asistido la vispera ó antevispera á sus éxtasis, la habían visto transfigurada y en la actualidad la creían.

La niña atravesó sencillamente, sin pretensiones, pero sin cortedad, por entre la muchedumbre, que se apartaba con respeto abriéndola paso, y sin parecer que notaba la atención universal; como quien hace la cosa más sencilla del mundo, fué á arrodillarse y á rezar bajo el nicho festoneado por la rama del rosal silvestre.

Algunos instantes despues se vió desfigurarse su rostro, volviéndose radiante. La sangre no afluí, sin embargo, á su cara, que, por el contrario, palideció ligeramente, como si la naturaleza se doblegase algo en presencia de la Aparición, que se presentaba ante su vista. Todas sus facciones se elevaban, y entraban como en una region superior, como en un país de gloria, expre-

sando cosas y sentimientos que no son de este mundo. La boca, entreabierta, estaba como petrificada de admiración, pareciendo aspirar el cielo. Los ojos, fijos y bienaventurados, contemplaban una hermosura divina, que ninguna otra mirada distinguía, pero cuya presencia sentían todos, viéndola, si así puede decirse, por reverberación en la cara de la niña. Aquella pobre aldeanilla, tan vulgar en el estado ordinario, parecía no pertenecer á la tierra.

Era el Angel de la inocencia dejando el mundo tras sí por un momento, y cayendo en adoración en el instante de entreabrir las puertas eternas y contemplar el cielo.

Todos los que han visto á Bernardita en éxtasis hablan de aquel espectáculo como de una cosa sin comparación en la tierra. Su impresión, después de diez años, es tan viva como en el primer momento.

Y ¡cosa admirable! aunque la contemplación de la Virgen, llena de gracias, absorbiese completamente su atención, conocía cuanto pasaba en torno suyo.

Una vez se apagó su cirio y extendió la mano, para que lo volviese á encender, á la persona más cercana.

Quiso uno tocar el rosal silvestre con un palo, y ella hizo vivamente señal de que lo dejase, expresando su semblante el terror. «Temía, dijo después con naturalidad, que se tocase á la Señora y se la hiciese daño.»

Uno de los observadores, cuyo nombre ya hemos citado, el doctor Dozous, estaba á su lado.

—Esto no es, pensaba, ni la rigidez de la catalepsia, ni el éxtasis inconsciente de los alucinados; aquí hay

un hecho extraordinario, desconocido completamente para la medicina.

Cogió el brazo de la niña y le tomó el pulso, sin que ella pareciese notarlo. El pulso, tranquilo por completo, estaba tan regular como en su estado ordinario.

—No hay ninguna excitacion febril, dijo el sábio doctor más asombrado cada vez.

En aquel momento dió la niña, arrodillada, algunos pasos hacia el interior de la Gruta. La Aparicion había cambiado de sitio, pudiendo entónces verla Bernardita sólo por la abertura interior.

A traves de la abertura exterior de la roca, la mirada de la Madre de Misericordia pareció recorrer en un momento toda la tierra, volviéndose despues, impregnada de dolor, hácia Bernardita, que continuaba de rodillas.

—¿Qué teneis? ¿Qué es preciso hacer? murmuró la niña.

—Rezar por los pecadores, respondió la Madre del género humano.

Al ver el dolor velando, como una nube, la eterna serenidad de la bienaventurada Virgen, el corazon de la pobre pastora sintió repentinamente un cruel sufrimiento. Su fisonomía cambió de expresion, repartiéndose una indecible tristeza por sus facciones. De sus ojos, abiertos siempre extraordinariamente y fijos en la Aparicion, se desprendieron dos lágrimas, que rodaron por sus mejillas, donde se detuvieron sin caer.

Por fin un rayo de alegría volvió á alumbrar su semblante, porque la Virgen había vuelto, sin duda, su

mirada hacia la esperanza y contemplado en el corazón del Padre la inagotable fuente de la misericordia infinita, descendiendo sobre el mundo, en nombre de Jesús y por las manos de la Iglesia.

En aquel instante desvaneciéndose la Aparición. La Reina del cielo acababa de volver á su reino.

La aureola, según costumbre, continuó todavía algunos segundos; después se borró insensiblemente, como una bruma luminosa que se funde y desaparece en el aire.

Las facciones de Bernardita descendieron poco á poco, pareciendo que pasaba desde la región del sol á la de la sombra, y la vulgaridad de la tierra tomaba posesión nuevamente de aquella fisonomía, transfigurada un momento ántes. Ya no era más que una pobre pastorcilla, una humilde aldeana, que en nada se diferenciaba, aparentemente, de los demás niños.

En torno suyo se oprimía la multitud anhelante, ansiosa, conmovida, llena de recogimiento. Más adelante tendremos ocasión de describir su actitud.

VI.

Durante toda la mañana, desde la conclusión de la Misa hasta la hora de las Vísperas, sólo se habló en Lourdes de tan extraños acontecimientos, á los cuales se daban naturalmente las más opuestas interpretaciones. —Para los que habían visto á Bernardita en éxtasis, la

prueba era tan convincente, que la creían irresistible. Algunos expresaban su pensamiento por medio de comparaciones bastante acertadas: «En nuestros valles el sol aparece tarde, por ocultarle el Oriente el Pico y el monte del Gar. Pero, mucho ántes de descubrirsele, vemos, por la parte de Poniente, el reflejo de sus rayos sobre las laderas de las montañas de Bastsurguières, que aparecen resplandecientes, en tanto que nosotros permanecemos todavía en la oscuridad; y entonces, por más que no veamos directamente el sol, sino únicamente su reflejo sobre las pendientes, afirmamos su presencia tras las enormes moles del Gar. Bastsurguières ve el sol, decimos; y si estuviésemos á la altura de Bastsurguières, también lo veríamos nosotros. Pues bien: lo mismo sucede cuando se ve á Bernardita iluminada por la visible Aparición: la certidumbre es la misma, idéntica la evidencia. La cara de los videntes aparece de improviso tan clara, tan transfigurada, tan brillante, tan impregnada de los rayos divinos, que aquel reflejo maravilloso que vemos, nos da la plena seguridad del centro luminoso que no descubrimos. Y si no nos lo ocultase toda una montaña de faltas, de miserias, de preocupaciones materiales y de carnal opacidad; si estuviésemos á la altura de esa inocencia de niña, de esa nieve eterna que no ha hollado planta humana, también veríamos, no por reflejo, sino directamente, lo que Bernardita contempla encantada, lo que vemos radiar sus facciones poseídas del éxtasis.»

Razones semejantes, excelentes acaso en sí mismas, y concluyentes para los que habían sido testigos de aquel

inaudito espectáculo, no podían ser suficientes para los que nada habían presenciado. La Providencia, suponiendo que estuviese presente en realidad en todo aquello, debía, al parecer, afirmar su acción por pruebas, si no mejores (puesto que casi nada resistía á las citadas, desde que tenía ocasión de experimentarlas), al ménos más materiales, más continuas, y, en cierta manera, más palpables. Acaso era este el designio de Dios, que sólo convocaba aquellas muchedumbres para tener, en la hora apetecida, numerosos é irrecusables testigos.

Al terminarse las Vísperas, Bernardita salió de la iglesia con los demás fieles, siendo, como puede imaginarse, el objeto de la atención general. Se la preguntaba, se la rodeaba, respondiendo con completa naturalidad la pobre niña, á quien aturdiría tanta concurrencia, y que pugnaba por volver á su casa.

En aquel momento, un hombre revestido con las insignias de la fuerza pública, un municipal, oficial de policía, se acercó á ella, tocándola en el hombro:

— En nombre de la ley, le dijo.

— ¿Qué me quereis? repuso la niña.

— Tengo orden de prenderos y de llevaros conmigo.

— ¿Y adónde?

— Ante el comisario de policía. Seguidme.

VII.

Un murmullo amenazador recorrió la multitud. Muchos de los que allí estaban habían visto por la mañana á la humilde niña transfigurada por el éxtasis divino, é iluminada por los rayos de lo alto. Para ellos aquella niña, bendita por Dios, tenía algo de sagrado; así que, cuando vieron al agente de la fuerza pública ponerla encima la mano, temblaron de indignacion y quisieron intervenir. Afortunadamente un sacerdote que á la sazón salía de la iglesia, hizo señal á la multitud de que se calmase, diciendo: Dejad obrar la autoridad.

Por una maravillosa coincidencia, como suelen encontrarse frecuentemente en la historia de los hechos sobrenaturales, cuando se toma el trabajo de profundizarlos, la Iglesia universal había cantado aquel día, primer domingo de Cuaresma, las inmortales palabras destinadas á consolar y á dar fuerzas al inocente y al débil en presencia de las persecuciones: «Dios te ha confiado al cuidado de sus ángeles, para que te amparen en tu camino. Ellos te llevarán con sus manos, por temor de que tus piés tropiecen y se hieran con las piedras del camino..... Espera en Él, que te protegerá á la sombra de sus alas. Su omnipotente virtud te rodeará, en cierto modo, como de un invencible escudo..... ¡Vé con completa confianza! Tú aplastarás bajo tus piés el áspid y la

serpiente : el leon y el dragon serán derribados por ti....
«Porque ha esperado en mí, dice el Señor, le libraré.
Le protegeré, porque ha confesado mi nombre. Me invo-
cará y le escucharé. *Yo le acompaño en la tribula-
cion (1).*»

El Evangelio de aquel día narraba cómo el Salvador de los hombres, tipo eterno de los justos en la tierra, había tenido que sufrir su Tentacion en el principio de su mision divina, y daba todos los detalles de su ilustre lucha y de su victoria contra el Espíritu del mal en la soledad del desierto: *Ductus est Jesus in desertum, ut tentaretur a diabolo..... (2).*

Tales eran los textos, tan consoladores para la debilidad inocente y perseguida, que la Iglesia habia recitado ; tales eran los grandes recuerdos que habia evocado, y cuya memoria celebraba aquel día, en que un agente ínfimo de la policia, en el fondo de una insignificante poblacion de la montaña, acababa de prender, en nombre de la ley, á una niña ignorante, para conducir-la ante el más diestro y el más astuto de los representantes de la autoridad.

¿Querria el Dios que reside en la eternidad, el Creador de innumerables mundos, manifestar con semejante coincidencia y permitiendo tales cosas en aquella fecha, que aquel grano de arena, que aquella nada, que aquella

(1) Misal y devocionarios romanos. Primer Domingo de Cuaresma. Intróito, gradual y tracto de la Misa. Responso-
rios de Vísperas.

(2) *Ibid.*

aldeana de grosero traje, que aquella pobre é ignorante pastora era para El un instrumento predestinado y como un colaborador elegido por su omnipotente diestra?

Y ¿por qué? Porque tal es su costumbre y su modo de proceder habitual; porque con la nada creó el mundo; porque con los débiles y humildes ha fundado la Iglesia; porque con lo infinitamente pequeño produce siempre lo infinitamente grande.

En cuanto á la coincidencia es de las más asombrosas. Despues que Jesucristo hubo visto los cielos entreabiertos sobre su cabeza y oido la voz del Padre que decía: « Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo todas mis delicias; » despues que llegó el testimonio de Juan diciendo: « He visto al Espíritu de Dios bajar del cielo en figura de paloma y posarse sobre él; » pero ántes de haber hecho milagro alguno, tuvo que sufrir su primera tentacion del demonio, lo que puede llamarse su interrogatorio. Del mismo modo Bernardita, despues de ver á la Virgen y oirla estas palabras de maternal adopcion: « Te prometo hacerte dichosa, no en este mundo, sino en el otro; » despues del testimonio de una multitud que decía: « Hemos visto el reflejo de la Aparicion descender como una luz sobre su rostro transfigurado, y posarse en él; » pero ántes que ningun milagro hubiese atestiguado la autenticidad de su relato, aquella « niñita de Dios, » como la llamaba el pueblo, fué llamada para defenderse contra las amenazas, contra las promesas y contra la dialéctica del hombre astuto que era jefe de policia en aquel lugarcillo.

Antes de pasar adelante, debemos hacer observar

que Bernardita había nacido el 7 de Enero de 1844, es decir, al día siguiente de la Epifanía. Epifanía quiere decir, como es sabido, « manifestacion. » Después de la manifestacion del Hijo á los Reyes Magos, debía verificarse, al cabo de diez y nueve siglos, la manifestacion de la Madre á una pobre niña, venida desde las laderas de Bertrés á las montañas de Lourdes, y este día, que en 1844 cayó en domingo, se cantaba en el gradual de la misa: *Suscipiant montes pacem populo, et colles justitiam* (1).

¿ Pretendemos, por esto, establecer semejanzas sacrilegas? Dios nos preserve de tal blasfemia: solamente observamos cómo se agrupan y se modelan los hechos providenciales en el tipo primordial tan divinamente grabado en la gran historia evangélica. Procurarémos, no sin temor, dirigir una mirada hacia esas profundidades extraordinarias, y entrever acá y allá, en una misteriosa penumbra, las leyes secretas segun las cuales se verifican los hechos del orden sobrenatural.

Una coincidencia de esta clase puede muy bien ser efecto del azar. Una segunda, que venga inmediatamente detras, produce algun asombro. Una tercera induce á la reflexion. Una cuarta comienza á hacer que se crea en una luz. Algunas más dan su certidumbre. Esto resulta empleando el método que ha permitido descubrir las leyes del mundo fisico, en la investigacion de leyes más altas todavía.

(1) Misal y devocionario romanos. Misa del domingo en la octava de la Epifanía.

La multitud, conmovida y turbada, había seguido á Bernardita, conducida por el agente público. La comisaría de policía estaba próxima: el polizone entró en ella con la niña, y dejándola sola en un corredor, se volvió, cerrando la puerta con llave y cerrojo.

Un instante despues, Bernardita estaba en presencia del Sr. Jacomet.

Una muchedumbre inmensa se agrupaba en la parte de afuera.

VIII.

El hombre tan sagaz que iba á interrogar á Bernardita, sentíase seguro de su triunfo, y se regocijaba de antemano grandemente.

Era de los que rechazaban obstinadamente la explicacion de los sabios del país, no creyendo ni en la alucinacion, ni en la catalepsia, ni en las ilusiones de un éxtasis calenturiento. La precision de los relatos de la niña, las observaciones hechas por el doctor Dozous y por otros muchos testigos de las escenas de la gruta, le parecían inconciliables con semejantes hipótesis. En cuanto al hecho mismo de las apariciones, no creía, según se dice, en la posibilidad de las visiones ultramundanas, y su ingenio de polizone, diestrisimo para olfatear á los bribones detras de un hecho ilegal, no llegaba á descubrir acaso á Dios detras de un hecho sobrenatural. Con-

vencido, por tanto, para sus adentros, de que no podía haber apariciones verdaderas, había resuelto encontrar en este asunto, por astucia ó por violencia, el *quid* del engaño, y prestar á los libre-pensadores del poder, ó de otra parte, el señalado servicio de coger en flagrante delito de impostura una manifestacion sobrenatural, una creencia popular. Topaba allí con una admirable ocasion de asestar un rudo golpe á la pretendida autoridad de todas las visiones de lo pasado, sobre todo si llegaba á descubrir y demostrar que el Clero, tan cuidadosamente retraido en aquel asunto, le dirigia ó explotaba su secreto.

Suponiendo que Dios no entrase para nada en aquel acontecimiento, y que los hombres entrasen exclusivamente, el razonamiento de Jacomet era excelente.

Pero suponiendo, por el contrario, que Dios entrase de lleno, y los hombres no entrasen para nada, el malaventurado comisario de policia se arriesgaba en aquel momento en el más funesto camino.

En semejante disposicion de ánimo, el Sr. Jacomet, desde los primeros dias, había hecho vigilar cuidadosamente todos los pasos de Bernardita, para ver si sorprendia alguna comunicacion misteriosa entre la vidente y tal ó cual miembro del Clero, fuese de Lourdes ó de sus cercanías. Había llevado, segun se dice, el celo en sus funciones hasta el extremo de colocar en la iglesia un empleado, hechura suya, para no perder de vista el confesonario. Pero las niñas de la doctrina se confesaban por tandas, cada quincena ó cada mes, y la tanda de Bernardita no había llegado aún, durante aquellos

días. Tan concienzudos esfuerzos no consiguieron descubrir la menor complicidad en las tropelías que achacaban á Bernardita, por lo que supuso que obraría probablemente sola, sin que por eso renunciase del todo á sus sospechas, pues el verdadero agente de policía siempre sospecha, áun sin pruebas, siendo esto lo que constituye la particularidad de su tipo y su sello especial.

Cuando entró Bernardita, detuvo un instante sobre ella su mirada penetrante y aguda, teniendo el arte maravilloso de impregnarla repentinamente de honradez y abandono. Él, que por lo general ponía el grito en el cielo con todos, estuvo con la pobre hija del molinero Soubrouis más que cortés, dulce é insinuante, haciéndola sentar, y afectando, para interrogarla, el aire benévolo de un verdadero amigo (1).

—¿Segun parece, mi buena niña, ves una hermosa Señora en la gruta de Massabielle? Cuéntamelo todo.

Al acabar de pronunciar estas palabras, abrióse dul-

(1) Despues de diez años transcurridos, que han de haber dejado sentir sus efectos sobre la memoria de los testigos de la presente historia, es evidente que no podemos garantir la exactitud de las palabras de este diálogo, ni de algunos otros que se encontrarán en el curso de nuestra narracion. Lo que damos es su sentido y su fisonomía general, procurando, gracias á los innumerables datos que tenemos á mano, como documentos sacados de manuscritos, relaciones diversas escritas en aquella época, correspondencias oficiales, cartas particulares, etc., reconstituir tan completamente cuanto posible sea su misma forma, su originalidad y su vida.

cemente la puerta de la sala, entrando el Sr. Estrada, recaudador de las contribuciones indirectas, una de las personas más inteligentes y de más consideracion de Lourdes. Dicho funcionario ocupaba uno de los pisos de la casa en que vivía el Sr. Jacomet, y avisado, por el rumor de la muchedumbre, de la llegada de Bernardita á casa del Comisario, había tenido la natural curiosidad de asistir al interrogatorio. Participaba, en punto á apariciones, de las ideas del Sr. Jacomet, creyendo, como este, era un engaño por parte de la niña, y encogiéndose de hombros cuando se le daba otra explicacion. Encontraba tan absurdo todo aquello, que ni aún se había dignado ir á la Gruta á observar las extrañas escenas que se le contaban. Aquel filósofo sentóse un poco retirado, haciendo señal al Comisario de que continuase. Todo esto pasó sin que pareciese notarlo Bernardita, y por esta razon tuvieron un testigo la escena y el diálogo que iban á verificarse (1).

(1) Este leal testigo, que hemos ido á interrogar en persona á Burdeos, donde ejerce actualmente sus funciones, ha tenido la bondad de recoger para nosotros sus recuerdos (que había anotado en la misma época de los sucesos), dándonos de esta manera el medio de completar y justificar el relato de Bernardita.

En cuanto á la informacion escrita por el Comisario de policia á consecuencia de su interrogatorio, hemos pedido en vano tan precioso documento á la Prefectura de los Altos Pirineos, siéndonos imposible obtener su traslado. Léjos de eso, la Prefectura atajó toda instancia de nuestra parte diciéndonos que el legajo relativo á aquel negocio había

A la pregunta del Sr. Jacomet, la niña dirigió su hermosa é inocente mirada al agente de policía, y se puso á referir en su idioma, es decir, en *patois* del país, y con una especie de timidez personal que añadía aún cierta cosa á su acento de verdad, los extraordinarios sucesos que llenaban su vida hacía algunos dias.

desaparecido, fuese de resultas de un simple desórden ó un accidente, fuese porque le hubiesen sustraído manos interesadas en destruirle.

Del mismo modo hemos pedido á la Audiencia Imperial de Pau traslado de las notas relativas á este asunto, dirigidas al Procurador general por el Sr. Dutour, Procurador imperial de Lourdes á la sazón. El Sr. Procurador general nos ha ópuesto un principio absoluto rehusando trasladarnos dichos documentos. Creíamos, ántes de semejante negativa, hecha, por lo demás, con cortesía extremada, que el Estado no era ni podía ser más que depositario de documentos de esta naturaleza, hallándose en el deber de facilitarlos á cuantos lo solicitáran en nombre de la Historia.

Así, pues, si en nuestra relacion se ha deslizado, contra nuestra voluntad, algun error en lo relativo á los actos de la administracion, el mundo oficial sólo tendría derecho para quejarse de sí mismo, toda vez que ha dejado que se extravien, ó no ha consentido que se conozcan, los diversos documentos citados. Afortunadamente los documentos sin número que por otra parte hemos adquirido, y las pesquisas que hemos hecho, han podido suplirlos casi por completo, sin más diferencia que habernos costado algo más de trabajo.

Si, á pesar de todo, ofreciese nuestra narracion algunas inexactitudes, estamos prontos á rectificarlas ante la presentacion de documentos oficiales. Pero dudamos que se presente semejante ocasion.

El Sr. Jacomet la escuchaba con viva atención, y de cuando en cuando, siempre con naturalidad y benevolencia, apuntaba aceleradamente algunas notas en un papel que tenía delante.

La niña le miraba, sin detenerse por ello lo más mínimo.

Cuando terminó su relato, el Comisario, cada vez más meloso y solícito, le dirigió innumerables preguntas, como si su entusiasta piedad se interesase extraordinariamente en tan divinas maravillas, formulando todas sus preguntas, una tras otra, sin orden alguno, y empleando frases cortas, breves y precipitadas, con objeto de no dejar á la niña tiempo para reflexionar.

A sus diversas preguntas, Bernardita respondía sin turbarse, sin sombra de vacilación, con la tranquila seguridad de aquél á quien se pregunta sobre el aspecto de un paisaje ó de un cuadro que tiene á la vista. A veces, queriendo hacerse comprender mejor, añadía algún gesto imitativo, alguna expresiva mímica, como para suplir la impotencia de su palabra.

La pluma del Sr. Jacomet había apuntado, sin embargo, todas sus respuestas á medida que las formulaba.

Después de haber procurado de esta manera fatigar y embrollar el ánimo de la niña con tan infinita minuciosidad de detalles, el temible agente de policía tomó sin transición una fisonomía amenazadora y terrible, cambiando bruscamente de lenguaje.

— Mientes en todos esos detalles, gritó iracundamente y como poseído de violenta cólera; tú estás engañando

á todo el mundo, y si no confieras inmediatamente la verdad, haré que te prendan los gendarmes.

La pobre Bernardita quedó tan estupefacta ante tan formidable y súbita metamorfosis, como si creyendo tener entre sus manos la inofensiva rama de un árbol, la hubiera visto de improviso torcerse, agitarse y aparecer entre sus dedos los helados anillos de una serpiente. El terror la dejó atónita; pero contra el cálculo profundo de Jacomet, no se turbó; permaneció en su habitual tranquilidad, como si una mano invisible hubiera sostenido á su alma ante aquel imprevisto choque.

El Comisario se puso en pié, mirando hacia la puerta, como para manifestar que sólo necesitaba hacer una señal para llamar á los gendarmes y conducir á la cárcel á la visionaria.

— Señor, dijo Bernardita con aquella pacífica y dulce firmeza que en una miserable aldeanuela tenía una grandeza tan sencilla como incomparable; señor, podréis hacer que me prendan los gendarmes, pero no podré decir más que lo que ya he dicho. Es la pura verdad.

— Ahora lo veremos, dijo el Comisario, volviendo á sentarse y comprendiendo por una experta ojeada que las amenazas eran impotentes por completo para aquella niña extraordinaria.

El Sr. Estrada, mudo é imparcial testigo de la precedente escena, fluctuaba entre el asombro prodigioso que le inspiraba el acento de convicción de Bernardita, y la admiración que le producía la diestra estrategia de Jacomet, cuya habilidad había comprendido, á medida que se desplegaba ante su vista.

La lucha tomaba un carácter completamente inesperado entre aquella fuerza duplicada por la astucia, y aquella absoluta [debilidad sin más defensa que su sencillez.

Jacomet, sin embargo, armado con las notas que venía extractando hacia tres cuartos de hora, volvió á empezar, pero en un orden totalmente distinto, y con mil formas capciosas, su interrogatorio, procediendo siempre, constante en su sistema, por bruscas y rápidas preguntas, y exigiendo la respuesta inmediatamente. No dudaba, ni por asomo, que, merced á esta táctica, conseguiría poner á la niña en contradicción consigo misma, por lo ménos en cuestión de detalles, y conseguido esto, quedaba demostrada la impostura y se hacía dueño de la situación. Pero agotó en vano toda la destreza de su talento en múltiples evoluciones de tan sutil maniobra. La niña no se contradijo en nada, ni aún en aquel punto imperceptible, en aquel mínimo ápice de que habla el Evangelio. A las mismas preguntas, aunque fuesen hechas con distintos términos, respondía siempre, si nó con las mismas palabras, al ménos con las mismas ideas y con el mismo fondo. El Sr. Jacomet se obstinaba, sin embargo, en su sistema, aunque sólo fuese para fatigar cada vez más aquella inteligencia que quería pillar en falta. Volvía y revolvía en todos sentidos la narración de las apariciones, sin conseguir falsearla, asemejándose á un animal que se empeñase en morder un diamante.

—Basta, dijo por fin á Bernardita; voy á redactar el proceso verbal y á leerlele.

Y escribió rápidamente dos ó tres páginas consultando sus apuntes, en los que había introducido, de propó-

sito, algunas variantes de escasa importancia sobre ciertos detalles, como la forma de la ropa y la longitud ó la posición del velo de la Virgen. Esto era un nuevo lazo, lazo tan inútil como los anteriores, porque Bernardita, cuando se los leía, preguntándola de cuando en cuando: «Está bien así, ¿no es esto?» respondía humildemente, pero con una firmeza tan sencilla y dulce como inquebrantable:

—Nó; no he dicho eso, sino esto otro.

Y restablecía en su verdad primitiva y en su verdadera esencia el detalle inexacto.

La mayor parte de las veces Jacomet contestaba:

—¡Pues tú has dicho eso!.... ¡Lo he escrito en el mismo momento!....

—Lo has dicho de esa manera á muchas personas de la ciudad..... etc., etc.

Bernardita respondía:

—Nó; no lo he contado así, no podía hacerlo, porque no es la verdad.

Y el Comisario se veía obligado siempre á ceder á las reclamaciones de la pastorcilla.

¡Admirable era la seguridad modesta é invencible de aquella niña! El Sr. Estrada la observaba con creciente sorpresa. Personalmente, Bernardita era y parecía extremadamente tímida: su actitud era humilde y aún un poco confusa ante toda persona desconocida para ella. Y, sin embargo, en todo lo que concernía á la realidad de las apariciones, manifestaba una fuerza de alma y una energía de afirmación poco comunes. Cuando se trataba de afestiguar lo que había visto, respondía sin turbación,

con impasible seguridad. No obstante, aún en estas ocasiones, era fácil adivinar el virginal pudor de un alma que hubiera querido ocultarse á todas las miradas. Véase á todas luces que únicamente por respeto á la verdad interior, cuya mensajera era entre los hombres, por amor á la «Señora» aparecida en la Gruta, triunfaba de su habitual timidez. Nada ménos que el sentimiento de su mision se necesitaba para vencer en ella la inclinacion íntima de su naturaleza, tímida para cualquier otra cosa y enemiga del brillo y del bullicio.

El Comisario tornó á las amenazas.

—Si te obstinas en volver á la Gruta, te hago encarcelar, y sólo saldrás de aquí prometiéndome no volver á visitarla.

—He prometido á la Vision volver. Y además, cuando llega el momento, me arrastra cierta cosa que viene hacia mi y que me llama.

El interrogatorio, como se vé, tocaba á su fin, pues no llevaba ménos de una hora larga. Por la parte de afuera, la multitud esperaba, no sin inquieta impaciencia, la salida de la niña á quien se había visto aquella misma mañana transfigurada por la luz del éxtasis divino. Desde la sala donde tenía lugar la escena que acabamos de referir, se oían confusamente los gritos, las palabras, las interpelaciones, los mil rumores diversos que componen el tumulto de las masas. El rumor parecía crecer y convertirse en amenazador, cuando en un momento dado se oyó en aquella muchedumbre una agitacion particular, como si llegase á su seno un personaje vivamente esperado.

Casi al mismo tiempo repetidos golpes resonaron en la puerta de la casa, sin que el Comisario pareciera conmoverse.

Los golpes se hicieron más violentos, sacudiendo la puerta el que llamaba, como si quisiese derribarla. Jacomet, irritado, se levantó y fué á abrir en persona.

—¿Qué quereis? dijo lleno de cólera. No se puede entrar.

—¡Quiero mi hija! respondió el molinero Soubirous, entrando á viva fuerza y penetrando con el Comisario en la habitacion donde se hallaba Bernardita.

Al ver la pacífica fisonomía de su hija, se calmó la ansiosa agitacion del padre, que volvió á ser, como de costumbre, un pobre hombre del pueblo, algo asustado ante el personaje que, á pesar de su humilde posicion, era por su actividad y su inteligencia el funcionario más importante y más temido en el país.

Francisco Soubirous se había quitado su sombrero bearnés, y le daba vueltas entre sus manos. Jacomet, á quien nada se escapaba, adivinó el miedo del molinero, y recobrando su aire de honradez y de compasiva piedad, le golpeó familiarmente en un hombro, diciéndole:

—¡Padre Soubirous, tened cuidado, tened cuidado, tened cuidado! Vuestra hija tiene ganas de meterse en un mal negocio, y toma en línea recta el camino de la cárcel. Si tengo la bondad de no prenderla ahora, por ser la primera vez, lo hago á condicion de que la prohibiréis volver á la Gruta donde representa esa farsa. A la primera reincidencia seré inflexible, además de que sabeis que

el señor Procurador imperial no es amigo de chanzas.

—Puesto que lo deseáis, Sr. Jacomet, respondió asustado el pobre padre, yo y su madre se lo prohibiremos, y, como siempre nos ha obedecido, de seguro no volverá.

—Como quiera que sea, si vuelve y este escándalo continúa, no sólo la prenderé á ella, sino á vosotros, dijo el terrible Comisario en tono amenazador y despidiéndoles con un ademán.

En el momento en que salieron Bernardita y su padre se escaparon gritos de satisfacción de la muchedumbre, que hasta que entró la niña en su casa no se dispersó.

El Comisario de policía y el Recaudador, una vez solos, se comunicaron sus impresiones sobre tan extraño interrogatorio.

—¡Qué inquebrantable firmeza en sus respuestas! gritaba el Sr. Estrada, poseído de profundo asombro.

—¡Qué invencible obstinación en su mentira! respondía Jacomet, estupefacto al verse vencido.

—¡Qué acento de verdad! continuaba el Recaudador. Nada ha desmentido una sola vez en su lenguaje ni en su actitud. Es evidente que ha creído ver.

—¡Qué inteligencia más astuta! repetía el Comisario. No he conseguido cortarla, á pesar de mis esfuerzos. Se conoce que posee su papel al dedillo.

Por otra parte, tanto el Comisario como el Sr. Estrada persistían en su incredulidad, relativamente al hecho de la aparición; pero una diferencia separaba sus dos negaciones, diferencia que era un abismo. Éste la

creía de buena fe en medio de su ilusion ; aquél la suponía diestra en su mentira.

—Es hábil , decía el primero.

—Es sincera , decía el segundo.

IX.

A pesar de su impotencia contra las respuestas sencillas , precisas y sin contradiccion de Bernardita , el señor Jacomet había sacado al fin de aquella larga lucha una ventaja decisiva ; había asustado vivamente al padre de la Vidente , y comprendía que , por aquel lado , era dueño de la situacion , aunque sólo fuese por el momento.

Francisco Soubirous era un buen hombre , pero dis-
taba mucho de ser un héroe. Ante la autoridad oficial tímido , como lo son , por lo comun , las personas de la clase baja y los indigentes , para los cuales el menor proceso es un desastre inmenso , á causa de su miseria , y porque conocen su absoluta impotencia contra la arbitrariedad ó la persecucion. Creía , ciertamente , en la realidad de las apariciones ; pero no comprendiendo lo que encerraban , no midiendo toda su importancia , y experimentando al mismo tiempo cierto terror ante lo extraordinario , no veía un gran inconveniente en oponerse á la vuelta de Bernardita á la gruta. Acaso le asaltaba un vago temor de desagradar á la «Señora» invis-

ble que se aparecía á su hija , pero el miedo de irritar á un hombre de carne y hueso , á un personaje tan temido como el Comisario , le tocaba más de cerca y obraba más directamente sobre su ánimo.

—Ya ves que todos los señores del país están en contra nuestra , dijo á Bernardita , y que si vuelves á la gruta , el Sr. Jacomet , que todo lo puede , nos hará prender á tí y á nosotros. No vuelvas pues.

—Padre , decía Bernardita , cuando voy no es siempre por mi gusto. Hay ciertos momentos en que siento dentro de mí una cosa que me atrae y me llama hacia aquel sitio.

—Sea como quiera , dijo el padre , te prohibo formalmente que vuelvas en adelante , y estoy seguro que no me desobedecerás por primera vez en tu vida.

La pobre niña , puesta de este modo entre la promesa hecha á la Aparicion y la prohibicion expresa de la autoridad paterna , respondió :

—Haré entónces todo lo posible para no volver y para resistir al atractivo que me llama.

Así concluyó tristemente la tarde de aquel mismo domingo , que había empezado con el glorioso y bienaventurado esplendor del éxtasis.

X.

A la mañana siguiente, lunes 22 de Febrero, en la hora acostumbrada de las apariciones, la multitud que aguardaba á la vidente en las orillas del Gave, no la vió venir. Sus padres la habían enviado á la escuela, desde el alba, y Bernardita, que sólo sabía obedecer, se había resignado con los ojos preñados de lágrimas.

Las Hermanas, á quienes retenían en el hospital ó en la escuela sus funciones de caridad y enseñanza, ó acaso también las órdenes del señor Cura de Lourdes, no habían presenciado nunca los éxtasis de Bernardita, ni creían en sus apariciones. Por otra parte, en esta clase de asuntos, si el pueblo se manifiesta á veces harto crédulo, acontece por un fenómeno que sorprende en un principio, pero que no deja de ser bien real, que los eclesiásticos, los religiosos y las religiosas son muy escépticos y muy rebeldes en darles crédito, y que, admitiendo en teoría la posibilidad de tales manifestaciones divinas, exigen con una severidad excesiva con frecuencia que se prueben diez veces ántes de reconocerlos. Las Hermanas añadieron, por tanto, su formal prohibición á la de los padres, diciendo á Bernardita que todas sus visiones eran ilusorias, y que tenía trastornada la cabeza ó que mentía. Una de ellas, sospechando una impostura

en materia tan grave y tan sagrada: se expresaba con bastante dureza, tratando todo aquello de maulería.

—Picarueta, la decía, estás haciendo allí un indigno carnaval en el santo tiempo de la cuaresma.

Otras personas que la vieron en las horas de recreo, la acusaban de querer pasar por una santa y de entregarse á un juego sacrilego, añadiéndose la burla de algunas compañeras de la escuela á los amargos reproches y á las humillaciones que la abrumaban.

Dios quería probar á Bernardita. Habiéndola inundado de consuelos los días precedentes, quería, en su profunda sabiduría, dejarla por algún tiempo en completo abandono, siendo el blanco de burlas y de injurias continuas, y ponerla, sola y desamparada, enfrente de la hostilidad de todos los que la rodeaban.

La desdichada niña sufría cruelmente; no sólo con aquellas contradicciones exteriores, sino quizá más todavía con las angustias interiores de su alma.

Aquella infantil pastora, que no había conocido en su vida, tan corta todavía, más dolores que los físicos, entraba en un camino más alto y comenzaba á sufrir otros tormentos y otras amarguras. Por un lado, no quería desobedecer ni á la autoridad de sus padres ni á la de las religiosas, y por otro, no podía soportar el pensamiento de faltar á la promesa hecha á la divina Aparición de la Gruta. En aquella alma joven, hasta entónces pacífica, tenía lugar una lucha cruel, pareciéndole que oscilaba invenciblemente entre dos abismos, por igual mortales.

Ir á la gruta, era pecar contra su padre; no ir, era

pecar para con la vision venida de lo alto. En ambos casos pecaba, en su opinion, contra Dios. Y sin embargo, por la fuerza de las cosas era preciso decidirse por uno de los dos partidos, no cabía término medio, y la eleccion fatal era inevitable. Bien es cierto que, segun dice el Evangelio, lo imposible para el hombre es posible para Dios.

La mañana se deslizó entre semejantes angustias, tanto más penosas y desgarradoras, cuanto sucedían en un alma completamente nueva, en aquella edad por lo comun pura y serena, en que tan vivas son las impresiones, y en que el hábito de los dolores humanos no ha formado todavía una especie de callo al rededor del corazon. Hacia el medio dia, las niñas volvían á sus casas para comer.

Bernardita, con el alma destrozada entre dos términos inconciliables de aquella situacion sin salida, caminaba tristemente hacia su casa. La campana de la iglesia de Lourdes acababa de dar el *Angelus* del medio dia.

En aquel momento una fuerza extraña la sobrecogió repentinamente, obrando, nó sobre su espíritu, sino sobre su cuerpo, como hubiese podido hacerlo un brazo invisible, y empujándola fuera del camino que seguía, la arrastraba insensiblemente en la direccion del sendero que se encontraba á la derecha. Aquel impulso era para ella, al parecer, lo que sería para una hoja caída en tierra el sople irresistible del viento. Le era tan imposible detenerse en su camino, como si hubiese sido arrojada súbitamente sobre una rapidísima pendiente. Todo su sér físico se sintió bruscamente arrastrado hacia la

Gruta, adonde conducía aquel sendero, siéndola preciso andar y hasta correr. Y, sin embargo, el movimiento que la conducía no era ni brusco, ni violento; aunque irresistible, nada tenía de apresurado ni de duro; léjos de eso, era la fuerza suprema con la suprema dulzura. La mano todopoderosa que la arrastraba invenciblemente, era al par natural y dulce, como si temiese lastimar á la débil niña.

La Providencia, que gobierna todas las cosas, había pues resuelto el insoluble problema. La niña, sumisa á su padre, no iba á la Gruta á donde solo volaba su corazón, y de improviso, arrastrada á viva fuerza por el Ángel del Señor, llegó allí cumpliendo su promesa á la Virgen, sin que por esto hubiera desobedecido su voluntad á la autoridad paterna.

Fenómenos semejantes se han reproducido más de una vez en la vida de ciertas almas, cuya profunda pureza ha agradado al corazón de Dios. San Felipe de Neri, Santa Ida de Lovaina, San José de Copertino, Santa Rosa de Lima, han experimentado cosas análogas.

Aquel humilde corazón, martirizado y abandonado, se abría á la esperanza, á medida que sus pasos se aproximaban á la Gruta.

— Allí, se decía la niña, volveré á ver á la querida Aparición; allí me consolaré de todas mis penas; allí contemplaré aquel rostro tan hermoso, cuya vista me encanta. A tan crueles dolores va á reemplazar la alegría sin límites, porque la Señora no me abandonará.

Ignoraba en su inexperiencia que el espíritu de Dios sopla donde quiere.

XI.

Un poco ántes de llegar á la Gruta, la fuerza misteriosa que había arrastrado á la niña, pareció, si no interrumpirse, debilitarse por lo ménos. Bernardita caminó más despacio y con una fatiga que habitualmente no tenía; porque se encontraba precisamente en aquel sitio donde otros días un poder invisible parecía á la vez atraerla á la Gruta y sostenerla en su camino. En aquella ocasion no sintió ni aquel atractivo secreto, ni aquel apoyo misterioso; no había sido *atraída* hacia la Gruta, sino *arrastrada*. La fuerza que la había apresado, la había señalado el camino del deber; pero la niña no había experimentado, como las otras veces, una especie de imán invisible que la atrajese, una especie de voz que la llamase. El que tenga la costumbre del análisis comprenderá estas diferencias, más fáciles de sentir que de expresar.

Aunque se había dispersado la mayor parte de la multitud que durante toda la mañana había esperado en vano á Bernardita, hallábase, no obstante, en aquel momento un gentío considerable ante las rocas Massabielle, los unos que habían acudido para rezar, los otros por pura curiosidad, y un gran número que, habiendo

visto á lo léjos caminar á Bernardita en aquella direccion, habían corrido y llegaban al par suyo.

La niña, segun costumbre, se arrodilló humildemente, y se puso á recitar su rosario, mirando la abertura tapizada de musgo y de ramas salvajes, donde la celeste vision se había dignado ya por seis veces aparecer á sus ojos.

La muchedumbre atenta, curiosa, recogida, anhelante, aguardaba á cada momento ver centellear el rostro de la niña, manifestando por su esplendor que el Sér sobrehumano estaba en pié delante de ella. Así trascurrió largo tiempo.

Bernardita oraba con fervor, pero sus facciones no se iluminaban con ningun reflejo divino. La vision maravillosa esperada por la niña no apareció. El cielo pareció abandonarla, y permaneció tan duro á su plegaria y á sus lágrimas, como las rocas de mármol ante las cuales se habían doblegado sus rodillas.

De todas las pruebas á que estaba sometida desde la víspera, aquélla era la más cruel, la amargura de las amarguras.

— ¿Por qué habeis desaparecido? pensaba la niña. ¿No he venido yo en cumplimiento de mi promesa? ¿Por qué me habeis abandonado?

El mismo Sér maravilloso parecía, en efecto, rechazarla tambien y dar la razon, al cesar de manifestarse, á los contradictores, dejando libre el campo á sus enemigos. La muchedumbre, sorprendida, interrogó á Bernardita, que se vió acosada por mil preguntas de los que la rodeaban.

—Hoy, respondía la niña con los ojos enrojecidos por las lágrimas, la Señora no se me ha aparecido, y nada he visto.

—Ahora debes comprender, pobre muchacha, que eso era una ilusión, y que nunca ha habido más que hoy, sino que tú delirabas, decían unos.

—En efecto, decían otros, porque si ayer se hubiese aparecido la Señora, ¿por qué no había hoy de aparecerse lo mismo?

—Pues los otros días la he visto como os veo á vosotros, y hablaba con Ella, que me contestaba; pero hoy, no sé por qué, no ha venido.

—¡Bah! respondía un escéptico, el Comisario de policía ha conseguido su objeto; ya veréis como todo se ha concluido.

«Prohibese á Dios, de orden del Rey, hacer milagros en este sitio.»

Los creyentes que allí se encontraban sentíanse turbados en su corazón, y no sabían qué decir.

En cuanto á Bernardita, segura de sí misma y segura de lo pasado, no sintió asomar en su corazón ni un átomo de duda, pero una tristeza profunda la consumía, y al entrar bajo el hogar paterno derramaba lágrimas y rezaba, pues atribuía la ausencia de la Aparición á haberla dado algún motivo de queja. «¿Habré incurrido en alguna falta?» se preguntaba. Pero su conciencia nada le reprochaba. Sin embargo, su pasión hacia la divina realidad que ansiaba contemplar todavía, aumentaba su intensidad. Buscaba en su alma sencilla algún medio para volverla á ver, y no le encontraba, sintiéndose im-

potente para evocar aquella Hermosura sin mancha que se la habia aparecido , y lloraba con el corazon elevado hácia lo alto , no sabiendo que llorar es rezar.

En el fondo , completamente en el fondo de su alma dolorida , persistía , no obstante , una secreta esperanza y algunos extraños rayos de alegría , atravesando acá y allá tan sombrías nubes , penetraban por intervalos en su corazon , fortaleciendo su fe en la divina Aparicion , á quien siempre amaba y en quien creia ; aunque ya no la viese. Y sin embargo , la pobre é ignorante niña no sabía indudablemente , ni podía saber el sentido de las palabras que se cantaban en aquel dia en la epístola de la Misa. « En Dios os regocijaréis , si es necesario que os entristezcan diferentes pruebas , para que nuestra fe , que así probada es más preciosa que el oro (que se prueba tambien por el fuego) , se torne en alabanza , en gloria y en honor para la manifestacion de nuestro Señor Jesucristo ; *Aquel á quien siempre habeis amado , aunque no le hayais visto , y en quien creeis aunque no le veais al presente , y por lo mismo que creeis , os vereis colmados de una alegría incomparable y gloriosa* (1).

(1) In quo (Deus) exultabitis, modicum nunc oportet contristari in variis tentationibus: ut probatio vestrae fidei, multo pretiosior auro (quod per ignem probatur) inveniatur in laudem, et gloriam, et honorem in revelatione Jesu Christi Domini nostri *Quem quum non videritis, diligitis, in quem nunc quoque non videntes creditis: credentes autem exultabitis letitia inenarrabili, et glorificata.*

Misal Romano. 22 de Febrero. Fiesta de la cátedra de

Aquella humilde aldeana tampoco presentía el acontecimiento que estaba en vísperas de verificarse, y no podía conocer ni aplicar á la roca Massabielle las palabras que los sacerdotes de todo el universo pronunciaban aquel mismo día en el Evangelio de la Misa: *Super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam*. «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (1).» No adivinaba que al día siguiente de horas tan llenas de lágrimas, ella misma anunciaría proféticamente, y pediría en nombre de la Virgen, la creacion de un templo en aquellas desiertas rocas. Todas estas cosas estaban ocultas en la insondable oscuridad del porvenir.

—¿De dónde vienes? le dijo su padre apénas volvió.

Bernardita refirió lo que acababa de suceder.

—¿Y dices, respondieron sus padres, que una fuerza superior te ha arrastrado á tu pesar?

—Sí, contestó Bernardita.

—Debe ser verdad, pensaron, porque esta niña nunca ha mentado.

El padre Soubirous reflexionó largo rato, pareciendo sostener una lucha interior. Por fin levantó la cabeza, como si hubiese tomado una resolucion definitiva.

—Pues bien, dijo; toda vez que ha sucedido eso,

San Pedro en Antioquia. Doble mayor. Epístola de la Misa. Las últimas palabras en letra cursiva terminan, en el texto de la primera epístola de San Pedro, la frase que está cortada por medio en el fragmento de la Misa del día.

(1) Ibid. *Misal Romano*. 22 de Febrero. Fiesta de San Pedro en Antioquia. Evangelio de la Misa.

toda vez que una fuerza superior te ha arrastrado, te dejo en libertad; ya no te prohibo volver á la Gruta.

La alegría, una alegría viva y purísima, iluminó el rostro de Bernardita.

Ni el molinero ni su mujer habían considerado como una objecion la no aparicion de aquel dia. Acaso desde lo íntimo de su alma veían su explicacion en la resistencia que, por temor á la autoridad oficial, habían opuesto á las órdenes sobrehumanas, y que acababa de ser vencida.

XII.

Los acontecimientos últimamente referidos habían tenido lugar hacia el medio dia, y la noticia se había difundido rápidamente por la ciudad. La brusca interrupcion de las apariciones sobrenaturales, daba pié á los más opuestos comentarios. Los unos pretendían convertirle en un argumento sin réplica contra todas las visiones precedentes; los otros, por el contrario, aducían una prueba más en favor de la sinceridad de la niña.

Aquella fuerza irresistible que, contra su voluntad, había arrastrado á Bernardita, hacía encogerse de hombros á los filósofos de la localidad, y suministraba materia para interminables tésis á los honoríficos sabios, que todo lo explicaban por una perturbacion del sistema nervioso.

El Comisario, viendo violadas sus órdenes, y sabiendo además que Francisco Soubirous había levantado á su hija la prohibicion, los hizo comparecer á su casa, lo mismo que á la madre, renovando sus amenazas, y llegando de nuevo á intimidarlos; pero, á pesar del terror que les inspiraba, no encontró, con gran asombro suyo, en Francisco Soubirous, la docilidad ó la debilidad de la víspera.

— Sr. Jacomet, decía el pobre hombre, Bernardita nunca ha mentado, y si el buen Dios, la Santa Virgen ó cualquier Santo la llama, nosotros no podemos oponerlos. ¡Poneos en nuestro lugar, señor Comisario, el buen Dios nos castigará!

— Pero si tú misma dices que la vision no se aparece, argumentaba Jacomet, dirigiéndose á la niña, entónces nada tienes que hacer allí.

— He prometido volver durante quince dias, contestaba Bernardita.

— Esas son patrañas! gritaba el Comisario exasperado; y todos iréis á la cárcel si esta chica continúa amotinando á las masas con sus dengues.

— Dios mio, decía Bernardita, yo voy á rezar completamente sola, sin llamar á nadie; si viene tanta gente delante de mí y á mi lado, no es mia la culpa; se debe á que se ha corrido la voz de que era la santa Virgen, pero por mi parte yo no sé quien es.

Acostumbrado á las sutilezas y á las sofisterías del mundo de los bribones, el agente de policia se sentía desconcertado ante tan profunda sencillez. Su astucia, su maravillosa habilidad, sus capciosas preguntas, sus ame-

nazas, todos los antiguos giros sutiles ó terribles de su oficio habían fracasado hasta entónces contra lo que le había parecido en un principio, y aún le parecía, la debilidad personificada. No admitiendo; ni por un momento, que pudiese equivocarse, no atinaba á comprender la causa de su completa impotencia. Por tanto, léjos de renunciar á oponerse al libre curso de las cosas, resolvió llamar en su ayuda otra clase de refuerzos.

— ¡ Verdaderamente, gritaba golpeando el suelo con el pié, tenemos entre manos un negocio estúpido!

Y, dejando á los Soubirous volver á su casa, corrió á la del Procurador imperial.

El Sr. Dutour, á pesar de su horror hácia la superstición, no podía encontrar en el arsenal de nuestros Códigos ningun texto para tratar á la vidente como criminal. A nadie convocaba; no sacaba de todo aquello, al ménos hasta el presente, ningun provecho pecuniario; iba á rezar en terreno comunal, abierto para todo el mundo, y donde ninguna ley le impedía arrodillarse; no hacía pronunciar á la Aparicion ningun discurso subversivo contrario al gobierno; las poblaciones no se entregaban al menor desórden, evidentemente no había medio alguno de ensañarse en ella.

En cuanto á perseguir á Bernardita por delito de «falsa noticiera» la experiencia probaba que jamás se contradecía; y, á no ser por una contradicción en sus palabras, justificada plenamente, era difícil probar que mentía sin atacar directamente el principio de las apariciones sobrenaturales, principio admitido siempre por la Iglesia católica. Así, pues, sin el beneplácito de las altas auto-

ridades de la magistratura y del Estado, un simple procurador imperial no podía por sí solo provocar un conflicto de esta clase.

Para que fuese posible perseguirla, se necesitaba al ménos que Bernardita se contradijese uno ú otro día, que á ella ó á sus padres les resultara algun interes de lo que estaba sucediendo, ó que la muchedumbre se entregase á algun desórden, cosas todas posibles.

De esta hipótesis al deseo de llevarla á cabo; de esta perspicacia para comprender las cosas de los talentos enemigos del fanatismo popular, al deseo de tender lazos á la multitud ó á la niña, no había sin duda más que un paso para las naturalezas vulgares que se agitan más abajo del mundo oficial. Pero el Sr. Jacomet era un funcionario, y la moralidad de la policía está al abrigo de semejantes sospechas. Sólo los que sean mal pensados pueden creer en la existencia de agentes provocadores.

XIII.

Al día siguiente por la mañana la muchedumbre se encontraba delante de la Gruta ántes de salir el sol. Bernardita llegó con aquella serena sencillez que no alteraban ni la hostilidad amenazadora de los unos, ni la entusiasta veneracion de los otros. La tristeza y las angustias de la víspera habian dejado algunas huellas sobre su cara. Temía no volver ya á ver á la Aparicion, y

aunque tuviese alguna esperanza, no se atrevía á abandonarse á ella.

Arrodillóse humildemente, apoyando una de sus manos en un cirio bendito que había llevado, ó que le habían dado, mientras sostenía en la otra el rosario.

El tiempo estaba sereno y la llama del cirio no subía más recta hacia el cielo que la oracion de aquel alma hacia el mundo invisible de donde habitualmente descendía la bienaventurada Aparicion. Así debía ser sin duda, porque apenas se había prosternado la niña, cuando la inefable belleza, cuya vuelta invocaba tan ardientemente, se apareció ante su vista, arrebatándola fuera de sí misma. La augusta Soberana del Paraíso detuvo sobre la hija de la tierra una mirada llena de inexplicable ternura, pareciendo amarla todavía más desde que había sufrido. Ella, el mayor, el más sublime, el más poderoso de los séres creados; Ella, cuya gloria dominando todas las edades y llenando la eternidad, hace palidecer, ó más bien desaparecer, toda otra gloria. Ella, Hija, Esposa y Madre de Dios, pareció desear que se convirtiesen en íntimos y estrechos lazos que la unían á la niña ignorante y desconocida, á la humilde guardadora de ovejas, y la llamó con aquella voz armoniosa cuyo encanto profundo extasia los oídos de los ángeles.

— ¡Bernardita! decía la divina Madre.

— Aquí estoy, respondió la niña.

— Tengo que deciros en particular un secreto que á vos sola os concierne. ¿ Me prometeis no repetirlo nunca á nadie de este mundo?

— Os lo prometo, dijo Bernardita.

El diálogo continuó, entrando en el terreno de un misterio profundo, que ni nos es posible ni permitido sondear.

Como quiera que sea, una vez establecida aquella especie de intimidad, la Reina del Reino eterno, mirando con predilección á la niña que la víspera había sufrido y que debía sufrir todavía más por amor suyo, se deleitó en escogerla como la embajadora, entre los hombres, de una de sus voluntades.

—Y ahora, hija mía, dijo á Bernardita, id, id á decir á los sacerdotes que quiero que se me edifique aquí una capilla.— Y al pronunciar estas palabras, su fisonomía, su mirada y su ademán parecían prometer que allí repartiría gracias sin cuento.

Dicho esto, desapareció, volviendo á entrar en las tinieblas la cara de Bernardita, como la noche vuelve á entrar en la tierra cuando el sol se ha borrado poco á poco en las profundidades del horizonte.

La multitud se oprimía en torno á la niña, poco ha transfigurada todavía por el éxtasis, sintiéndose conmovidos todos los corazones. Por todas partes la acosaban sin que nadie la preguntase si la vision había tenido lugar, porque en el momento del éxtasis, todos habían tenido conciencia de hallarse presente la Aparicion; pero se deseaba saber las palabras que había pronunciado, esforzándose todos por acercarse á la niña y por oirla.

—¿Qué os ha dicho? ¿Qué os ha dicho la Vision? era la pregunta que salía de todas las bocas.

—Me ha dicho dos cosas, una para mí sola, y otra para los sacerdotes, que voy á repetirles en seguida,

respondió Bernardita , que ansiaba tomar el camino de Lourdes para cumplir su mision.

Admirábase aquel dia , como los anteriores , de que no hubiesen oido todos su diálogo , ni visto á la Señora. «La Vision habla bastante alto para que se la oiga , decia , y yo tambien levanto la voz como de costumbre.» Efectivamente , se veían mover durante el éxtasis , los labios de la niña , pero sin oirla pronunciar palabra alguna. En ese estado místico , los sentidos se espiritualizan en cierto modo , y las realidades que los impresionan son imperceptibles por completo para los groseros órganos de nuestra decaida naturaleza. Bernardita veía , oía y áun hablaba , y sin embargo , nadie en torno suyo notaba ni el sonido de sus palabras ni el cuerpo de la Aparicion. ¿Estaría en un error? Nó : ella sola , ayudada del socorro espiritual de la gracia extática , estaba en la verdad ; ella sola percibía momentáneamente lo que escapaba á los sentidos de todos ; no de otro modo que el astrónomo ayudado del socorro material del telescopio , contempla por un instante en los cielos la estrella enorme , pero lejana , que el vulgo no descubre. Fuera del éxtasis , ya nada veía ; del mismo modo que sin el admirable instrumento de óptica , que centuplica el alcance de su vista , el astrónomo es tan impotente como otro cualquiera para descubrir la oculta estrella.

XIV.

¿A qué se reducía aquella extraña é íntima conversación, aquel particular secreto de que hablaba Bernardita sin querer explicar su naturaleza? ¿Qué secreto cabía entre la Madre del Omnipotente, Criador de la tierra y de los cielos, y la humilde hija del molinero Soubirous; entre aquella radiante Majestad, la más alta despues de Dios; entre aquella Reina suprema de los reinos de lo infinito y la pastorcilla de los ribazos de Bartrés? A buen seguro que no tratarémos de adivinarlo, pues considerariamos como un sacrilegio escuchar á las puertas del cielo.

No obstante, nos será permitido hacer notar el profundo y delicado conocimiento del corazon humano y la prudencia natural, que sin duda determinaron á la augusta interlocutora de Bernardita á hacer que precediesen algunas palabras secretas á la mision pública de que la investía. Y favorecida, á vista de todos, por visiones maravillosas; encargada de un mensaje del otro mundo para los sacerdotes del verdadero Dios, aquella alma de niña, hasta entónces tan pacífica y solitaria, se encontraba trasportada súbitamente al centro de innumerables muchedumbres y de agitaciones infinitas. Iba á ser el blanco de las contradicciones de unos, de las amenazas de otros, de las burlas de muchos, y lo que era mucho más peligroso

para ella , de la entusiasta veneracion de un gran número. Aproximábanse los tiempos en que la aclamarían las gentes , disputándose como santas reliquias los harapos de sus vestidos ; en que personajes ilustres y eminentes se inclinarían en su presencia , solicitando su bendicion ; en que se edificaría un magnífico templo donde pueblos enteros acudirían en peregrinacion y en incesantes procesiones , por la sola fe de su palabra ; y por estas razones , la pobre hija del pueblo estaba á punto de atravesar la prueba más terrible que pudiera combatir su humildad , prueba en que se exponía á perder para siempre su sencillez , su candor y todas las dulces y modestas virtudes que habían germinado y florecido en el seno de la soledad. Las mismas gracias que recibía se convertían tambien en un temible peligro , peligro al cual han sucumbido más de una vez almas escogidas , honradas con los favores del cielo. El mismo San Pablo , despues de sus visiones , sentiase tentado por el orgullo y era preciso que el Angel malo de la carne le abofetease para impedir que se exaltara su corazon.

La Santa Virgen quería , sin embargo , librar á aquella niña tan amada , sin permitir al Angel malo acercarse á aquel lirio de inocencia , abierto á los rayos de su gracia. En efecto , ¿qué hace una madre cuando ve á su hijo amenazado de un peligro ? Le estrecha más y más tiernamente contra su seno , diciéndole *muy quedito* , con el misterio de una frase dulcemente susurrada á sus oidos : «Nada temas , aquí estoy yo.» Y si se vé obligada á abandonarle un momento y dejarle solo , le dice : «No me separo mucho : me tienes á dos pasos , á tu lado ; con

sólo alargar tu mano, tocas la mía.» Así hizo con Bernardita la Madre de todos nosotros. En el momento que el mundo y sus tentaciones, Satan y sus redes sutiles iban á esforzarse en arrancársela, quiso intimar más profundamente con ella; la rodeó con sus brazos, y la oprimió con más fuerza contra su corazón. Decir Ella, ¡la Reina del cielo! un secreto á la hija de la tierra, equivale á todo esto; era tanto como elevar á Bernardita hasta su corazón y hasta sus labios, que le hablaban en voz baja; era crear con aquel recuerdo infantil un sitio de refugio inaccesible, un asilo de paz y de intimidad que nadie vendría á turbar jamás.

Un secreto confiado y escuchado forma el lazo más estrecho entre dos almas. Decir un secreto, es abrir su corazón y entregar su alma á otro, darle una prenda segura de abandono y de fidelidad, establecer un lugar cerrado y una especie de cita sagrada entre dos corazones.

Cuando alguno superior, alguno infinitamente por cima de nosotros nos ha confiado un secreto, ya no podemos dudar de él. Su amistad ha tomado en cierto modo por esa íntima confianza, domicilio en nosotros mismos; se ha hecho el huésped constante, y puede decirse con más propiedad, el habitante de nuestra alma. Pensar en su secreto, es, en cierto modo, estrechar su mano misteriosamente, y sentir su presencia.

Un secreto confiado por la Virgen á la hija del molinero se convertía, por consiguiente, para esta última, en la salvaguardia más segura. No necesitamos acudir á la teología para que nos lo explique: el mismo estudio del corazón humano lo hace evidente.

LIBRO TERCERO.

Bernardita y el Párroco de Lourdes.—Petición de una prueba.—Aparición del 24 de Febrero.—Narración del Sr. Estrada.—Desinterés de los Soubirous.—Aparición del 25 de Febrero: salto de la fuente.—Coincidencias proféticas.—Luis Bourriette: María Daube: Bernarda Soubie: Fabian Baron: Juana Crassus.—Turbación de los libre-pensadores.

I.

Cuando Bernardita llegó á la ciudad, las oleadas populares la habían precedido para ver lo que hacía.

La niña bajó el camino que atraviesa á Lourdes, constituyendo su calle principal; despues, deteniéndose en la parte interior de la poblacion, ante la tapia de un rústico jardin, abrió la puerta verde, de hechura de cancel, y se dirigió hacia la casa de la cual dependía el jardin.

La muchedumbre, por un sentimiento de respeto y conveniencia, no siguió á Bernardita, deteniéndose en la calle.

Humilde y sencilla, cubierta con sus pobres vestidos, que á puro remendados no se sabía su primitivo color,

con la cabeza y los hombros resguardados por su capuchita blanca de grosera tela; no llevando, en suma, ninguna señal exterior de una misión de lo alto, á no ser quizá el manto real de la indigencia que llevó Jesucristo, la mensajera de la Virgen aparecida en la Gruta acababa de entrar en casa del hombre venerable, que personificaba en aquel rincón de la tierra y para aquella niña, la autoridad indefectible de la Iglesia católica.

Aunque era todavía muy temprano, el señor Párroco de Lourdes ya había rezado el oficio divino.

No sabemos si en el momento en que iba á oír por vez primera á la pobre pastora, tan pequeña á los ojos del púlpito y del mundo, como grande acaso según el cielo, le recordó su memoria las diversas palabras que acababa de pronunciar, precisamente aquel mismo día, en el Intróito y en el Gradual de la Misa: *In medio Ecclesie aperuit os ejus... Lingua ejus loquitur judicium. Lex Dei ejus in corde ipsius.* «Sus labios han hablado en medio de la Iglesia... Su lengua ha dicho lo que era justo. Tiene en su corazón la ley de Dios (1).»

Al Sr. Peyramale costábale algún trabajo, aunque estaba plenamente convencido, como fiel y piadoso hijo de la Iglesia, de la posibilidad de las Apariciones, creer en la realidad divina de aquella visión extraordinaria que, según el dicho de una niña, se presentaba, á las orillas del Gave, en la Gruta, poco ántes desconocida,

(1) *Misal Romano*. 27 de Febrero. Fiesta de San Pedro Damian. Intróito y Gradual de la misa.

de las rocas Massabielle. El aspecto del éxtasis le hubiera convencido indudablemente; pero no lo había visto por sus propios ojos, y le asaltaban grandes dudas, en primer lugar, sobre la misma realidad de las Apariciones, y luégo sobre su carácter divino. Y en efecto, una cierta inquietud es legítima en asuntos de esta clase, porque el Angel de las tinieblas se trasforma á veces en Angel de la luz. Por tanto juzgaba necesario probar por sí mismo la sinceridad de la vidente; de aquí que acogiese á Bernardita con una desconfianza algo áspera en la expresion y que rayaba ya en severidad.

Aunque, segun hemos dicho, se hubiese mantenido extraño á todo lo que pasaba, y no hubiera hablado en su vida á Bernardita, tan nueva, por otra parte, entre sus ovejas, la conocía, no obstante, de vista, por habérsela enseñado algunas personas, la víspera ó la antevíspera, en el momento de pasar por la calle.

—¿No eres tú Bernardita, la hija de Soubirou's, el molinero? le dijo, cuando, despues de pasar el jardín, penetró en su estancia.

El Sacerdote eminente, cuyo retrato hemos hecho, era familiar como un padre con sus feligreses, teniendo costumbre de tutear de esta manera á todos los de su rebaño. Solamente que aquel dia, el tono del padre era severo.

—Sí, yo soy, señor Cura, respondió la humilde mensajera de la Santísima Virgen.

—Pues bien, Bernardita, ¿qué me quieres?... ¿Qué vienes á hacer aquí? replicó, no sin alguna rudeza, y deteniendo en la niña una mirada, cuya fria reserva y se-

vera inquisicion eran á propósito para desconcertar á un alma poco segura de si misma.

—Señor Cura, vengo de parte de la «Señora,» que se me aparece en la gruta de Massabielle...

—¡Ah, sí! dijo el Sacerdote cortándola la palabra; tú pretendes tener visiones, y alborotas el país con tus cuentos. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué te ha pasado desde hace algunos dias? ¿Qué son, pues, esas cosas extraordinarias que afirmas y que con nada pruebas?

Bernardita se sentía acongojada, sorprendida acaso con su inocencia, por la actitud severa y el tono casi duro que al recibirla había tomado el Sr. Peyramale, habitualmente tan bueno, tan paternal y tan dulce para sus feligreses; y en particular para los humildes y los niños.

Bernardita, con el corazon un poco oprimido, pero sin ninguna turbacion y con la pacífica seguridad de la verdad, refirió sencillamente lo que el lector ya sabe.

El hombre de Dios sabía hacerse superior á sus prevenciones personales. Acostumbrado por una larga práctica á leer en el fondo de los corazones, admiraba interiormente, al oirla hablar, el carácter asombrosamente verídico de aquella aldeanilla, refiriendo en su lenguaje sencillo tan maravillosos acontecimientos. Era imposible para su naturaleza tan recta, tan elevada y tan noble, oír semejante acento de verdad y observar aquellas facciones tan puras y tan armoniosas que sólo inspiraban bondad, sin sentirse atraído interiormente á creer en su palabra.

Los mismos incrédulos, según hemos dicho, no acusaban ya la sinceridad de la niña. En sus éxtasis, la

verdad nacida de lo alto parecía iluminarla por completo y entrar en su interior. En sus relatos, la verdad parecía salir de su persona y radiar en torno suyo, calentando los corazones y disipando, como vanas nubecillas, las confusas objeciones del talento. Aquella niña extraordinaria llevaba, en una palabra, al rededor de su frente una especie de aureola de sinceridad, visible para las almas puras y aún para las demas, y su acento tenía el don de desterrar la duda.

Por inquebrantable y tenaz que fuese el carácter del Sr. Peyramale, por grande que fuese su firmeza de alma y de espíritu, por viva que fuere su desconfianza, su corazón se sintió extrañamente impresionado por una emoción, al parecer inexplicable, ante las palabras de aquella Bernardita, de quien tanto se hablaba y á quien oía por vez primera. Aquel hombre tan fuerte sentíase vencido por aquella omnipotente debilidad. No obstante, tenía demasiado imperio sobre sí mismo y demasiada prudencia para dejarse llevar por una impresión que, después de todo, hubiera podido engañarle. Como simple particular, acaso hubiese dicho á la niña: «Te creo.» Como pastor de un rebaño y encargado de velar por la verdad, había resuelto no convencerse sino con pruebas palpables y visibles. Ningun músculo de su cara hizo traición á su agitación interior, teniendo la fuerza suficiente para conservar hacia la niña su fisonomía ruda y severa.

—¿Y no sabes el nombre de esa Señora?

—Nó, respondió Bernardita. No me ha dicho quién era.

— Los que te creen , añadió el sacerdote , se imaginan que es la Santa Virgen María. ¿ Pero , sabes tú , añadió con voz grave y ligeramente amenazadora , que si pretendes falsamente verla en la Gruta , te expones á no verla nunca en el cielo ? Aquí , dices que la ves tú sola ; allí arriba , si mientes en este mundo , los otros la verán , y tú estarás , por tu embuste , léjos de ella para siempre , y para siempre sumida en el infierno.

— Yo no sé si es la Santa Virgen , señor Cura , respondió la niña ; pero veo la vision , como os veo ahora ; y me habla , como me hablais. Y vengo á deciros , de su parte , que quiere se la edifique una capilla en las rocas de Massabielle , donde se me aparece.

El Párroco miró á la niña , que le intimaba con tan completa seguridad aquella formal peticion , y á pesar de su precedente emocion , no pudo , ante la infantil y humildé apariencia de la embajadora del cielo , cõntener una sonrisa al escuchar tan extraño mensaje. La idea de que aquella niña era victima de una ilusion , sucedió en su espíritu á la emocion de su corazon , y la duda volvió á apoderarse de su ánimo.

Hizo que Bernardita le repitiese las mismas palabras que había empleado la Señora de la Gruta.

— Despues de haberme dicho el secreto que me concierne , y que no puedo repetir , añadió : « Y ahora , id á decir á los sacerdotes que quiero que se me edifique aquí una capilla. »

El Sacerdote guardó silencio un instante. « ¡ Despues de todo , es posible ! » pensaba. Y ante el pensamiento de que la Madre de Dios le enviaba á él , pobre y des-

conocido Sacerdote, un mensaje directo, sentíase confuso y agitado. Después se preguntaba, mirando á la niña : « ¿Dónde está la garantía, ni qué me prueba que no soy juguete de un error? »

—Si la «Señora» de que me hablas, es verdaderamente la Reina del Cielo, me creeré muy feliz contribuyendo, en cuanto mis fuerzas lo permitan, á edificarle una capilla; pero tu palabra no es una garantía. Nada me obliga á creerte. Yo ignoro quién es esa Señora; y antes de ocuparme en complacer sus deseos, debo averiguar si tiene derecho á que se obedezcan. Pídele, por consiguiente, que me dé alguna prueba de su poder.

La ventana estaba abierta, y la mirada del Sacerdote, vagando por el jardín, se fijó en la vegetación detenida y la muerte momentánea que dan á las plantas los hielos del invierno.

—La Aparición, según me has dicho, tiene bajo sus piés un rosal silvestre que sale de las rocas. Ahora estamos en Febrero. Dile de mi parte, que si quiere la capilla, le haga florecer.

Y despidió á la niña.

II.

No tardó mucho en saberse con todos sus detalles el diálogo que acababa de sostener Bernardita con el Sacerdote, de todos venerado, que era, á la sazón, párroco de la ciudad de Lourdes.

—La ha recibido mal, decían con alegría los filósofos y los sabios; tiene demasiada inteligencia para creer en los delirios de una alucinada, y ha salido, con infinito tacto, de una situación embarazosa. Por un lado, dar su asentimiento á semejantes locuras, era imposible para un hombre de su talento y de sus alcances: por otro, oponerlas una negación pura y simple, era ponerse en pugna con toda aquella población fanática. En lugar, pues, de tomar un partido extremo, en lugar de dejarse coger entre los filos de ese dilema, evade tranquilamente la dificultad, y sin ir abiertamente contra la creencia popular, pide con mucha finura una prueba visible, palpable, cierta, de la aparición; en suma, un milagro; es decir, lo imposible. Condena á la mentira ó á la ilusión á refutarse por sí mismas, y con la espina de un rosal silvestre, hace reventar ese enorme globo. ¡Magnífico expediente!

Jacomet, el Sr. Dutour y sus amigos se regocijaban. «La Aparición está obligada á presentar su pasa-

porte,» era una frase que se repetía sonriendo en los sitios oficiales.

—El rosal florecerá, decían los creyentes más firmes, los que estaban todavía bajo la impresion del espectáculo de Bernardita en éxtasis.

Un gran número, aunque tenían fe en la aparición, temían una prueba. El corazón del hombre está formado de esta suerte, y el Centurion del Evangelio hablaba por la mayor parte de nosotros cuando decía: *Credo, Domine: adjuva incredulitatem meam.* «¡Creo, Señor: ven en ayuda de mi incredulidad!»

Unos y otros aguardaban con impaciencia la mañana del siguiente día.

III.

Muchos de aquéllos á quienes un desden superior hacia la superstición, había impedido hasta entónces mezclarse á las oleadas de la muchedumbre para examinar los hechos, resolvieron acudir en adelante á la Gruta, para presenciar la decepción pópular, siendo uno de ellos el Sr. Estrada, aquel recaudador de contribuciones indirectas de que hemos hablado, y que había asistido al interrogatorio de la vidente en casa del Sr. Jacómet. Se recordará que entónces, vivamente conmovido por el extraordinario acento de sinceridad de Bernardita, no pudo poner en duda su buena fe, suponiendo su relato

efecto de una alucinación. A veces, sin embargo, debilitándose su primera impresión, se inclinaba á la solución de Jacomet, que se obstinaba en no ver en aquello sino una comedia muy hábil y un milagro de farsa. Su filosofía, firmísima por otra parte en sus principios, oscilaba entre ambas explicaciones, únicas posibles en su opinión. Era tal su desprecio hacia las extravagancias místicas y las imposturas que, á pesar de su secreta curiosidad, había hecho hasta entónces cuestión de honor no asistir á las rocas de Massabielle. No obstante, aquel día se decidió á visitarlas, parte por asistir á tan extraño espectáculo, parte por espíritu de exámen, y parte también por complacer y acompañar á su hermana, muy conmo vida con aquellos relatos, y á algunas señoras de la vecindad. Él mismo nos ha referido sus poco sospechosas impresiones.

«Llegué, nos dijo, muy dispuesto á examinarlo todo, y para ser franco, á burlarme y reirme; esperando encontrarme con una comedia, ó con grotescas farsas. Una inmensa muchedumbre se iba reuniendo poco á poco al rededor de aquellas salvajes rocas, admirándome interiormente la sencillez de tantos necios, y riéndome de la credulidad de una porción de mujeres que se habían arrodillado devotamente delante de las rocas. Habíamos llegado muy de mañana, y gracias á mis codos pude, no sin harto trabajo, colocarme en primera fila. A la hora acostumbrada, hacia la salida del sol, llegó Bernardita. Yo estaba junto á ella observando en sus facciones infantiles aquel sello de dulzura, de inocencia y de profunda tranquilidad que dias ántes me había llamado la atención

en casa del Comisario. Arrodillóse naturalmente, sin ostentacion y sin cortedad, sin turbarse y sin aturdirse por la muchedumbre que la rodeaba, enteramente lo mismo que si hubiese estado sola en una iglesia ó en un bosque desierto, léjos de toda mirada humana. Sacó un rosario y principió á rezar. Bien pronto sus ojos parecieron recibir y reflejar una luz desconocida, quedándose fija y deteniéndose maravillada, extasiada, radiante de felicidad en la abertura de la roca. Dirigí al mismo tiempo mi mirada en aquella direccion, y nada ví, absolutamente nada, á no ser las desnudas ramas del rosal silvestre. Y no obstante, ¿qué podré decir? Ante la transfiguracion de la niña, todas mis preocupaciones anteriores, todas mis objeciones filosóficas, todas mis negaciones preconcebidas cayeron de un golpe, haciendo lugar á un sentimiento extraordinario que me sobrecogió á mi pesar. Sentí la certidumbre y como la irresistible intuicion de que allí se encontraba un sér misterioso. Mis ojos no le descubrían, pero mi alma, como las de todos los innumerables testigos de tan solemne momento, le veía con la luz íntima de la evidencia. Sí, lo afirmo, allí se hallaba un Sér divino. Súbita y completamente transfigurada Bernardita no era ya Bernardita; era un ángel del cielo sumido en indescriptibles arrobamientos. Su rostro no era el mismo; otra inteligencia, otra vida, iba á decir otra alma, se pintaban en él. Ya no se asemejaba á sí misma, parecía otra persona diferente. Su actitud, sus menores ademanes, su manera, por ejemplo, de hacer la señal de la cruz, tenían una nobleza, una dignidad, una grandeza sobrehumanas. Abría sus grandes ojos, que no

se hartaban de ver, ojos petrificados y casi inmóviles, como si temiera; al parecer, bajar los párpados y perder un solo instante la vista arrebatadora de la maravilla que contemplaba. Sonreíase también ante aquel Sér invisible, dando perfecta idea del éxtasis y la bienaventuranza. Yo no estaba ménos conmóvido que los demas espectadores, reteniendo, como ellos, mi aliento, para procurar oír el coloquio que se había entablado entre la Virgen y la niña. Ésta escuchaba con la expresion del más profundo respeto, ó por mejor decir, de la más absoluta adoracion, mezclada con un amor sin limites y con el más dulce arrobamiento. Aunque á veces una nube de tristeza velase su rostro, su expresion habitual era la de una grande alegría y observé que había momentos en que no respiraba. Durante todo aquel tiempo conservaba su rosario en la mano, ora inmóvil (porque á veces parecía olvidarle para abismarse en la contemplacion del Sér divino) ora pasándole irregularmente entre sus dedos, ó tomando el movimiento ordinario, todo en perfecta armonía con su semblante, que expresaba sucesivamente la admiracion, la plegaria, la alegría. Por intérvalos hacía aquellas señales de la cruz tan piadosas, tan nobles, tan llenas de poder de que acabo de hablar. Si en el cielo se persignasen, sólo pueden hacerlo como Bernardita en éxtasis. Aquel ademan de la niña, por limitado que fuese, parecía abrazar lo infinito.»

En un momento dado, Bernardita se adelantó, andando sobre sus rodillas, desde el punto donde rezaba, es decir, desde las orillas del Gave, hasta el fondo de la Gruta, que se hallaba á unos quince metros. Miétras

subía aquella pendiente, algo escarpada, las personas que se hallaban á su paso la oyeron pronunciar muy distintamente estas palabras: « ¡Penitencia! ¡penitencia! ¡penitencia! »

« Pocos momentos despues se levantó, nos decia el Sr. Estrada, volviendo á emprender el camino de la ciudad en medio de la muchedumbre. Ya no era más que una pobre muchacha harapienta, que parecia no haber tomado más parte que los demás en aquel sorprendente espectáculo (1). »

Sin embargo, durante la precedente escena, el rosal silvestre no había florecido. Sus ramas secas y sin atractivos, serpenteaban inmóviles á lo largo de las rocas, mientras la multitud esperaba en vano el milagro encantador y embalsamado pedido por el primer pastor de la poblacion.

« ¡Circunstancia notable! La fe de los fieles apénas se quebrantó, y á pesar de aquella aparente protesta de la naturaleza muerta, contra todo poder sobrenatural, muchas personas de consideracion, entre otras aquella cuya relacion acabamos de transcribir, se convirtieron á la fe por el inaudito espectáculo de la transfiguracion de la vidente.

La muchedumbre examinaba, como siempre, la Gruta en todos sentidos, despues de la terminacion del

(1) El Sr. Luis Veuillot ha referido en gran parte, pero con menos detalles, en *L'Univers* del 28 de Julio de 1858, la narracion que con posterioridad nos hizo tambien á nosotros el Sr. Estrada.

éxtasis y la partida de la niña, explorándola también, como todos, el Sr. Estrada, con el mayor cuidado. Todos esperaban encontrar en ella algo extraordinario, pero nada llamaba su atención. Sólo veían una cavidad natural en una roca dura sobre un piso seco en todas partes, excepto en la entrada y á poniente, cuando en los días lluviosos el viento arrastraba una humedad pasajera.

IV.

—Y bien; ¿la has visto hoy también, y qué te ha dicho? preguntó el Párroco de Lourdes á Bernardita cuando, de vuelta de la Gruta, se presentó en su casa.

—He visto á la Vision, respondió la niña, y la he dicho: «El Sr. Cura os pide algunas pruebas, por ejemplo: hacer florecer el rosal que está á vuestros piés, porque mi palabra no basta á los Sacerdotes, que no se quieren fiar de mí.» Entónces se ha sonreído, pero sin hablar. Despues me ha mandado que rezase por los pecadores, y que subiese hasta el fondo de la Gruta, donde ha gritado por tres veces las palabras: «¡Penitencial ¡penitencia! ¡penitencia!» que yo he repetido arrastrándome arrodillada hasta el fondo de la Gruta. Allí me ha dicho otra vez un segundo secreto, que me es personal, y despues ha desaparecido.

—¿Y qué has encontrado en el fondo de la Gruta?

—He mirado despues que ha desaparecido la Señora

(porque mientras está presente sólo me fijo en Ella, que absorbe toda mi atención) y sólo he visto la roca, y en el suelo algunas matas de yerba que brotaban en medio del polvo.

El Párroco quedóse pensativo.

—Aguardemos, se dijo.

Por la noche el Sr. Peyramale refirió su entrevista á los vicarios de Lourdes y á algunos sacerdotes de las cercanías, que se chancearon con su decano por el poco éxito de su petición.

—Si es la Santísima Virgen, querido señor, le decían, su sonrisa al escuchar vuestra exigencia nos parece poco favorable para vos; y una ironía de lo alto es cosa hartó sensible.

El Párroco rechazó este argumento con su habitual presencia de espíritu.

—Esa sonrisa habla en mi favor, respondió. La Santísima Virgen no es burlona. Si hubiese obrado mal, no se hubiese sonreído, se hubiese movido á compasión. Se ha sonreído, luego me aprueba.

V.

Algo de verdad había ciertamente en la sutil respuesta del Sr. Peyramale, pero acaso no tanto como él pensaba. En efecto, si hubiese en aquel instante reflexionado maduramente, con su profunda capacidad y

su elevacion de alma en las palabras pronunciadas, poco despues de haberse sonreido, por la celeste Aparicion, hubiese comprendido el sentido de aquella sonrisa que no podía explicar la pobre niña favorecida con las visiones.

« Rezar por los pecadores, hacer penitencia, subir de rodillas la pendiente escarpada y penosa que va desde las rápidas y tumultuosas olas del torrente hasta la inmutable roca en que debe fundarse uno de los santuarios de la Iglesia; » tal había sido la órden de la Aparicion despues de la plegaria de la niña; tal había sido su respuesta á la peticion de hacer florecer el rosal silvestre; tal había sido el clarísimo comentario de su sonrisa. El Párroco de Lourdes tardó mucho en comprender el admirable sentido de aquella respuesta simbólica.

— « ¡Y qué! ¿A mí que soy la Madre del Salvador, de aquel Jesus que tanto sufrió por hacer bien y por consolar á los afligidos, sólo se me pide, en prueba de mi poder divino, la inútil y frágil maravilla que harán por sí mismos de aquí á pocos dias los rayos de mi servidor el sol? Cuando la multitud de los pecadores, indiferentes y hostiles á la ley de Dios, cubre la faz de la tierra; cuando los pueblos culpables ó extraviados acuden á apagar su sed en los ponzoñosos rios de este mundo, en esos turbios torrentes que corren hacia los abismos; cuando tanto necesitan en la actualidad subir de rodillas el rudo camino que separa la vida fugitiva y agitada de la carne, de la inmutable vida del espíritu; cuando la salvacion de tantos desdichados y la curacion de tantos enfermos es el anhelo constante de mi corazon maternal, ¿no se me piden pruebas mejores de mi poder que hacer que las rosas

florezcan en pleno invierno? ¿Será tan fútil distraccion la causa de que me aparezca á una hija de la tierra y abra en su presencia mis manos llenas de gracia?»

Tal era, en nuestra opinion y en cuanto le sea permitido á un misero mortal interpretar cosas tan altas, el profundo sentido de aquella sonrisa y de aquellas órdenes por las cuales respondía la Madre del género humano á la peticion del pastor de Lourdes. Dios no quiere, sobre todo en tiempos malos y menesterosos, entretener, en cierto modo, su omnipotencia con frívolos prodigios que sólo impresionen la vista, y con efímeras señales que se agostarían de la mañana á la noche y que arrastraría el primer soplo de viento: Dios quiere hacer cosas buenas y útiles, y sus milagros son siempre otros tantos beneficios. Cuando quiere fundar una cosa eterna, la apoya desde luego sobre una prueba eterna que no pueden borrar los siglos.

Sin embargo, la humilde súplica de un corazón justo, nunca se pierde, y si la Madre de Dios y aún Dios mismo, rehusa hacer germinar algunas flores fugitivas que encantan un instante, es para dar frutos que alimenten, que duren y que se renueven sin cesar.

No debía tardar en manifestarse á los ojos de todos, brillantes como el sol, la prueba de estas diferentes verdades.

No obstante, ¿qué significaba aquella orden dada á Bernardita de subir arrodillada hasta que se viese detenida por el tajo de la enjuta roca? Nadie lo sabía, ni nadie recordaba ante aquel árido peñasco, que desde que la Sinagoga se mató, creyendo matar á Jesus, la vara

de Moisés ha pasado en herencia al pueblo cristiano.

El Sr. Párroco de Lourdes, á pesar de su alta penetracion, no vió desde un principio aquellas cosas cuya evidencia habia de darle el porvenir. La duda acentuadísima que sentia en el fondo de su alma hacia la realidad de la Aparicion, le impedía meditar detenidamente las diversas circunstancias de la escena de la Gruta, y fijar en ellas aquella clara mirada que acostumbraba dirigir á todas las cosas de Dios.

Por más que se sintiesen algo desconcertados en presencia de las conversiones verificadas el mismo dia en las rocas Massabielle por el extraordinario esplendor de la transfiguracion de Bernardita, los libre-pensadores del lugar se regocijaban particularmente con el descalabro sufrido por los creyentes, con motivo de la humilde y graciosa prueba pedida por el Sr. Peyramale, cuya peticion alababan todavia más que la víspera: «Jacomet, decían, ha cometido una torpeza queriendo matar la Aparicion: el Párroco, mucho más hábil, la obliga á suicidarse.» Incapaces de comprender la sencilla lealtad de aquella imparcial discrecion, que queria, sin duda, pruebas ántes de creer, pero tambien ántes de negar, llamaban astucia á lo que era prudencia, y veían un lazo en la natural súplica de un alma justa, en persecucion de la verdad. Poco se necesitaba, segun se ve, para que aquellos señores hiciesen al venerable pastor de Lourdes en aquella ocasion el honor, muy grande acaso, pero muy inmerecido seguramente, de contarle como uno de los suyos.

VI.

El importante Sr. Jacomet parecía, sin embargo, disgustado por no haber cogido á la embaucadora en flagrante delito de engaño, y destruido, sin ayuda de nadie, aquella naciente supersticion. Romplase la cabeza tras la clave del enigma, porque principiaba á convencerse, por la misma peticion del Párroco de Lourdes, de que el Clero no entraba para nada en aquel asunto. No le quedaban, pues, por escudriñar más que aquella muchacha y sus padres. No obstante, tenía seguridad de conseguir por uno ú otro camino su objeto.

Cuando Bernardita salía á la calle, la multitud se agolpaba en torno suyo; deteníanla á cada paso; todos anhelaban por oír de su boca detalles de las apariciones. Muchos, entre los cuales se hallaba el Sr. Dufo, abogado y uno de los hombres más notables del país, la vieron, la preguntaron y no resistieron al secreto poder que la verdad viva ponía en sus palabras.

Muchas personas visitaron durante el día la casa de los Soubirous para oír las relaciones de Bernardita, que con tanto candor como complacencia se prestaba á aquellos inocentes interrogatorios. Adivinábase que en ade-

lante su particular funcion y su deber consistía en dar testimonio de lo que había visto y oído.

En un ángulo de la habitacion, una capillita adornada de flores, de medallas y de imágenes piadosas, y coronada por una estatua de la Virgen, ofrecía una apariencia de lujo y atestiguaba la piedad de aquella familia. El resto del cuarto presentaba el espectáculo de la más dolorosa desnudez: un colchon, algunas malas sillas y una mesa coja formaban todo el menaje de aquella casa, á donde acudían á informarse de los espléndidos secretos del cielo tantas personas. La mayor parte de éstas sentíanse asombradas y conmovidas ante la extrema indigencia que doquiera se revelaba, y no podían resistir á la dulce tentacion de dejar algun recuerdo ó alguna limosna á aquellas pobres gentes. Pero lo mismo la niña que los padres, rehusaban siempre y de tal manera, que nadie podía insistir.

Entre tantas gentes acudían algunos forasteros. Uno de éstos se presentó una tarde, cuando el incesante bullir del día se había calmado un poco y no quedaba más que una vecina ó una parienta sentada al hogar. Preguntó con gran solicitud á Bernardita, sin querer que omitiese ningun detalle, y al parecer se interesó extraordinariamente en la narracion de la niña.

Su entusiasmo y su fe á cada instante se traducían en exclamaciones llenas de ternura. Felicitó á Bernardita por haber recibido un favor tan señalado del cielo, y despues se lamentó de la miseria que tan profundas huellas marcaba en torno suyo.

— Yo soy rico, dijo, permitidme que os ayude.

Y su mano depositó en la mesa una bolsa que al entreabrirse apareció llena de oro.

El rubor de la indignacion tiñó el rostro de Bernardita.

—No quiero nada, señor, exclamó vivamente. Recoged ese.

Y rechazó hacia el desconocido la bolsa depositada en la mesa.

—No es para vos, hija mia; es para vuestros padres, que lo necesitan, y á los cuales no me querréis impedir que socorra.

—Ni Bernardita ni nosotros queremos nada, dijeron el padre y la madre.

—Vosotros sois pobres, continuó el forastero insistiendo; os he molestado y me intereso por vosotros. ¿Lo rechazais por orgullo?

—Nó, señor; pero no queremos recibir nada, absolutamente nada. Llevaos vuestro oro.

El desconocido cogió su bolsa y salió, pero sin poder disimular un gesto marcado de contrariedad.

¿De dónde venía aquel hombre y quién era? ¿Era un bienhechor compasivo? ¿Era un hábil tentador? Lo ignoramos. La policía estaba tan bien organizada en Lourdes, que el Sr. Jacomet, más afortunado que nosotros, acaso supiera aquel secreto, y conociera mejor que nadie la clave del enigma.

Si por una de esas casualidades que á veces suelen hallarse en los asuntos de la policía, el expertísimo Comisario supo aquella misma noche los detalles de la escena en que habían figurado Bernardita y el misterioso ex-

tranjero, debió pensar Jacomet que los lazos y las tentaciones eran tan inútiles contra la extraordinaria niña como las preguntas capciosas y las violentas amenazas. El nudo de la situación se enmarañaba, pues, cada vez más para aquel personaje tan profundamente hábil y tan experto en las cosas puramente humanas. Si la imposibilidad de crear la menor contradicción en el interrogatorio de Bernardita le había confundido, su absoluto desinterés, su firmeza al rechazar una bolsa llena de oro, no podían menos de sumirle en el estupor más grande.

Semejante conducta hubiera tenido explicación, á lo sumo, para la sabiduría de los polizontes, si la petición hecha por el párroco de una prueba visible, de un milagro, de la imposible florescencia del rosal salvaje, no hubiese demostrado hasta la evidencia que el Clero no se ocultaba tras la vidente. Pero Bernardita y sus padres, *abandonados á sí propios*, pobres, necesitados, faltos de pan, y sin sacar provecho alguno del entusiasmo y de la credulidad populares, era un acontecimiento completamente absurdo.

La niña ¿había inventado su impostura para rodearse de una vana nombradía? Pero sobre que tales ambiciones parecen poco probables en una rústica pastora, ¿cómo explicar la indestructible unidad de su relato, cómo explicar que su desinterés alcanzase hasta á los miembros de su familia, todos tan indigentes, y por consecuencia tan sumamente solicitados para explotar la ciega fe de las multitudes?

El Sr. Jacomet no era hombre que retrocediese ante algunas objeciones insolubles, y aguardaba con con-

fianza los acontecimientos, sin caberle duda ninguna de que le reservaban un triunfo, tanto más glorioso, cuanto más erizado se hubiera visto, desde el principio, de obstáculos y dificultades.

VII.

La noche había dado descanso á las agitaciones de tantos y tan diversos espíritus, unos que creían en la realidad de la Aparicion, otros que seguían dudando, algunos que abiertamente la negaban. Iba á brillar la aurora, y la Iglesia universal murmuraba en toda la superficie del globo en el fondo de los templos, en el silencio de los desiertos presbiterios, en la poblada sombra de los claustros, bajo la boveda de las abadías, de los monasterios y de los conventos, aquellas palabras del Salmista en el oficio de Maitines: *Tu es Deus qui facis mirabilia. Notam fecisti in populis virtutem tuam..... Viderunt te aquæ, Deus, viderunt te aquæ, et timuerunt, et turbatæ sunt abyssi.* «Tú eres el Dios autor de los prodigios. Tú hiciste manifiesto á los pueblos tu poderio..... *Viéronte las aguas, oh Dios, viéronte las aguas,* y se llenaron de temor, y estremeciéronse los abismos (1).»

(1) *Directorio* de 1838. 23 de Febrero. Jueves de la primera semana de Cuaresma. Oficio de Maitines. Salmo LXXVI.

Bernardita se hallaba en las rocas Massabielle y acababa de arrodillarse.

Innumerable multitud la había precedido y se agolpaba en torno suyo. Aunque se hallaba presente gran número de escépticos y de meros curiosos, reinaba religioso silencio desde el punto en que la niña había aparecido. Extraña emoción y estremecimiento había sobrecojido á la multitud. Todos, por unánime instinto, lo mismo creyentes que incrédulos, se habían descubierto la cabeza. Muchos se arrodillaron al mismo tiempo que la hija del molinero.

En aquel momento la divina Aparición se presentaba á Bernardita, arrebatada de improviso en éxtasis maravilloso. Como siempre la Virgen luminosa estaba en la excavacion ovalada de la roca, y sus pies hollaban el rosasal salvaje.

Bernardita la contemplaba con indecible sentimiento de amor, sentimiento dulce y profundo que inundaba su alma de delicias, sin turbar por eso su espíritu, y sin hacerla olvidar que todavía no había abandonado la tierra.

La Madre de Dios amaba á aquella niña inocente, y quiso aumentar su intimidad con ella, estrecharla más contra su pecho, fortificar el lazo que la unía con la humilde Pastora, para que ésta última en medio de las agitaciones de este mundo, sintiese, por decirlo así, que la Reina de los cielos la llevaba invisiblemente por la mano.

—Hija mia, le dijo, quiero confiarte un último secreto, concerniente también á tí sola y que, lo mismo que los dos anteriores, no has de revelar á nadie en el mundo.

Ya hemos expuesto en otro lugar las profundas razones que formaban de aquellas confidencias íntimas la futura salvaguardia de Bernardita en medio de los peligros morales á que debían indudablemente exponerla los extraordinarios favores de que era objeto. Por aquel triple secreto la Virgen revistía á su mensajera como de una triple armadura contra los peligros y las tentaciones de la vida.

Bernardita, con íntimo gozo, escuchaba la música inefable de aquella palabra tan dulce, tan maternal y tan tierna, que hace más de mil ochocientos años encantaba los filiales oídos del Niño Dios.

— Y ahora, añadió la Virgen despues de una pausa, ve á beber y á lavarte en la fuente, y come la yerba que brota junto á ella.

Bernardita, al oír la palabra «fuente» miró en derredor. En aquel paraje no existía ni había existido jamás ningun manantial. La niña, sin apartar los ojos de la Virgen, se dirigió despues, como era natural, hacia el Gave, cuyas tumultuosas aguas corrían á algunos pasos á traves de los gujarros y de las quebradas rocas.

Una palabra y un ademán de la Aparicion la detuvieron en su camino.

— No es ahí, decía; yo no te he dicho que bebas en el Gave, sino en la fuente, que está aquí.

Y alargando su mano, aquella mano delicada cuanto poderosa, á la cual está sometida la naturaleza, señaló á la niña con el dedo, en el lado derecho de la Gruta, el mismo rincon tan seco hacia el cual, la víspera por la mañana, la había ya hecho subir de rodillas.

Aunque no vió en el sitio indicado nada que pareciese justificar las palabras del Sér divino, Bernardita obedió la órden de la Vision celeste. La bóveda de la Gruta iba bajando por aquella parte; y la niña subió arrodillada el espacio que la faltaba recorrer.

Cuando llegó al final no vió ninguna apariencia de fuente. Pegados á la roca asomaban únicamente acá y allá algunos copos de una yerba de la familia de las saxifragas, que se llama *la Dorine* (1).

Fuese por una nueva señal de la Aparicion, fuese por un movimiento interior de su alma, Bernardita, con aquella fe sencilla, tan grata á los ojos de Dios, se inclinó, y arañando el suelo con sus manitas se puso á cavar la tierra.

Los innumerablos espectadores de aquella escena, como no oían ni veían la Aparicion, no sabían qué pensar del singular trabajo de la niña. Ya muchos principiaban á sonreirse, y pensaban que el cerebro de la pobre pastora no estaba del todo sano. ¡ Cuán poco se necesita para que vacile la fé !

De improviso el fondo de aquella cavidad abierta por la niña tornóse húmedo. Un agua misteriosa, llegada de profundidades desconocidas á través de las rocas de mármol y de los espesores de la tierra, comenzó á filtrarse gota á gota bajo las manos de Bernardita, y á llenar aquel hueco, del tamaño de un vaso, que acababa de formarse.

(1) Quebranta piedras en castellano.

Aquel agua, al mezclarse con la tierra removida por las manos de Bernardita, no formaba en un principio más que barro. Bernardita trató por tres veces de llevar á sus labios el cenagoso líquido, pero por tres veces fué tan fuerte su aversion que le arrojó sin tener fuerzas para tragarse. No obstante, quería ante todo, obedecer á la radiante Aparicion que dominaba aquella extraña escena, y á la cuarta vez, haciendo un supremo esfuerzo, venció su repugnancia; bebió, se lavó y comió un poco de la planta campestre, que brotaba al pié de la roca.

En aquel momento el agua del manantial paso los bordes del pequeño receptáculo abierto por la niña y empezó á correr, en un tenue hilo, más exíguo acaso que una paja, hacia la multitud apiñada delante de la Gruta.

Tan insignificante era aquel hilo que, durante mucho tiempo, es decir, hasta la caída de la tarde, la tierra reseca le absorbió, al pasar, por completo, y apenas se adivinaba su marcha progresiva por la húmeda cinta trazada en el suelo, y que, extendiéndose poco á poco, se acercaba con extremada lentitud al Gave.

Cuando Bernardita cumplió, según acabamos de referir, todas las órdenes que había recibido, la Virgen fijó en ella una mirada satisfactoria, y á los pocos instantes desapareció.

Grande fué la emocion de la multitud ante aquel prodigio. En cuanto Bernardita salió del éxtasis, se precipitó en la Gruta. Todos ansiaban ver con sus propios ojos el hueco en donde acababa de brotar el agua bajo la mano de la niña. Todos querían mojar en ella sus pañuelos y llevar á sus labios una gota, de suerte que aquel

naciente manantial, cuyo terroso receptáculo se agrandaba poco á poco, tomó bien pronto el aspecto de un charco ó de un monton líquido de barro humedecido. A pesar de todo, el manantial, á medida que se le agotaba, parecía más abundante. El orificio por donde subía el agua desde los abismos se ensanchaba insensiblemente.

—Será que el agua se habrá ido filtrando por la roca, casualmente, en los tiempos lluviosos, y que, casualmente tambien, habrá formado bajo tierra un pequeño depósito que habrá descubierto la niña, siempre casualmente, al escarbar la tierra,—dijeron los sabios de Lourdes.

Y aquella explicacion bastó á los filósofos.

Al otro dia la fuente, impulsada desde misteriosas profundidades por un poder desconocido y que crecía ostensiblemente, brotaba del suelo por un caño cada vez más fuerte, tanto, que ya alcanzaba el grueso de un dedo. No obstante, el trabajo interior que para abrirse paso efectuaba al traves de la tierra, la mantenía aún cenagosa. Sólo al cabo de algunos dias, y despues de haber aumentado en cierto modo de hora en hora, cesó de crecer, y quedó completamente límpida. Desde entonces brotó de la tierra en forma de surtidor bastante considerable, y que tenía próximamente la corpulencia del brazo de un niño.

Pero no anticipemos los sucesos, y continuemos siguiéndolos dia por dia, como hasta ahora hemos hecho.

Volvamos á tomarlos donde los hemos dejado, es decir, en el juéves 25 de Febrero, á las siete de la mañana.

VIII.

Precisamente á aquella misma hora, en el momento en que el manantial, como un primer testimonio divino, brotaba dulce, pero irresistiblemente bajo la mano de la pastora, la filosofía de Lourdes publicaba un nuevo artículo sobre los acontecimientos de la Gruta en el periódico librepensador de la localidad.

El *Lavedan*, que ya hemos citado, salía de la imprenta, y se repartía precisamente al mismo tiempo que la maravillada muchedumbre volvía de las rocas Mas-sabielle.

Lo mismo en el citado artículo, que en el precedente, que en todas las otras descripciones escritas en aquella época, no se nombraba para nada ninguna fuente en la Gruta. De este modo la incredulidad paralizaba de antemano la audaz afirmacion que pudieran haber intentado, pasado algun tiempo, los libre-pensadores, diciendo que siempre habia corrido allí una fuente. Querja la Providencia que, además del testimonio público, pudieran oponérselès sus propios artículos, sus propias publicaciones impresas, fechadas, auténticas, irrefutables. Si ántes del 25 de Febrero, ántes de la escena que acabamos de referir, ántes de la órden y de la explicacion dadas por la Virgen á Bernardita en éxtasis, hubiesen existido allí las hermosas aguas murmuradoras que exis-

ten hoy día, ¿cómo vuestros periódicos, cuyos ojos estaban tan abiertos, cuyos detalles eran á veces tan minuciosos, no han visto aquella fuente, ni jamás han hablado de ella? Desafiamos al librepensamiento á que presente un solo documento, uno sólo decimos, que hable de fuente, ni aun de agua, ántes de la época en que ordenó la Virgen y la naturaleza obedeció.

IX.

La emocion popular había tomado considerables proporciones. Bernardita era aclamada á su paso, y la pobre niña volvía apresuradamente á su casa para librarse de semejantes ovaciones. Aquella alma humilde, que hasta entónces había vivido ignorada, en el silencio y la soledad, hallábase de improviso herida completamente por la luz, en medio del tumulto y de la confusion, en el pedestal de la fama, gloria que tanto ambicionan otros, y que era para ella el más cruel de los martirios. Sus menores palabras eran comentadas, discutidas, admiradas, rechazadas, escarnecidas, entregadas, en una palabra, á las diversas corrientes de las disputas humanas. Saboreaba entónces la íntima alegría de no tener que decirlo todo, y de hallar en los tres secretos que la Virgen le había revelado como un santuario secreto, donde podía, con paz completa, recoger su corazón y refrescarle en la sombra de aquel misterio y en el encanto de aque-

la intimidad con la Reina del cielo. Próximos estaban los días en que aquella prueba de la popularidad iba á ser mayor todavía.

Segun acabamos de referir, la fuente había brotado á la salida del sol, en presencia de numerosa multitud, el 25 de Febrero, que era un juéves el tercero del mes, día de gran mercado en Tarbes. Multitud de testigos oculares llevaron á la cabeza de distrito la noticia del maravilloso acontecimiento que habían presenciado por la mañana las rocas de Massabielle, noticia que se extendió aquella misma tarde por todo el departamento y por las poblaciones más próximas de los departamentos inmediatos. Desde aquel instante adquirió inaudito desarrollo el extraordinario movimiento que atraía á Lourdes, hacia ocho días, tantos peregrinos y curiosos.

Gran número de personas fueron á dormir á Lourdes para hallarse allí al día siguiente; otras caminaron toda la noche, y á los primeros rayos del sol, en la hora en que Bernardita acostumbraba á llegar, acampaban enfrente de la Gruta de cinco á seis mil personas, apiñadas en las orillas del Gave, en los cerros y en las rocas. El manantial, más abundante que la vispera, era ya considerable.

Cuando la vidente, humilde, pacífica y sencilla en medio de tanta agitación, se presentó para rezar, la muchedumbre gritó: «¡Aquí está la Santa! ¡Aquí está la Santa!» Muchos procuraban tocar los vestidos, pues consideraban como sagrado cualquier objeto que perteneciése á aquella privilegiada del Señor.

La Madre de los humildes y de los pequeños no que-

ría, sin embargo, que aquel inocente corazón sucumbiese á la tentación de la vanagloria, y que Bernardita pudiese enorgullecerse ni un momento con los singulares favores de que era objeto. Bueno era que la niña, en medio de tantas aclamaciones, comprendiese que no era nada, y se convenciera, una vez más, de su impotencia para evocar por sí misma la Vision divina. Rezó en vano. No se vió resplandecer en sus facciones el sobrehumano brillo del éxtasis; y cuando se levantó, después de su larga oración, respondió tristemente á las preguntas de los que la rodeaban, que la Vision de lo alto no había aparecido.

X.

Proponíase, sin duda, la ausencia de la Virgen mantener á Bernardita en la humildad y en la conciencia de su nada; pero acaso contenía también para el pueblo cristiano una alta y misteriosa enseñanza, cuyo alcance comprenderán las almas acostumbradas á contemplar y admirar las secretas armonías de las obras que emanan de Dios.

Si el cielo había permanecido cerrado aquel día para las miradas de Bernardita; si la celestial Criatura que en carne humana se le presentaba, había parecido desvanecerse por un momento, en cambio la prueba de la realidad y del poder de aquel Sér sobrehumano, la fuente,

nacida la víspera, y cada vez más caudalosa, era ya completamente visible, y serpenteaba en el suelo inclinado de la Gruta, á vista de las maravilladas multitudes.

La Virgen se retiraba para dejar en cierto modo hablar á su obra. La Virgen se retiraba también, y se callaba, para dejar hablar á la Iglesia de aquel país, cuyas palabras en el Intróito de la Misa y en los responso-rios de Maitines podían servir de comentario á la fuente extraordinaria que había brotado de improviso bajo la mano de Bernardita en éxtasis.

Efectivamente, en tanto que pasaba en la Gruta, delante de la milagrosa fuente nacida en el lado derecho de la árida roca, lo que acabamos de referir, celebrábase en la diócesis de Tarbes, y en otras muchas diócesis de Francia, la memoria de otra fuente, la más ilustre y la más vivificante de cuantas han regado, seis mil años há, la herencia de los hijos de Adán. Aquel día, 26 de Febrero de 1858, viérnes de la primera semana de Cuaresma, era la fiesta de la Santa Lanza y de los Clavos de nuestro Señor (1). La fuente, pues, á que aludimos, y cuyo recuerdo glorificaban los Oficios particulares de la diócesis, era la gran fuente divina que la lanza del Centurion romano, al atravesar el costado derecho de Cristo inanimado, había hecho brotar, como un rio de vida,

(1) *Directorio de la diócesis de Tarbes para 1858, 26 de Febrero. Viérnes de la primera semana de Cuaresma. Fiesta de la Santa Lanza y de los Clavos. Intróito de la Misa. (Véase esta Misa en el Misal Romano, en el Apéndice Missæ celebrandæ in aliquibus locis ex indulto Apostolico.)*

para regenerar la tierra y salvar al género humano. *Vidi aquam egredientem de templo, a latere dextro; et omnes ad quos pervenit aqua ista salvi facti sunt.* « He visto un agua que salía del templo, del lado derecho; y todos aquellos á quienes llegaba este agua han sido salvos; » tal clamaba el Profeta contemplando á traves de los siglos los prodigios de la misericordia de Dios. *En aquel día*, decían los Sacerdotes en el Oficio de Maitines, *habrá para la casa de David y para los habitantes de Jerusalem una fuente abierta, que servirá para la purificación del pecador y de toda persona manchada* (1).

Por tales coincidencias verdaderamente asombrosas, y que rogamos encarecidamente al lector que compruebe por sí mismo en los lugares que indicamos en las notas, por tales coincidencias respondía la Iglesia de aquel país, con deslumbradora claridad, á las preguntas sin cuento que se le dirigían respecto á la fuente maravillosa brotada en el lado derecho de la Gruta. La fuente que acababa de aparecer en la base de los Pirineos, arrancaba, por misteriosa infiltración, de aquel río inmenso de divinas gracias que, á impulso de los clavos de los soldaos y de la lanza del Centurion, comenzó á manar, hace más de mil ochocientos años, en la cumbre del monte Gólgota.

(1) *In die illa erit fons patens domui David, et habitantibus Jerusalem, in ablutionem peccatoris et menstruatae.*

Directorio de la diócesis de Tarbes. Oficio de Maitines. Responsorios de la tercera lección del II Nocturno.

Tal era el principio íntimo, al cual era preciso remontarse para hallar el oculto origen de la uente milagrosa, y era natural que los Oficios celebrados en su punto de partida, en el lugar en que acababa de romper la tierra, guiasen por sí mismos al espíritu hacia tan místicas alturas. En cuanto á los resultados prácticos, en cuanto á los efectos exteriores que debía producir aquella fuente de la Aparicion, preciso era pedir su interpretacion y su secreto, no ya al centro y al punto de partida, no ya dentro del restringido círculo y en la fiesta excepcional de una diócesis particular, sino á los Oficios universales que la Iglesia católica, apostólica, romana, celebraba doquiera, á aquella hora, en el mundo cristiano. Y en efecto, aquel mismo día, 26 de Febrero de 1858, viérnes de la primera semana de Cuaresma, contenía el Evangelio de la Misa las siguientes palabras, que no necesitan reflexiones: «Hay en Jerusalem la piscina de las ovejas, llamada en hebreo Betsaida, la cual tiene cinco pórticos. *En ellos, pues, yacía una gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de las aguas.* Porque un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo á la piscina y se agitaba el agua. Y el primero que despues de movida el agua entraba en la piscina, QUEDABA SANO DE CUALQUIERA ENFERMEDAD QUE TUVIESE (1).»

(1) *Est autem Jerosolymis Probatice piscina. que cognominatur hebraice Betsaida, quinque porticus habens. In his jacebat multitudo magna languentium, cæcorum, claudorum, aridorum, expectantium aque motum. Angelus*

XI.

Aunque sin duda poquísimas personas harían semejantas observaciones, la idea de que las aguas de la fuente brotada en la Gruta podían curar á los enfermos, había debido acudir al espíritu en todos. Desde la mañana de aquel mismo dia comenzó á correr por todos lados el rumor de muchas curaciones maravillosas. Difícil era en medio de las versiones contradictorias que circulaban, en presencia de la sinceridad de los unos, de la exageracion voluntaria ó involuntaria de los otros, de la absoluta negacion de muchos, de las vacilaciones y de la turbacion de un gran número, y de la universal emocion; difícil era en el primer momento discernir lo verdadero de lo falso en los hechos milagrosos que por todas partes se referían, aunque de diversa manera, ora estropeando los nombres, ora confundiendo las personas, ora mezclando las circunstancias de muchos episodios diferentes y extraños unos á otros.

autem Domini descendebat secundum tempus in piscinam, et movebatur aqua. Et qui prior descendisset in piscinam post motionem aquæ, sanus fiebat a quacumque detinebatur infirmitate.

Directorio y Misal Romano. 1838. 26 de Febrero, viénes de la primera semana de Cuaresma. Evangelio de la Misa.

¿Habeis visto alguna vez , paseándoos por el campo, un puñado de trigo arrojado bruscamente en un hormiguero ? Las hormigas asustadas corren por todos lados con extraordinaria agitacion. Van , vienen , se cruzan , tropiezan , se detienen , tornan á emprender su camino , vuelven sobre sus pasos , se alejan súbitamente del punto hacia donde parecían dirigirse ; recogen un grano de trigo ; despues le abandonan , y vagan por doquiera en calenturiento desórden , poseidas de inexplicable confusion.

Tal sucedía en Lourdes con el estupor en que sumían á las multitudes de habitantes y extranjeros las sobrehumanas maravillas que del cielo les llegaban. Tal sucede siempre en el mundo natural cuando de improviso le visita algun hecho del mundo sobrenatural.

Poco á poco restablécese , sin embargo , en el hormiguero el órden , alterado por un momento.

Había en la ciudad un pobre bracero , de todos conocido , que arrastraba hacia muchos años la más miserable existencia. Llamábase Luis Bourriette , y hacia unos veinte años que le había sobrevenido una gran desgracia. Trabajando en las cercanías de Lourdes en extraer piedra con su hermano José , cantero como él , una mina mal dirigida había reventado junto á ellos. José había caído muerto , y á Luis le habian destrozado la cara los pedazos de la roca , dejándole medio saltado el ojo derecho. Costó el salvarle los mayores trabajos , y fueron tales los horribles sufrimientos que siguieron á aquel accidente , que se declaró una fiebre ardiente , y fué necesario , durante los primeros dias , detenerle en la cama por

medio de un aparato de fuerza. Restablecióse, sin embargo, poco á poco, gracias á inteligentes y solícitos cuidados. No obstante, la medicina había sido impotente, á pesar de las más delicadas operaciones y los más hábiles tratamientos, para curar su ojo derecho, que tenía por desgracia una lesión en su constitucion íntima. Aquel hombre había continuado en su oficio de cantero, pero ya no podía hacer más que trabajos groseros, porque su ojo herido no le servía para nada, y sólo distinguía con él los objetos á traves de una invencible niebla. Cuando se encargaba de algun trabajo que exigiese un poco de cuidado, el pobre bráceró se veía obligado á recurrir á otra persona.

El tiempo no le había proporcionado alivio alguno; por el contrario, la vista de Bourriette había ido disminuyendo cada año más, debilidad progresiva que se había hecho más sensible aún en los últimos tiempos, y en el momento de que estamos hablando tales habían sido los progresos del mal, que el ojo derecho podía considerarse casi enteramente perdido. Cuando cerraba el izquierdo, Bourriette ya no distinguía un hombre de un árbol. Arbol y hombre no eran para él más que una masa negra y confusa que se destacaba en un fondo sombrío.

La mayor parte de los habitantes de Lourdes habían dado ocupacion á Bourriette alguna vez, porque su estado causaba lástima y era muy querido en la cofradía de los canteros y de los picapedreros, numerosísimos en el país.

Al oír aquel desgraciado hablar de la fuente milagrosamente brotada en la Gruta llamó á su hija.

—Vé á buscarme de ese agua, le dijo. Si es la Santísima Virgen la aparición, con sólo quererlo me curará.

Media hora despues la niña llevaba en un vaso un poco de aquel agua, todavía sucia y cenagosa, segun hemos explicado.

—Padre, dijo, no es más que agua turbia.

—No importa, dijo el padre poniéndose á rezar.

Y se frotó con el agua el ojo malo, que pocos momentos ántes creía perdido para siempre.

Casi en seguida lanzó un gran grito y se puso á temblar : tan fuerte era su emocion. En su vista se verificaba un súbito milagro. Ya en torno suyo aparecía el aire claro é inundado de luz. No obstante, los objetos le parecían aún rodeados de una gasa ligera, que le impedía distinguir perfectamente los detalles.

Aún existían las nieblas, pero ya no eran negras como hacia veinte años, penetrábalas el sol, y, en lugar de las espesas sombras de la noche, se presentaban á la vista del enfermo como el trasparente vapor de la mañana.

Bourriette continuó rezando y lavándose su ojo derecho con el agua bienhechora. La luz crecía poco á poco ante su vista, y ya distinguía los objetos con claridad.

Al dia siguiente, ó al otro, encontró en la plaza pública de Lourdes al señor doctor Dozous, que no había cesado de prodigarle cuidados desde el origen de su enfermedad.

—Ya estoy curado, le dijo, corriendo hacia él.

—¡ Imposible ! exclamó el médico. Teneis una lesion orgánica que hace vuestro mal absolutamente incurable.

El tratamiento que os hago seguir tiene únicamente por objeto calmar vuestros dolores, pero no puede devolveros la vista.

—No sois vos quien me ha curado, respondió conmovido el cantero: es la Santa Virgen de la Gruta.

El hombre de la ciencia humana se encogió de hombros.

—Que Bernardita tiene éxtasis inexplicables, no tiene duda, porque yo me he convencido observándola con infatigable atención. Pero que el agua brotada en la Gruta, por yo no sé qué causa desconocida, cure de improviso males incurables, no es posible.

Y al decir esto sacó de su bolsillo un librito de memoria y escribió algunas palabras con lápiz.

Después, con una mano cerró el ojo izquierdo de Bourriette, es decir, el sano, y le presentó delante del ojo derecho, que creía privado enteramente de vista, la frase que acababa de escribir.

—Si podeis leer esto os creeré, dijo con aire de triunfo el eminente doctor, que tenía completa confianza en su gran ciencia y profunda experiencia médica.

Las gentes que se paseaban por la plaza se habían agrupado en torno suyo.

Bourriette, con su ojo muerto poco ántes, miró el papel, y leyó en seguida sin vacilar:

«Bourriette tiene una gota serena incurable, y nunca sanará.»

Un rayo que hubiera caído á los pies del sabio médico no le hubiera dejado más estupefacto que la voz de Bourriette al leer de aquel modo, pacíficamente y sin

esfuerzo, un renglon de letra pequeña, trazado ligeramente con lapiz en la página del librito de memoria.

El doctor Dozous, más que un hombre de ciencia, era un hombre de conciencia. Reconoció francamente y proclamó sin vacilar, en aquella repentina curacion de un mal incurable, la accion de un poder superior.

—No puedo negarlo, decía; es un milagro, un verdadero milagro, por más que nos desagrade á mí y á mis compañeros de facultad. Mucho me admira, pero no hay más remedio que someterse á la voz imperiosa en un hecho tan evidente y tan por encima de lo que puede la pobre ciencia humana.

El señor doctor Vergez de Tarbes, profesor agregado de la facultad de Montpellier, médico de los baños de Baréges, llamado á declarar sobre aquel acontecimiento, no pudo ménos de reconocer en él igualmente, de la manera más innegable, el carácter sobrenatural (1).

Ya hemos dicho que el estado de Bourriette era notorio hacia veinte años, y que el pobre hombre era conocido de casi todo el mundo. Por otra parte, la maravillosa curacion no había borrado ni las huellas profundas, ni las cicatrices de su terrible mal, por manera

(1) Los dictámenes escritos de ambos médicos, que viven todavía, lo mismo que Luis Bourriette, están consignados por ellos en dos notas detalladas y escritas por separado, que les pidió despues la Comision Episcopal, encargada de examinar los acontecimientos de Lourdes.

que todos podían palpar el milagro que acababa de verificarse, y cuyos detalles refería el cantero, loco de alegría, á cuantos querían escucharle.

Pero no era él el único en hacer resplandecer el testimonio de una felicidad inesperada y la expresion de la gratitud, pues en otras casas de la ciudad habían tenido lugar hechos de idéntica naturaleza. Muchas personas de Lourdes, como María Daube, Bernarda Soubié y Fabian Baron, habían de improviso abandonado el lecho del dolor en que las retenían años hacia diversas enfermedades reputadas como incurables, y proclamaban públicamente que debían su curacion al agua de la Gruta. La mano de Juana Crassus, paralizada durante diez años, había perdido su rigidez y hallado la plenitud de la vida en el agua milagrosa (1).

A los vagos rumores del primer momento sucedía, pues, la precision de los hechos en las relaciones que se hacian. La exaltacion de las poblaciones era inmensa, exaltacion conmovedora y buena, que se traducía en la iglesia por fervientes oraciones, y en torno á la Gruta por cánticos de acciones de gracias que brotaban de los alegres labios de los peregrinos.

A la caída de la tarde un gran número de trabajadores de la asociacion de los canteros, á la cual pertenecía Bourriette, acudieron á las rocas Massabielle y abrie-

(1) El carácter de esas diversas curaciones ha sido comprobado oficialmente en los dictámenes médicos dirigidos á la Comision Episcopal.

ron en el escarpado cerro que se hallaba junto á la Gruta un sendero para los que acudiesen á visitarla. Delante del agujero de donde la fuente, ya abundantísima, brotaba, colocaron una tajea de madera, debajo de la cual fabricaron un pequeño receptáculo ovalado, de un medio metro de profundidad, y que tenía próximamente la longitud de la cuna de un niño.

El entusiasmo crecía por momentos: las multitudes iban y venían por el camino de la fuente milagrosa. Después de la puesta del sol, cuando principiaron á caer sobre la tierra las primeras sombras de la noche, se vió que infinitas almas creyentes habían tenido el mismo pensamiento, y la Gruta se iluminó de improviso con mil luces. Los pobres, los ricos, los niños, las mujeres, los hombres, habían llevado espontáneamente velas y cirios. Durante toda la noche pudo verse desde la otra orilla del Gave radiar aquella luz dulce y clara, aquellos millares de antorchas colocadas acá y allá sin orden visible, y que respondían desde la tierra al centelleo y al resplandor de las estrellas sembradas por el firmamento.

No se hallaban entre aquella muchedumbre ni sacerdotes, ni pontífices, ni jefes de ninguna clase, y no obstante, sin que nadie hiciera señal ninguna, en el momento en que la iluminación alumbró la Gruta y las rocas, reflejándose temblorosa en el pequeño receptáculo de la fuente, todas las voces se elevaron al mismo tiempo y se confundieron en un canto unánime. Dejóse oír la letanía de la Santísima Virgen, interrumpiendo el silencio de la noche para celebrar á la Madre admirable delante del

rústico trono en que su sabiduría se había dignado aparecer para colmar de júbilo todos los corazones cristianos. *Mater admirabilis*, *Sedes sapientiae*, *Causa nostrae laetitiae*, *ora pro nobis.*

XII.

Era la hora en que los ocios de la noche reunían en torno á la mesa del café á los enemigos de la supersticion. Grande era la turbacion que reinaba en aquel sanhedrin.

Nunca ha habido fuente en ese sitio, gritaba una de las primeras cabezas. Es un charco de agua, formado yo no sé cómo, de resultas de alguna infiltracion accidental, y que habrá sido descubierto, por la mayor de las casualidades, cuando Bernardita ha escarbado el suelo. Nada más natural.

—Es evidente, respondían por todas partes.

—Sin embargo, aventuraba alguno, preténdese que corre el agua.

—Nada de eso, gritaban muchas voces. Nosotros hemos ido y es únicamente un charco. El pueblo pretende hoy, con su acostumbrada exageracion, que el agua corre; pero no es exacto, ayer acudimos para adquirir pruebas desde los primeros rumores, y es una lagunilla cenagosa.

Semejantes consideraciones bastaron y tomaron con-

sistencia en el mundo filosófico y sábio, constituyendo la version oficial, aceptada, segura, incontestable. Tal es, aún entre los incrédulos, la credulidad para todo lo que parece apoyar su tésis; tal es en estas materias la completa carencia de exámen entre los sectarios del libre exámen; tal es la obstinacion de sus afirmaciones contra los hechos más patentes, que pasado mes y medio, y á pesar de la abrumadora evidencia de una fuente caudalosa y que suministraba, *como todos pueden ver*, más de CIENTO MIL LITROS diarios, corría y se imprimía aún audazmente en los periódicos del libre-pensamiento la negacion *absoluta* de toda fuente y la descarada version de «el charco.» Increíble sería si, por ventura, no diésemos en la nota una prueba sacada del diario oficial del departamento (1).

(1) La *Era imperial* imprimía lo siguiente en su número del 10 de Abril, *es decir, seis semanas despues del nacimiento de la fuente*, en un artículo escrito acerca de la Gruta y con motivo de la capilla que ya se trataba de construir.

•Para elevar un edificio podría elegirse otra causa que las declaraciones de una muchacha alucinada, y otro sitio que *la charca* en que hace su tocado. •

El autor del presente libro ha querido darse cuenta exacta del poder de la fuente milagrosa, y ha hecho que midan en su presencia su caudal. Por sus tres surtidores y por el canal que conduce al pilon, arroja 85 litros por minuto, ó sean 5.100 litros por hora, y 122.400 litros por día. A esto es á lo que se ha tenido el increíble descaro de llamar una *filtracion* y una *charca*.

En cuanto á las curaciones, se las negaba provisio-
nalmente, como se negaba la fuente. Todas, sin excep-
cion, incluso la de Luis Bourriette, eran rechazadas en
absoluto con desdeñosos ademanes y estrepitosas car-
cajadas.

—Bourriette no está curado, decia uno.

—Nunca ha estado enfermo, añadía otro.

—Imaginase que se ha curado, y se figura que ve,
insinuaba un jóven de la escuela de Renan.

—La imaginacion produce á veces en los nervios un
efecto sorprendente, respondía un fisiólogo.

—Bourriette no existe, gritaba brutalmente un recién
venido, más radical.

Estas cuatro ó cinco fórmulas resumían la actitud de
las cabezas filosóficas respecto á las extraordinarias cu-
raciones que tanto eco hallaban en la pobre multitud.

Asombrábanse de que hombres formales é instrui-
dos, como el Sr. Dufo, decano en aquella época del co-
legio de abogados, el Dr. Dozous, el Sr. Estrada, el
Comandante de la guarnicion y el Intendente militar reti-
rado, tuvieran la inconcebible debilidad de dejarse sedu-
cir por todo lo que pasaba.

Durante aquel día, tan fecundo en acontecimientos,
Bernardita había sido llamada á la cámara del tribunal,
antes ó despues de la audiencia, y la ejercitada dialéctica
del Procurador imperial, del sustituto y de los jueces,
había sido tan impotente para hacerla variar ó contrade-
cirse, como el ingenio del Sr. Jacomet.

El Procurador imperial, lo mismo que su sustituto,
había formado su opinion, ya hacía muchos dias, y nada

podía quebrantar la firmeza de su carácter. Deploraba la invasión del fanatismo y estaba resuelto á cumplir enérgicamente con su deber. Por yo no sé qué casualidad, muy extraña en tan gran concurrencia de gente, no había el menor desórden, y el laudable celo del señor Procurador imperial se hallaba condenado á una inaccion completa y á una actitud expectativa. En medio de aquel vasto movimiento de hombres y de ideas, que á todo el país conmovía, parece que una mano invisible protegía á tan innumerables multitudes y les impedía dar, áun inocentemente, pretexto para la inmistion violenta de los agentes de la justicia, de la policía, ó de la administracion. Quisieran ó nó aquellos temibles personajes tenían atadas las manos para algun tiempo, y no habían de verlas desatadas hasta el instante en que la misteriosa Aparicion de la Gruta hubiese acabado su obra. Podían, pues, acudir, con toda seguridad, aquellas muchedumbres, tan inmensas para los ojos del cuerpo que las veían llegar por todos los puntos del horizonte, como pequeñas para los ojos del alma que las compara con los millones de hombres que el porvenir debía llevar allí en peregrinacion. Una egida invisible defendía de todos los peligros á los primeros testigos llamados por la Virgen: *Nolite timere, pussillus grex.*

Los enemigos de la supersticion emplearon las más activas instancias con el alcalde de Lourdes para decidirle á prohibir, por medio de un bando, que nadie se acercase á las rocas Massabielle, las cuales formaban parte de un terreno que pertenecia á la comunidad. Semejante bando, pensaban, sería violado inevitablemente por la

presion popular, daría lugar á innumerables procesos verbales, habría resistencia, y por consiguiente prisiones, y una vez metidas en el negocio, la autoridad judicial, la civil y la administrativa, llevarían fácilmente la razon en todo, porque tendrían para sostenerla todas las fuerzas del Estado.

El Sr. Lacadé, alcalde de Lourdes, era una excelente persona, hourado á carta cabal, que con razon gozaba de la consideracion pública. Todos en la ciudad de Lourdes hacían justicia á sus raras cualidades personales, y sus enemigos ó sus émuloz, la mayor censura que le hacían no pasaba de suponerle cierta timidez que le hacía tomar una actitud conciliadora entre los partidos extremos, y demasiado apego á sus funciones de alcalde, que por otra parte llenaba, segun voto unánime, con verdadera superioridad.

Rehusó, pues, dar el bando que le pedían.

—Yo no sé, en medio de tanto clamoreo, dónde está la verdad, respondía, y no tengo por qué decidirme, ni en pro ni en contra. Miéntras no haya desórden en nada me meto. Al Obispo corresponde zanjar la cuestion religiosa y al Prefecto adoptar las medidas que á la administracion corresponden. Por lo que á mí toca, quiero, miéntras sea posible, permanecer extraño á todo esto, y no obraré como alcalde sino por orden expresa del Prefecto.

Tal fué, si nó el texto, al menos el sentido de su respuesta á las instancias con que le asediaban los buenos filósofos de aquel país, semejantes en esto, cuando se trataba de las creencias cristianas, á los filósofos de todos los tiempos y paises. La pretendida liber-

tad de pensar, rara vez tolera la libertad de creer.

Cuando brotó la fuente, la Aparicion no había reiterado á Bernardita la órden de ir á pedir á los Sacerdotes la edificacion de una capilla. Al dia siguiente, segun hemos referido, la Vision no se había presentado, por manera que desde entónces no había vuelto Bernardita á ver al Párroco. El Clero, á pesar de la creciente marea de la fe popular, á pesar de los constantes rumores de milagros que circulaban entre la multitud, continuaba extraño á todas las entusiastas manifestaciones que en torno á la Gruta se verificaban.

— ¡Aguardemos! decia. En las cosas humanas basta con ser una vez prudentes. En las cosas de Dios es preciso serlo setenta veces.

Ni un solo Sacerdote se veía, por tanto, en la incesante procesion que acudia á la fuente milagrosa.

Asi, pues, una vez que el Clero se había impuesto la obligacion de no mezclarse en nada, y que la autoridad municipal rehusaba poner su veto, el movimiento popular seguía su libre curso, y crecía como los rios de aquella comarca cuando las nieves se derriten. Desbordábase por todas partes, subiendo, subiendo siempre hasta cubrir las llanuras con sus innumerables oleadas. Los partidarios de la represion principiaban á comprender su impotencia contra corriente tan formidable, y á ver con claridad que cualquier obstáculo sería arrollado, como un dique de paja, por aquella poderosa y súbita irrupcion. Tuvieron, pues, que resignarse á dejar pasar libremente aquellas multitudes, invisiblemente agitadas y puestas en camino por el soplo de Dios.

XIII.

En la Gruta, á pesar de la gran afluencia de gente, todo continuaba con el mayor orden. Se bebía en la fuente, se entonaban canticos y se rezaba.

Los soldados de la guarnicion, conmovidos como todos, habían pedido permiso al comandante del fuerte para ir tambien á las rocas de Massabielle. Con el instinto de disciplina desarrollado en ellos por el régimen militar, vigilaban por sí propios para evitar confusion, dejar libres ciertos lugares, é impedir á la multitud que se aventurase demasiado en las peligrosas orillas del Gave; á todos lados acudían, tomando espontáneamente cierta autoridad, que con razon, nadie trataba de disputarles.

Así transcurrieron algunos dias, durante los cuales la Aparicion se presentó sin ninguna nueva particularidad, á no ser la de que la fuente seguía creciendo, y que las curaciones milagrosas se multiplicaban de dia en dia. En el campo del libre-pensamiento hubo un instante de profundo estupor. Iban siendo los hechos tan numerosos, tan indudables, tan patentes, que á cada momento tenían lugar nuevas defecciones de incrédulos, pues los mejores y los más justificados se dejaban convencer por la evidencia. Quedaba, no obstante, un indestructible núcleo de espíritus, que se llamaban á sí propios fuertes,

y cuya fuerza consistía en resistirse contra las pruebas y en rehusar abrir los ojos á la verdad. Imposible parecería si no supiese el universo entero que una gran parte del pueblo judío resistió aún á los milagros de Jesucristo y de los Apóstoles, y que se necesitaron cuatro siglos de prodigios para abrir completamente los ojos del mundo pagano.

LIBRO CUARTO.

El Clero y la administracion.— Monseñor Laurence.— El señor baron de Massy.— Tentativa de intimidacion.— El último día de la quincena.— Las inmensas multitudes.— Simbolismo.— Cruz y Justino Bouhohorts.— Curaciones.— Actitud de los filósofos.— Benita Cazeaux: Blasilla Soupenne.— Aparicion del 25 de Marzo: la Inmaculada Concepcion.

I.

El 2 de Marzo Bernardita se presentó nuevamente en casa del Sr. Párroco de Lourdes, y le habló por segunda vez en nombre de la Aparicion.

—Quiere que se le construya una capilla y que se hagan procesiones en la Gruta, —dijo la niña.

Los hechos habían hablado: había brotado la fuente y verificándose las curaciones; los milagros habían venido á atestiguar en nombre de Dios la veracidad de Bernardita. El sacerdote no tenía, pues, que pedir ya pruebas, y no las pidió, pues estaba convencido; la duda no podía ya marchitar su fe.

La «Señora» invisible de la Gruta no había dicho su nombre; pero el hombre de Dios la había reconocido en

sus materiales beneficios , y acaso añadía ya á sus oraciones : « Nuestra Señora de Lourdes, rogad por nosotros. »

No obstante , á pesar del secreto entusiasmo que llenaba su ardiente corazón ante el espectáculo de tan grandes cosas , había sabido , por una rara prudencia , contener la expresión prematura de los sentimientos dulces y profundos que le agitaban , al pensar que la Reina del Cielo había visitado el humilde rebaño de sus feligreses , y no había alzado á su clero la prohibición de ir á la Gruta.

— Te creo , dijo á Bernardita cuando se presentó otra vez en su casa ; pero lo que me pides en nombre de la Aparición , no depende de mí , sino de monseñor el Obispo , á quien ya he instruido de lo que pasa. Voy á visitarle y á darle noticia de este nuevo acontecimiento. El es el único que puede decidir.

II.

Monseñor Beltran Severo Laurence , Obispo de Tarbes , era , tanto por su persona , como por su dignidad , el hombre de la diócesis. Allí había nacido , allí se había criado y allí había crecido. Elevado rápidamente por su mérito á las más importantes funciones eclesiásticas , había sido sucesivamente Superior del Seminario menor de Saint-Pé , fundación suya ; Superior del Seminario mayor y Vicario general.

Casi todos los sacerdotes de la diócesis habían sido discípulos suyos; de manera que, como ántes de ser su Obispo había sido su maestro, llevaba cerca de cuarenta años dirigiéndolos ya con uno, ya con otro título.

La profunda armonía, la gran unidad de alma y de espíritu que, por efecto de tales circunstancias, reinaban entre el antiguo Superior de los Seminarios y el Clero, á quien él mismo había formado para la vida sacerdotal, habían sido una de las causas de su promoción al Episcopado. Cuando doce años ántes había vacado la silla de Tarbes, por muerte de monseñor Double, todos los labios pronunciaron el nombre del Sr. Laurence, y muchas personas, movidas por el mismo deseo y por la misma esperanza, firmaron una petición solicitando su nombramiento para la sede de Tarbes. De este modo fué el Obispo, como solía suceder en los primitivos tiempos de la Iglesia, designado para tan eminente puesto por el voto de sus propios diocesanos. Referimos todo esto para probar que monseñor Laurence y su clero formaban, como debía suceder siempre en todas partes, una gran familia cristiana.

Todo el fuego de aquella naturaleza se había concentrado en su corazón paternal y excelente, accesible á todo el mundo, mientras por un contraste, que no era una oposición, su cabeza era fría y todo lo sometía al exámen de una razón impassible. La inteligencia del Prelado, aunque naturalmente dispuesta por todos los horizontes del talento, tenía una tendencia esencialmente práctica. Nadie era como él inaccesible á las ilusiones en la imaginación y á los desvanecimientos de un irreflexivo

entusiasmo. Desconfiaba de las naturalezas ardientes y exageradas, y para convencerle eran inútiles los argumentos apasionados. Si el sentimiento dirigia á su razon, la razon era, en cambio, la única ley de su inteligencia.

El Obispo ántes de obrar pesaba, no sólo los actos en sí mismos, sino en todas sus consecuencias, de donde resultaba á veces cierta lentitud para decidirse en los negocios graves, lentitud que indudablemente reconocía por principio, nó la indecision del carácter, sino la prudencia del talento, que quería meditar para decidirse á obrar con pleno conocimiento de causa. Como, por otra parte, no ignoraba que la verdad es eterna y que ha de llegar infaliblemente un dia en que brille, tenía una de las virtudes más raras en el mundo, la paciencia. Monseñor Laurence sabía esperar.

Dotado de una capacidad poco comun para la observacion, conocía á los hombres, y poseía en alto grado el difícil arte de manejarlos y de conducirlos. A no ser porque la Religion estuviese interesada, ó porque una causa particular exigiese lo contrario, evitaba cuidadosamente los piques, las disputas y los conflictos; porque sabía que crear enemigos al Obispo es, por ordinaria inclinacion del corazon humano, crear enemigos al Episcopado y á la Religion. Su prudencia era extremada; y como estaba encargado, en toda la extension de una diócesis, de dirigir la barca de Pedro, se hallaba poseido del sentimiento de su responsabilidad. Atento al estado del mar y al soplo de los vientos, miraba con frecuencia al fondo del agua, y cuidaba de evitar los escollos.

Administrador notable, hombre de orden y de disciplina, reunía la sencillez del apóstol á la prudencia del diplomático: desde el reinado de Luis Felipe hasta el segundo imperio, todos los gobiernos le habían tenido grandísimas consideraciones. Cuando monseñor Laurence pedía una cosa, ya se sabía en las regiones del poder que aquella cosa era de seguro justa, y muy probablemente necesaria, por lo cual nada le negaban.

Así se explica como hacía mucho tiempo que en aquella diócesis pirenaica vivían en la más perfecta armonía la autoridad espiritual y la temporal, cuando ocurrieron en Lourdes los milagrosos acontecimientos objeto de esta historia.

III.

El párroco, Sr. Peiramale, expuso al Obispo los sorprendentes hechos que hacía tres semanas se verificaban en las rocas de Massabielle y en la ciudad de Lourdes. Refirió los éxtasis y las visiones de Bernardita, las palabras de la Aparicion, el nacimiento de la fuente, las curaciones repentinas y la emocion universal.

Su relato muy pintoresco, animadísimo sin duda, y cuyo texto sentimos no tener, debía llamar la atención del Sr. Obispo, pero no podía arrastrarla á una convicción inmediata.

Acostumbrado á ver descender la verdad gerárquica-

mente desde las alturas del Vaticano, hallábase poco dispuesto á recibir y á aceptar, sin un maduro exámen, un mensaje celeste, llevado de improviso por una ignorante aldeanilla.

Sin embargo, estaba bastante versado en todo lo concerniente á la historia de la Iglesia para negar en absoluto un hecho que contaba otros análogos en los anales seculares del catolicismo, al propio tiempo que era demasiado apegado á la práctica para convencerse de buenas á primeras. Los Obispos son los sucesores de los Apóstoles. Monseñor Laurence era un apóstol, y un santo apóstol: Santo Tomás. Quería ver ántes de creer; lo cual era una suerte, porque cuando el Obispo creía, todos sabían que se podía creer con completa seguridad, y que las pruebas debían haber sido evidentes.

El Párroco de Lourdes no había sido testigo directo de casi ninguno de los hechos que refería, y á causa de la reserva que había impuesto al Clero, no podía ofrecer á su Prelado más que declaraciones de terceras personas, todas ellas legas, y algunas escépticas ó indiferentes, que ni aún cumplían las prácticas de la Iglesia.

Además, en medio de tantas narraciones como le habían hecho, de la multiplicidad y confusion de tantos incidentes, de las inevitables omisiones que había en sus informes, de los rumores sin cuento que circulaban, le era imposible darse cuenta á sí propio de la verdad, y hacer resaltar la marcha lógica y providencial de los acontecimientos con el método tan fácil de emplear en este asunto hoy dia. Sucede con ciertos hechos en el órden moral lo que con algunos objetos en el órden físico:

hay que alejarse de ellos para tomar su verdadero punto de vista. Podía el Sr. Peyramale analizar perfectamente muchos detalles de los que presenciaba; pero ni á él ni al Obispo les era dado en aquella época ver el conjunto ni observar la admirable síntesis de todos los hechos: los tenían demasiado cerca.

Monseñor Laurence no dijo su opinion. Más prudente que Tomás, guardóse de negar nada, porque sabía que semejantes cosas, aunque muy raras, eran posibles. Limitóse á no creer, ó en otros términos, á no decir ni sí, ni nó, y á permanecer en esa duda metódica, que, segun Descartes, es la mejor condicion para proceder á la investigacion de la verdad. Como Obispo necesitaba documentos y testimonios de irrecusable autenticidad, y las pruebas de segunda mano, que recibía del Párroco de Lourdes, no le parecían suficientes. ¿No podía haber en aquello alguna ilusion de la niña, ó alguna exageracion en las narraciones de la multitud? ¿No se habrían dejado algunas veces las almas piadosas engañar por falsos milagros, bien proviniesen de la impostura, bien de la alucinacion, bien de los artificios del ángel malo? Hacíase todas estas preguntas, y en virtud de ellas se impuso la obligacion de proceder con extremada prudencia.

Naturalmente le ocurrió la idea de hacer una informacion oficial, y la opinion pública, deseosa de una solucion, excitaba á la autoridad episcopal á entender oficialmente en aquel asunto y á dar su fallo. Con maravilloso acierto comprendió el Obispo que la misma agitacion de las poblaciones perjudicaría á la madurez y á la seguridad de la informacion, y tuvo la difícil prudencia

de resistir al universal deseo. Resolvió, pues, dejar que las cosas siguieran su curso, y esperar nuevos acontecimientos hasta que resultase con asombrosa evidencia de qué parte estaba la verdad.

«No ha llegado aún la hora de que la autoridad episcopal se mezcle en este asunto. Para fundar el fallo que de nosotros se espera, es indispensable proceder con prudente lentitud, desconfiar de la precipitación de los primeros días, dar tiempo á la reflexión, y pedir luces á una observación ilustrada y atenta (1).»

Tal fué su lenguaje.

Ratificó, pues, la prohibición hecha al Clero de presentarse en la Gruta; pero al mismo tiempo, de acuerdo con el Párroco de Lourdes, tomó toda clase de medidas para que diariamente le enterasen testigos de acrisolada lealtad y de capacidad reconocida, de todo lo que pasase en las rocas Massabielle, y de todas las curaciones, verdaderas ó falsas, que pudieran verificarse.

A consecuencia de tan reservada actitud, la información iba, por decirlo así, á hacerse por sí misma, pública y contradictoriamente; nó por una comisión de algunas personas, sino por la inteligencia de todos y por la fuerza de los hechos. Si en aquel acontecimiento había algún error ó alguna superchería, el mundo incrédulo, tan profundamente animado contra la superstición popular, no tardaría en descubrirlo y proclamarlo, pre-

(1) Palabras de la Ordenanza dada después por monseñor el Obispo de Tarbes.

sentando las pruebas. Si el hecho participaba, por el contrario, de carácter divino, triunfaría por sí solo de todos los obstáculos, y demostraría su vitalidad intrínseca al vencer sin ningún apoyo, con lo cual adquiriría, para todos los espíritus rectos, una autoridad mucho más incuestionable.

El Obispo tomó, pues, el partido de permanecer, sucediera lo que sucediera, y todo el tiempo posible, á lo ménos durante algunos meses, en aquella actitud expectante, y de no intervenir hasta que le obligasen los acontecimientos.

IV.

Miéntas el Obispo se encerraba en tan extrema circunspección, hallábase la autoridad civil, al tener noticia de los sucesos de Lourdes, en la mayor perplejidad.

Ocupaba la prefectura de Tarbes el Sr. Massy; era ministro de Cultos el Sr. Rouland.

Católico sincero, pero independiente, el señor baron Massy, prefecto de los Altos Pirineos, odiaba la superstición. Se alababa de creer, como excelente cristiano, en los milagros referidos por los Evangelistas y por los Hechos de los Apóstoles; pero á no ser en aquellos prodigios, en cierto modo oficiales, no admitía lo sobrenatural. Los milagros habían sido indispensables para fundar la Iglesia y darle autoridad; aceptábalos, pues, como

una necesidad de aquella época de formación. Pero, según él, Dios debía detenerse allí, y contentarse con aquel *mínimum* de sobrenatural, tan lealmente concedido. Para aquel personaje administrativo la parte de Dios estaba reglamentada por el *Credo* ortodoxo y los concordatos de la Iglesia. Era una cosa establecida, codificada, redactada en artículos de fe y en artículos de ley; los fieles respetaban esos misterios, y los gobiernos se habían conformado con hechos tan lejanos y que les interesaban poco. Luego Dios no debía salir de esos límites y venir á turbar la marcha constitucional de las cosas con inoportunas intervenciones y con actos personales de su poder. Que dejase obrar á las autoridades constituidas, — *per me Reges regnant*, — y que permaneciese en adelante en las invisibles profundidades de lo infinito. El Sr. Prefecto, que había inclinado su elevada inteligencia ante la fe debida á los milagros evangélicos, era como esas gentes honradas que, en su presupuesto, consagran á la caridad una cantidad determinada, imponiéndose el deber de no dar un céntimo más de limosna; y cuando se presentaba lo sobrenatural, sentíase tentado á decirle: «Pasad, amigo mio, ya os he dado limosna.»

El Sr. Massy era, pues, muy ortodoxo, pero, en el terreno teórico, temía las invasiones de lo sobrenatural. Era religiosísimo, pero, en el terreno práctico, temía las usurpaciones del Clero. «Nada con exceso» era su divisa, lo cual nos parece muy bien; pero los que siempre repiten «nada con exceso», acaban generalmente por hacer la medida harto estrecha, y por no conceder lo suficiente. El *summum jus*, el derecho estricto, se

halla á un paso de la soberana injusticia, *summa injuria*. Los latinos, con su buen sentido, pretendían que ambas cosas eran idénticas.

Hombre de gobierno, esencialmente oficial, era partidario del hecho establecido, únicamente del establecido. Lo que era, debía ser. Un estado de cosas existente era un principio *justificatus in semetipsum*. Tanto le daba legal como legítimo. En vano era decirle: *Dura lex*, porque respondía: *Sed lex*; y aún iba más allá. Había llegado á creer, como muchos hombres encanecidos en la administracion, que todo lo que salía del carril habitual era un atentado contra el derecho eterno. Confundía el arreglo con el orden, y tomaba la reglamentacion por la ley.

La inteligencia del Sr. Massy era, por otra parte, notable. Administraba con talento el departamento que le habían confiado. Tenía una gran rapidez de concepcion, y juzgaba una situacion en el acto. Por desgracia suelen en este mundo tener defecto aún las buenas cualidades, y su preciosa facultad de intuicion espontánea y de decision, le engañaba á veces. Confiaba acaso demasiado en la precision de su primer golpe de vista, y solía obrar prematuramente, en cuyo caso tenía el grave defecto de no saber reconocer que se había engañado; y á pesar de la precipitacion de algunas de sus decisiones, jamás se le vió desdecirse de lo dicho, fuese sobre un hombre, sobre una idea ó sobre un hecho. En tales circunstancias, en honor de la verdad bastante raras, tenía la costumbre de obstinarse y querer caminar contra los obstáculos que la misma naturaleza de las cosas le

ofrecia. No saber retroceder es, seguramente, una gran cualidad, pero con condicion de no engañarse nunca y de estar siempre en el buen camino; porque cuando se tiene la desgracia de aventurarse impremeditadamente en un callejon sin salida, esa cualidad se convierte en un gran defecto, y acabamos por estrellarnos la cabeza contra las paredes.

Hasta aquella época el Prefecto y el Obispo habían vivido en perfecta armonía. El Sr. Massy era católico, no sólo en sus creencias, sino en sus prácticas. Todo el mundo hacía justicia á la regularidad de sus costumbres y á sus virtudes domésticas, y el Obispo le apreciaba.

El Prefecto no podía ménos, por su parte, de admirar y amar las eminentes cualidades de monseñor Laurence. La prudencia de éste último, unida á su conocimiento de los hombres, había evitado siempre toda ocasion de conflicto entre la autoridad espiritual y la temporal, por manera que no sólo reinaba paz, sino la más cordial armonía, entre el jefe de la diócesis y el del departamento.

V.

El Sr. Massy, enterado de los sucesos de Lourdes por las notas del Sr. Jacomet, en quien tenía una fe verdaderamente ciega, no imitó la prudente reserva del Obispo. Dejóse llevar de su primera impresion, y como no creía en la posibilidad de tales apariciones ni de se-

mejantes milagros , y se imaginaba para sus adentros que podría detener cuando le acomodase aquella inundacion popular , manifestó claramente su opinion , y resolvió ahogar en su cuna aquella nueva supersticion que , apenas nacida , parecía amenazar con crecer tan rápidamente.

—Si yo hubiese sido prefecto del Isera cuando las pretendidas apariciones de la Saleta , solía decir , no hubiera tardado en dar razon de ellas , y hubiera pasado con aquel cuento lo que sucederá muy pronto con el de Lourdes. Toda esta fantasmagoría va á volver á la nada.

En lugar de esperar á que la autoridad religiosa , única competente , juzgase oportuno intervenir en el exámen de tan extraordinario asunto , el señor Prefecto decidió de antemano la cuestion en el sentido de sus prevenciones antisobrenaturales. El Obispo , con su acostumbrada paciencia , tomaba tiempo para desatar el nudo gordiano. El Sr. Massy , con su impetuosidad habitual , prefería cortarle bruscamente. Pero si la espada de Alejandro ha triunfado en tales esfuerzos , la espada de gala de un prefecto se expone á quedar deslucida. En semejante empresa , la del Sr. Massy debía embotarse primero y romperse despues.

Aparte de sus intenciones , que se reservaba , no podía ménos de comprender que el fondo mismo de la cuestion dependía de la autoridad episcopal , y de ningun modo del poder civil , y no quería lastimar en nada al venerable Prelado que regia la diócesis con un acierto tan universalmente reconocido. Así , pues , aunque dejaba traslucir sus sentimientos hostiles contra los « mila-

gros» de la Gruta, y aunque los sometía á una informacion hecha por los agentes, limitóse exteriormente á tomar ciertas medidas, que podían en rigor fundarse en la inmensa concurrencia de gente que el rumor de aquellos sucesos atraía á la ciudad de Lourdes.

Comenzó, no sabemos con qué objeto, por hacer vigilar secretamente la Gruta dia y noche, como si hubiera podido alguna maniobra humana ser cómplice en el extraño nacimiento de la fuente milagrosa y en su crecimiento progresivo (1).

El 3 de Marzo, segun las órdenes recibidas de la prefectura, el alcalde de Lourdes, Sr. Lacade, escribía al Comandante del fuerte para que pusiera á su disposicion las tropas de la guarnicion, y las tuviera desde el dia siguiente preparadas para todo (2). Los soldados con armas, debían ocupar el camino y las cercanías de la Gruta. La gendarmería local y todos los oficiales de policia habian recibido análogas instrucciones.

¿Exigía la tranquilidad pública tan amenazador alarde de fuerzas? No podemos comprenderlo. ¿No era de temer que por aquellas demostraciones hostiles, ó á lo ménos intempestivas, por aquella tentativa de intimidacion, se irritasen las poblaciones hasta entónces tan pacificas, pero ardientes por naturaleza, y conmovidas en aquel instante hasta el último extremo por los sucesos

(1) *Archivos de la Municipalidad de Lourdes.* Carta del Alcalde al Prefecto. Núm. 61.

(2) *Ibid.* Carta del Alcalde al Comandante del fuerte. Número 60.

que hemos referido? ¿No se corría el riesgo de excitar en aquellas almas tan poderosamente exaltadas por el sentimiento religioso algunos gritos de cólera, algún movimiento, alguna agitacion sediciosa? Muchos lo temían; otros acaso lo esperaban, y creían que la multitud daría algún pretexto que justificase la intervencion de la fuerza. Bien podía apostarse que así sucedería.

VI.

A pesar de la actitud inquieta y recelosa del mundo oficial, la fama de tan maravillosos hechos se había propagado por todas las comarcas inmediatas con eléctrica rapidez.

Todo el Bigorre y todo el Bearn, ya agitados por los primeros rumores de la Aparicion, habíanse conmovido profundamente con la noticia del nacimiento de la fuente y de las curaciones milagrosas. Todos los caminos del departamento estaban cubiertos de viajeros, que precipitadamente acudían. A cada instante, de todas partes, por todos los caminos, por todos los senderos que conducen á Lourdes llegaban revueltos y en confusion toda clase de vehículos, carros, calesas y carretas, mezclados con jinetes y gentes á pié.

La noche apenas amortiguaba tan gran movimiento. Los habitantes de la montaña bajaban al resplandor de las estrellas para hallarse temprano en la Gruta.

Además, la mayor parte de los viajeros que habian llegado ántes, continuaba en Lourdes, para no perder nada de tan extraordinarias escenas, no vistas hacia siglos. Las fondas, las posadas, las casas particulares rebosaban de gente, hasta que se hizo imposible albergar á las nuevas multitudes que llegaban, y todos pasaban la noche rezando delante de la Gruta iluminada con objeto de hallarse al amanecer más cerca de la vidente.

El juéves 4 de Marzo era el ultimo dia de la quincena.

Cuando la aurora principió á apuntar en el horizonte, una multitud más numerosa que los dias anteriores inundaba las inmediaciones de la Gruta.

Un pintor como Rafael ó Miguel Angel hubiese hallado en aquel animado espectáculo asunto para un cuadro admirable.

Aquí, encorvado por los años y venerable como un patriarca, un anciano montañés se apoyaba con sus temblorosas manos en un enorme baston con contera de hierro, cuyo peso y cuyas oscilaciones hacian rechinar los guijarros. En torno suyo se agrupaba toda su familia, desde la abuela, matrona antigua de angulosas facciones, de rostro arrugado y curtido y con su gran toca negra forrada de encarnado, puesta á manera de capucha, hasta el último nieto, que se ponía de puntillas para ver mejor. Unidas las manos con fervor, hermosas, serenas y graves como las espléndidas vírgenes de la campiña romana, las doncellas de la montaña rezaban aisladas ó reunidas en grupos. Muchas repasaban entre sus dedos las rústicas perlas de su rosario. Algunas leían por lo bajo en sus devocionarios. Otras

que llevaban en la mano ó en la cabeza un cántaro de barro para llenarle del agua milagrosa, recordaban las bíblicas figuras de Rebeca ó de Raquel.

Más allá estaba el aldeano del Gers, de enorme cabeza, de cuello de toro, de faz apoplética y violenta como Vitelio. A su lado se destacaba la fina cabeza del bearnés, tan popularizada por los innumerables retratos de Enrique IV.

De estatura mediana, pero que parecía grande por lo maravillosamente tiesa, los vascos, de pecho saliente, un poco cargados de hombros y de ágiles miembros, mirábanlo todo completamente inmóviles, y parecían clavados en el suelo como estatuas. Su ancha frente, su barba estrecha y prominente, su rostro seco y de hechura de V, sus facciones características, la precisión de su tipo, indicaban la primordial pureza de aquella raza, la más antigua acaso del país de las Galias.

Confundidos en gran número entre aquella multitud, y con formas ménos rudas, pero también ménos marcadas, más confusas ó más eultas, más distinguidas para unos, para otros más vulgares, se hallaban hombres de mundo de todas las profesiones, magistrados, negociantes, notarios, abogados, empleados y médicos.

Las señoras, con sombrero y con velo, y metidas las manos en sus manguitos, sentíanse penetradas, á pesar de sus precauciones contra el frío, por el aire glacial de la mañana, y á cada instante cambiaban de lugar y se movían para entrar en calor.

Impasibles y dignos, en pié y envueltos de arriba abajo en sus grandes capas de anchos pliegues, algunos

españoles que aparecían acá y allá aguardando en tranquila apostura, miraban la Gruta y rezaban. Si un incidente, un movimiento de la multitud, les sacaba, sin querer, de su contemplacion, apénas volvían la cabeza, paseaban un instante por la muchedumbre la negra llama de su mirada, y volvían á rezar.

En muchos sitios los peregrinos, fatigados por el viaje, ó por su larga estancia de pié durante la noche, se habían sentado en el suelo. Algunos había tan previosores que iban cargados con morrales repletos de provisiones. Otros llevaban una calabaza llena de vino. Muchos niños se habían dormido, tendidos en el suelo, y sus madres los tapaban con sus capuchas cuidadosamente.

Algunos militares del regimiento de caballería de Tarbes, ó del depósito de Lourdes, habían ido á caballo y se mantenían fuera del barullo, en las márgenes del Gave. Muchos peregrinos ó curiosos habían trepado á los árboles, y en torno de sus cabezas aisladas, que dominaban á las otras y se destacaban vivamente, todos los campos, todas las praderas, todos los caminos, todos los ribazos, todos los oteros, todas las rocas desde donde se podía ver la Gruta, se hallaban literalmente cubiertos de una inmensa multitud de hombres, de mujeres, de niños, de ancianos, de personas de mundo, de jornaleros, de aldeanos, de soldados, todos apiñados y ondulantes como las espigas maduras. Los pintorescos trajes de aquellas comarcas aparecían con vistosos colores á los primeros rayos del sol, cuyo disco comenzaba á asomar detrás de las cumbres del Gers. A lo léjos, desde los ribazos de Vicens, por ejemplo, las capuchas de las mu-

jeros , blancas como la nieve , ó de un encarnado vivísimo , y los grandes gorros azules de los campesinos bearneses , brillaban como margaritas , amapolas y lirios , en medio de aquella mies humana , mientras los cascos de los jinetes acampados junto al Gave , centelleaban á la naciente luz que por el Oriente llegaba.

Bien podían calcularse en más de veinte mil las personas diseminadas en las orillas del Gave , número que sin cesar aumentaban los nuevos peregrinos que por todas partes desembocaban (1).

Aquellos rostros revelaban la fe , la curiosidad , la oracion y el escepticismo. Todas las clases , todas las ideas , todos los sentimientos estaban representados en aquella inmensa multitud. Allí estaba el rudo cristiano de los primeros tiempos , que sabe que para Dios nada hay imposible. Allí estaba el cristiano atormentado por la

(1) Nos han suministrado esta cifra varios testigos , á los cuales hemos consultado. Respecto á los detalles del cuadro de aquella escena que hemos trazado , y del movimiento general de toda la comarca , están tomados la mayor parte literalmente de un periódico muy hostil á la Aparicion , de la *Era imperial de Tarbes* , en su número del 26 de Marzo.

Cuatro ó cinco semanas despues , cuando ya hacia un mes que había concluido la quincena pedida por la Aparicion , y Bernardita no iba ya con regularidad á la Gruta , el alcalde mandó hacer un recuento de la multitud. Pues bien , aquel dia , un dia cualquiera , en que se ignoraba si la pastora iría ó nó , había aún nueve mil sesenta personas. (Carta del Alcalde al Prefecto , fechada el 7 de Abril. *Archivos de la Municipalidad de Lourdes*. Núm. 86.)

duda, que acudía á aquellas rocas salvajes á buscar argumentos para su fe. Allí estaba la mujer creyente pidiendo á la Divina Madre que curase á algun enfermo querido, ó que convirtiese á alguna alma muy amada. Allí estaban tambien los que todo lo niegan por rutina, hombres que tienen ojos para no ver y oídos para no oír. Allí, por último, estaban los espíritus frívolos, que no se cuidan de su alma, y que buscaban únicamente, delante del cielo entreabierto, una diversion curiosa ó un vano espectáculo.

En torno á aquella multitud, y por el camino, corrían, iban, venían y gritaban, como poseidos de una especie de frenesí, los alguaciles y los gendarmes. El adjunto, con su banda, se hallaba inmóvil entre ellos.

Mirándolo todo, y dispuestos á tomar crueles medidas al menor desórden, se hallaban en una pequeña altura Jacomet y el Procurador imperial.

De aquella multitud salía un rumor vago, múltiple, confuso, indescriptible, compuesto de mil ruidos diversos, de palabras, de conversaciones, de oraciones y de gritos, y semejante al eterno bullir de las olas.

De improviso brota de todos los labios un clamor. « ¡La Santa! ¡la Santa! gritan por todas partes, y verificase una extraordinaria agitacion en medio de aquel gentío. Todos los corazones, áun los más fríos, se conmueven; todas las frentes se levantan; todos los ojos se fijan en el mismo punto; todas las cabezas se descubren instantivamente.

Bernardita, acompañada de su madre, acababa de aparecer en el sendero abierto los días anteriores por la

Hermandad de los canteros, y bajaba tranquilamente hacia aquel Océano humano. Aunque tenía delante de los ojos todo aquel pueblo, y aunque se sintiera feliz por aquel testimonio de adoración tributado á la Señora maravillosa, la dominaba por completo el pensamiento de volver á ver aquella incomparable belleza. Cuando va á entreabrirse el cielo, ¿quién mira á la tierra? De tal modo la absorbía la alegre esperanza que llenaba su corazón, que no parecía notar ni los gritos de «La Santa,» ni las demostraciones de la veneración popular. Tan poseída estaba por la imagen de la Vision, y tan perfecta era su humildad, que ni aún tenía la vanidad de aparecer confusa y de ruborizarse.

Los gendarmes, sin embargo, habían acudido, y apartando á la gente delante de Bernardita, la escoltaban y le abrían paso hasta la Gruta.

Aquellos valientes, lo mismo que los soldados, eran creyentes, y su actitud simpática, conmovida y religiosa, había impedido que la multitud se irritase por aquel aparato de fuerza armada, con lo cual fracasaban los cálculos de los hábiles.

Los mil rumores de la multitud se habían poco á poco apaciguado y reinaba un gran silencio. Ni en el momento de la Misa, en un día de precepto ó de comunión, puede haber más recogimiento en las iglesias de la cristiandad. Aun los que no creían sentíanse sobrecogidos de respeto. Todos contenían la respiración, hasta el punto de que si alguno se hubiera acercado con los ojos cerrados, jamás hubiera adivinado que había allí una muchedumbre inmensa, pues en medio del universal si-

lencio no hubiera llegado á sus oídos más que el rumor del Gave. Los que estaban cerca de la Gruta oían el murmullo de la fuente que caía tranquilamente en el piloncillo por la tajea de madera colocada poco ántes.

Cuando Bernardita se arrodilló , todo el pueblo , por un movimiento unánime , cayó de rodillas.

Casi en seguida los sobrehumanos rayos del éxtasis iluminaron las transfiguradas facciones de la niña. No describirémos una vez más aquel maravilloso espectáculo, puesto que ya hemos intentado en muchas ocasiones dar al lector una idea de él ; sólo dirémos que siempre era nuevo , como lo es cada mañana la salida del sol. El poder que produce semejantes esplendores dispone de lo infinito , y lo emplea en variar incesantemente la forma exterior de su eterna unidad ; pero la pluma de un pobre escritor no tiene más que estrechos recursos y miserables colores. Si Jacob , hijo de Isaac , luchó con el ángel , el artista es harto débil para luchar con Dios , y cuando llega un momento en que conoce que no puede traducir todos los delicados matices de la obra divina , se calla y se limita á adorar. Esto es lo que yo hago , y dejo á las almas que me leen la tarea de imaginarse todas las alegrías , todas las ternuras , todas las gracias y todas las celestiales delicias que la bienaventurada vision de la Virgen sin mancha , de la Belleza admirable que al mismo Dios enamoró , derramaban en el espíritu y pintaban en el rostro de Bernardita extasiada. Que cada cual adivine , pues , lo que no digo , y procure contemplar con el pensamiento y con el corazon directamente y sin mi ayuda lo que no puede expresar mi miserable talento.

La Aparicion había , como los dias anteriores , mandado á la niña que bebiese y que se lavase en la fuente , y que comiera la yerba de que hemos hablado. Despues había vuelto á ordenarle que fuese á ver á los Sacerdotes y les dijese que deseaba ver en aquellos lugares una capilla y procesiones.

La niña había rogado á la Aparicion que le dijese su nombre , pero la radiante Señora no había respondido. Aún no había llegado la ocasion. Era necesario que aquel nombre se escribiese ántes en la tierra y se grabase en los corazones por innumerables obras de misericordia. La Reina del Cielo quería que la adivinasen por sus beneficios , quería que el clamor reconocido de todas las bocas la nombrase y la glorificase ántes de responder y de decir : «No os ha engañado vuestro corazon : soy efectivamente Yo.»

VII.

Bernardita acababa de tomar el camino de Lourdes. La inmensa multitud que hemos descrito , y que lentamente se retiraba , preguntábase en medio de mil diversos comentarios lo que podía significar la órden extraña y misteriosa dada por la Aparicion á la niña una semana ántes , órden reiterada muchas veces , y en especial aquel mismo dia. Examinábanla en todos sus detalles y se pesaban todas sus circunstancias.

La Virgen, al dirigirse á la hija de los hombres y hablar acaso por su conducto á todos nosotros, la había mandado que se alejase del Gave, y subiese la roca hasta el rincón más apartado de la Gruta, que bebiera, que comiese de la yerba, y que se lavase en la fuente invisible entónces para las miradas de todos. La niña, obediente á la voz celestial, había cumplido todas sus órdenes. Había subido la escarpada cuesta; había comido la yerba; había escarbado la tierra; y el agua había brotado, primero ténue y cenagosa, después más abundante y ménos turbia, hasta convertirse, al cabo de algunos días, y á medida que iban bebiéndola, en un surtidor caudaloso y magnífico, claro como el cristal, en un río de vida para los débiles y los enfermos.

No era necesario estar muy versado en la ciencia del Simbolismo para comprender el sentido profundo, el sentido tan admirablemente de actualidad de aquella órden que, para la imbecilidad filosófica, no era más que una extravagancia.

¿Cuál es el mal de las sociedades modernas? ¿No es, en el órden de las ideas, el orgullo? Vivimos en un tiempo en que el hombre se eleva á sí propio á la categoría de Dios. ¿No es, en el órden de las costumbres, el más desenfrenado sensualismo, el amor de todo lo pasajero? ¿Cuál es la causa y el objeto de esa prodigiosa actividad, de esa asombrosa industria que agita al mundo? El hombre quiere gozar. A través de tantas fatigas busca el bienestar físico, busca los placeres, busca la satisfacción de sus más materiales, de sus más egoístas instintos. Coloca acá abajo su destino, como si fuese eterna su vida, y

este es el motivo de que no piense en ir hacia la Iglesia, sin sospechar que ella es la única que tiene el secreto de la vida verdadera y de la felicidad sin fin.

— ¡Oh insensatos mortales! dice la Madre del género humano. ¡No vayais á beber á ese Gave que pasa; no vayais á esas pasiones efimeras que, aunque digan «para siempre,» engañan á la vida de los sentidos, que no es más que una muerte; no vayais á esos placeres de la materia, que matan al espíritu; á esas aguas que excitan la sed en lugar de calmarla; á esas aguas impotentes, que apénas os dan la ilusion de un instante y que os dejan todos vuestros males, todos vuestros dolores, todas vuestras miserias! Abandonad esas aguas tumultuosas y agitadas, volved la espalda á esas olas que huyen, á ese torrente que se precipita en el abismo. Venid al manantial que apacigua y que satisface, que cura y que resuscita. Venid á beber á la fuente de los verdaderos goces, de la vida verdadera; á esa fuente que sale de la inmutable roca, en la cual ha colocado la Iglesia sus eternos cimientos. Venid á beber y á lavaros en la fuente murmuradora.....

— ¡Beber en la fuente! Pero ¿dónde está? ¿En dónde podremos hallar en la roca de la Iglesia esa fuente de gracias inauditas? ¡Ay! ¡Pasó ya el tiempo en que la Iglesia hacía andar á los paralíticos y devolvía la vista á los ciegos! En vano miran la inmóvil roca nuestros ojos, pues no descubren esa fuente milagrosa donde sanan los enfermos. O nunca ha existido, ó se ha secado hace mil ochocientos años.

Así se expresa el mundo.

— Pedid y recibiréis, dice la santa palabra. Si los prodigios no surgen en medio de vosotros, como en tiempo de los apóstoles, es porque solicitados por la vida de los sentidos, sin querer admitir más que lo que descubris con los ojos del cuerpo, no buscáis la milagrosa fuente en los secretos de la bondad divina. ¿Decís que no veis brotar el agua en el rincón misterioso del Santuario? ¡Oh Bernardita! ¡Oh género humano! ¡Creed, sin embargo! Venid y buscad con esa fe absoluta que tiene la criatura cuando pega sus labios al seno materno. La Providencia es una madre. Ahí teneis cómo ha brotado la fuente; ahí teneis cómo crece á medida que la buscáis, lo mismo que sucede con la leche, atraída por los labios del niño.

— ¿Qué bebamos? ¡Pero el agua que sale de la roca pasa á través de elementos impuros! El Clero tiene mil defectos humanos, tiene ideas particulares que no son del cielo. La fuente divina está mezclada con tierra. ¿Qué me lave? ¡Si yo soy más instruido, más puro, más generoso que ese Sacerdote!

— ¡Orgullosos! ¿No te han formado á tí tambien del barro de la tierra? *Memento quia pulvis es....*; come de esa yerba, humillate y recuerda tu origen. Todo lo que te alimenta, ¿no pasa por la tierra? Y aún la vida de cada día, ¿no la recibes por ese barro de que estás formado?

¿La fuente se ha secado? La fe humilde la hará brotar. ¿Está cenagosa? ¿Es impura? Bebed, bebed sin cesar, y la tornaréis clara, trasparente, luminosa, y sanará á los enfermos y á los débiles. ¡Manifiesta enseñanza

dada á todos los fieles ! ¿ Quereis mejorar el Clero ? ¿ Quereis que tenga las virtudes apostólicas ? ¿ Quereis santificar el elemento humano de la Iglesia ? Participad de los Sacramentos que distribuye el Sacerdocio. Sed cordero, y tendreis Pastores. Laváos en el alma de ese Sacerdote, que ella se purificará al purificaros.

Habeis dejado que se pierda la Fuente de los Milagros , por no usar de ella ; pues para hallarla , teneis que seguir una conducta inversa ; usadla mucho. *Querite et inveniatis*. Para que os abran teneis que llamar. Para recibir hay que pedir.

VIII.

Aunque la multitud había llegado á su inmenso apogeo por la mañana ; cuando Bernardita se presentó , no por eso vaya á creerse que las rocas Massabielle estuvieron solitarias lo demas del dia. Toda la tarde fué un continuo ir y venir por el camino de aquella Gruta , célebre en adelante , que todos examinaban , unos recorriéndola ; otros rezando delante de ella , y algunos arrancando pedazos de roca para llevarse un piadoso recuerdo.

Aquella tarde , hacia las cuatro , aún había de quinientas á seiscientas personas diseminadas de esta manera por las orillas del Gave.

En aquel mismo instante tenía lugar una escena desgarradora junto á una cuna , en una pobre casa de

Lourdes, donde habitaba una familia de jornaleros, Juan Bouhohorts y Cruz Ducouts, su mujer.

Yacía en aquella cuna un niño de unos dos años, delicado, mal constituido, y nunca había podido andar, constantemente enfermo, y consumido desde su nacimiento por una calentura lenta, una calentura de consunción, que con nada había podido vencerse. A pesar de los inteligentes cuidados de un médico del país, el Sr. Peyrus, el niño se acercaba á su última hora. La muerte extendía ya sus lividos colores sobre aquel rostro, extremadamente seco con tan largo sufrimiento.

Miráblele morir el padre, sereno en medio de su dolor, y la madre.

Una vecina, Francisca Gozes, se ocupaba ya en preparar lienzos para sepultar el cuerpo, y al mismo tiempo se esforzaba en dirigir palabras de consuelo á la madre.

Esta, loca de dolor, seguía con ansiedad los progresos de la agonía.

Los ojos del enfermo estaban vidriosos, sus miembros absolutamente inmóviles, y ya no se notaba su respiración.

—Ha muerto, dijo el padre.

—Si no ha muerto, dijo la vecina, va á morir, pobre amiga mía. Id á llorar junto al fuego; miéntras yo le envuelvo en esta mortaja.

Cruz Ducouts nada oía, al parecer. Acababa de ocurrirla una súbita idea, y se habían contenido sus lágrimas.

—¡No ha muerto, gritó, y la Santísima Virgen de la Gruta me lo va á curar!

— ¡La ha vuelto loca el dolor! dijo tristemente Bouhorts.

Pero en vano intentaron él y la vecina disuadir de su propósito á la madre, que acababa de sacar de la cama el cuerpo ya inmóvil del niño, y le había envuelto en su delantal.

— Le llevo á la Virgen, gritó dirigiéndose á la puerta.

— Pero no ves, Cruz, le decían su marido y Francisca, que si nuestro Justino no está enteramente muerto, le vas tú á matar ahora.

La madre, como fuera de sí, nada quiso oír.

— ¡Qué importa que muera aquí ó en la Gruta! Dejádme que implore á la Madre de Dios.

Y salió con su hijo en brazos.

Segun había dicho, le llevaba á la Virgen. Caminaba con rapidez, rezando en alta voz y con todas las apariencias de una insensata.

Iban á dar las cinco y aún había algunos centenares de personas delante de las rocas Massabielle.

Cargada con su precioso fardo, la pobre madre atravesó la multitud. A la entrada de la Gruta se arrodilló y rezó. Despues se arrastró de rodillas hacia la fuente milagrosa. Su rostro ardía; sus ojos estaban animados y llenos de lágrimas; toda su persona revelaba cierto desorden ocasionado por el exceso del dolor.

Así llegó junto al pilon abierto por los canteros. Hacía un frio glacial.

— ¡Qué va á hacer? decían todos.

Cruz sacó de su delantal el cuerpo desnudo de su hija moribundo. Hizo sobre su persona y sobre la del niño la

señal de la cruz, y en seguida, sin vacilar, por un movimiento rápido y determinado, le sumergió por completo, excepto la cabeza, en el agua casi helada de la fuente.

Un grito de espanto, un murmullo de indignacion, salieron de la multitud.

— ¡Esta mujer está loca! gritaron por todas partes, y se agruparon á su alrededor para impedirle que continuase.

— ¿Quereis acaso matar á vuestro hijo? exclamó uno brutalmente.

Pero la pobre mujer parecia sorda, y continuaba inmóvil como una estatua: la estatua del dolor, de la oracion y de la fe.

Uno de los presentes la tocó en un hombro. Volvióse entónces la madre, y sin sacar á su hijo del agua, dijo con voz enérgica á la vez que suplicante:

— ¡Dejadme, dejadme! Quiero hacer todo lo que pueda; Dios y la Santísima Virgen harán lo demás.

Muchos observaron la completa inmovilidad del niño y su fisonomía cadavérica.

— Ya está muerto, dijeron. Dejemos á la pobre mujer: es una madre extraviada por el dolor.

¡Nó! Su dolor no la extraviaba; por el contrario, la conducía al camino de la fe más alta, de una fe absoluta, sin sombra de duda y sin desfallecimiento, á la cual ha prometido Dios solemnemente que nunca se resistirá. La madre de la tierra sentía en el fondo de su alma que se dirigía al corazón de la Madre que está en los cielos. De aquí su confianza sin límites, que dominaba á la terrible realidad de aquel cuerpo moribundo que tenía en sus ma-

nos. Indudablemente veía, lo mismo que la multitud, que un agua glacial, como la del pilon en que había sumergido á su hijo, bastaba, segun las leyes ordinarias de la naturaleza, para matar infaliblemente á aquel pobre ser tan querido, y para acabar súbitamente su agonía por el golpe de la muerte. ¡No importa! Su brazo no se movía y su fe no flaqueaba. Durante un cuarto de hora largo, delante de la multitud estupefacta, en medio de los gritos, de las censuras y de las injurias que sin cesar la dirigían las gentes agrupadas á su alrededor, tuvo á su hijo en aquel agua misteriosa, brotada poco ántes por un solo ademán de la Madre omnipotente del Dios muerto y resucitado.

¡Sublime espectáculo el de la fe católica! Aquella mujer precipitaba á su hijo moribundo en el más inminente de los peligros terrestres, para buscar allí en nombre de la Virgen María, la curacion que viene del cielo. ¡Empujábale naturalmente hacia la muerte para conducirle sobrenaturalmente á la vida! Jesus alabó la fe del Centurion. A decir verdad, la de aquella madre parecenos más admirable todavía.

Un acto de fe tan sencillo y tan grande no podia ménos de conmover el corazón de Dios. Nuestro Padre, ese Padre tan invisible y tan manifiesto, contemplaba indudablemente, al mismo tiempo que la Santísima Virgen, aquella religiosa y conmovedora escena, y bendecía á aquella cristiana, á aquella creyente de los primeros tiempos.

El niño, durante su larga inmersión, había conservado la inmovilidad de un cadáver. La madre le envolvió

en su delantal, y voivió apresuradamente á su casa.

El cuerpo de Justino estaba helado.

— Ya ves qué está muerto, dijo el padre.

— Nó, respondió Cruz; no está muerto; la Santísima Virgen lo curará.

Y la pobre mujer acostó al niño en su cuna.

A los pocos instantes, la madre, que con atento óido, estaba inclinada sobre él, exclamó:

— ¡Respira!

Bouhohorts se precipitó hácia la cuna y se puso á escuchar. Justino respiraba efectivamente. Tenía cerrados los ojos y dormía con profundo y tranquilo sueño.

La madre no durmió. Durante toda la tarde y la noche acudía á cada momento á escuchar su respiración, cada vez más fuerte y regular, y esperaba con ánsia el instante de despertar.

Este llegó al rayar el día.

La debilidad del niño no había desaparecido; pero su tez estaba sonrosada y tranquilas sus faeciones. En sus risueños ojos, vueltos hacia su madre, brillaban los dulces rayos de la vida.

Durante su sueño, profundo como el que Dios había enviado á Adán, la mano misteriosa y omnipotente de quien todos los bienes dependen, había reanimado y reparado (no nos atrevemos á decir resucitado) aquel cuerpo inmóvil y frío poco ántes.

El niño pidió á su madre el pecho, y bebió en él ansiosamente su sustento.

El, que nunca había andado, quiso levantarse y pasearse por el cuarto. Pero Cruz, tan animosa la víspera

y tan llena de fe , no se atrevía á creer en la curacion, y temblaba al solo pensamiento del peligro pasado. Resistió, pues, á las reiteradas súplicas del niño , y rehusó sacarle de la cuna.

Así pasó el día , pidiendo el niño á cada instante el pecho materno. Llegó la noche , y fué tan tranquila como la anterior.

El padre y la madre salieron con el alba para ir á trabajar. Su Justino seguía durmiendo.

Cuando la madre á su vuelta abrió la puerta , se encontró de improviso con un espectáculo que por poco le hace desmayarse.

La cuna estaba vacía. Justino se había levantado él sólo : estaba de pié y andaba por todas partes , tocando los muebles y derribando las sillas.

El paralítico andaba.

Sólo el corazon de las madres puede adivinar el grito de alegría que semejante espectáculo arrancó á Cruz. Quiso andar , pero tan grande era su emocion que no la dejó. Temblaban sus piernas , y falta de fuerzas para resistir tanta felicidad , se apoyó en la puerta.

Un vago terror mezclábase , no obstante , á pesar suyo , con su radiante alegría.

— ¡ Ten cuidado ! ¡ Te vas á caer ! gritó angustiada.

Pero el niño no cayó. Sus pasos eran seguros , y corrió á arrojarle en los brazos de su madre , que le estrechó llorando.

— Está curado desde ayer , pensaba Cruz , puesto que quería levantarse y andar , y yo , como una impía , sin fe ninguna , se lo he impedido.

—Ya ves que no estaba muerto, y que la Santísima Virgen le ha salvado, dijo á su marido cuando volvió.

Así hablaba aquella madre bienaventurada.

Francisca Gozes, la vecina que la antevíspera había asistido á la agonía, y preparado la mortaja para el entierro de Justino, había acudido y apenas daba crédito á sus ojos, que no podía apartar del niño, como si hubiera querido asegurarse de su identidad.

— ¡ Es él ! gritaba. ¡ No hay duda ! ¡ Pobre Justino !

Todos se arrodillaron.

La madre unió, para levantarlas al cielo, las dos manos de su hijo, y todos juntos dieron gracias á la Madre de las Misericordias.

La enfermedad desapareció por completo. Creció Justino sin tener recaída ninguna en once años que desde entónces han transcurrido. El que escribe estas páginas ha ido á verle últimamente y le ha hallado fuerte y sano. Unicamente desespera á su madre, porque es algo aficionado á hacer novillos y le gusta mucho correr.

El Sr. Peyrus, el médico que le había asistido, convino, con la más completa buena fe, en la radical impotencia de la medicina para explicar el extraordinario acontecimiento que acababa de verificarse.

Los señores doctores Vergez y Dozous examinaron por separado aquel hecho de tan gran interes para la ciencia y para la verdad, y lo mismo que el Sr. Peyrus, no pudieron ver en él más que la accion omnipotente de Dios. Unos y otros comprobaron tres circunstancias notables, que daban manifestamente á aquella curacion el carácter de sobrenatural: la duracion del baño, su efec-

to inmediato, y la facultad de andar desarrollada en cuanto el niño salió de la cuna.

Las conclusiones de la nota del Sr. Vergez sobre el particular eran terminantes.

Un baño de agua fría en el mes de Febrero, de un cuarto de hora de duración, dado á un niño extenuado y moribundo, debía, según él, y según todos los datos teóricos y experimentales de la ciencia, producir una muerte inmediata. «Porque, añadía el hábil facultativo, »si las abluciones de agua fría, sobre todo cuando se repiten, pueden prestar grandes servicios en las afecciones »dinámicas graves, este medio obedece á leyes que no »se traspasan sin peligros reales para la vida en general. »En tésis general, la duración de la aplicación del agua »fría no debe exceder de pocos minutos, porque la de- »presión ocasionada por el frío destruiría todos los ele- »mentos de una reacción en el organismo.

»Es así que la mujer Ducouts ha sumergido á su hijo »en el agua de la fuente, sin sacarle en más de un cuar- »to de hora, luego ha buscado su curación por procedi- »mientos absolutamente condenados por la experiencia y »por la razón médica. Y á pesar de todo ha conseguido »inmediatamente su objeto, porque pocos momentos des- »pués dormía el niño con sueño tranquilo y profundo, »del que no despertó hasta que pasaron más de doce »horas.

»Y para que iluminase este hecho la más viva luz, »para que no cupiese ninguna incertidumbre sobre su »realidad y sobre la rapidez de su producción, el niño, »*que nunca había andado*, se escapa de la cuna y rom-

»pe á andar con la seguridad, hija de la costumbre, de-
»mostrando así que su curacion se ha verificado, sin
»convalecencia, *de una manera completamente sobre-*
»*natural* (1).»

IX.

Por todas partes continuaban ocurriendo nuevas curaciones. Imposible sería referirlas detalladamente, no sólo por lo numerosas, sino porque el autor de este libro se ha impuesto el deber de no referir ni un solo hecho de esta clase, cuya exactitud no haya comprobado, tanto por las declaraciones de los testigos directos del acontecimiento, como por las de las personas favorecidas con tan maravillosas mercedes.

Además, por grande que sea el interes de toda accion sobrenatural, nos hemos visto obligados á abreviar, y hemos tenido, nó sin sentimiento, que separar de nuestra narracion muchos prodigios perfectamente comprobados por nosotros mismos, y limitarnos á presentar la historia circunstanciada de los milagros más notables. Indiquemos, sin embargo, al acaso, sacándolas de los procesos verbales de la Comision nombrada más adelante

(1) Declaracion dada por el señor doctor Vergez, profesor agregado de la facultad de Montpellier, á la Comision nombrada por monseñor el Obispo de Tarbes.

para examinar aquellos acontecimientos, algunas de las curaciones conseguidas en aquella época, que fueron auténticamente comprobadas, y cuya fama, por tanto, cundió desde el principio por todo el país. El fondista Blas Maumus había visto deshacerse y desaparecer, metiendo la mano en la fuente, un enorme lobanillo que tenía en la articulación del puño. La viuda Crozat, extremadamente sorda desde hacía veinte años, había recobrado súbitamente el oído usando aquel agua. Por un prodigio análogo, Augusto Bordes, cojo hacía mucho tiempo, había visto á su pierna enderezarse y adquirir su fuerza y su forma naturales. Todas estas personas eran de Lourdes, por manera que era fácil tener pruebas de tan extraordinarios sucesos.

Y habiendo alabado el tribunal de justicia, cuyas disposiciones anti-supersticiosas hemos indicado, tenía en aquellos milagros públicamente atestiguados y proclamados, una excelente ocasión para abrir una severa información, y perseguir, si así procedía, á los autores ó propagadores de semejantes noticias, propias evidentemente para extraviar la conciencia pública y llenar de confusión los espíritus. Nada más fácil que coger en tales materias la impostura en flagrante delito. Efectivamente, aquellas curaciones no

X.
Suponiendo que acertase en su sistema de negarlo todo, el tribunal de justicia, cuyas disposiciones anti-supersticiosas hemos indicado, tenía en aquellos milagros públicamente atestiguados y proclamados, una excelente ocasión para abrir una severa información, y perseguir, si así procedía, á los autores ó propagadores de semejantes noticias, propias evidentemente para extraviar la conciencia pública y llenar de confusión los espíritus. Nada más fácil que coger en tales materias la impostura en flagrante delito. Efectivamente, aquellas curaciones no

se escapaban, como las Apariciones vistas sólo por Bernardita, á la observacion de los demás, sino que entraban en el dominio de los sentidos; eran hechos numerosos, y no casos aislados, puesto que se contaban veinticinco ó treinta, al alcance de todo el que quisiera examinarlos. Todo el mundo podía comprobarlos, estudiarlos, analizarlos y reconocer su verdad, ó demostrar que eran una mentira.

Lo sobrenatural abandonaba el campo de lo invisible para hacerse material y palpable. En la persona de los enfermos vueltos á la salud, de los paráliticos que andaban y que se movían, decía á todos como Jesucristo al apóstol Tomás: «Mirad mis piés, mirad mis manos, mirad mis apagados ojos, abiertos de nuevo á la luz. Mirad esos moribundos vueltos á la vida, esos sordos que oyen, esos cojos que corren con la agilidad de la salud y de la fuerza.» Lo sobrenatural se había encarnado, por decirlo así, en todos aquellos incurables, curados de improviso, y al dar públicamente testimonio de sí mismo, provocaba las informaciones, los exámenes y las pesquisas. Era, pues, posible, y permítasenos la expresion, luchar con él cuerpo á cuerpo, y cogerle por los cabezones.

Todos comprendían que en esto consistía el corazon de la cuestion, y que era preciso tener una explicacion de aquellos inconcebibles acontecimientos que venían de tal manera á arrojarse en medio de las ideas dominantes. De suerte, que todos procuramos adivinar los medios hábiles y enérgicos que iba á desplegar aquella fraccion del mundo oficial, tan firmemente resuelta hasta entón-

ces á perseguir sin descanso y á aplastar el fanatismo.

¿Qué interrogatorios iba á hacer la policía? ¿Qué instruccion judicial iba á abrir el tribunal? ¿A qué severas medidas iba á recurrir la administracion? La administracion, el tribunal y la policía no hicieron nada, y no juzgaron conveniente aventurarse en el exámen público de unos hechos tan notorios, y cuya fama llenaba toda la comarca.

¿Qué significaba una abstencion tan singular en presencia de tan asombrosos prodigios? Significaba que la incredulidad es prudente.

Aun en medio de sus arrebatos y de sus pasiones tienen á veces los partidos cierto instinto de conservacion que los advierte que el peligro que van á arrostrar es capital, y les hace retroceder. De repente se detienen en la lógica de su situacion y no se atreven á atacar á su adversario en aquel punto decisivo, hacia el cual corrían impremeditadamente lanzando de antemano gritos de triunfo. Comprenden que serían vencidos irremisiblemente y que su suerte está allí. ¿Que hacer? Vuelven piés atrás y se batan en guerrilla en terrenos ménos peligrosos.

En el orden militar es una táctica muy buena; pero en el orden de las ideas no parece muy conciliable tan extremada prudencia con una completa buena fe, pues supone una vaga inquietud sobre el valor de su propia tesis y un vago presentimiento de la completa certidumbre de las cosas que se combaten. No atreverse á arrostrar el exámen de un hecho cuya existencia seria la derrota de tal ó cual doctrina proclamada muy alto, es

declarar implícitamente que en su interior se duda de lo que con tanta seguridad se afirma; es demostrar que se teme á la verdad; es huir sin intentar una lucha; es temblar delante de la luz.

Tales eran las reflexiones que hacían los mejores talentos del país al ver el movimiento de retirada y la abstención de los poderes hostiles delante de los hechos que hemos referido.

Debiera la incredulidad haberse convertido; pero no lo hizo; únicamente se sentía desconcertada y abrumada por la fuerza de los acontecimientos, por la evidencia de los hechos y por la brusca invasión de lo sobrenatural. Muy mal conocería el corazón humano el que pensase que bastan las pruebas más concluyentes y más seguras para obligar á los hombres sistemáticos á reconocer humildemente su error. La libertad humana tiene la terrible facultad de resistir á todo, áun á Dios. Bien puede el sol alumbrar el mundo é iluminar los espacios en que giran los globos del universo; el que quiera resistir á su omnipotencia y anularla para sí mismo, no necesita más que cerrar los ojos. También el alma puede, lo mismo que el cuerpo, hacerse insensible al esplendor de la verdad. Las tinieblas no son producto entónces de una enfermedad en el entendimiento, sino resultado de un acto de la voluntad que se obstina y se complace en no ver.

El hombre, no obstante, necesita en semejantes materias engañarse á sí mismo, y darse, á sólas con su conciencia, cierta apariencia de sinceridad. No tiene bastante determinación para negar ó combatir, abiertamente y cara á cara, la verdad claramente conocida; la

evidencia. ¿Qué hace entónces? Se obstina en permanecer en cierta oscuridad que le permita luchar contra la verdad, sin verla bien, y que le sirva en cierto modo de excusa. Olvidando que, cuando la ignorancia es voluntaria, en nada disminuye la responsabilidad, se reserva responder en su día: «¡Pero, Señor, si yo lo ignoraba!» Y por esto lo niega todo sistemáticamente, y se limita á encogerse de hombros, sin querer tomarse el trabajo de examinar el fondo de las cosas. Teme secretamente verse confundido por un acontecimiento, y evita su espectáculo. El desprecio que exteriormente finge, no es más que la hipocresía del temor que siente en su interior.

Por eso la incredulidad, delante de las curaciones sobrenaturales que en todas partes ocurrían, rehusó hacer ningun exámen y no se atrevió á aventurar observacion alguna. A pesar de las excitaciones que les hacían, á pesar de las pullas de los creyentes, los incrédulos se hicieron los suecos, y no quisieron abrir ningun debate público sobre las curaciones milagrosas. Aparentaron no pensar en aquellos asombrosos y divinos fenómenos que pasaban á la vista de todos; que se imponían á la atencion universal; que eran tan notorios y tan fáciles de estudiar, para seguir inventando teorías sobre las alucinaciones, terreno vago y nebuloso en que podían declamar y charlar á sus anchas, sin verse aplastados por la materialidad de un hecho visible, palpable, manifiesto é imposible de destruir.

Luego, si lo sobrenatural ofrecía la batalla, la batalla suprema y capital, y el libre-exámen la rehusaba y se batía en retirada, ya estaba decidida su derrota y su condenacion.

XI.

La filosofía, incrédula, irritada, sin embargo, por dos acontecimientos que parecía inspiraban desprecio, y contra los cuales no se atrevía á intentar la prueba decisiva de una informacion pública, buscaba estos medios para desembarazarse de aquellos hechos abrumadores. Apeló, pues, á una maniobra de profunda habilidad, y cuyo maquiavelismo indica todos los recursos de ingenio que el odio á lo sobrenatural hacía desplegar á la pandilla de los libre-pensadores. En lugar de examinar los verdaderos milagros, inventaron otros falsos, cuya impostura se proponían descubrir más adelante.

No hablaron sus periódicos ni de Luis Bourriette, ni del hijo de Cruz Ducouts, ni de Blas Maumus, ni de la viuda Crozat, ni de María Daube, ni de Bernarda Soubie, ni de Fabian Baron, ni de Juana Crassus, ni de Augusto Bordes, ni de otros ciento. Pero fabricaron pérfidamente una novela imaginaria, esperando propagarla por medio de la prensa, y refutarla en seguida con toda comodidad.

Como acaso parezca extraña semejante asercion, ponemos la prueba al canto.

«No os asombreis, decía el diario de la Prefectura, »la *Era imperial*, si aún hay gentes que persisten en »sostener que la jóven está predestinada y que tiene un

» poder sobrenatural. Para los tales es cosa averiguada :

» 1.^o Que una paloma se ha colocado ántes de ayer
» sobre la cabeza de la niña, miéntras ha durado el
» éxtasis.

» 2.^o Que la jóven ha soplado en los ojos á una ciega,
» y le ha devuelto la vista.

» 3.^o Que ha curado á otro niño que tenía un brazo
» paralizado.

» 4.^o Por último, que habiendo declarado un aldeano
» del valle de Campan que á él no le engañaban con es-
» cenas de alucinacion, la niña había conseguido aquella
» misma noche que los pecados del campesino se convir-
» tiesen en serpientes y le devorasen, sin que se haya
» hallado rastro de los miembros de aquel hombre irre-
» verente (1).»

En cuanto á las verdaderas curaciones, en cuanto á los hechos milagrosos plenamente probados, en cuanto al nacimiento de la fuente, guardábase el hábil redactor de mentar palabra. Con no ménos arte, no daba en sus narraciones ningun nombre, con objeto de evitar protes-
tas y rectificaciones.

« A este extremo hemos llegado, y no nos veríamos
» así en Lourdes, si los padres de la muchacha hubiesen
» seguido el consejo de los médicos, que les proponían
» enviasen la enferma al Hospicio (2).»

Es de advertir que ningun médico había dado hasta entónces semejante consejo. Era sencillamente un globo

(1) *Era imperial*, núm. del 6 de Marzo.

(2) *Ibid.*

explorador lanzado por el periódico administrativo.

Después de haber inventado tales fábulas, el formal y piadoso escritor se alarmaba en nombre de la razón y de la fe.

« Esta es, continuaba, la opinion de todas las gentes »razonables, que tienen sentimientos de verdadera piedad, que respetan y aman sinceramente la Religion, que miran la manía de las supersticiones como peligrosísima, y que profesan el principio de que no debe admitirse un hecho en la categoría de los milagros, miéntras la Iglesia no le declare tal.»

Una fe tan devota, con su correspondiente genuflexion final, coronaba dignamente la notable diplomacia que había dictado aquel trabajo. Tales son las fórmulas ordinarias de todos los que quieren reducir á la estrecha medida de sus ruines sistemas el sitio que á Dios le acomoda ocupar en este mundo. En cuanto á la última afirmacion, sentada como un principio acerca de los hechos milagrosos, conviene decir que éstos se imponen por sí mismos, como todos los hechos, y que arrancan su carácter nó de la Iglesia, que no hace más que reconocerlos, sino del mismo Dios, cuyo poder los produce directamente.

La decision de la Iglesia no crea el milagro, le justifica, y los fieles creen por la autoridad de su exámen y de su palabra. Pero ninguna ley, ni en el orden de la fe, ni en el de la razon, impide á los cristianos testigos de un hecho manifestamente sobrenatural reconocer en él, por sí mismos, el carácter milagroso. La Iglesia nunca ha exigido de los creyentes una abdicacion tan com-

pleta de su razon y de su sentido comun ; lo único que hace es conservarse el derecho de juzgar en última instancia.

« No parece hasta ahora, decía el articulista al concluir, que la autoridad religiosa haya creído digno de atención lo que ha pasado. »

El redactor del diario administrativo se engañaba en este último punto, según ha podido ver ya el lector por lo anteriormente dicho. No obstante, su observacion, preciosa al ménos en esto, demostraba para el porvenir y para la historia, que el Clero había sido completamente extraño á los acontecimientos verificados hasta entonces, y que aquellos acontecimientos seguían su curso sin cooperacion suya de ninguna clase.

Colocado en el mismo centro de los sucesos, el pobre *Lavedan*, periódico de Lourdes, sentíase abrumado por los hechos y se había callado de improviso. Su silencio debía durar muchas semanas. Ni una palabra decía de aquellas cosas inauditas, y de aquella afluencia de pueblos, tanto, que se hubiese creído sin dificultad que se redactaban en el otro extremo del mundo, á no ser porque traía llenas sus columnas de artículos copiados de los diarios y dirigidos contra la supersticion en general.

XII.

Durante el período de las apariciones había favorecido al movimiento popular una magnífica temperatura. Hacía muchos años que no se veía una serie tan larga de días hermosos. Desde el 5 de Marzo cambió el tiempo, y cayeron fuertes nevadas. Los rigores de la estación hicieron, naturalmente, disminuir durante algunos días la concurrencia á la Gruta.

Pero las curaciones milagrosas continuaban.

La señora Benita Cazeaux, de Lourdes, enclavada hacía tres años en la cama por una calentura lenta complicada con dolor de costado, había recurrido en vano á la ciencia médica. Todos los medicamentos habían sido inútiles. Las aguas de Gazost, visitadas por ella en la última temporada de baños, habían sido ineficaces.

Tan repetidos desengaños habían desconcertado á los médicos, que la consideraban como incurable y habían cesado de visitarla. En tan desesperada situación la pobre mujer había recurrido á nuestra Señora de Lourdes, y su mal incurable había desaparecido de repente, con sólo uno ó dos vasos de agua de la Gruta y algunos baños (1).

(1) Procesos verbales de la Comisión de información nombrada por monseñor el Obispo. Vigésimo segundo proceso verbal. Todas las declaraciones de esta clase recibidas por la Comisión se han hecho bajo juramento y las han comprobado los médicos.

Otra mujer, Blasa Soupenne, de Lourdes, de unos cincuenta años de edad, padecía hacia largo tiempo una gravísima enfermedad crónica en la vista; para emplear los términos técnicos dirémos que tenía una blefaritis complicada con atrofia. Lagrimeo continuo de los ojos; agudos escozores, ora simultáneos, ora alternativos; párpados rajados, completamente vueltos hacia afuera, despojados de pestañas y cubiertos los dos inferiores de una multitud de excrecencias carnosas. Tal era el desastroso estado de aquella desdichada. En vano se lavaba los ojos muchas veces al día con agua fresca; en vano había empleado todos los medicamentos que la ciencia indica; en vano había buscado algún alivio en los baños de Baréges, de Caunterets y de Gazost: nada la producía efecto. Abandonada de los hombres, habíase entónces vuelto hacia la divina Bondad manifestada en la Gruta. Declarada incurable por la ciencia, se había dirigido á la fe, y había pedido á la Señora milagrosa que la librase de aquella cruel enfermedad, contra la cual se habían estrellado el saber de los hombres y los agentes de la naturaleza. La primera vez que se lavó con el agua de la fuente sintió un gran alivio. La segunda, que fué al día siguiente, estaba completamente curada. Los ojos cesaron de llorar, los párpados volvieron á su forma primitiva, y desaparecieron los tubérculos carnosos. Desde entónces la nacieron pestañas.

Segun los médicos llamados á examinar aquel caso, «el efecto sobrenatural era tanto más evidente, cuanto que la lesion material, decían, era asombrosa, y al rápido restablecimiento de los tejidos en sus condiciones

»orgánicas y vitales ordinarias, había que añadir la re-
»forma de los párpados. La importancia de este hecho es
»tanto más notable, cuanto que la enfermedad de que
»se trata es una de las más rebeldes, y en el punto á
»que había llegado en la señora Soupenne, reclamaba
»imperiosamente la intervencion de la cirugía, para ope-
»rar en la mucosa palpebral, ó cauterizar al ménos enér-
»gicamente las ampollas y los tubérculos carnosos de
»dicha membrana (1).»

Los hechos maravillosos se multiplicaban. Dios se-
guía su obra, y la Santísima Virgen demostraba su om-
nipotencia.

XIII.

Desde el último día de la quincena, Bernardita ha-
bía vuelto muchas veces á la Gruta, pero como todos
los demás, es decir, sin oír aquella voz interior que la
llamaba de un modo irresistible.

El 25 de Marzo oyó de nuevo aquella voz por la ma-
ñana, y en seguida se encaminó á las rocas Massabielle.

(1) Tomado de la declaración hecha ante la Comisión episcopal, por el señor doctor Vergez, profesor agregado de la Facultad de Mompeller.

Su rostro radiaba de esperanza. Sentía en su interior que iba á volver á ver á la Aparicion, y que delante de sus absortos ojos iba á entreabrir un momento el Paraíso sus eternas puertas.

Como puede imaginarse, la niña era el objeto de la atencion general en Lourdes, y no podía dar un paso sin ser el blanco de todas las miradas.

— ¡Bernardita va á la Gruta! gritaron todos al verla pasar.

Y en un instante, abandonando todas las casas, acudieron por todos los senderos, precipitóse la multitud por el mismo camino que la niña.

La nieve se había derretido en el valle, pero aún coronaba la cresta de las vecinas montañas. Hacía un tiempo magnífico y sereno. Ni una nube manchaba el límpido azul del firmamento. El sol parecía nacer en aquel momento en el seno de aquellas blancas montañas, y hacía resplandecer su cuna de nieve.

Era el aniversario del día en que el ángel Gabriel había visitado á la Purísima Virgen de Nazaret para saludarla en nombre del Señor. La Iglesia celebraba la fiesta de la Anunciacion.

En tanto que corría hacia la Gruta la multitud, y entre ella la mayor parte de los enfermos curados, como Luis Bourriette, la viuda Crozat, Blasa Soupenne, Benita Cazeaux, Augusto Bordes, y otros mil, la Iglesia católica, al final de sus oficios de la mañana, cantaba las siguientes asombrosas palabras: «Entónces se abrirán los ojos de los ciegos y oirán los oídos de los sordos. Entónces el cojo saltará como un ciervo, *porque han*

«brotado las aguas en el desierto y los torrentes en la soledad (1).»

El gozoso presentimiento que había conmovido á Bernardita, no la había engañado. La voz que la llamaba era la de la Virgen.

En cuanto la niña cayó de rodillas, se presentó la Aparicion. Radiaba, como siempre, en torno suyo una aureola inefable de esplendor sin límites y de infinita dulzura; era como la eterna gloria de la paz absoluta. Como siempre, su velo y su traje de castos pliegues tenía la blancura de la nieve. Las dos rosas entreabiertas sobre sus pies brillaban con ese tinte dorado que toma el horizonte á los primeros resplandores del alba virginal. Su cinturón era azul como el firmamento. Bernardita, extasiada, había olvidado la tierra al ver la Belleza sin mancha.

— ¡Oh Señora mía! le dijo. ¿Quereis tener la bondad de decirme quién sois y cómo os llamais?

La real Aparicion se sonrió sin responder; pero en aquel mismo instante la Iglesia universal, prosiguiendo las solemnes preces de sus oficios, exclamaba:

— «¿Qué alabanzas podré tributarte, Santa é Inmaculada Virginitad? Verdaderamente no lo sé, porque

(1) «*Tunc aperientur oculi cæcorum et aures surdorum patebunt. Tunc saliet sicut cervus claudus... quia scissi sunt in deserto aquæ, et torrentes in solitudine...*» *Breviario Romano*, 25 de Marzo. Fiesta de la Anunciacion de la Bienaventurada Virgen Maria. Primer nocturno, III leccion.

»has llevado encerrado en tu seno á Aquél á quien no
»podían contener los cielos (1).»

Bernardita no oía aquellas voces lejanas, ni podía sospechar aquellas profundas armonías. Ante el silencio de la Vision insistió, pues, y repitió:

— ¡Oh Señora mía! ¿Quereis tener la bondad de decirme quién sois y cómo os llamais?

La Aparicion parecía más radiante, como si fuese en aumento su alegría, pero no respondió aún á la petición de la niña. La Iglesia, en cambio, continuaba en toda la cristiandad sus preces y sus cantos y había llegado á estas palabras: «Felicítadme todos los que amais al Señor, »porque siendo muy pequeña he agradado al Altísimo. Y »en mis entrañas se ha engendrado el Hombre-Dios. »Bienaventurada me llamarán todas las generaciones, »porque Dios se ha dignado mirar á esta humilde sierva, »y en sus entrañas se ha engendrado el Hombre- »Dios (2).»

(1) «*Sancta et immaculata Virginitas, quibus te laudibus efferam, nescio: quia quem caeli capere non poterant, tuo gremio contulisti...*» *Breviario Romano*, 25 de Marzo. Fiesta de la Anunciacion de la Bienaventurada Virgen Maria. 2.º nocturno. VI leccion.

(2) «*Congratulamini mihi omnes qui diligitis Dominum, quia cum essem parvula, placui Altissimo. Et de meis visceribus genui Deum et hominem. Beatam me dicent omnes generationes, quia ancillam humilem respexit Deus et de meis visceribus genui Deum et hominem.*» *Breviario Romano*, 25 de Marzo. Fiesta de la Anunciacion de la Bienaventurada Virgen Maria. Tercer nocturno, leccion VII.

Bernardita redobló sus instancias, y por tercera vez repitió las palabras:

— ¡Oh Señora mia! ¿Quereis tener la bondad de decirme quién sois y cómo os llamais?

La Aparicion se elevaba, al parecer, cada vez más hacia la gloria y como concentrada en su felicidad siguió callada.

Pero por una inaudita coincidencia, el corazón universal de la Iglesia hacía resonar en aquel momento un canto de alegría y pronunciaba el nombre de la maravillosa Aparicion: «Dios te salve, MARÍA, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres (1).»

Bernardita repitió una vez más sus suplicantes palabras:

— ¡Oh Señora mia! ¡Os ruego que tengais la bondad de decirme quién sois y cómo os llamais!

La Aparicion tenía las manos unidas con fervor, y su rostro radiaba con el espléndido brillo de la beatitud infinita. Era la humildad en la gloria. Así como Bernardita contemplaba á la Vision, la Vision, sin duda, contemplaba en el seno de la Santísima Trinidad á Dios Padre, de quien era hija; á Dios Espíritu Santo, de quien era esposa; y á Dios hijo, de quien era madre.

A la última pregunta de la niña, separó las manos y

(1) «*Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum: Benedicta tu in mulieribus.*» *Breviario Romano*, 23 de Marzo. Fiesta de la Anunciacion de la Bienaventurada Virgen Maria. II antifona de Laudes.

dejó deslizarse por su brazo derecho el rosario de engarce de oro y cuentas de alabastro. Abrió después los brazos y los inclinó hácia el suelo, como para enseñar á la tierra sus manos virginales llenas de bendiciones. En seguida los levantó hácia la eterna region, de donde, en dia semejante, descendió el divino mensajero de la Anunciacion, volvió á unirlos con fervor, y mirando al cielo con sentimiento de indecible gratitud, pronunció estas palabras.

— Soy la Inmaculada Concepcion.

Al decir esto desapareció, y la niña se halló, como los demás, en frente de una roca desierta.

Junto á ella la fuente milagrosa, al caer por la canal de madera en su rústico estanque, dejaba oír el pacífico murmullo de sus aguas.

Era el mismo dia y la misma hora en que la Santa Iglesia católica entonaba en sus Oficios el magnífico himno: « ¡Oh la más gloriosa de las Virgenes!... »

O Gloriosa Virginum

Sublimis inter sidera (1).

(1) *Breviario Romano*, 23 de Marzo. Fiesta de la Anunciacion. Himno de Laudes. Los Laudes es sabido que se dicen en la primera hora del dia.

XIV.

La Madre de Nuestro Señor Jesucristo no había dicho: «Soy María Inmaculada,» sino «Soy la Inmaculada Concepcion,» como para denotar el carácter absoluto, y en cierto modo sustancial, del divino privilegio concedido á Ella sola desde que Dios crió á Adán y Eva. Es como si en vez de decir: «Soy pura» hubiera dicho: «Soy la misma Pureza;» en vez de «Soy Virgen,» «Soy la Virginitad viva y encarnada;» en lugar de «Soy blanca,» «Soy la blancura.»

Una cosa blanca puede dejar de serlo; pero la blancura siempre es blanca. El serlo es su esencia y no su cualidad.

María es más que concebida sin pecado, es la misma Inmaculada Concepcion, es decir, el tipo esencial y superior, el prototipo de la humanidad sin mancha, de la humanidad al salir de las manos de Dios, ántes de verse ennegrecida por el pecado original, por el elemento impuro con que la falta de nuestros primeros padres enturbió, en su mismo origen, ese inmenso río de las generaciones, que corre hace seis mil años, y del cual forma cada uno de nosotros una ola fugitiva.

Quando se quiere sacar agua clara de un manantial cenagoso, ¿qué se hace? Se toma un filtro, y se desprende el agua de sus más groseros elementos. Despues

se la pasa por un segundo filtro, luégo por un tercero, y así sucesivamente, hasta que se obtiene un vaso de agua completamente limpia y clara, un diamante líquido. Lo mismo hizo Dios cuando se enturbió en su nacimiento el río humano. Escogió una familia, y la dirigió de siglo en siglo, desde Seth hasta Noé, desde Sem hasta David, desde David hasta Joaquín y Ana, padres de la Santísima Virgen.

Y cuando la sangre humana se hubo, por decirlo así, filtrado, á pesar de los accidentes de algunos intermedios culpables, á través de cerca de cincuenta generaciones de patriarcas y de justos, vino al mundo una criatura sin mancha, una hija de Adán, completamente inmaculada, que se llamó María, y su fecunda Virginidad concibió á Jesucristo.

La Virgen quería, en aquel momento, atestiguar con su presencia y con sus milagros el último dogma que ha definido la Iglesia, y que ha proclamado San Pedro por boca de Pio IX.

La pastorcilla á quien se acababa de aparecer la Virgen divina, oía por primera vez las palabras: «Inmaculada Concepcion;» y como no las comprendía, se esforzaba extraordinariamente, al volver á Lourdes, por retenerlas. «Todo el camino las iba repitiendo por lo bajo, para no olvidarlas,» nos contaba ella misma un día, «y hasta llegar á la parroquia, á donde me dirigía, á cada paso que daba decía: *Inmaculada Concepcion, Inmaculada Concepcion*, porque quería repetir al señor Cura las palabras de la Vision, para que la edificasen la capilla.»

LIBRO QUINTO.

El ministro Rouland. — Prudencia del Obispo. — Aparicion del lúnes de Pascua. — El cirio. — Visiones ó prestigios. — Los ex-votos. — Los dos trimestres judiciales. — Bernardita y los que la visitaban. — Enrique Busquet. — Las cuardras de la Prefectura. — Bernardita en la prueba. — La Ley del 30 de Junio de 1838. — El Consejo de revision: el discurso del Prefecto. — Tentativa de secuestro. — Despojo de la Gruta.

I.

La pregunta dirigida por el Sr. Jacomet al Prefecto había continuado su movimiento ascendente y llegado hasta el Ministro.

El 12 y 26 de Marzo, el señor Prefecto había enviado algunas notas á su Excelencia, limitándose, hasta recibir respuesta, á las medidas que hemos dicho.

El ministerio de Cultos no estaba entonces unido, como ahora, al de Justicia, sino al de Instruccion pública, y le desempeñaba el Sr. Rouland.

Antiguo procurador general el entonces ministro de Instruccion pública, Sr. Rouland, tenía para los asun-

tos religiosos el tradicional y sombrío formularismo de los rancios parlamentarios, y las ideas y sentimientos que se inculcan en las universidades. Convencido de su importancia, con un temperamento en filosofía que le hacía tener como dogmas sus opiniones, fanático por su propia sabiduría, dotado de gran saña contra todo lo que no entraba en el círculo de sus sistemáticas ideas, no podía el Sr. Rouland admitir ni por un momento la realidad de las visiones y de los milagros de Lourdes. Así, pues, á doscientas cincuenta leguas de los sucesos, sin más documentos que dos cartas del Prefecto, cortó por lo sano la cuestión con ese tono decisivo que pronuncia la última palabra sobre un asunto, sin dignarse ni aún discutirle. A pesar de los consejos de prudencia que daba al Prefecto, dejaba traslucir su resolución de no tolerar las apariciones ni los milagros. Como sucede siempre en iguales circunstancias, el Ministro tomaba el papel de defensor de la Religión. Prueba de ello la siguiente carta que escribía á Massy, fechada el 12 de Abril:

«Señor Prefecto: he examinado las dos notas que habeis tenido á bien dirigirme el 12 y el 26 de Marzo, sobre una pretendida aparición de la Virgen, que se dice ha tenido lugar en una gruta próxima á la ciudad de Lourdes.

»Importa, en mi juicio, poner un término á actos que acabarían por comprometer los verdaderos intereses del Catolicismo y debilitar en las poblaciones el sentimiento religioso.

»Nadie puede, con arreglo á derecho, instituir un oratorio ó lugar público de culto, sin la doble au-

»torizacion del poder civil y del poder eclesiástico;
»luego, siguiendo el rigor de los principios, no faltaría
»fundamento para cerrar inmediatamente la Gruta, que
»ha sido transformada en una especie de capilla.
»Pero como es probable que resultasen graves incon-
»venientes si se quisiera usar *bruscamente* de semejante
»derecho, conviene más limitarse á impedir que la jóven
»visionaria vuelva á la Gruta, y á tomar las medidas ne-
»cesarias para apartar de allí al público insensiblemente,
»y hacer que sean ménos frecuentes sus visitas. Inútil
»sería, por otra parte, señor Prefecto, que yo os diese
»ahora instrucciones más precisas; es ante todo cuestion
»de tacto, de prudencia y de firmeza, y bajo este punto
»de vista, de nada servirían mis recomendaciones.

»Será indispensable que os pongais de acuerdo con
»el Clero; pero creo excusado advertiros la necesidad de
»tratar directamente tan delicado asunto con monseñor
»el Obispo de Tarbes, á quien os autorizo digais *en mi*
»nombre, que soy de opinion de no dejar correr libre-
»mente un estado de cosas que indudablemente serviría
»de pretexto para nuevos ataques contra el Clero y la
»Religion.»

II.

Apoyado en dicha carta, dirigióse el Sr. Massy al Obispo para suplicarle prohibiera formalmente á Bernardita que visitase la Gruta. Alegó naturalmente, ante todo, el interés de la Religion comprometida por aque-

llas alucinaciones ó aquellas supercherías, y el deplorable efecto que semejantes cosas producirían en todos los talentos serios que, con buena fe, procuraban conciliar el Catolicismo con la sana filosofía y con las ideas modernas. En cuanto á la hipótesis de que fuesen reales las apariciones, el Sr. Massy, lo mismo que el Sr. Rouland, ni áun se dignaba suponerlo. El Prefecto y el Ministro profesaban igual desden á tales supersticiones.

El Prefecto era hábil, pero el Obispo era sagaz, y no era fácil ocultarle el fondo bajo la forma. Monseñor Laurence distinguió con perfecta claridad dos cosas.

La primera que el poder (y por esta palabra comprendemos sólo el Prefecto de circunstancias y el Ministro accidental) se hubiese apresurado á pensar ante todo en el Clero, dictándole miéntras tanto sus decisiones. En cuyo caso monseñor Laurence tenía un concepto demasiado elevado de sus deberes de Obispo para convertirse en instrumento de nadie.

La segunda, que acaso el Ministro y de seguro el Prefecto se sintiesen inclinados á recurrir á la violencia, á oponer la fuerza al talento. En cuyo caso monseñor Laurence era demasiado prudente para no esforzarse todo lo posible con objeto de evitar semejante desgracia.

Necesitábase, pues, oponerse enérgicamente por una parte á la presión del poder temporal, y por otra no irritarle: rechazar sus inadmisibles exigencias y mantener al mismo tiempo la buena armonía.

Monseñor Laurence supo colocarse en un prudente término medio entre aquellas diversas dificultades.

Lo mismo que se resistía al entusiasmo popular que

le impulsaba á declarar oficialmente el milagro, se resistió al Ministro y al Prefecto cuando le pidieron que le condesnase sin examinarle. Impasible en medio de las agitacione de la multitud y de la parcialidad de los hombres del poder, estaba resuelto á no dictar su fallo sino con pleno conocimiento de causa, á evitar toda decision prematura y á aguardar al porvenir. No obstante, al ver las disposiciones manifiestamente hostiles de la administracion, comprendia que debía hacer todo lo posible, todo lo lícito para impedir á la autoridad civil que se abandonase á deplorables violencias. Era necesario evitar hasta el menor pretexto. Puesto que el poder temporal se inclinaba á tomar medidas inconsideradas, debía el poder espiritual tener la moderacion de que aquél carecía. Puesto que el Prefecto no tenía bastante prudencia, el Obispo debía tener demasiada, único medio, en su opinion, de que hubiese la suficiente.

III.

Monseñor Laurence, segun hemos dicho, dudaba aún qué opinion aceptar respecto á los acontecimientos de Lourdes. Como no había estado en el teatro de los hechos, ni visto directamente las maravillas que allí se verificaban, ni conocídotas más que por las relaciones de eclesiásticos que tampoco habían sido sus testigos inmediatos, no podía tener aún una conviccion formal, y esperaba.

Prohibir formalmente á Bernardita ir en semejantes circunstancias á la Gruta , cuando se sentia llamada por una voz de lo alto , hubiera sido atentar á la más sagrada libertad del alma, y las autoridades eclesiásticas saben respetarla , aun en una niña ; pero usar de la voz del consejo y rogar á Bernardita que no visitara las rocas Masabielle sino cuando se sintiera arrastrada por aquel irresistible impulso , era distinto , y por eso el Obispo creyó prudente recomendárselo al Párroco de Lourdes , con objeto de impedir , en cuanto estuviera en su mano , al poder civil que entrase en el peligroso camino de las persecuciones , hacia el cual con su gran perspicacia le veía inclinarse.

Efectivamente , ménos que una cuestion de principios detenía al Prefecto una consideracion personal. Con un Prelado tan universalmente querido como monseñor Laurence , y con quien habia hasta entonces vivido en la más perfecta armonía , tenía que guardar dobles miramientos ántes de intentar un golpe de Estado religioso. El baron Massy tenía demasiado tacto político en los asuntos administrativos para no vacilar antes de romper tan cordial inteligencia , y de invadir un terreno dependiente única y exclusivamente del Obispo.

IV.

Llegó la Pascua. A pesar de los piadosos temores del señor Ministro de Cultos, las maravillas verificadas en Lourdes no habían «debilitado el sentimiento religioso de las poblaciones.» No tenían número las conversiones; veíanse rodeados de gente los confesonarios; algunos usureros ó ladrones habían restituido; habían cesado muchos escándalos, y se agrupaban los fieles en torno á la Santa Mesa.

El lunes de Pascua, 5 de Abril, es decir, el mismo día en que el Prefecto había visitado al Obispo, la Madre de Dios había vuelto á llamar interiormente á la hija del molinero, y la niña, seguida muy pronto de inmenso gentío, había acudido á la Gruta, donde el cielo se había, como otras veces, abierto delante de ella y dejándola ver á la Virgen María en su gloria.

Aquel día presenciaron los maravillados ojos de la multitud un hecho rarísimo.

El cirio que Bernardita había llevado, ó que le habían dado, era muy grande y lo apoyó en el suelo, sosteniéndole por el final entre los dedos de sus manos medio unidas. La Virgen se le apareció, y, de repente, por un instintivo movimiento de adoración, la vidente extasiada ante la Belleza sin mancha, elevó un poco las manos y las dejó descansar dulcemente y sin notarlo en el extre-

mo del cirio encendido. La llama entónces empezó á pasar entre sus dedos ligeramente entreabiertos y á elevarse por encima, oscilando acá y allá, dócil al ténue soplo del viento. Bernardita continuaba, sin embargo, inmóvil y abismada en la celeste contemplacion, sin notar siquiera el fenómeno, que causaba en torno suyo el asombro de la multitud. Amontonábanse á su alrededor los testigos para ver mejor, y entre otras cien personas podemos citar á los señores Juan Luis Fourcade, Martinou, Estrada, el guardabosque Callet y las Srtas. Tard'hivail, como espectadores de un hecho tan inaudito. El señor Dozous había sacado el reloj desde los primeros momentos: aquel estado extraordinario duró algo más de un cuarto de hora.

De improviso estremécese el cuerpo de Bernardita, y sus facciones pierden su expresion. La Vision había desaparecido, y la niña había vuelto á su estado normal. Cogieronla la mano, y no vieron en ella nada extraordinario. La llama había respetado las carnes de la vidente extasiada delante de María. La muchedumbre, no sin razon, lo aclamaba como un milagro. Uno de los espectadores, que quiso, sin embargo, hacer una prueba, había cogido el cirio aún encendido, y, sin que ella lo notase, lo acercó á la mano de Bernardita.

— ¡Ay, señor! gritó ésta retirándola vivamente. ¿Queréis quemarme (1)?

(1) Este hecho metió mucho ruido. El *Lavedan* no pudo ménos de hablar de él pasado algun tiempo. Desde el famoso dia 4 de Marzo, decia, Bernardita ha sido sóbria en

De tal modo conmovian al país los acontecimientos de Lourdes, y tal era la afluencia de forasteros, que aquel día, aunque no era tan grande como en los de la quinceña, anunciada con anticipación, la multitud reunida en un momento junto á Bernardita ascendía á cerca de diez mil personas (1).

V.

Algunas doncellas de Lourdes, de gran virtud, y entre las cuales sólo citaremos á una sirvienta venerada por todos, María Courrege, tuvieron, según parece, en la Gruta, dos ó tres veces distintas, la misma visión que Bernardita. La fama de tales hechos cundió vagamente,

• sus visitas á la Gruta; apenas ha vuelto dos ó tres veces.
• En una de sus visitas ha podido asegurarnos *un testigo*,
• que estando en éxtasis, la había visto con la mano en
• contacto con el cirio, sin sentir el más leve dolor. Excusado es decir que esto lo habrán mirado como un milagro. — Esta última reflexión no tiene precio por lo candida. ¿Considerará acaso el redactor del *Lavedan* aquel hecho como completamente natural?

(1) El Alcalde, avisado en seguida, había colocado á sus agentes en todos los caminos ó senderos para hacer el recuento de la multitud. Se hallaron, según la nota que aquella misma noche dirigió al Prefecto, 9.060 personas, de las cuales 4.822 eran habitantes de Lourdes, y 4.238 forasteros.— *Archivos de la Municipalidad de Lourdes.*— Carta del Alcalde al Prefecto, núm. 86.

pero sin tener influencia en la generalidad del público. Algunos niños tuvieron también visiones, pero de un orden completamente distinto, de un orden aterrador. Cuando aparece el sobrenatural divino, procura mezclarse con él el sobrenatural diabólico. Prueba tenemos de tal verdad, casi en cada página de la historia de los Padres del desierto y de los místicos. Sentíase turbado el abismo; y el Angel malo recurría á sus prestigios para turbar también el alma de los creyentes.

Pero aquellos diversos hechos, bastante mal observados entónces, no tienen (sobre todo ahora que se han olvidado ciertos detalles, una precisión bastante rigurosa para que les abramos las puertas de la historia. Sólo los indicamos por no desdeñar nada. Las visiones verdaderas tuvieron únicamente una importancia individual: lo demás no dejó el menor rastro.

VI.

El camino de las Rocas Massabielle continuaba muy concurrido. Ni un grito tumultuoso en aquella muchedumbre; ni una agitación en aquel rio popular, cuyas olas incesantemente se renovaban. Cánticos, letanías, vivas en honor de la Virgen, era lo único que se oía, y lo único que el Sr. Jacomet y sus agentes podían apuntar en sus notas. Aquello era más que el orden, era el recogimiento.

Los jornaleros de Lourdes habían ensanchado el sendero, abierto quince ó veinte días ántes por los picapedreros en los ribazos de Massabielle, habían apelado á los barrenos y cortado la roca en un buen trozo, por manera que habían construido en aquellas escarpadas laderas un camino bastante ancho, y muy accesible, lo cual suponía un trabajo considerable, que había exigido fatigas, tiempo y gastos. Aquellas honradas gentes se dedicaban á dicho trabajo por la noche, cuando volvían de las canteras, donde estaban ocupados desde que amanecía hasta el anochecer. Descansaban de las fatigas de su ruda faena trabajando en aquel camino que conducía hacia Dios: *In labore requies*. A la caída de la tarde, se los veía pegados como un hormiguero á las faldas del árido cerro, cavando, acarreando tierra, socavando la roca y atacando con pólvora los barrenos para hacer volar en pedazos el mármol ó el granito.

—¿Quién os pagará? les preguntaban.

—La Santísima Virgen, respondían.

Antes de retirarse bajaban todos juntos á la Gruta y rezaban en comunidad. En medio de aquella soberbia naturaleza, bajo un cielo estrellado tan hermoso, aquellas escenas cristianas tenían una sencillez y una grandeza primitivas.

La Gruta cambiaba de aspecto poco á poco. Hasta entónces se habían encendido allí cirios en señal de veneración. Desde aquella época se depositaron vasos de flores naturales ó recortadas por manos piadosas, estatuas de la Virgen y ex-votos en señal de reconocimiento. Los trabajadores habían construido una pequeña balaustrada

para proteger tan frágiles objetos contra los involuntarios accidentes que hubiese podido ocasionar la aglomeracion de gente.

Muchas personas que habían recibido alguna gracia especial por intervencion de Nuestra Señora de Lourdes, llevaron como un homenaje al lugar de la vision su crucicilla de oro con su cadena, confiando la guarda de su piadosa ofrenda á la fe pública. Como todo el país clamaba desde entónces que era preciso obedecer á la Aparicion y construir una capilla, empezaron tambien á arrojar dinero en la Gruta. De esta suerte quedaron sumas considerables, es decir, algunos millares de francos, expuestos al aire libre, sin ninguna defensa exterior, durante día y noche; y tal era el respeto que aquel lugar, poco ántes desconocido, inspiraba, tal era el efecto moral producido en las almas, que ni un solo malhechor intentó en todo el país un robo sacrilego, lo cual era tanto más de admirar, cuanto que algunos meses ántes habian sido robadas muchas iglesias inmediatas. La Virgen no quería que se mezclase el menor recuerdo criminal al origen de la peregrinacion que quería establecer.

VII.

Andando el tiempo se descubrió y llamó la atencion á muchas personas una circunstancia singular, que acaso pasó inadvertida en aquella época. No podemos ménos de referirla.

Uno de los más hermosos privilegios de la soberania

es el derecho de indulto, y cuando un rey quiere celebrar su coronacion, concédesele á los culpables.

La Reina del cielo podía más é hizo más. Quiso que ni áun hubiese culpables. Las Apariciones ya verificadas y las que más adelante se verificaron, se repartieron en dos trimestres judiciales. Pues bien, durante ambos trimestres, en el departamento *ni se cometió un solo crimen ni se condenó á un solo criminal*. Este hecho acaso no tenga precedentes. El tribunal criminal de Marzo no tuvo que examinar más que un solo negocio anterior al período de las Apariciones, y que terminó con toda felicidad. En la sesion siguiente, que debía verificarse en Junio, tampoco hubo que entender más que en dos causas, *relativas ambas á acontecimientos anteriores á dicho período* (1).

Aquella asombrosa coincidencia, aquella señal misteriosa de la invisible influencia que reinaba en toda la comarca, aquella prueba completamente exterior, aquel prodigio moral, aquel milagro, nos parecen hechos harto importantes para dar que pensar á las más frívolas inteligencias. ¿Cómo tuvieron los criminales atadas las manos tan largo tiempo? ¿Era tambien aquello impostura, alucinacion ó catalepsia? ¿Cómo la espada de la justicia no tuvo á quien herir? ¿De dónde venía aquella paz, aquella tregua de Dios, *precisamente en aquel momento*? A no

(1) Váase el *Interés público* del 6 de Marzo y del 8 de Junio, y la *Era imperial* de la misma época.

ser que acepte nuestra explicación, invitamos á la incredulidad á que intente hallar la causa de tan extraña coincidencia. En vano lo intentaría.

La Reina del cielo había pasado, la Reina del cielo lo había bendecido.

VIII.

Bernardita veíase constantemente visitada por los innumerables extranjeros que la piedad ó la curiosidad hacían afluir á Lourdes. Había entre ellos hombres de todas clases, de todas las profesiones y de todos los sistemas filosóficos. Ninguno cogió en mentira aquella palabra sencilla y leal; ninguno despues de haber visto y oído á la vidente se atrevió á decir que mentía. En medio de los partidos agitados y de sus discusiones sin número, aquella débil niña, por un inconcebible privilegio, inspiraba respeto á todos, y ni una sola vez fué blanco de la calumniam. Era tal el esplendor de aquella inocencia, que su persona ni fué herida, ni aún atacada; protegíala una égida invencible.

Aunque de una inteligencia muy vulgar para todo, Bernardita era superior á sí misma siempre que tenía que dar testimonio de la Aparición. No había objecion que la turbase.

Tenía, á veces, respuestas profundas. El señor de Rességuier, consejero general y antiguo diputado de los

Bajos Pirineos, fué á verla, acompañado de muchas señoras de su familia, y la hizo referir las Visiones con todos sus detalles. Cuando Bernardita le dijo que la Aparición se expresaba en *patois* bearnés, dicho señor exclamó:

— ¡Imposible, hija mia! El buen Dios y la Santísima Virgen no comprenden tu *patois*, é ignoran tan miserable dialecto.

— Si no le supiesen, señor, respondió la niña, ¿cómo le sabríamos nosotros? Y si no le comprendiesen, ¿quién nos haría capaces de comprenderle?

Otras veces tenía observaciones agudas.

— ¿Cómo ha podido ordenarte la Santísima Virgen que comas yerba? ¿Te tomaba acaso por una bestia? le decía un día un escéptico.

— ¿Pensais eso quizás de vos mismo cuando comeis ensalada? le respondió sonriéndose irónicamente Bernardita.

Tenía también respuestas sencillas. El mismo señor de Rességuier le hablaba de la hermosura de la Aparición.

— ¿Era tan hermosa como todas estas personas? le preguntó.

Bernardita paseó su mirada por el círculo encantador de las señoras que acompañaban al que la preguntaba, y después hizo como una muñeca de desden.

— ¡Oh! ¡Era otra cosa muy distinta de *todo esto*! dijo.

«Todo esto» era la flor de la sociedad de Pau.

Quando era necesario sabía desconcertar las suti-

lezas de ingenio con las cuales procuraban envolverla.

—Si el Sr. Cura os prohibiese formalmente ir á la Gruta, ¿qué haríais? le preguntaba un día uno.

—Obedecerle.

—Pero y si al mismo tiempo os ordenase la Aparicion que fuérais, qué haríais entónces entre esas dos órdenes contradictorias?

La niña en seguida, sin dudar lo más mínimo, respondió:

—Iria á pedir permiso al Sr. Cura.

Nada le hizo perder, ni en aquella época ni más adelante, su sencillez llena de gracia. Nunca, como no le preguntasen, hablaba de la Aparicion. Considerábase siempre como la última en la escuela de las Hermanas. Costaba no poco trabajo enseñarla á leer y escribir; su espíritu estaba en otra parte, y si nos atreviéramos á penetrar en aquella naturaleza escogida y visitada por la gracia, diríamos acaso que su alma, poco curiosa sin duda por el saber humano, se remontaba á los vergeles del Paraiso.

En las horas de recreo confundíase con sus compañeras: le gustaba jugar.

A veces un extranjero, que venía de muy léjos, pedía á las Hermanas que le enseñasen aquella vidente, aquella privilegiada del Señor, aquella predilecta de la Virgen, aquella Bernardita cuyo nombre era tan célebre.

—Allí la teneis, decía la Hermana, señalándola con el dedo entre las niñas.

Miraba el forastero, y veía una muchacha endeble y miserablemente vestida, jugando al marro, á la gallina

ciega ó al escondite, ó saltando, entregada por completo á los inocentes placeres de la infancia. Pero lo que prefería á todo era figurar en uno de esos corros inmensos que forman los niños cogidos por la mano y cantando.

La Madre de Dios, al visitar á Bernardita, al darla el papel de testigo de las cosas divinas, al hacer de ella el centro de una concurrencia innumerable, y como un objeto de peregrinacion, había protegido por un milagro, aún mayor que todos los otros, su sencillez y su candor, y le había concedido el don extraordinario, el don divino de continuar siendo niña.

IX.

No era Lourdes el único punto en que se verificaban curaciones milagrosas. Algunos enfermos que no podían ir á la Gruta se habían procurado agua, y habían visto desaparecer súbitamente sus inveterados sufrimientos.

Habitaba en Nay, en los Bajos Pirineos, un muchacho de quince años, llamado Enrique Busquet, privado de salud. En 1856 había tenido una violenta y larga fiebre tifoidea, de cuyas resultas se le había formado en el lado derecho del cuello una postema, que se había extendido insensiblemente hacia el pecho y la mejilla, hasta adquirir el tamaño de un puño. El niño sufría horriblemente. Su médico, el Sr. Dr. Subervielle, afamadísimo en aquel país, le abrió el tumor, unos cuatro meses des-

pues de su formacion, y le hizo arrojar una enorme cantidad de materia sero-purulenta. Pero Enrique no se curaba. Despues de muchos medicamentos inútiles, el doctor pensó en las aguas de Cauterets. En 1857, en el mes de Octubre, es decir, en la época del año en que los bañistas ricos han partido ya, y los indigentes visitan aquellas célebres aguas, el jóven Busquet tomó una quincena de baños, que le hicieron más daño que provecho y avivaron sus llagas. A pesar de un alivio momentáneo, su enfermedad se agravó. El desdichado tenía en las regiones que acabamos de indicar una gran úlcera abierta, que arrojaba una abundante supuracion, y le cubría lo alto del pecho, todo un lado del cuello, y amenazaba invadirle la cara. Además se le habían declarado dos nuevos infartos glandulares pronounciadísimos junto á aquella horrible úlcera.

Tal era el estado de aquel infeliz cuando al oír hablar de los maravillosos efectos del agua de la Gruta pensó recurrir á ella. Quería ponerse en camino y hacer á pié su peregrinacion: pero no contaba con sus pocas fuerzas, y sus padres rehusaron acompañarle.

Enrique, que era piadosísimo, no abandonaba la idea de que la Virgen aparecida en la Gruta le curaría; así que pidió á una vecina que iba á Lourdes que le trajese un poco de agua de la fuente. Efectivamente, le trajo una botella en la tarde del miércoles 28 de Abril, fiesta del Patrocinio de San José.

Hacia las ocho de la noche, en el momento de acostarse, el niño se arrodilló y dirigió su oracion á la Santísima Virgen.

Con él rezaba su familia, su padre, su madre y sus hermanos, todos muy buenas personas, sencillas y creyentes: una de las hijas es hoy religiosa en las Hermanas de San Andrés.

Enrique se acostó. El doctor Subervielle le había con frecuencia recomendado que nunca se sirviese de agua fría, so pena de una molesta complicación en su mal; pero en aquel momento Enrique tenía muy lejos su pensamiento de las prescripciones de la medicina. Arrancóse la venda y las hilas que cubrían su úlcera y sus tumores, y con ayuda de un lienzo empapado en agua de la Gruta, lavó sus llagas. La fe no le faltaba... «Es imposible, decía, que la Virgen no me cure.» Con tan dulce esperanza cogióle un sueño profundo.

Al despertar, su esperanza era ya realidad; todos sus dolores habían cesado, todas sus llagas estaban cerradas, los tumores habían desaparecido, y de la úlcera no quedaba más que una cicatriz tan sólida, como si la mano del tiempo la hubiera lentamente cerrado. El eterno poder que con su intervención le había curado, había hecho en algunos momentos la obra de muchos meses ó de muchos años. Había sido una curación súbita, completa y sin convalecencia.

La nota dirigida por los médicos á la Comision, y de la cual hemos tomado los términos técnicos de nuestro relato, reconocía el manifiesto milagro verificado en aquel niño. «Todas las afecciones de esta clase, decía uno de ellos, son de lenta curación, por referirse á la diátesis escrofulosa, y porque implican la necesidad de modificar profundamente el organismo. Esta sola con-

»sideracion, unida á lo súbita que ha sido la curacion,
»basta para probar que semejante hecho sale del orden
»natural. Le colocamos, pues, entre los hechos que
»poseen completamente y de una manera absoluta el ca-
»rácter sobrenatural (1).

El médico de cabecera del enfermo, el señor doctor Subervielle, declaraba, como todos, maravillosa y divina su súbita curacion; pero el inquieto escepticismo que suele haber en el fondo del alma de todos los discípulos de su facultad, le hacía aguardar la gran prueba del tiempo.

—¿Quién sabe, decía muchas veces, si á los diez y ocho años volverá el mal? Hasta entónces no saldré de dudas.

Pero el eminente médico que así se expresaba no debía tener la dicha de ver confirmada aquella curacion por el tiempo. El país tuvo la desgracia de perderle; murió poco despues.

En cuanto á Enrique Busquet, el autor de este libro, fiel á su costumbre de recoger en persona todas las pruebas, ha querido verle y oírle.

Enrique nos ha referido su historia, que ya conocíamos por los documentos oficiales y por muchos testigos. Nos la contaba como una cosa sencillísima, sin asombro y sin sorpresa. El firme buen sentido de los cristianos del pueblo, cuya inteligencia no han extravia-

(1) Informe del señor doctor Vergez, médico de los baños de Bareges, profesor agregado de la facultad de Mompeller.

do los sofismas, no halla en lo sobrenatural nada extraordinario, ni mucho ménos nada opuesto á la razon; encuéntranlo, por el contrario, muy conforme con las verdaderas nociones del sentido comun. Si alguna vez les sorprende que un médico les devuelva la salud, nunca les asombra que Dios, que ha sido bastante poderoso para criar al hombre, sea bastante bueno para curarle. Ven con perspicaz mirada que el milagro, léjos de turbar el órden, es, por el contrario, una de las leyes del órden eterno. Si Dios ha dado, en su misericordia, á algunas aguas la virtud de librar de tal enfermedad; si cura indirectamente á los que, observando ciertas condiciones, usan de aquellas cosas materiales, ¿con cuánta más razon sabrá curar directamente á los que directamente acuden á Él? Así razona el pobre pueblo.

Hemos querido ver con nuestros propios ojos y tocar con nuestras manos las señales de aquella terrible llaga, curada tan milagrosamente. Una ancha cicatriz indica el lugar que ocupaba la úlcera. Hace ya mucho tiempo que Enrique ha pasado la crisis de los diez y ocho años, sin sentir el más pequeño síntoma de su cruel enfermedad, ni dolor, ni materia, ni la menor tendencia á la infartacion de las glándulas. Goza de inmejorable salud, y es hoy un hombre lleno de vida y de fuerza, que ejerce, como su padre, el oficio de yesero. Los domingos, en la orquesta del Orfeon, toca, no sin talento, el clarin. Tiene una magnífica voz. Si vais alguna vez á la ciudad de Nay, le oiréis, de seguro, á traves de las ventanas de alguna casa que estén construyendo ó reparando, porque tiene la costumbre de cantar muy fuerte en los andamios,

desde que amanece hasta que anochece. Podeis escuchar sin temor de que hiera vuestros oídos alguna canción grosera. Su hermosa voz sólo entona cantares alegres é inocentes, y aún á veces cánticos religiosos. No olvida que debe la vida á la Santísima Virgen.

X.

Mientras que por diversas partes se verificaban todos aquellos milagros, ocurrió un incidente, muy extraño en apariencia, al objeto de la presente historia, pero que por insignificante que pareciese debía tener las más decisivas consecuencias en los acontecimientos posteriores.

Descubrió hacia aquella época el Sr. Prefecto de los Altos Pirineos, que sus caballos de silla y de tiro tenían malas cuadras y que convenía construirles otras más espaciosas y elegantes. Por desgracia faltaba terreno, pues al Sr. Massy le importaba, ante todo, no desfigurarse con aquellas construcciones ni su patio ni su jardín.

La prefectura de Tarbes está contigua á la catedral; entre ambos edificios se extendía el antiguo cementerio de los sacerdotes y canónigos de aquella iglesia. Según la tradición, muchas familias nobles del país habían tenido allí subterráneos, donde descansaban ilustres cenizas. El Sr. Prefecto se dijo para sus adentros que aquel lugar vendría perfectamente para sus cuadras y coche-

ras, y ya sabemos que en el baron Massy no mediaba más que un paso de la idea á la ejecucion. Hizo, pues, abrir los cimientos entre las piedras y las osamentas, y no tardaron en levantarse en el cementerio las construcciones necesarias para los caballos oficiales. El señor Prefecto colocó las obras precisamente enfrente de una de las antiguas puertas de la catedral, á tres metros de distancia á lo sumo, por manera que el ruido de la cuadra debía retumbar hasta en el templo.

Semejante olvido de las conveniencias no podía menos de conmover y afligir vivamente al Obispo. Monseñor Laurence intentó en vano hacer comprender al Sr. Massy que aquel suelo era sagrado, que pertenecía á la Iglesia, y que los piés de los caballos no debian turbar ni la paz de los muertos, ni las oraciones de los vivos. El señor Prefecto, como hemos dicho, no sabía retroceder. Despedir á los trabajadores, escoger otro sitio, hubiera sido reconocer que se había equivocado. Así que, á pesar del vivísimo deseo que podía tener de complacer al Obispo, no hizo caso alguno de las observaciones del Prelado, y continuaron los trabajadores construyendo sus caballerizas en el antiguo cementerio.

Ante una violacion tan persistente de las tumbas, monseñor Laurence abandonó su reserva y elevó una enérgica protesta, dirigida al mismo Ministro, para que mandase destruir aquellas obras inconvenientes y escandalosas.

La actitud firmísima y digna del Obispo hirió vivamente al Prefecto, que, según su costumbre, se aferró más y más á su idea. Corrió á París para influir con el

Ministro, trató de poner de su parte al Consejo general, hizo varias consultas jurídicas; en suma, se entregó á una lucha desesperada, cuyos episodios carecerían hoy de interes. Aquella cuestion debía durar muchos meses, para terminarse finalmente conforme á las oportunísimas reclamaciones de monseñor Laurence. En el terreno de aquellas cuadras demolidas crece hoy la yerba, y un árbol funerario, colocado en el centro, indica que en aquel lugar descansan las cenizas de los muertos.

Pero desde el dia en que el Obispo dejó oír su protesta, rompióse para siempre la armonía que reinaba entre el jefe del departamento y el de la diócesis, reemplazándola en el corazon del Prefecto un vivo sentimiento de irritacion. Cesó de estar dispuesto á tener consideraciones, y acaso se inclinó á todo lo contrario. Así como queria usurpar el terreno de la iglesia en la miserable cuestion de las cuadras, del mismo modo, en la cuestion de las apariciones se sintió más predispuesto que ántes á invadir violentamente el dominio espiritual de la Iglesia.

El freno que hasta entónces le habia contenido, acababa de romperse. Las pequeñas causas suelen producir grandes efectos.

XI.

En los meses de Marzo y Abril, lo mismo ántes que despues de la carta del Ministro, el Sr. Prefecto había empleado su viva inteligencia en hallar la clave de los extraños sucesos de Lourdes, sin acudir á lo sobrenatural. Pero en vano renovaron los interrogatorios el tribunal y Jacomet. Ni el Comisario de policia, ni el Sr. Dutour, habían podido coger en falta á la niña. Aquella pastorcilla de trece á catorce años, tan ignorante que no sabía ni leer ni escribir, ni áun hablar francés, desconcertaba con su profunda sencillez á los hábiles y á los prudentes.

Un discípulo de los de Mesmer y de los Du Potet, llegado no se sabe de dónde, había intentado en vano dormir á Bernardita con un sueño magnético. Sus pases habían fracasado ante aquel temperamento pacifico y poco nervioso, y no había conseguido más que dar jaqueca á la pobre niña, que, á decir verdad, se prestaba con resignacion á las experiencias y al exámen de todos. Dios quería hacerla el blanco de toda clase de pruebas para que de todas saliera triunfante.

Una familia extranjera, que como todo el mundo, había sufrido el encanto de Bernardita, la propuso adoptarla, ofreciendo á sus padres una fortuna de 100.000 francos con permiso para vivir junto á su hija. El desin-

teres de aquellas gentes honradas no vaciló, y prefirieron continuar en la pobreza. Todo fracasaba, los lazos de la astucia, las ofertas del entusiasmo, la dialéctica de las inteligencias más notables.

Por grande que fuese su horror hacia el fanatismo, el señor Procurador imperial Dutour no podía hallar ni en el Código de Instrucción criminal, ni en el Código penal, ningún texto que le autorizase á proceder contra Bernardita, y á hacerle prender. Una prision de aquella clase hubiera sido ilegal para el primer jefe, y hubiera podido tener enfadosas consecuencias para el magistrado que la ordenase. Ante la ley penal Bernardita era inocente.

El señor Prefecto, con su clarísimo talento, comprendía todo esto tan bien como hubiera podido hacerlo el mejor jurisculto. Pensó entonces llegar al mismo resultado, valiéndose de distintos medios, y se le ocurrió proceder por la vía administrativa á aquella prision, que le parecía útil, y en la cual la magistratura, con los códigos en la mano, no tenía derecho á tomar la iniciativa.

XII.

Hay en el inmenso arsenal de nuestras leyes y reglamentos una arma temible, creada imprudentemente, en nuestro juicio, con el laudabilísimo pensamiento de proteger al individuo contra sí mismo, pero que puede, en las manos de la malevolencia ó de la torpeza, dar

ocasion á la más espantosa de las tiranías, es decir, á la secuestro arbitraria y sin apelacion de un inocente. Nos referimos á la ley de locos. Sin discusion pública, sin defensa posible, sólo con la certificacion de uno ó dos médicos que le declaran poseido de enajenacion mental, puede un desdichado ser cogido bruscamente, por una simple medida administrativa, y arrojado en la más terrible de las prisiones, en la celda de una casa de locos. Necesitamos creer y creemos que en la mayoría de los casos esta ley se aplica con equidad, gracias á la general honradez y á la capacidad del cuerpo médico; pero nos cuesta trabajo comprender que semejante honradez y capacidad autoricen á suprimir toda defensa, toda apelacion y toda publicidad, y que la decision, á cerreros tapados, de dos médicos, esté dispensada de esa triple garantia con que la ley ha querido rodear los juicios de la magistratura. Los médicos son indudablemente personas muy instruidas, y reconocemos que cuando se hallan dos perfectamente conformes, tiene bastantes probabilidades de verdad su tesis comun; pero ¿implica una seguridad tan grave, tan evidente, tan segura, si se nos permite el pleonismo, que baste para dar irrevocablemente el derecho de privar, sin más forma de proceso, de su libertad á un individuo? Es tambien indudable que los médicos son honrados, y nadie respeta más que nosotros á los que se dedican á tan noble profesion; pero sus ideas preconcebidas y sus doctrinas filosóficas ¿no pueden, sobre todo en materia de locura, inclinar, á pesar suyo, su espíritu á lamentables errores? En un libro que metió bastante ruido, uno de ellos, el Sr. Le-

lut, colocaba entre los locos á Sócrates, á Newton, á Santa Teresa, á Pascal, y á otros muchos personajes que fueron, como los citados, gloria del género humano. ¿Merecerían acaso semejante maestro y sus discipulos que se les invistiera del derecho de hacer prender como locos, sin juicio contradictorio, sin publicidad y sin apelacion, sólo con un certificado, á todos aquellos á quienes considerasen como tales? Y sin embargo, el Sr. Lut es un sabio miembro del Instituto, y una de las notabilidades médicas. ¿Qué diremos, pues, de las garantías que ofrecerán los individuos de la plebe científica, esos pobres doctorcillos de aldea, sucesores del cirujano barbero con quien se contentaban nuestros antepasados?

Convencido de la imposibilidad actual de lo sobrenatural, el señor prefecto Massy no vaciló, al ver la impotencia de la magistratura, en buscar en aquella ley terrible una solucion para la cuestion extraordinaria que acababa de surgir repentinamente en su departamento.

XIII.

Al saber que la Virgen se había vuelto á aparecer y había dicho su nombre á Bernardita, envió el señor Prefecto á casa de los Soubroux una Comision compuesta de dos médicos, elegidos entre los que rechazaban, como él, lo sobrenatural, y habían manifestado sus conclusiones, escritas de antemano en su pretendida filosofia mé-

dica. Los dos médicos, que eran de Lourdes, y uno de ellos amigo del Procurador imperial, se obstinaban, hacía tres meses, en sostener toda clase de teorías sobre la catalepsia, el sonambulismo y la alucinación, y luchaban desesperados contra la inexplicable radiación del éxtasis, contra el nacimiento de la fuente, y contra las curaciones repentinas que llegaban á cada paso á echar por tierra las doctrinas que en la Facultad les habían enseñado.

A aquellos hombres y en semejantes circunstancias juzgó oportuno el señor Prefecto, en su prudencia, confiar el exámen de Bernardita.

Aquellos señores reconocieron la cabeza de la niña, y no hallaron en ella ninguna lesión. El sistema de Gall consultado, no indicaba en ninguna parte la protuberancia de la locura. La niña respondía con sensatez, sin contradicciones ni desvaríos. Tampoco tenía la menor exageración en el sistema nervioso; por el contrario, un completo equilibrio, y yo no sé qué especie de profunda tranquilidad. Solía el asma fatigar el pecho de la niña; pero semejante enfermedad no tiene analogía ninguna con un trastorno en el cerebro.

Ambos médicos, muy concienzudos á pesar de sus prevenciones, consignaron todo esto en su dictámen é hicieron constar el estado muy sano y muy normal de la niña.

No obstante, como en lo relativo á las Apariciones persistía invariablemente en su primitiva narración, aquellos señores, que no creían en la posibilidad de semejantes visiones, se apoyaron en esto para decir

que Bernardita *podía muy bien estar alucinada* (1).

A pesar de sus ideas antisobrenaturales, no se atrevieron, al ver el perfecto estado intelectual de la niña, á usar una fórmula más afirmativa. Comprendían instintivamente que sus conclusiones eran fruto, nó de su ciencia positiva con toda su certeza, sino de sus opiniones filosóficas preconcebidas.

El señor Prefecto no veía las cosas tan de cerca, y aquel dictámen le parecía suficiente. Apoyado en él, y en virtud de la ley de 30 de Junio de 1838, resolvió mandar prender á Bernardita y hacerla conducir á Tarbes para relegarla provisionalmente al Hospicio, y más adelante, sin duda, á una casa de locos.

Pero no bastaba con herir á la niña, se necesitaba oponer un dique al extraordinario movimiento de la poblacion. Ya le había insinuado el Sr. Rouland que podía hacerse sin salir de la legalidad; no había más que considerar la Gruta como un oratorio, y hacerla despojar de los *exvotos* y de las ofrendas de los creyentes.

Si éstos oponían resistencia, un escuadron de caballería situado en Tarbes estaría preparado para todo.

(1) Archivos de la Municipalidad de Lourdes. — Carta de remision al señor Prefecto del dictámen de los señores doctores..... y..... fechada el 26 de Abril. No nombramos á los dos doctores, que sólo abandonaron un instante la vida privada para dar su declaracion oficial, y que creemos se engañaron sin mala intencion. Si tuviesen que hacer alguna reclamacion contra mi relato, con sólo una carta suya estamos dispuestos á darles gusto.

¡Cuántos deseos ocultos habría satisfecho una revuelta popular!

Faltaba hacer ejecutar en lo relativo á Bernardita y á la poblacion aquellas diversas medidas, reconocidas por la infalibilidad del prefectoral, como necesarias y urgentes para detener la creciente invasion de la supersticion.

XIV.

Era la época del Consejo de revision. El Sr. Massy tuvo entónces ocasion de ir á Lourdes y de visitar á todos los alcaldes del distrito.

«El señor Prefecto, ha dicho despues un ilustre escritor, el señor Prefecto tenia el encargo de imponer aquel dia á sus administrados un servicio bastante grande, bastante pesado, é inaugurado de una manera harto repugnante, y habría podido comprender, si hubiese querido, que en compensacion de los sacrificios que la sociedad exige, son necesarias algunas libertades consoladoras. Por ejemplo, la libertad de rezar en ciertos lugares, de encender en ellos un cirio, de beber una gota de agua, de depositar una ofrenda, no puede ser muy onerosa al Estado, ni funesta para el orden público, ni ofensiva para el pudor ni la libertad de nadie, y, sin embargo, consuela profundamente á los que usan de ella... ¡Dejad, pues, vivir á la fe! En vuestros empleos, en

vuestro poder, en vuestra fortuna, pensad que la mayor parte de los hombres á quienes gobiernais necesitan pedir á Dios el pan de cada día, y no le reciben sino por una especie de milagro. La fe por sí sola es pan, porque ayuda á comer el pan negro, y aún ayuda á esperarle con paciencia cuando pasa la hora en que debía llegar. Y cuando Dios quiere, al parecer, abrir uno de esos sitios de gracia en que la fe corre con más abundancia y da más pronto socorros, no le cerréis; vosotros mismos seréis los primeros á quienes hagan falta. Allí podréis hacer economías en el presupuesto de los hospitales y de las cárceles (1).»

No eran tales los pensamientos, no eran tales los sentimientos del señor baron Massy. Despues de haber sacado, en nombre del poder, la terrible contribucion de sangre llamada las Quintas, dirigió á los alcaldes un discurso oficial, en el que supo invocar á la vez, con motivo de las apariciones y de los milagros, el interes de la Iglesia y el del Estado, el Papa y el Emperador. En todas sus frases, perifrasis y paráfrasis principiaba por la piedad y acababa por la administracion. Las premisas eran de un teólogo; las consecuencias, de un prefecto.

«El señor Prefecto ha demostrado á los alcaldes, decía unos dias despues el diario de la prefectura, cuán lamentables son las escenas que han ocurrido, y *cuán grande era su tendencia á perjudicar á la Religion*. Se ha esforzado sobre todo en hacerles comprender que el

(1) Luis Veillot, *Univers* del 28 de Agosto de 1868.

hecho de la creacion de un oratorio en la Gruta, *hecho suficientemente constituido por el depósito de emblemas religiosos y de cirios*, era un ataque á la autoridad *eclesiástica y civil*, una *ilegalidad* que la Administracion tenia el deber de reprimir, puesto que, *segun los términos de la ley*, no podía constituirse ninguna capilla pública ni oratorio *sin autorizacion del Gobierno*, previo aviso del Obispo de la diócesis (1).»

«A nadie deben ser sospechosos mis sentimientos, había añadido el devoto funcionario. Todos en el departamento conocen mi profundo respeto á la Religion. Creo haber dado bastantes pruebas para evitar que se interpreten torcidamente mis intenciones.»

«No os asombraréis, pues, señores, al saber que he dado orden al Comisario de policia para que quite y transporte al Ayuntamiento, donde se pondrán á disposicion de los que los hayan depositado, los objetos colocados en la Gruta.»

«He mandado PRENDER y conducir á Tarbes, *para tratarlas como enfermas*, á expensas del departamento, á todas las personas que se supongan visionarias, y haré perseguir, *como propagadores de noticias falsas*, á todos aquellos que contribuyan á poner en circulacion los absurdos rumores que se hacen correr (2).»

Esto acontecía el 4 de Mayo: así inauguraba el religiosísimo Prefecto su mes de María.

(1) *Era imperial* del 8 de Mayo.

(2) Tomamos este discurso del artículo de la *Era imperial*, diario de la prefectura. Número del 8 de Mayo.

Las palabras fueron acogidas con «*unánime entusiasmo*,» según el diario de la prefectura.

Lo cierto es que unos desaprobaron altamente el camino violento emprendido por la autoridad, mientras que otros, pertenecientes á la secta de los libre-pensadores, se imaginaron que la mano del Prefecto iba á bastar para contener bruscamente el irresistible empuje de las cosas.

Los filósofos y los sábios llenáronse de regocijo. *El Lavedan*, que guardaba absoluto silencio hacia dos meses, abrumado por la evidencia de los hechos, recobró el uso de la palabra en aquel asunto, para entonar un dítirambo prefectoral.

Inmediatamente despues de acabar su discurso el jefe del departamento había abandonado la ciudad, dejando que ejecutasen en su ausencia sus órdenes.

Las medidas del señor Prefecto se completaban mutuamente. Con la prision de Bernardita atacaba á la causa; con el despojo de la Gruta atacaba al efecto. Si como era probable, aquellas ardientes poblaciones, heridas en la libertad de sus creencias, de su derecho á rezar y de su religion, intentaban alguna resistencia ó se entregaban á algun desórden, el escuadron de caballería, llamado en el acto, acudiría á rienda suelta, y arreglándolo todo con el régimen de los estados de sitio, refutaría á la supersticion con el omnipotente argumento del sable. Del mismo modo que acababa de trasformar una cuestion religiosa en cuestion administrativa, el señor Massy estaba dispuesto á trasformar la cuestion administrativa en cuestion militar.

El Alcalde y el Comisario de policía, cada uno en su

esfera , eran los encargados de ejecutar la voluntad del Prefecto. El primero tenía orden de mandar prender á Bernardita; el segundo de presentarse en las rocas de Massabielle y despojar la Gruta de todo lo que la piedad ó el reconocimiento de los fieles había depositado en ella.

Sigamos á los dos , y principiemos por el Alcalde para guardar el orden jerárquico.

XV.

Por más que el Sr. Lacadé , alcalde de Lourdes , re-huyera manifestar su opinion sobre los extraordinarios sucesos que se verificaban , sentíase muy conmovido , y no vió sin cierto terror á la administracion entrar en aquel camino de violencias , que le causaba harta perplegidad. Ignoraba qué actitud iban á tomar las poblaciones ; es cierto que el señor Prefecto anunciaba la posibilidad de enviar un escuadron de caballería para mantener la tranquilidad en la ciudad de Lourdes despues de la prision , pero esto mismo contribuía á aumentar su inquietud. Además tambiea le alarmaban la parte de sobrenatural y los milagros ; de suerte que no sabía que hacer entre la autoridad del Prefecto , la fuerza del pueblo y las potencias de lo alto ; hubiera querido contentar á la tierra y al cielo. Dirigióse , pues , para sostener su valor , al procurador imperial , Sr. Dutour , y los dos juntos se presentaron en casa del Párroco de Lourdes para comunicarle la

orden de prision emanada de la prefectura , y explicarle cómo , en virtud de la ley de 30 de Junio de 1838 , el Prefecto obraba en la plenitud de su derecho legal.

El Sacerdote no pudo contener la explosion de su indignacion ante la cruel iniquidad de semejante medida, por muy ajustada que estuviera á alguna de las innumerables leyes concebidas por los Licurgos de lance , que el flujo y el reflujo de nuestras doce ó quince revoluciones politicas han arrojado en la arena del palacio Borbon.

— ¡ Esta niña es inocente , señor Procurador imperial ! exclamó . En prueba de ello , vos como magistrado no habeis podido , á pesar de vuestros infinitos interrogatorios , hallar el menor pretexto para perseguirla . Bien sabeis que no hay ni un solo tribunal en Francia que se negase á reconocer su inocencia , esplendente como el sol ; que no hay ni un solo procurador imperial que en tales circunstancias no declarase monstruosa ó hiciera cesar , no digo una detencion , sino una simple accion judicial .

— Por eso no obra la magistratura , respondió el señor Dutour . El señor Prefecto , apoyado en la declaracion de los médicos , manda encerrar á Bernardita como atacada de locura , y lo hace por interes suyo para curarla . No pasa de ser una medida administrativa que en nada atañe á la religion , puesto que ni el Obispo ni el Clero se han mezclado en ninguno de estos sucesos que se verifican lejos de su vista .

— Semejante medida , respondió el Sacerdote , cada vez más animado , sería la más odiosa de las persecuciones , tanto más odiosa cuanto que toma una máscara hipócrita , y finge aires de proteccion cubriéndose con la

capa de la legalidad, precisamente para herir á un sér indefenso. Si el Obispo, si el Clero, si yo mismo esperamos á que ilumine á estos acontecimientos una luz más clara cada dia, para fallar sobre si son ó nó sobrenaturales, no quiere esto decir que no estemos plenamente convencidos de la sinceridad de Bernardita y del cabal estado de sus facultades intelectuales. Y si no han descubierto ninguna lesion cerebral, ¿por qué han de ser más competentes nuestros dos médicos para juzgar de la locura ó de la lucidez que cualquiera de las mil personas que han interrogado á la niña, y que han admirado unánimemente el carácter normal de su inteligencia? Vuestros mismos médicos no se atreven á afirmar nada, y su conclusion es solo una hipótesis. El señor Prefecto no puede con ningún pretexto prender á Bernardita.

— Es un hecho legal.

— Es un hecho ilegítimo. Como Sacerdote, como Párroco de la ciudad de Lourdes, tengo la obligacion de atender á todos, y en particular á los más débiles. Si viera á un hombre armado atacar á un niño, defendería al niño aún con riesgo de mi vida, porque sé el deber de proteccion que incumbe al buen pastor. Claro es que lo mismo haré cuando ese hombre sea un prefecto, y el arma con que ataca el mal artículo de una mala ley. Id, pues, á decir al señor Massy que sus gendarmes me hallarán en el umbral de la puerta de esa pobre familia, y que tendrán que derribarme, y pasar sobre mí, y pisarme ántes de tocar á un solo cabello de la cabeza de esa niña.

— Pero.....

— No hay pero que valga. Examinad, haced pesqui-

sas, sois libre, y todo el mundo os invitará á ello. Pero si en lugar de esto, quereis perseguir ó herir á los inocentes, tened entendido que ántes de tocar al último y al más pequeño de mi rebaño, hay que empezar por mí.

El sacerdote se había levantado. Su elevada estatura, su cabeza de enérgicas líneas, la plenitud de fuerza que brillaba en toda su figura, su ademan resuelto, su rostro encendido de emocion, comentaban sus palabras y les daban toda su fisonomía verdadera.

El Procurador y el Alcalde se callaron un momento. Después hablaron de las disposiciones relativas á la Gruta.

— En cuanto á la Gruta, dijo el Sacerdote, si el señor Prefecto quiere, en nombre de las leyes de la nacion y en nombre de su piedad particular, despojarla de los objetos depositados en ella en honor de la Santísima Virgen, que lo haga. Los creyentes sentirán tristeza y hasta indignacion; pero que no tema, los habitantes de este pais saben respetar á la autoridad aunque ésta se extravíe. Dícese que en Tarbes está un escuadron dispuesto á acudir á una señal del Prefecto. Puede retirarse. Por ardientes que sean las cabezas, por ulcerados que estén los corazones, mi voz es oída, y sin fuerza armada respondo de la tranquilidad del pais. Con fuerza armada no me atrevo á responder.

XVI.

La enérgica actitud del Sr. Peyramale , que todos sabían era incapaz de doblegarse en todo lo que consideraba como un deber , introdujo en la cuestion un elemento , aunque fácil de prever , inesperado.

El Procurador imperial , en el mero hecho de tratarse de una medida administrativa , no tenía por qué intervenir , y si había acompañado al Sr. Lacadé á casa del Párroco , había sido sólo oficiosamente. Toda la responsabilidad de la decision que se tomase , recaía pues en el Alcalde.

Este tenía la seguridad de que el Párroco de Lourdes hacía infaliblemente lo que había dicho. En cuanto á obrar por sorpresa y prender bruscamente á Bernardita á escondidas del Cura , no había que pensarlo , puesto que el Sr. Peyramale estaba prevenido y tenía el ojo avizor. Hemos dicho , poco há , los sentimientos que agitaban al Alcalde ante lo sobrenatural que surgía de improviso ante sus ojos. La aparente impasibilidad del magistrado municipal encubría á un hombre muy conmovido y agitado.

Dió parte al Prefecto de la conversacion que el señor Dutour y él acababan de tener con el Párroco , y de la actitud y palabras del ministro de Dios. La prision de Bernardita , añadía , podría además , en el estado en que se hallan los espíritus , conmover á la ciudad indignada,

y provocar un tumulto contra las autoridades constituidas. Por lo que á él tocaba, en vista de la determinacion tan formalmente expresada por el señor Cura, y en la expectativa de tan temibles eventualidades, veíase obligado, con harto sentimiento, á rehusar (aunque tuviera que hacer dimision de su cargo) el cumplimiento personal de semejante medida. Al Prefecto correspondía, si lo juzgaba oportuno, obrar directamente y proceder á la prision por una órden dada á la gendarmeria.

XVII.

Mientras que la suerte y la libertad de Bernardita estaba pendiente de todas estas incertidumbres; el Sr. Jacomet, de gran uniforme y adornado con su banda, se preparaba á ejecutar en las rocas Massabielle las medidas prescritas por el Sr. Massy.

La noticia de que el Prefecto habia mandado despojar la Gruta, cundió rápidamente causando profunda agitacion en toda la ciudad. La poblacion en masa estaba consternada, como en presencia de un monstruoso sacrilegio.

— ¡La Santísima Virgen se ha dignado bajar entre nosotros, se decía; y hacer milagros, y se la recibe de esta manera! ¿Cómo no atraer la cólera del cielo?

Las almas más frias sentíanse conmovidas; una sorda efervescencia, cada vez mayor, iba poco á poco ma-

nifestándose en la población. Desde los primeros momentos, y antes de la entrevista que acabamos de referir, el Sr. Peyramale y los Sacerdotes de la ciudad habían dirigido á unos y á otros palabras de paz y tratado de calmar á los más excitados.

«Amigos míos, decía el Clero, no comprometais con desórdenes vuestra causa; sufrid la ley, aunque sea mala. Si todo esto es obra de la Santísima Virgen. Ella sabrá encaminar las cosas á su gloria; vuestras violencias, si os las permitieseis, serían á sus ojos una falta de fe, una injuria á su omnipotencia. Mirad los mártires; ¿se sublevaron contra los emperadores? Y han triunfado por lo mismo que no han combatido.»

La autoridad moral del Párroco era grande; pero las cabezas ardían y los corazones estaban indignados. El resultado dependía de una casualidad.

Los objetos y los ex-votos depositados en la Gruta formaban un conjunto considerable, que no podía ser trasportado á mano. El Sr. Jacomet se presentó en la casa de postas, á cuyo frente estaba el Sr. Barioge, para pedir un carro y caballos.

—Yo no doy mis caballos para semejante cosa, respondió el maestro de postas.

—Pero no podeis negar vuestros caballos á quien los pague, gritó el Sr. Jacomet.

—Mis caballos están para el servicio de la posta, y no para ese trabajo. No quiero figurar para nada en lo que se va á cometer. Procesadme si os conviene: no doy mis caballos.

El Comisario fué á otra parte; pero en todas las po-

sadas, en todos los alquiladores de caballos, bastante numerosos en Lourdes con motivo de la proximidad de las aguas termales, aún en las casas de los particulares; á los cuales se dirigió desesperado, halló la misma negativa. Su situación era muy cruel. La población, turbada y temblorosa, veale ir inútilmente de casa en casa, seguido de los agentes de policía, y asistía á sus sucesivos desengaños. Jacomet oía los murmullos, las risas y las palabras duras de la multitud. El peso de todas las miradas le abrumaba en aquella carrera infructuosa y triste que había emprendido á través de las plazas y de las calles de la ciudad. En vano había aumentado sucesivamente la cantidad que ofrecía por el alquiler de un carro y de un caballo. Los más pobres se negaron, aunque llegó á ofrecer treinta francos por una carrera que no pasaba de unos centenares de metros.

La muchedumbre, al oír la cifra de treinta francos, la comparaba con los treinta dineros.

Por fin halló en casa de un herrador una muchacha que por aquella suma le prestó lo que necesitaba.

Cuando se le vió salir de aquella casa con un carro, la multitud se sintió tanto más indignada cuanto que ninguna miseria urgente había podido ser causa de la venal complacencia de los propietarios del carro, que no eran pobres.

Jacomet se dirigió á la Gruta. Los agentes de policía guiaban el carro. Una multitud inmensa los seguía, silenciosa, inquieta, amenazadora, y acumulando en su seno la terrible electricidad de las tempestades.

Llegaron así delante de las rocas Massabielle. El car-

ro, que no podía llegar hasta allí, se quedó á alguna distancia.

Bajo la bóveda de la Gruta, ardían acá y allá algunos cirios puestos en candeleros adornados con yerba y con cintas. Por el suelo ó por las quebraduras de la roca, estaban diseminadas cruces, estatuas de la Virgen, cuadros religiosos, rosarios, collares y otras alhajas. En algunos sitios, debajo de las imágenes de la Madre de Dios, se habían extendido alfombras. Millares de ramilletes se habían llevado allí por manos piadosas en honor de María, y las primicias del mes de las flores embalsamaban aquel santuario campestre.

En uno ó dos canastillos de mimbre y en el suelo, brillaban monedas de cobre, de plata ó de oro, cuyo total ascendía á algunos millares de francos, primer don espontáneo de los fieles para la ereccion, en aquel lugar, de un templo á la Virgen sin mancha, piadosa ofrenda cuyo sagrado carácter había inspirado respeto áun á la misma audacia de los malhechores, y hacia la cual, á pesar de las tentaciones que dan la soledad y la noche, ningún criminal se había hasta entónces atrevido á extender una mano sacrílega.

El Sr. Jacomet pasó la balaustrada construida por los jornaleros y entró en la Gruta, turbado, al parecer. Los agentes de policía estaban junto á él; la multitud que le había seguido, le miraba, pero sin lanzar ninguna exclamacion. La tranquilidad exterior de aquella muchedumbre tenía algo de imponente.

El Comisario principió por recoger el dinero. Despues apagó los cirios uno á uno, recogió los rosarios, las

cruces , las alfombras , los diversos objetos que llenaban la Gruta , y los fué entregando , para que los llevasen al carro, á los agentes. Estos parecían sufrir con el cumplimiento de aquella obligacion, y llevaban al carro con un visible sentimiento de tristeza y de respeto , todo lo que el Comisario arrancaba de la Gruta , honrada y santificada poco ántes por la visita de la Madre de Dios, por el nacimiento de la fuente y por la curacion de los enfermos.

Con motivo de la distancia del carro , el despojo iba muy despacio. El Sr. Jacomet llamó á un muchacho , que se hallaba en primera linea.

— Toma , coge este cuadro y llévale al carro , le dijo.

El muchacho alargó las manos para coger el cuadro; pero otro niño colocado junto á él le gritó:

— ¿ Qué vas á hacer , desdichado ? ; Dios te castigará !

El niño retrocedió asustado , y los ruegos del Comisario no consiguieron hacerle acercarse.

Los movimientos del Comisario tenían yo no se qué de convulsivos. Cuando cogió el primer ramillete quiso, considerándole como cosa despreciable , tirarle al Gave; pero un vago murmullo de la multitud le detuvo. Pareció comprender que estaba colmada la medida de la paciencia popular , y que el menor incidente podía hacer que se desbordase. Los ramilletes fueron , pues , como todo lo demás , trasportados al carro.

Poco despues rompióse entre las manos del Comisario una esculturita de la Virgen , y aquel hecho tan insignificante produjo tambien en la multitud un movimiento temible.

Quando la Gruta estaba completamente despojada, el

Sr. Jacomet quiso quitar la balaustrada ; pero necesitaba un hacha. Algunos trabajadores que cortaban madera junto al molino del Sr. de Laffite , le negaron las suyas, hasta que uno de ellos , que trabajaba un poco separado de los demás , no se atrevió á resistir y le dejó coger la que él tenía.

El mismo Sr. Jacomet puso manos á la obra , y dió algunos hachazos en la balaustrada , que era poco sólida, y cedió casi en seguida.

La vista de aquel acto de violencia material , el espectáculo de aquel hombre cortando la madera á hachazos , hizo en la multitud más efecto que todo lo demás, y hubo una explosion amenazadora. El Gave corría á algunos pasos , rauda y profundo ; bastaban algunos momentos de extravío para que el infeliz Comisario fuese arrojado en él , en uno de esos irresistibles movimientos de cólera que suelen tener las multitudes.

Jacomet se volvió con rostro pálido y agitado.

— Lo que hago , dijo con aparente tristeza , no lo hago en mi nombre , me veo obligado á ejecutarlo bien á pesar mio. Obro en virtud de las órdenes del señor Prefecto. Tengo que obedecer , por mucho que me cueste , á la autoridad superior : yo no soy responsable , y nada puede imputárseme.

Algunas voces gritaron :

— Permanezcamos tranquilos ; nada de violencia ; dejémoslo todo á la mano de Dios.

Los consejos y la actividad del Clero producían sus efectos , y no hubo ningun desórden. El Comisario y los agentes condujeron , sin obstáculo , el carro al Ayunta-

miento , donde depositaron todos los objetos recogidos en la Gruta. El dinero se entregó al Sr. Lacadé.

Por la noche , para protestar contra las disposiciones del Prefecto , acudió una inmensa multitud á la Gruta, que se vió repentinamente llena de flores é iluminada. Sólo que para evitar que la policía se apoderase de los cirios , cada cual llevaba el suyo en la mano , y al retirarse se le llevaba consigo.

Al día siguiente se verificaron dos hechos que conmovieron vivamente á la poblacion.

La muchacha que había alquilado el caballo y el carro al Sr. Jacomet se cayó desde lo alto de un granero y se rompió una costilla.

El mismo dia el hombre que había prestado su hacha al Comisario para derribar la balaustrada de la Gruta , se rompió ambos piés de resultas de una caída de un tablon que quería colocar él mismo en un banco de carpintero.

Los libre-pensadores vieron en esto una coincidencia aciaga y malhadada. La multitud consideró aquel doble acontecimiento como un castigo del cielo (1).

(1) Fácil es comprender el sentimiento de conveniencia y de caridad que nos impide nombrar á los pobres que fueron víctimas de tales accidentes. Pertenecen á la clase del pueblo , á la clase de los pequeños y de los débiles ; los ha herido la desgracia , y están indefensos. No nombramos más que á los poderosos.

XVIII.

Tan insignificantes incidentes importaban poco al Sr. Massy. Tanto se le daba de las enfermedades como de las curaciones provenientes del cielo.

La actitud, no amenazadora, pero inflexible, del señor Peyramale, y su determinacion de intervenir personalmente para proteger á Bernardita contra la proyectada prision, le importaba mucho más que las señales de la cólera celestial, Dios, en una palabra, le inquietaba ménos que el Cura.

La negativa del Sr. Lacadé á ejecutar aquella violenta medida, la amenaza de su dimision (circunstancia muy notable en un funcionario tan tímido); el visible descontento de los alcaldes del distrito en el discurso del Consejo de revision; los síntomas de grave efervescencia que habian acogido la expoliacion de los ex-votos de la Gruta; la incertidumbre que acaso tenia de la pasiva obediencia de los gendarmes y soldados, que, en lo relativo á Bernardita, participaban del entusiasmo y de la veneracion populares, le hicieron igualmente reflexionar. Con tal conjunto de circunstancias comprendió que la prision de la vidente podía tener las más desastrosas consecuencias.

No quiere esto decir que no hubiera arrostrado de buena gana un motin. Algunos de los detalles que hemos referido darían motivo para creer que lo habia deseado

secretamente. Pero una sublevacion de las poblaciones precedida de la dimision del Alcalde , complicada con la intervencion de uno de los Sacerdotes más respetados de la diócesis , seguida , segun todas las probabilidades , de una queja al Consejo de Estado por secuestacion arbitraria , acompañada de una enérgica protesta de la prensa católica , y acaso de la independiente , tenia un carácter de gravedad que no podía ménos de llamar vivamente la atencion de un hombre tan inteligente y tan apegado á sus funciones como el señor baron Massy.

Mucho debía costar al orgulloso Prefecto detenerse en la ejecucion de la medida radical que habia anunciado tan públicamente la víspera en el Consejo de revision ; y seguramente no se hubiera detenido si la declaracion de los médicos , en lugar de ser una simple y vacilante hipótesis , poco segura de sí misma , hubiese hecho constar la locura ó la alucinacion de la vidente. Si Bernardita hubiese estado realmente atacada de enajenacion mental , nada más facil para el Prefecto que ordenar un segundo exámen , nada más sencillo que hacer declarar el trastorno cerebral de la niña por otros dos doctores , elegidos entre las notabilidades científicas del país y suficientemente autorizados , como personas de saber y de honor , para imponer su decision á la opinion pública. Pero el Sr. Massy , harto enterado de todos los interrogatorios de Bernardita , comprendió que no se hallaria ni un solo médico formal , que no reconociese y que no proclamase , como todos , la completa razon , la recta inteligencia y la buena fe de la niña.

Ante la evidencia de semejante situacion , ante las

imposibilidades morales y casi materiales que inopinadamente le atajaban el paso, el prudente Prefecto, á pesar de su proverbial obstinacion, se vió obligado á detenerse. La fuerza de los acontecimientos le condenaba á la inaccion. En cuanto á volver completamente sobre sus pasos, y revocar la medida ejecutada ya públicamente por Jacomet en las rocas Massabielle, ni remotamente podía ocurrirsele al baron Massy. La expoliacion de los objetos de la Gruta era un hecho consumado, y no se revocó. Pero la vidente continuó libre, ignorando sin duda, entre las oraciones de la mañana y las de la noche, la tempestad que acababa de pasar sobre su cabeza sin estallar.

La autoridad civil, con aquella tentativa abortada, demostraba la absoluta imposibilidad de convencer á Bernardita del menor trastorno cerebral. Al dejar libre á la vidente, despues de haber intentado encerrarla, rendía el poder oficial, á pesar suyo, público homenaje á la completa integridad de su razon y de su inteligencia. La incredulidad, con aquellos golpes mal dirigidos, se hería con sus propias armas, y servía precisamente la misma causa que pretendía atacar. No por eso la acusamos de torpeza. Debe ser harto difícil luchar contra la evidencia, y en semejante combate, las faltas más crasas son inevitables.

No obstante, si el Sr. Massy modificaba en algunas ocasiones la forma de sus proyectos, siempre se obstinaba en el fondo mismo de sus designios. La única concesion que consentía en hacer, á veces, á los acontecimientos, era abandonar un medio reconocido como inútil ó como peligroso, para valerse de otro más eficaz en

la apariencia; es decir, apartar los obstáculos cuando le era imposible romperlos ó saltarlos. En una palabra, si cambiaba su táctica, nunca cambiaban sus resoluciones. No retrocedía, rodeaba.

Así, pues, como la prision de Bernardita no era más que un medio, y el principio primero y fin supremo era la ruina radical de la supersticion, y la derrota definitiva de lo sobrenatural, el Sr. Massy no perdió en nada las esperanzas. Tenia «la seguridad» y lo decía en voz alta, de vencer muy pronto las crecientes dificultades de la situacion. Ser vencido, él, prefecto del Imperio, él, baron, él, Massy, por la cháchara de una infantil pastora, ser derrotado por el fantasma de una Aparicion quimérica, hubiera sido insoportable para su orgullo y le parecía imposible á su genio.

Aunque tuvo, pues, que renunciar, á pesar de su discurso del 4 de Mayo, á encerrar á la pobre Bernardita como loca, sintióse más que nunca empeñado en terminar de una ú otra manera los progresos y las invasiones del fanatismo.

Las doctrinas y las explicaciones que hacía algunos dias se habían convertido en el tema favorito de los librepensadores de aquellas comarcas meridionales, sugirieron á su talento, ya algo aturdido, un nuevo medio que le pareció verdaderamente decisivo.

Para comprender bien cómo llegó el Prefecto á cambiar su plan de ataque, conviene dirigir una mirada á lo que pasaba en aquel instante en el campo de las inteligencias antieristianas.

LIBRO SEXTO.

Nueva actitud de los incrédulos.—El niño Lasbareilles, Dionisio Bouchet, etc.—Las explicaciones médicas.—Análisis de Latour de Trie.—Catalina Latapie-Chouat.—Mariana Garrot.—María Lanquedomengé.—Fe perseverante y tranquila de las multitudes.—Protesta contra el análisis de Latour.—La ciudad de Lourdes se dirige al Sr. Filhol.—Primera comunión de Bernardita.—Fuerza irresistible de los sucesos.—Violencias administrativas.—Decreto del 8 de Junio. Prohibición de beber en la fuente y de ir á la Gruta.—El alcalde Lacadé.—El juez Duprat.

I.

Los enemigos de la superstición habían perdido considerable terreno en su lucha desesperada contra los acontecimientos que hacía diez ó doce semanas escandalizaban á su acongojada filosofía. Si era imposible negar la fuente, cuyas limpidas aguas brotaban á raudales ante las asombradas poblaciones, no lo era ménos negar por más tiempo las curaciones que á cada momento y en todas partes se conseguían con el uso de aquel agua misteriosa.

Al principio se habían encogido de hombros ante las primeras curaciones, y limitádose á negarlas pura y sim-

plemente, resistiéndose, por sistema, á hacer el menor exámen. Despues, algunos más hábiles, habian inventado dos ó tres milagros falsos, para prepararse el fácil triunfo de refutarlos en seguida. Pero la incredulidad habia sido bien pronto vencida por la multiplicidad de las curaciones admirables que, aunque en su menor parte, hemos referido. Los hechos se imponían, y en tal número y con tal esplendor, que no habia más remedio que ó someterse al milagro, ó hallar una explicacion natural de aquellos estraordinarios fenómenos.

El libre-pensamiento comprendió que, á ménos de rendir las armas ó de negar la plena evidencia, urgía proceder á una rápida evolucion, é imaginar otra táctica.

Los más inteligentes de aquel pequeño mundo comprendían que ya era tarde, y se daban cuenta de la crásisima falta que habian cometido en un principio negando prematuramente y sin exámen hechos que en seguida fueron perfectamente comprobados, tales como el nacimiento de la fuente y las curaciones de un gran número de enfermos notoriamente incurables; y á quienes todo el mundo veía andar con completa salud por las calles de la ciudad. Lo que hacia el mal casi irreparable, era que aquellas desdichadas negaciones de los hechos más seguros, constaban, oficial y auténticamente, en todos los periódicos del departamento.

II.

La mayor parte de las curaciones obradas por el agua de Massabielle, tenían un carácter de tan súbita rapidez, que manifiestamente se revelaba la acción inmediata de un poder soberano. No obstante, algunas hubo que no presentaron en nada aquel carácter visiblemente sobrenatural; tales fueron las efectuadas á consecuencia de baños ó de tomas más ó ménos repetidas, de una manera lenta y progresiva, siguiendo en cierto modo (por más que en su principio pudieran ser milagrosas) la marcha ordinaria de las curaciones naturales.

En una aldea de las cercanías de Lourdes, en Gez, un niño de siete años de edad había sido principalmente el objeto de una de aquellas curaciones de carácter mixto, que segun la inclinacion del espíritu, podían atribuirse á una gracia especial de Dios, ó á sólo las fuerzas de la naturaleza. Aquel niño, llamado Lasbareilles, había nacido completamente deforme, con una doble inclinacion en la armazon de los huesos, en el pecho y en la espalda. Las piernas, endebles y casi secas, se hallaban paralizadas por su extremada debilidad. La infeliz criatura nunca había podido andar. Constantemente estaba echado ó sentado. Cuando necesitaba cambiar de sitio, su madre le cogía en brazos. Algunas veces, sin embargo, el niño, apoyado en el borde de una mesa, ó

sostenido por la mano materna, llegaba á tenerse de pié y á dar algunos pasos, á costa de violentos esfuerzos y de una inmensa fatiga. El médico del lugar había declarado su insuficiencia para curarle, y ante aquella raquitis esencialmente orgánica, nunca se había recurrido á ningun remedio.

Los padres de aquel desdichado, al oír hablar de los milagros de Lourdes, se habían procurado agua de la Gruta, y en el espacio de quince dias dieron al niño, en tres veces distintas, friegas, sin obtener ningun resultado. No por eso decayó su fe: si la esperanza estuviera desterrada del mundo, hallaríasela, sin embargo, en el corazon de las madres. La cuarta friega tuvo lugar el Juéves Santo, es decir, el dia 1.º de Abril de 1858. Aquel dia el niño anduvo, sin ayuda de nadie, algunos pasos.

Semejante sistema produjo resultados cada vez más eficaces, y el estado del niño fué mejorando progresivamente, hasta llegar, al cabo de tres ó cuatro semanas, á andar casi como todo el mundo. Decimos «casi» porque aún conservaba en sus movimientos, al andar, una torpeza, que parecía como una reminiscencia de su primitiva enfermedad. La delgadez de las piernas había desaparecido poco á poco al mismo tiempo que su debilidad, y el busto se había erguido casi completamente. Toda la poblacion de Gez, que conocía el estado anterior del muchacho, aclamaba su curacion como un milagro. ¿Se engañaba? ¿Tenía razon? Sea cual fuere nuestra opinion, es lo cierto que el punto era discutible.

Otro niño, Dionisio Bouchet, de la villa de Lamar-

que, en el canton de Ossun, se había igualmente curado de una parálisis general, en condiciones casi idénticas. Un jóven de veintisiete años, Juan Luis Amará, epiléptico, había visto ceder completamente su terrible mal, pero ceder sólo poco á poco, mediante el uso del agua de Massabielle.

Aún se presentaron algunos otros casos análogos (1).

III.

Si no fuesen conocidas desde el principio de la Era cristiana las formas maravillosamente variadas de las curaciones sobrenaturales, darían acaso tentaciones de creer que la Providencia dispuso así las cosas en aquel momento para llevar á la orgullosa filosofía humana á

(1) No nos parece inútil advertir que ninguna de estas curaciones (excepto la de Dionisio Bouchet, reconocida como absolutamente incurable por la medicina oficial), fué declarada milagrosa por la Comisión episcopal nombrada más adelante. Véanse para dichas curaciones los procesos verbales de la Comisión, 10.º, 11.º y 16.º Por grande que pudiera ser en tales circunstancias la probabilidad de la intervencion divina, la Iglesia, para proclamar un milagro, exige que no sea *posible ninguna explicacion natural* del hecho. Deja á un lado, sin afirmarlo ni negarlo, todo lo que no reuna estas condiciones. Limitase á decir: *Nescio*.

Ya tendremos ocasion de volver á hablar, en el curso de esta historia, de los procedimientos de examen de la Comisión.

quedar presa en sus propias redes y á suicidarse. Pero no creemos que allí hubiese un lazo divino. Dios no tiene emboscadas á nadie. La verdad es por su naturaleza, por sus desarrollos normales y regulares cuya lógica es desconocida para las filosofías humanas, un lazo eterno para el error.

Sea como fuere, los sabios y los médicos del país se apresuraron á hallar en aquellas diversas curaciones, de fisonomía incierta y dudosa, pero perfectamente evidentes en cuanto á su realidad y á su carácter progresivo, una admirable ocasión y un feliz pretextó para efectuar un cambio de táctica y una prudente evolucion que la evidencia cada vez mayor de los hechos hacía absolutamente necesaria.

Renunciaron á invocar para tales curaciones el tema vulgar de la imaginacion, y las atribuyeron á las virtudes naturales que indudablemente poseía aquel agua singular, brotada nuevamente por la mayor de las casualidades.

Dar semejante explicacion, era reconocer las curaciones.

Acuérdese el lector del principio de esta divina historia, cuando una pastorcilla que iba á recoger leña, había pretendido ver una luminosa Aparicion surgir ante sus ojos. Acuérdese de los sarcasmos de las elevadas inteligencias de Lourdes. de las burlas del Círculo y del altivo desden con que todos aquellos insignes talentos acogían tales niñadas, tales simplezas y necedades. ¡Cuánto había ade lantado la afirmacion sobrenatural! Cuánto habían retrocedido la in credulidad, la ciencia y

la filosofía desde los primeros acontecimientos verificados de improviso en la desierta Gruta de las márgenes del Gave!

El milagro, si nos atrevemos á expresarnos así, había tomado la ofensiva. Tan orgulloso poco ha en el ataque, y perseguido despues por los hechos sin poder manejar la espada, el libre-pensamiento se veia obligado á defenderse.

Los representantes de la filosofía y de la ciencia no cejaban por eso ni en sus afirmaciones ni en su desden hacia la supersticion popular.

— ¡Pues bien, sí! — decian fingiendo cierto tono de candidez y de buena fe. — ¡Pues bien, sí! Convenimos en que el agua de la Gruta cura ciertas enfermedades. ¿Hay algo más sencillo? ¿Se necesita hablar de milagro, de gracias sobrenaturales, ó de intervencion divina para explicar una accion análoga, si nó idéntica, á la de los mil manantiales que, desde Vichy ó Baden hasta Luchon, obran con tanta eficacia en el organismo humano? El agua de Massabielle posee pura y sencillamente cualidades minerales poderosísimas, iguales á las que poseen, algunas leguas más arriba en la montaña, los baños de Bareges ó de Cauterets. La Gruta de Lourdes no pertenece á la religion, sino á la medicina.

Una carta que tomamos al acaso entre nuestros documentos, presenta, mejor que nosotros podríamos hacerlo, la actitud de los sabios del país respecto á las maravillas efectuadas por el agua de Massabielle. Esta carta, escrita por un distinguido médico de las cercanías, el doctor Lary, que no creía en las explicaciones mi-

lagrosas , está dirigida á un miembro de la Facultad.

« Ossun , 28 de Abril de 1858. — Me apresuro , querido compañero , á transmitir los detalles que me pedís acerca de la mujer Galop.

» Dicha mujer ; á consecuencia de un reumatismo de la mano izquierda , tenía esta mano imposibilitada para la prehension. Así , si quería llevar ó lavar un vaso con ella , le dejaba casi siempre caer ; si quería sacar agua , tenía que renunciar á su propósito , porque su mano izquierda no podía sostener la soga del pozo. Más de ocho meses llevaba sin haberse podido hacer la cama , ni hilar una sola madeja de hilo.

» Pues bien ; desde su único viaje á Lourdes , donde usó el agua de la Gruta *intus* y *extra* , hila con bastante facilidad , *se hace la cama , saca agua , friega y lleva á la mesa vasos y platos ; en una palabra , se sirve de dicha mano casi lo mismo que de la otra.*

» Los movimientos de la mano izquierda no son todavía tan *completamente* libres como ántes de la enfermedad ; pero comparados con los que tenía ántes de usar las aguas de la Gruta de Lourdes , *hay de mejoria un 90 por 100 de diferencia.*

» Esta mujer se propone volver á la Gruta , voy á rogarla que os visite , y vos mismo podréis entonces convenceros de lo que os digo.

» Hallaréis al examinar á la enferma de que se trata una anquilosis incompleta de la articulacion metacarpo-falangiana del índice , único vestigio que le queda de su afeccion. Si el uso reiterado del agua de la Gruta hace desaparecer ese estado morbosos , *semejante he-*

«cho será una prueba más de la alcalinidad de dicha agua (1).

»Termino rogándoos me creais vuestro afectísimo
»compañero. LARY *d. m.*»

Una vez admitida semejante explicacion, y tenida à priori por segura, los médicos no se resistieron tanto á reconocer las curaciones verificadas con el agua de la Gruta, y empezaron desde entónces á generalizar su tésis y á aplicarla, casi indistintamente, á todos los casos, áun á aquellos que tenían un carácter de rapidez en cierto modo instantánea, carácter bastante poco conciliable con la accion ordinaria de las aguas minerales. Los doctos personajes del país salian del paso prestando al agua de la Gruta cualidades de extremado poder, de un poder hasta entónces desconocido. Poco les importaba trastornar con sus teorías todas las leyes de la naturaleza, con tal que no fuese en provecho del cielo. Admitian de muy buena gana lo *extranatural*, para desembarazarse de lo *sobrenatural*.

Hallábanse, sin embargo, entre los creyentes algunos espíritus tercios y reacios, que turbaban con importunas reflexiones las graves explicaciones y las trascendentes teorías de la sabia reunion.

— «¿Cómo es, decían los tales, que esa fuente mineral, tan excepcionalmente poderosa que obra curaciones repentinas, ha sido precisamente descubierta por Bernardita en el estado de éxtasis, á consecuencia de pre-

(1) Aquella mujer fué curada, efectivamente, por completo en un segundo viaje.

tendidas visiones celestiales y como prueba de aquellas mismas sobrenaturales apariciones? ¿Cómo es, además, que esa fuente ha brotado precisamente en el instante en que Bernardita creía oír la voz divina que la decía que fuera á beber y á lavarse? ¿Cómo es, por último, que esa fuente, brotada de improviso, á vista de toda la poblacion, con condiciones tan prodigiosamente asombrosas, arroja no agua comun, sino un agua que, segun vuestra propia confesion, ha curado ya á tantos enfermos desesperados, los cuales habían acudido allí sin ninguna direccion médica, y guiados sencillamente por el espíritu de la fe religiosa? »

Semejantes objeciones, repetidas bajo mil formas diferentes, causaban extraordinario embarazo á los libre-pensadores, á los filósofos y á los sabios que trataban de esquivarlas con respuestas verdaderamente pobres y miserables, que debían, al parecer, hacerles poca ilusion aun á ellos mismos; pero es lo cierto que les hubiera sido harto difícil hallar otras.

— « ¿Qué quereis? Una cabra descubrió el café por casualidad. Un pastor halló, por casualidad, las aguas de Luchon. Por casualidad un cavador desenterró las ruinas de Pompeya. ¿Qué tiene, pues, de asombroso que esa muchacha, divirtiéndose en escarbar la tierra durante su alucinacion, haya hecho brotar una fuente, y que esa fuente sea mineral y alcalina? »

Si en aquel momento creyó precisamente ver á la Santísima Virgen y oír una voz que le indicaba la fuente, no pasa de ser una coincidencia completamente casual, y que la supersticion quisiera convertir en un milagro.

En este asunto, como en tantos otros, la casualidad lo ha hecho todo y ha sido la única reveladora.»

Los creyentes no se dejaban, sin embargo, vencer por semejante lógica. Tenían el mal gusto de creer que explicar todas aquellas cosas como sencillas coincidencias casuales, era violentar demasiado á la razón, con pretexto de defenderla. Esto irritaba á los libre-pensadores, que aunque al fin reconocían las curaciones, deploraban más que nunca el carácter sobrenatural y religioso que las poblaciones se obstinaban en dar á tan extraños sucesos, y como toda persona despechada, apelaban á la violencia para detener la corriente popular.

«Si esas aguas son minerales, empezaban á decir, dependen del Estado ó de la Municipalidad; no deben visitarse sino con arreglo á un reglamento de la Facultad, y lo que hace allí falta es construir un establecimiento de baños y nó una capilla.»

Tal era la situación de la ciencia de Lourdes, obligada á convenir en los hechos, cuando sobrevinieron las medidas del Prefecto relativas á los objetos depositados en la Gruta, y la tentativa de prision de Bernardita, so pretexto de locura, tentativa abortada á consecuencia de la inesperada intervencion del Sr. Peiramale.

IV.

A todas aquellas tésis de la apurada secta médica, faltábales un punto de apoyo seguro y oficial. Ya había pensado el Sr. Massy en buscarle en una de las ciencias más admirables de nuestro tiempo: la Química; y con tal objeto se había dirigido, por conducto del alcalde de Lourdes, á un químico bastante célebre en el departamento, el Sr. Latour de Trie.

Parecíale un golpe maestro hacer demostrar (nó por el exámen detallado de cada caso particular, sino de un modo general y en conjunto) que todas aquellas multiplicadas curaciones que se presentaban como otras tantas objeciones formidables, eran completamente naturales y debidas á la constitucion íntima de la nueva fuente; con tal conducta creyó merecer bien de la ciencia, de la filosofía, y, para no olvidar nada, de la Administracion superior, representada por el ministro Rouland.

Al ver que era decididamente imposible mandar prender á Bernardita como loca, apresuró el análisis que debía demostrar oficialmente, respecto á las curaciones, las propiedades minerales y terapéuticas del agua de la Gruta. Urgía desembarazarse de aquel sobrenatural invasor que, despues de haber hecho brotar la fuente, curaba á los enfermos y amenazaba introducirse en todas partes. Ya que por desgracia aquel maldito sobrenatural

había resistido perfectamente á otra clase de ataques, un análisis verdaderamente oficial podía prestar grandes servicios.

Puso, pues, manos á la obra el químico de la Prefectura para hacer aquel precioso estudio del agua de Massabielle, y con gran conciencia, si nó con ciencia completa, halló en el fondo de sus retortas una explicacion conforme en un todo con las explicaciones de los médicos, con las tésis de los filósofos y con los deseos del señor Prefecto. ¿Quedaba la verdad tan satisfecha de aquel análisis como podían estarlo la filosofía, la medicina y la Prefectura? Nadie pensó entónces en plantear semejante cuestion; pero el porvenir debía encargarse de resolverla.

Como quiera que sea, transcribiremos el análisis sumario que el Sr. Latour de Trie, químico de la Administracion, dirigió oficialmente, con fecha 6 de Mayo, al señor alcalde de Lourdes, y que éste último transmitió en seguida al baron Massy.

EXÁMEN QUÍMICO.

« El agua de la gruta de Lourdes es muy limpida, »
» inodora y sin sabor marcado. Su peso específico se »
» aproxima mucho al del agua destilada; su temperatura »
» en la fuente es de 15° centígrados.

» Contiene los principios siguientes:

- » 1.° Cloruros de sosa, de cal y de magnesia: abundantes.
- » 2.° Carbonato de cal y de magnesia.
- » 3.° Silicatos de cal y de alúmina.

- 4.º Óxido de hierro.
- 5.º Sulfato de sosa y carbonato de sosa.
- 6.º Fosfato: residuos.
- 7.º Materia orgánica: ulmina.

» Obsérvase en la composición de esta agua completa ausencia del sulfato de cal ó selenita, notable particularidad que redundaba en ventaja suya y debe hacérsela considerar como ligerísima, fácil para la digestión y muy á propósito para imprimir á la economía animal una disposición favorable al equilibrio de la acción vital.

» No creemos prejuzgar demasiado la cuestión afirmando, en vista del conjunto y de la calidad de las sustancias que la constituyen, que la ciencia médica no tardará acaso en reconocerle virtudes curativas especiales, que la colocarán en el número de las aguas que forman la riqueza mineral de nuestro departamento.

» Dignaos recibir, etc.

» A. LATOUR DE TRIE. »

En el orden civil hay mucho ménos disciplina que en el militar, y suelen hacerse, con tal motivo, algunas falsas maniobras. El Prefecto, con tantas ocupaciones, había descuidado dar sus ordenes á la redacción del diario prefectural del departamento, la *Era imperial*, por manera que mientras el químico de la Prefectura decía blanco, el periodista oficial decía negro. Mientras que el primero saludaba en la fuente de Lourdes una de las futuras riquezas terapéuticas y minerales de los Pirineos,

calificábala el segundo de *agua sucia*, y se burlaba graciosamente de las curaciones.

«Inútil es decir, escribía precisamente en la misma fecha en que el Sr. Latour de Trie enviaba su análisis, el día 6 de Mayo, inútil es decir que la famosa Gruta derrama á borbotones los milagros, inundando con ellos nuestro departamento. Por todas partes se hallan gentes que refieren las mil curaciones obtenidas mediante el uso de *una agua sucia*.

»Muy pronto nada tendrán que hacer los médicos: los reumáticos y los tísicos habrán desaparecido del departamento, etc.» (1).

A pesar de tantas disonancias, que hubieran podido evitarse, hay que reconocer que el señor baron Massy era un hombre activo. El 4 de Mayo, á medio día, dirigió su discurso á los alcaldes del canton de Lourdes, y dió sus órdenes. El 4 de Mayo, por la noche, estaba despojada la Gruta de las ofrendas y los exvotos. El 5 de Mayo, por la mañana, al convencerse de la imposibilidad de prender á la vidente, habíá renunciado á tal medida. El 6 de Mayo, por la noche, tenía en su poder el análisis de su químico.

Provisto de aquel último é importante documento, aguardaba los sucesos.

¿Qué iba á pasar en Lourdes? ¿Qué sucedería en la Gruta? ¿Qué haría Bernardita, cuyos menores pasos espiaban los ojos de Jacomet, verdadero Árgos, y de sus agentes? Con los calores que se acercaban, ¿no llegaría

(1) *Era imperial* del 6 de Mayo de 1838.

á agotarse el agua de la Gruta, como muchos decían, cortando de raíz todo aquello? ¿Qué actitud iban á tomar las poblaciones? Tales eran los pensamientos, las esperanzas y las dudas del señor baron Massy, Prefecto del Imperio.

V.

En la Gruta la milagrosa fuente seguía corriendo abundante y límpida, con ese carácter de perenne tranquilidad que se observa en los hermosos manantiales que brotan entre rocas.

La sobrenatural Aparición no cesaba de afirmarse y probarse por medio de sus beneficios.

Ora rápida como el relámpago que rasga las nubes, ora lenta como la luz de la aurora que se levanta y crece rayo tras rayo, la gracia de Dios continuaba descendiendo visible é invisiblemente sobre las multitudes.

Nosotros no podemos hablar más que de las gracias visibles.

A seis ó siete kilómetros de Lourdes, en Loubajac, vivía una buena mujer, una aldeana, infatigable en otro tiempo en el trabajo y condenada por un accidente hacia diez y ocho meses á la más penosa inacción. Llamábase Catalina Latapie-Chouat. Hallándose en Octubre de 1856 subida en una encina cogiendo bellotas, perdió el equilibrio y dió tan violenta caída, que se dislocó completamente el brazo derecho y sobre todo la mano. La reduc-

cion, dice el proceso verbal que tenemos á la vista, la reduccion verificada inmediatamente y con buen éxito por un hábil médico, había restablecido casi en su estado normal el brazo, sin poder, á pesar de todo, curarle de una extremada debilidad. Pero los más asiduos é inteligentes cuidados fracasaron ante la rigidez de los tres dedos más importantes de la mano. El pulgar, el índice y el del corazon, continuaron completamente encorvados y paralizados, sin que fuese posible ni enderezarlos ni darles el menor movimiento. La desdichada aldeana, jóven aún, pues apenas tenia treinta y ocho años, no podía ni coser, ni hilar, ni hacer media, ni dedicarse á las faenas de la casa.

Despues de haberla visitado inútilmente durante largo tiempo, hábale manifestado el doctor que su mal era incurable y que tenia que resignarse á no servirse ya más de la mano. Semejante fallo, en boca tan competente, era para la infortunada el anuncio de una irreparable desgracia. Los pobres no tienen más recursos que el trabajo: para ellos la inaccion forzosa es la miseria inevitable.

Catalina se halló en cinta nueve ó diez meses despues de su caida, y se acercaba el término de su embarazo cuando ocurrieron los divinos acontecimientos de la Gruta de Massabielle. Una noche despierta de improviso, como impulsada por una súbita idea. «Un espíritu interior», refería ella misma despues al autor de este libro, un espíritu interior me decía con una fuerza irresistible: ¡Vé á la Gruta y te curarás! » ¿Quién es aquel sér misterioso que así se explicaba y que aquella aldeana igno-

rante (al ménos en cuanto al saber humano) llamaba un espíritu? El ángel de la Guarda sabrá sin duda este secreto.

A las tres de la mañana Catalina llamó á sus dos hijos, ya bastante crecidos, para acompañarla.

—Quédate para trabajar, dijo á su marido; yo voy á la Gruta.

—En tu estado es imposible; ir á Lourdes y volver, supone una caminata de tres leguas largas.

—Nada hay imposible. Voy á curarme.

Ninguna objecion pudo detenerla, y partió con sus dos hijos. Hacía una hermosísima luna; el tèmperoso silencio de la noche, turbado de cuando en cuando por desconocidos rumores, y la profunda soledad de los campos, vagamente iluminados y llenos de sombras indecisas, asustaban á los niños, que se detenian temblando á cada paso; pero su madre los animaba. La pobre no tenía miedo; comprendía que caminaba hacia la vida.

Llegó á Lourdes al rayar el dia, y allí encontró á Bernardita. Cuando le dijeron que era la vidente, Catalina sin responder, se adelantó hácia la niña bendita por el Señor y amada por María, y le tocó humildemente la ropa. Despues siguió caminando hácia las rocas de Masabielle, donde, á pesar de la hora matinal, se hallaban ya arrodillados multitud de peregrinos.

Catalina y sus hijos se arrodillaron tambien para rezar.

Quando lo hubieron hecho, levantóse la enferma, y fué á bañar tranquilamente su mano en el agua maravillosa.

Inmediatamente enderézanse sus dedos y adquieren flexibilidad y vida. La Santísima Virgen acababa de curar lo incurable.

Catalina no siente la menor sorpresa, no lanza un grito, pero cae de rodillas y dá gracias á Dios y á María. Por primera vez en diez y ocho meses reza con las manos unidas, y cruza con los otros dedos sus dedos resucitados.

Así permaneció largo rato, absorta en un acto de reconocimiento. ¡Cuán dulces son tales momentos! El alma se complace en olvidarse de sí misma, y parece que habita en el Paraiso.

Violentos dolores recordaron bruscamente á Catalina que aún estaba en la tierra, en esta tierra de lágrimas y de gemidos en que la maldición lanzada en un principio contra la mujer culpable, madre del género humano, ha seguido pesando sin cesar sobre su innumerable posteridad. Ya hemos dicho que Catalina se hallaba en los últimos días de su embarazo. Estando aún arrodillada la pobre mujer, sintióse acometida de improviso por los primeros y terribles dolores del parto. La infeliz comprendió acongojada que le faltaba tiempo para regresar á Lourdes y que iba á sorprenderla el alumbramiento delante de la multitud que la rodeaba. Y por un momento contempló con angustioso terror á la muchedumbre.

Pero aquel terror no duró.

Volvióse Catalina hacia la Virgen soberana á quien obedece la naturaleza, y con candorosa sencillez le dijo:

—Madre mia, ya que acabais de dispensarme tan señalada gracia, evitadme la vergüenza que me amenaza

delante de tanta gente, y haced al ménos que pueda entrar en mi casa ántes de dar á luz al niño que llevo en mi seno.

En seguida se calmaron todos sus dolores, y el espíritu, aquel espíritu interior de que nos hablaba y que creemos sería el Angel de la Guarda, le dijo:

—Tranquilízate. Parte con confianza, que llegarás sin sufrir ningun accidente.

—Levantémonos ya y partamos, dijo Catalina á sus dos hijos.

Y cogiéndoles de la mano, emprendió el camino de Loubajac, sin dejar traslucir á nadie la inminente crisis, y sin manifestar la menor inquietud, no sólo á los peregrinos, sino á la partera de su aldea, que por casualidad se hallaba allí y á quien vió en la Gruta. Dichosa como pocas personas pueden serlo, recorrió tranquilamente y sin apresurarse el largo y mal camino que la separaba de su casa. Los dos niños no tenían ya miedo como durante la noche, pues el sol había salido y su madre volvía curada.

Al llegar á su casa quiso rezar Catalina, pero inmediatamente volvieron á atacarla los dolores. Un cuarto de hora despues tenía un hijo más (1).

(1) Como suponemos que al lector le agradará ver por sí mismo las conclusiones de la Comision episcopal en este asunto, conclusiones que no hacen más que reproducir las declaraciones de los médicos, las copiamos á continuacion. Dicen asi:

•Apénas Catalina Latapie Chouat sumergió su mano en

En la misma época una mujer de Lamarque, Mariana Garrot, había visto desaparecer en menos de diez días, mediante unas sencillas lociones de agua de la Gruta, una herpe cancerosa que le cubría el rostro ente-

el agua, cuando se sintió curada *instantáneamente*: sus dedos recobraron su flexibilidad y elasticidad naturales, y pudo de improviso cerrarlos, abrirlos y servirse de ellos con tanta facilidad como ántes del accidente de Octubre de 1856.

»Desde entónces desaparecieron sus dolores.

»Ahora bien, proviniera la defórmiada de su mano de una anquilosis en las articulaciones de los dedos, ó de una lesión orgánica en los nervios ó en los tendones flexores, como quiera que sea, es indudable que su situación era gravísima, por la inutilidad de todos los medios facultativos empleados durante diez y ocho meses, y por la confesion del médico, que había declarado á la propia interesada que su estado era *incurable*.

»Sin embargo, á pesar del mal éxito de tan largas y multiplicadas tentativas, á pesar de la misma declaracion del médico, una lesión tan grave se cura *de repente*. Luego un carácter tan súbito en la desaparicion de la enfermedad, en la curacion de los dedos y en el restablecimiento de su juego normal, está evidentemente por fuera y por encima del curso habitual de la naturaleza y de las leyes que rigen la eficacia de sus agentes.

»El elemento cuyo empleo ha producido tal resultado no deja la menor duda en el particular. Efectivamente está averiguado (a) que el agua de Massabielle es un agua natural, sin la menor propiedad curativa. No ha podido,

(a) Ya estaba este punto perfectamente *averiguado*, á pesar del análisis administrativo, en la época de los procesos verbales de la Comision.

ramente y que se resistía hacia dos años á toda clase de medicamentos. El doctor Amadou, de Pontacq, su médico, había comprobado el hecho y fué despues su irrecusable testigo ante la Comision episcopal (1).

pues, *por su virtud natural*, enderezar los dedos de Catalina Latapie y devolverles la flexibilidad de su jugo, que no habían podido restituirles los variados remedios científicos aplicados durante tanto tiempo. Por consecuencia, tan maravilloso resultado, *producido inmediatamente por el solo contacto de aquel agua*, no puede atribuirse á ésta, es preciso remontarse á una causa superior y á una virtud sobrenatural, que se ha servido del agua de Massabielle como de un velo ó un inerte instrumento.

•Además, si el agua natural hubiera estado dotada de tan prodigiosa eficacia, mucho tiempo ántes hubiera experimentado sus beneficios Catalina Latapie, pues cotidianamente empleaba para su aseo personal y el de sus hijos un agua idéntica.»

(Extracto del proceso verbal núm. 43 de la Comision.)

(1) Darémos tambien en nota aparte las conclusiones de la Comision en este hecho.

•Una afeccion herpética puede no presentar una gran gravedad, ni inspirar temor de un peligro serio ó de consecuencias desastrosas; sin embargo, la padecida por la señora Garrot denotaba por su duracion, por su resistencia á los medicamentos prescritos y fielmente practicados, por su continua y progresiva invasion, una malignidad harto pronunciada. la inoculacion, por decirlo asi, de un *virus* profundamente arraigado, que hubiera exigido para ceder una larga perseverancia de cuidados y la paciente continuacion del régimen que se seguía, ó de otro nuevo más apropiado y más eficaz.

»La desaparicion no instantánea, pero sí rápida, de la

En Bordères, junto á Nay, la viuda María Laque-Domengé, de veinticuatro años de edad, se hallaba atacada, hacía tres años, de una parálisis incompleta en todo el lado izquierdo, y ni podía dar un paso sin auxilio ajeno, ni dedicarse á trabajo alguno.

El señor doctor Poueymiroo, de Mirepoix, despues de haber empleado inútilmente algunos remedios para

herpe cancerosa de Mariana Garrot se separa, pues, del modo habitual de accion de las preparaciones químicas, puesto que la primera locion ha producido *instantáneamente* una mejoría sensible ó cura parcial, y la segunda, administrada cuatro dias despues, ha desarrollado y hecho progresar dicha mejoría, terminando la curacion empezada, por manera que sin ayuda de ningun otro remedio, sólo con las dos lociones se ha conseguido, por un progreso rápido y gradual, en un corto número de dias, una completa curacion.

•Ahora bien, el líquido cuyo empleo ha producido tan pronto resultado, es la misma agua, sin virtud especial, ni analogía, ni correlacion con la afeccion curada, en la cual además hubiera producido este efecto mucho ántes si hubiese tenido la menor virtud, pues la enferma la empleaba diariamente para la alimentacion y aseo de su persona.

»Es, pues, evidente que no puede atribuirse la referida curacion á la eficacia propia del agua de Massabielle, y todo lo que en ella se ha verificado, la tenacidad, la actividad invasora de la afeccion herpética, la prontitud de la curacion, la falta de propiedades del elemento que la ha producido, todo concurre para hacer que se reconozca una causa extraña y superior á los agentes naturales.»

(Extracto del proceso verbal núm. 13. de la Comision.)

volver la vida á los miembros paralizados, había cesado de propinarla medicamentos, aunque sin dejar de visitarla.

La esperanza, no obstante, abandona difícilmente el corazón de los enfermos.

—¿Cuándo me curaré? preguntaba la pobre mujer al Sr. Poueymiroo siempre que le veía.

—Os curareis cuando Dios quiera, respondía invariablemente el doctor, que estaba muy léjos de sospechar que al expresarse así pronunciaba una frase profética.

—¿Por qué no he de tomar al pié de la letra estas palabras y no he de acudir directamente á la bondad divina? se dijo un día la pobre aldeana, al oír hablar de la fuente de Massabielle.

Y envió á Lourdes á buscar un poco de aquel agua milagrosa.

Cuando se la trajeron, sintió profunda emoción.

—Sacadme de mi lecho, dijo, y ponedme de pié.

Levantáronla y la vistieron apresurada y casi febrilmente. Todos los espectadores de aquella escena estaban conmovidos.

Dos personas la levantaron y la pusieron de pié, sosteniéndola por debajo de los brazos.

Presentáronla un vaso de agua de la Gruta.

María extendió su mano temblorosa hacia el agua salvadora, y sumergió en ella sus dedos. Despues hizo la señal de la Cruz, y en seguida se llevó el vaso á los labios y bebió lentamente su contenido, absorta sin duda en alguna ferviente plegaria que dirigía en su interior.

La enferma estaba pálida; tan pálida, que por un momento pareció que iba á desmayarse.

Pero cuando se preparaban para prevenir una caída, María se irguió, quiso separar á los que la rodeaban, y miró en torno suyo, lanzando un grito de triunfal alegría.

—¡Soltadme, soltadme pronto! ¡Estoy curada! exclamó.

Los que la sostenían retiraron sus brazos, á medias y como vacilando. María se adelantó en seguida, y principió á caminar con seguridad, cual si nunca hubiera estado enferma.

Uno que, á pesar de todo, conservaba algun temor, la presentó un baston para que se apoyase.

María contempló el baston, sonriéndose, le cogió, y con ademan desdeñoso le arrojó á lo léjos como un objeto inútil.

Desde aquel día volvió á las rudas faenas del campo:

Algunos curiosos que acudieron á visitarla para convencerse de la verdad, la preguntaron si podría andar delante de ellos.

—¿Andar, señores? Y tambien correr, si quereis, les contestó.

Y sin detenerse lo puso por obra.

Esto pasaba en el mes de Mayo. En el de Julio señalábanse unos á otros, como un fenómeno, á María, la vigorosa octogenaria, que segaba intrépidamente las mieses, y que no era la última en compartir, con la hoz en la mano, el fatigoso trabajo de los labradores.

Su médico, el Dr. Poueymiroo, alababa á Dios por

tan evidente milagro, y más adelante firmaba con la Comisión de exámen, el proceso verbal de los extraordinarios hechos que acabamos de referir y en los cuales reconocía sin vacilar «la acción directa y evidente del poder divino (1).»

VI.

La prensa de París y de provincias principiaba á tratar de los acontecimientos de Lourdes, y mucho más allá de las comarcas pirenaicas dirigíase la atención pública poco á poco hacia la gruta de Massabielle.

Las medidas del Prefecto eran vivamente alabadas por los periódicos del libre-pensamiento y no ménos vivamente criticadas por los diarios católicos. Estos últimos, aunque guardando una actitud reservada acerca de la realidad de las apariciones y de los milagros, sostenían que la autoridad eclesiástica era la única competente para juzgar semejante cuestión, la cual no podía ser zanjada prematuramente por la arbitrariedad prefectoral.

Las innumerables curaciones obtenidas tanto en la gruta como fuera de ella, atraían á Lourdes inmensa

(1) Proceso verbal núm. 9 de la Comisión.

multitud de enfermos y de peregrinos. El análisis Latour de Trie y las pretendidas propiedades minerales reconocidas en la nueva fuente por la medicina oficial aumentaban el crédito de la Gruta y hacían afluir á ella aún á las personas que sólo contaban para curarse con las fuerzas de la naturaleza. Por otra parte la polémica, apasionando los ánimos, añadía á la multitud de los creyentes la multitud de los curiosos. Todos los medios escogidos por la incredulidad se volvían directamente contra el fin que se había propuesto.

Por la irresistible fuerza de los hechos, fuerza fatal según unos, y según otros fuerza providencial, la afluencia de gente que la autoridad había querido contener, tomaba proporciones cada vez más considerables. Y aquella afluencia iba creciendo tanto más cuanto que las dificultades materiales opuestas á los viajes por los hielos del invierno habían desaparecido poco á poco. El mes de Mayo había vuelto, y los hermosos días de primavera parecían convidar á los peregrinos á acudir á la Gruta por todos los floridos caminos que serpentean acá y allá á través de los bosques, los prados y los viñedos en aquel país de agrestes montañas, de verdes ribazos y de risueños valles.

Despechado y sin fuerza veía el Prefecto crecer y generalizarse aquel pacífico y prodigioso movimiento que arrastraba á multitudes cristianas, renacientes sin cesar, á ir á arrodillarse y á beber al pié de una roca desierta.

Las medidas adoptadas de antemano habían ciertamente impedido tomar á la Gruta el aspecto de un oratorio; pero no habían podido alcanzar al fondo de las cosas. De todas partes acudían al lugar del milagro.

Contra lo que esperaban los libre-pensadores, temían los fieles y todos aguardaban, no hubo ningun desorden, absolutamente ninguno, en aquel inaudito movimiento de hombres, de mujeres, de niños, de ancianos, de creyentes, de incrédulos, de indiferentes y de curiosos. Una mano invisible protegía, al parecer, aquellas multitudes contra sí mismas, precisamente cuando sin jefe y sin guía se precipitaban diariamente á millares en la Gruta milagrosa.

La magistratura representada por el Sr. Dutour, y la policía personificada en el Sr. Jacomet, consideraban con estupor tan extraño espectáculo. ¿Creció su furor? Lo ignoramos. Sin embargo para ciertas personas, excesivamente amantes del principio de autoridad, el aspecto de una multitud tan maravillosamente ordenada y pacífica, es una anomalía casi insultante y de hecho revolucionaria. Cuando el orden se mantiene por sí mismo, todos los funcionarios que no viven más que «para mantener el orden» experimentan una vaga inquietud. Acostumbrados á mezclarse en todo en nombre de la ley, á disciplinar, á mandar, á requerir, á castigar, á perdonar, á ver á todas las personas y á todas las cosas depender de sus funciones, sienten en su interior una especie de terror ante una multitud á la cual no hacen falta para nada y que no les da pretexto para intervenir, para hacerse los hombres importantes y para usurpar su libertad. Un orden tal que los aniquila es el mayor de los desórdenes. Si tan fatal ejemplo se generalizase, los procuradores imperiales no tendrían ya razón de ser, se evaporarían los comisarios de policía y hasta las

mismas estrellas prefectorales comenzarían á palidecer.

El señor baron Massy había podido mandar la expoliación de todos los objetos depositados en la Gruta; pero ninguna ley veía un delito en semejante depósito, y era imposible prohibir ni castigar tales ofrendas. Por manera que, á pesar de las órdenes expoliadoras del señor Prefecto, solía verse la Gruta llena de cirios encendidos, de flores, de ex-votos y aún de monedas de plata ó de oro, para la erección del monumento pedido por la Virgen. Los piadosos fieles querían con esto probar á la Reina del cielo su buena voluntad, aunque inútil, su celo y su amor. «¿Qué importa que nos cojan el dinero? No por eso habrémos dejado de ofrecerle. El cirio habrá brillado, aunque con fugitivos destellos, en honor de nuestra Madre, y el ramillete habrá perfumado un momento la roca bendita donde ella colocó sus piés.» Tales eran los pensamientos de aquellas almas cristianas.

Jacomet y sus agentes acudían entónces á quitarlo todo. Muy envalentonado desde que se libró de los peligros del 4 de Mayo, el Comisario fingía las formas más desdeñosas y más brutales, arrojando á veces los objetos en el Gave, ante los escandalizados ojos de los creyentes. A veces también veíase obligado, á pesar suyo, á conservar su aire de alegría en aquellos lugares benditos. Esto sucedía cuando la ingeniosa piedad de los creyentes deshojaba innumerables rosas en torno á la Gruta; pues entónces le era imposible recoger los mil despojos de flores y los incalculables pétalos de aquel tapiz brillante y perfumado.

Las muchedumbres arrodilladas continuaban entre

tanto rezando, sin responder nada á sus ademanes, provocativos, y dejándole obrar con una de esas extraordinarias paciencias que sólo Dios puede conceder á las multitudes indignadas.

Una noche se extiende la noticia de que el Emperador ó el Ministro han solicitado las oraciones de Bernardita. El Sr. Dutour lanza un grito de triunfo y se prepara á salvar al Estado. Tres pobres mujeres, que al parecer habían propalado tal rumor, son llevadas á los tribunales, y el Procurador pide que se les aplique todo el rigor de la ley francesa. A pesar de su ira y de su elocuencia, los jueces absolvieron á dos y sólo condenaron á la otra á cinco francos de multa. Táchalos el Procurador de débiles, mantiene su pedimento, y exasperado ó desesperado, apela á la Audiencia imperial de Pau, la cual, riéndose de su cólera, no sólo confirma la absolución de las dos mujeres, sino que rehusa confirmar la insignificante pena impuesta á la tercera, absolviéndola también por completo.

Referimos semejante hecho, poco importante en realidad, sólo para demostrar hasta qué punto estaba en acecho la magistratura y cómo se esforzaba en buscar por todas partes delitos, ó por lo ménos ocasiones cualesquiera de ensañarse, puesto que se encarnizaba en tales miserias, empleando su tiempo en perseguir á pobres y sencillas mujeres, cuya inocencia debía proclamar solemnemente poco despues el Tribunal imperial.

La poblacion continuaba tranquila. No había, pues, pretexto para hacer alarde de rigor en nombre del orden.

Una noche, en medio de densas tinieblas, manos desconocidas arrancaron las canales de la fuente milagrosa, y ocultaron las aguas bajo informes montones de piedras, de tierra y de arena. ¿Quién había elevado aquel tenebroso monumento contra la obra divina? ¿Qué manos impías, y cobardes en su impiedad, habían cometido, ocultándose de los hombres, semejante profanación? Nadie lo sabe. Pero cuando vino el día y se conoció el sacrilegio, recorrió, como era fácil preveer, una sorda indignación, las numerosas multitudes reunidas en el lugar del escándalo, y aquel día se removió en los caminos y en las calles todo un pueblo agitado, agitado como el mar que ruge y se encrespa cubierto de espuma á impulso del soplo de las tempestades. La policía y la magistratura tenían alerta á sus agentes, espiondo, mirando y oyéndolo todo, pero no pudieron aprovecharse ni de una violencia, ni de un grito sedicioso. La influencia superior y divina que mantenía el orden en aquellas mugidoras muchedumbres, era evidentemente invencible.

¿Quién, pues; repetimos, había cometido aquel acto nocturno? La Magistratura y la Policía, á pesar de sus activas y ruidosas pesquisas, no consiguieron nunca descubrirlo. Algunas almas injustas se atrevieron á sospechar, con bien poca razon evidentemente, que una y otra habían querido con semejante acto provocar desórdenes para tener ocasion de castigar.

La autoridad municipal rechazó vivamente la idea de haber tenido la menor connivencia en semejante indignidad. Aquella misma noche, ó al día siguiente, dió orden el Alcalde de reponer las canales y de limpiar el sue-

lo de la Gruta de todos los escombros con que se había obstruido el nuevo manantial. La política del Alcalde consistía en librarse *personalmente* de toda actitud decidida, y en mantener las cosas en el estado que tenían. Estaba dispuesto á apelar á su autoridad, pero sólo como subordinado, por expreso mandato del Prefecto y bajo la responsabilidad de este último.

A veces las poblaciones, temiendo no ser dueñas de sus tumultuosos sentimientos, tomaban precauciones contra sí mismas. La asociacion de picapedreros, compuesta de cuatrocientos ó quinientos, había decidido hacer en la Gruta una gran manifestacion pacífica, y visitarla procesionalmente, entonando cánticos con motivo de su fiesta patronal, que se celebraba el día de la Ascension, y que caía aquel año el 13 de Mayo. No obstante, sintiendo indignarse sus corazones y temblar sus manos ante los actos de la autoridad, se temieron á sí mismos y renunciaron á su proyecto, limitándose á suprimir aquel día, en honor de la Virgen aparecida en Lourdes, el baile que daban todos los años para cerrar su fiesta.

—No queremos, dijeron, que ningun desórden, ni áun involuntario, que ninguna diversion mal mirada por la Iglesia aflija los ojos de la Virgen que nos ha visitado.

VII.

El Prefecto comprendía cada vez mejor la imposibilidad de emplear todo medio coercitivo, á consecuencia de aquella sorprendente tranquilidad, de aquella paz tan irritable como maravillosa que reinaba entre las multitudes. Ni siquiera un accidente material. Nada. Era preciso abandonar el camino hasta entónces seguido y dejar francamente libres á las poblaciones, ó bien apelar pura y sencillamente á la violencia y á la persecucion, y elevar ante aquellas multitudes, inventando un pretexto cualquiera, barreras arbitrarias. Era preciso retroceder ó ir más adelante.

Por otra parte, la variedad y la rapidez de las curaciones no estaban suficientemente explicadas para algunos espíritus rectos por las propiedades terapéuticas y minerales de la nueva fuente. Discutíase el rigor de la decision científica del Sr. Latour de Trie. Un químico del país, el Sr. Tomás Pnjo, pretendía que aquel agua no era más que agua ordinaria, sin ninguna propiedad curativa, aserto confirmado por muchos profesores competentísimos. La ciencia principiaba á declarar completamente erróneo el análisis de Trie, y tal consistencia iban adquiriendo semejantes rumores que el Consejo municipal de Lourdes se conmovió. El Alcalde no pudo ménos, ante el unánime deseo, de mandar hacer un segundo es-

tudio de las aguas de la fuente. Sin consultar al Prefecto, por parecerle inútil (tal era su convicción personal de la exactitud de las pesquisas del Sr. Latour), pidió al Consejo municipal autorización para encargar á uno de los grandes químicos de nuestra época, el profesor Sr. Filhol, que hiciera un nuevo y detenido análisis.

El Consejo votó al mismo tiempo los fondos necesarios para los honorarios del célebre sábio (1).

(1) El 3 de Junio de 1838, el Consejo municipal de la ciudad se reunió en el lugar ordinario de sus sesiones, bajo la presidencia del Sr. A. Lacadé, alcalde.

Asistieron los Sres. Normande y Capdevielle, adjuntos, Claverie, Latapie, Cousté, Duprat, Dupot, Rouy, Rives Jean, Labaille, Gesta, Lepère, Pagés.

Abierta la sesión, el Sr. Alcalde expuso al Consejo los hechos siguientes:

Se ha descubierto en Lourdes, en la orilla izquierda del Gave, un agua que, según dicen, tiene virtudes curativas especiales.

Dicha agua ha sido sucintamente analizada por el señor Latour, químico distinguido del departamento, *que ha reconocido en ella propiedades suficientes para que la ciencia médica pueda colocarla en el número de las aguas que forman la riqueza mineral del país.*

La ciudad tiene gran interés en conocer los principios que la constituyen así como sus propiedades.

En tales circunstancias vengo á pedirles autorización para someterla de nuevo á un análisis.

El Consejo,

Considerando que debe acogerse la proposición del señor Alcalde;

Considerando que según el análisis del Sr. Latour esta agua contiene principios minerales;

El Sr. Filhol era un hombre autorizado en la ciencia moderna, y su fallo no tendría indudablemente apelacion.

¿Cuál iba á ser su análisis? El Sr. Prefecto no era bastante fuerte en química para saberlo; pero creemos, sin gran temor de equivocarnos, que debía estar inquieto. Efectivamente, el fallo del eminente profesor de química de la facultad de Tolosa, podía desbaratar las combinaciones y planes del Sr. Massy. Era, pues, urgente apresurarse. En esto tambien se necesitaba ó retroceder, ó ir más adelante.

En medio de tan diversas pasiones y tan múltiples cálculos, no habían dejado de molestar á Bernardita, con nuevas pruebas, tan inútiles como las anteriores.

Considerando que, en vista de dicha opinion, está el Municipio interesado en que la analice de nuevo otro químico tan distinguido, con objeto de tener la opinion de dos hombres especiales;

Ha acordado autorizar al Sr. Alcalde para mandar hacer el análisis de dicha agua al Sr. Filhol, químico de Tolosa, cuyos honorarios se pagarán de los fondos libres...

No teniendo otra cosa que someter al Consejo, el señor Alcalde levantó la sesion, que firman los deliberantes. *(Siguen las firmas.)*

Señor Filhol: Conforme al deseo del Consejo municipal, que tiene confianza en vuestras luces, tengo el honor de suplicaros que os digneis analizar el agua de una fuente, descubierta hace poco en esta ciudad... (Carta del Sr. Lacadé, Alcalde, al Sr. Filhol. *Archivos de la Municipalidad de Lourdes, núm. 129*).

Preparábase á hacer su primera comunión y la hizo en efecto el 3 de Junio, día en que se celebraba la fiesta del Corpus. En aquel mismo día el Consejo municipal de Lourdes encargaba al Sr. Filhol que analizase la fuente misteriosa, brotada poco ántes bajo la mano de la vidente en éxtasis. Dios, al entrar en aquel corazón de niña y de doncella, analizaba también una agua pura y nos imaginamos que debió admirar y bendecir en aquella alma de virgen la más fresca fuente y el más límpido cristal.

A pesar del retiro en que ella hubiera deseado ocultarse y recogerse, continuaban muchas personas visitándola. Siempre era la niña inocente y sencilla cuyo retrato hemos intentado trazar. Por su candor, por su buena fe, por su delicado perfume de pacífica santidad, encantaba á cuantos la veían.

Un día una señora, después de haber hablado con ella, quiso, en un movimiento de entusiasta veneración, bastante concebible para los que han conocido á Bernardita, cambiar su rosario de piedras preciosas por el de la niña.

—Guardad el vuestro, señora, respondió la niña, enseñando el modesto guía de sus oraciones. Aquí está el mío y no quiero cambiarle. Es pobre como yo y conviene más á mi indigencia.

Un eclesiástico trató de hacerla aceptar una moneda de plata. Bernardita no quiso; él insistió; nueva negativa, tan formal que desterraba la idea de una insistencia más larga. El Sacerdote, sin embargo, no quiso darse por vencido.

—Tomadlo , dijo , no para vos , sino para dárselo á los pobres , y asi tendreis el placer de dar una limosna.

—Dadla vos por mi intencion , Sr. Cura , y será mejor que si la hiciese yo misma.

La pobre Bernardita preferia servir á Dios gratuitamente , y llenar , sin salir de su noble pobreza , la mision que habia recibido de lo alto. Y sin embargo , ella y su familia carecian muchas veces de pan.

En aquellos dias elevaron el sueldo del Sr. Prefecto , baron Massy , á 25.000 francos (1). Jacomet recibió una gratificacion. El Ministro de Cultos , en una carta que comunicó á muchos funcionarios , aseguraba al Prefecto su alta estimacion , y , alabándole por todo lo hecho hasta entónces , le suplicaba que tomase enérgicas medidas , pues urgia acabar á toda costa con la Gruta y los milagros de Lourdes (2).

Por aquella parte , como por las demás era preciso retroceder ó ir más adelante.

(1) Anuncia este acontecimiento la *Era Imperial* de 13 de Mayo , pero el decreto debió extenderse á principios de mes.

(2) Dicha carta del Sr. Rouland , cuyo texto no hemos podido procurarnos á pesar de nuestros esfuerzos , se comunicó á diversas personas , y todas las correspondencias que tenemos á la vista hablan de ella y la refieren en los mismos términos empleados por nosotros.

VIII.

Desarrollábase poco á poco el plan de la obra divina, con una lógica tan admirable como poderosa; pero en aquel momento nadie, y el Sr. Massy ménos que otro cualquiera, descubría, por manifiesta que estuviese, la invisible mano de Dios que dirigía todas aquellas cosas. No es en medio del fragor de la pelea donde puede juzgarse del orden de la batalla. El desdichado Prefecto, comprometido en un falso camino, no veía en todo lo que pasaba más que una irritante série de enfadosos incidentes y una inexplicable fatalidad. Quitad á Dios de ciertas cuestiones, y os hallaréis con lo inexplicable.

La fuerza de los hechos, lenta pero irresistible, arrojaba sucesivamente todas las tésis de la incredulidad y obligaba á aquella miserable filosofía humana á batirse en retirada y á abandonar una por una todas sus trincheras.

Preséntanse las apariciones. El libre-pensamiento las niega el principio en absoluto, acusando á la vidente de ser sólo un instrumento y de entregarse á una superchería interesada; pero semejante tésis no había podido resistir al efecto que causaba sólo el exámen de la niña, cuya veracidad se imponía.

La impiedad, desalojada de aquella primera posición, se refugió en la alucinación y la catalepsia: — «La muchacha cree ver, pero se engaña.»

La Providencia, sin embargo, hizo venir de los cuatro puntos del globo millares y millares de testigos que rodeasen á la niña extasiada, y, llegado el momento había dado á la verdad de las relaciones de Bernardita una solemne comprobacion, haciendo brotar públicamente un milagroso manantial ante los atónitos ojos de las multitudes.

—No hay fuente, habían dicho los incrédulos. Eso es una filtracion, una charca, todo lo que se quiera ménos una fuente.

—Pero á medida que la negaban pública y solemnemente, la fuente crecía, en cierto modo, como un sér animado, y adquiría prodigiosas proporciones. Más de cien mil litros diarios brotaban de la extraordinaria roca.

—¡Es una casualidad! ¡Una extraña coincidencia! había balbuceado desconcertada la incredulidad, retrocediendo cada vez más.

Pero, siguiendo las cosas su invariable curso, las más asombrosas curaciones habían demostrado inmediatamente por todas partes el carácter milagroso de la fuente y dado una prueba decisiva de la divina realidad de la Aparicion omnipotente, que con un solo ademán había hecho brotar aquella fuente de vida bajo la mano de una sencilla aldeana.

El primer impulso de los filósofos fué negar las curaciones, como habían negado primero la sinceridad de Bernardita, y luégo la existencia de la fuente.

Mas de improviso se presentó tal número de notorias curaciones, que aquel mundo enemigo se vió obligado á batirse en retirada y á admitirlas.

—Pues bien, concedido, hay curaciones, pero naturales, debidas á virtudes terapéuticas de la fuente, gritó la incredulidad presentando no sé qué especie de análisis químico. Y entónces se multiplicaron las curaciones instantáneas completamente inexplicables por semejante hipótesis, y al mismo tiempo muchos químicos ilustrados y concienzudos se levantaron en diferentes puntos declarando muy alto que la fuente de Massabielle no tenía *por si misma* ninguna virtud mineral, que era agua ordinaria, y que el análisis completamente oficial del señor Latour de Trie, era tambien algo oficioso.

Arrojados de tal suerte de todas las trincheras donde, de derrota en derrota, se habían refugiado, perseguidos por la evidencia de los hechos, abrumados por el peso de sus sucesivas y forzosas confesiones, que no podían desmentir puesto que constaban públicamente en sus propios periódicos, ¿qué podrán hacer los filósofos y los libre-pensadores? A los libre-pensadores y á los filósofos, no les quedaba más recurso que rendir humildemente las armas á la verdad, bajar la cabeza, doblar las rodillas y creer; no podían hacer sino lo que hacen, cuando el grano divino va poco á poco llenándolas, las espigas maduras de que habla el autor de los *Ensayos*: «Sucede, dice Montaigne, sucede con las personas verdaderamente sabias, lo que con las espigas de trigo; van creciendo y elevándose, con la cabeza alta y orgullosa, mientras están vacías, pero cuando se llenan de granos maduros principian á humillarse y á bajar la cabeza: del mismo modo los hombres que en todo han meditado, que todo lo han ensayado... han renunciado á

su presuncion y reconocido su condicion natural (1).»

Acaso los filósofos de Lourdes, no tenían lá inteligencia bastante desarrollada ó bastante fuerte para recibir y apropiarse el buen grano de la verdad. Acaso el orgullo los hacía inflexibles y rebeldes á la manifiesta evidencia. Como quiera que sea, excepto algunos que se convirtieron, no les sucedió lo que sucede á las personas verdaderamente sábias, y continuaron guardando la actitud «altanera y orgullosa» de las espigas vacías.

No sólo conservaron la misma actitud, sino que la impiedad, vergonzosamente rechazada de argucia en argucia, de sofisma en sofisma, de mentira en mentira, hasta ser arrojada en el absurdo, desenmascaróse bruscamente y enseñó su verdadero rostro. Es decir, pasó del dominio de la discusion y del razonamiento, que había intentado usurpar, al de la intolerancia y la violencia que es el suyo propio.

El baron Massy, perfectamente enterado del estado de los espíritus, comprendió entónces con su admirable golpe de vista, que si tomaba medidas arbitrarias y recurría francamente á la persecucion, tendría en la exasperacion de los libre-pensadores, derrotados continuamente, humillados y furiosos, un considerable apoyo moral.

A él tambien le habían vencido hasta entónces en la lucha análoga, si no idéntica, que había emprendido contra lo sobrenatural. Todos sus esfuerzos habían fracasado.

(1) Montaigne. *Los Ensayos*, lib. II, cap. XII

Desde el fondo de una roca desierta, y anunciado por la voz de una niña, lo sobrenatural se había puesto en camino, derribando todos los obstáculos, arrastrando á la muchedumbre, y conquistando á su paso los entusiasmos clamores, las plegarias, los gritos de reconocimiento y las aclamaciones de la fe popular.

¿Qué faltaba hacer? repetimos.

Faltaba negar la evidencia y violentar á la multitud.

IX.

En medio de tales peripecias, la cuestion de las cuerdas de la prefectura se había animado cada vez más, llevando á su colmo la exasperacion del Prefecto. Llegó el mes de Junio. La estacion de las aguas termales, que comenzaba, iba á atraer á los Pirineos á los bañistas y viajeros de toda Europa, para hacerlos testigos del escándalo producido por lo sobrenatural en el departamento administrado por el baron Massy. Las instrucciones del Sr. Rouland eran cada vez más apremiantes, é indicaban los golpes de autoridad. El 6 de Junio el señor Fould, Ministro de Hacienda, al ir á sus tierras se detuvo en Tarbes y conferenció largamente con el señor Massy. Segun público rumor, su conferencia tuvo por objeto los acontecimientos de la Gruta.

Sin embargo, como el hecho de ir á beber á una fuente, al pasar por los terrenos comunales de la ciudad, no tenía carácter ninguno criminal para la ley, el genio

de los adversarios de la superstición debía, ante todo, inventar un pretexto. La arbitrariedad no tiene en Francia derecho de ciudadanía, como en Turquía ó en Rusia, y hay que cubrirla con una máscara legal.

El hábil Prefecto tuvo á este propósito una inspiración tan ingeniosa como sencilla. El terreno de las rocas Massabielle pertenecía á la municipalidad de Lourdes: por tanto, el Alcalde, como administrador, podía prohibir la entrada con cualquier motivo, ó áun sin motivo, lo mismo que un propietario prohíbe, cuando le acomoda y á quien le parece, la entrada en sus tierras ó en su casa. Semejante prohibición, solemnemente promulgada, creaba para todo el que la infringiese un delito definido, el delito de violación de la propiedad.

Por aquella habilísima medida trasformábase un acto, completamente inocente en sí mismo, en un hecho punible, y podía castigarse con penas marcadas en la ley.

Tal era la idea en que fundaba todo su plan el baron Massy.

Una vez hallado aquel plan, decidióse el Prefecto á obrar y á hacer alarde de su despotismo.

Al día siguiente el Alcalde de Lourdes recibió orden de publicar el bando siguiente:

«El ALCALDE de la ciudad de Lourdes,

» *Vistas las instrucciones que la autoridad superior le ha dirigido,*

» Vistas las leyes de 14 y 22 de Diciembre de 1789, de 16 y 24 de Agosto de 1790, de 19 y 22 de Julio de 1837 sobre «Administración municipal;»

» Considerando que importa, *por interés de la Reli-*

gion, poner término á las *lamentables* escenas que se verifican en la Gruta de Massabielle, situada en Lourdes, en la orilla izquierda del Gave;

» Considerando, por otra parte, que *el Alcalde tiene el deber de velar por la salud pública local*;

» Considerando que un gran número de sus administrados y de personas extrañas á la comunidad acuden á sacar agua de una fuente de la referida Gruta;

» Considerando que *serias razones inducen á pensar que dicha agua contiene principios minerales*, y que es prudente, ántes de permitir su uso, aguardar á que un análisis científico haga conocer las aplicaciones á que podía destinarlas la medicina;

» Considerando, por último, que *la ley somete la explotación de los manantiales de agua mineral á la previa autorizacion del Gobierno*;

DECRETA :

ARTÍCULO 1.º

«Queda prohibido sacar agua de dicha fuente.

ART. 2.º

» Prohíbe igualmente pasar por el terreno comunal llamado «*ribera de Massabielle*»

ART. 3.º

» Se establecerá á la entrada de la Gruta una barrera, que impida el acceso á aquellos lugares.

» Se colocarán del mismo modo unos postes con estas palabras: *Se prohíbe entrar en esta propiedad*.

ART. 4.º

- » Toda contravencion al presente bando se perseguirá conforme á la ley.

ART. 5.º

- » El señor Comisario de policia.
- » La Gendarmeria.
- » Los guardas campestres.
- » Y las autoridades de la comunidad.
- » Quedan encargados de la ejecucion del presente bando.
- » Dado en Lourdes, en las Casas municipales, el 8 de Junio de 1858.

» *El Alcalde*, A. LACADÉ.

» Visto y aprobado :

» *El Prefecto*, O. MASSY.»

X.

Sólo despues de muchas dudas consintió el Sr. Lacadé en firmar semejante bando y en encargarse de la ejecucion de tal medida. Su naturaleza poco enérgica, amiga de los términos medios y muy propensa á nadar, como suele decirse, entre dos aguas, debía asustarse de un acto tan marcado de hostilidad contra el extraño poder que invisiblemente dirigia todos los acontecimientos de la

Gruta de Lourdes. Por otra parte, como sucede casi siempre, el Alcalde amaba sus funciones, y estaba, al decir de malas lenguas, algo enamorado de su banda. Tenía, sin embargo, que elegir entre convertirse en instrumento de las violencias prefectorales ó resignar los honores de su cargo. Aunque no se pueda, sin sonreírse un poco de las flaquezas humanas, calificar de grave la alternativa, hay que reconocer que era molesta para el primer magistrado de Lourdes. El Sr. Lacadé esperó conciliarlo todo pidiendo como condicion de su firma al Sr. Prefecto Massy que le permitiera insertar á la cabeza del bando y como primera frase: *Vistas las instrucciones que le ha dirigido la autoridad superior.*

— De este modo, decía el Alcalde, declino completamente mi responsabilidad, tanto respecto al público como respecto á mí mismo. Yo no he tomado ninguna iniciativa, permanezco neutral; no mando, obedezco; no doy esta orden, la recibo. No dicto tal medida, la ejecuto. Todo pesa sobre mi jefe inmediato, el Prefecto.

Semejante razonamiento, hecho por un soldado y en un regimiento, hubiese sido irrefutable.

Una vez asegurado sobre el particular, el Sr. Lacadé vigiló la ejecucion del decreto prefectoral. Hízole publicar á son de trompeta y fijar en toda la ciudad. Al mismo tiempo, bajo la proteccion de la fuerza armada y la direccion de Jacomet, eleváronse empalizadas en torno á las rocas Massabielle, de manera que impidiesen completamente, á no mediar fractura ó escalamiento, todo acceso á la Gruta y á la fuente milagrosa. Plantáronse tambien acá y allá, en todos los puntos por donde

podía penetrarse en el terreno comunal que rodeaba á las rocas veneradas, unos postes con inscripciones prohibiendo entrar en aquel terreno, so pena de perseguir al infractor ante los tribunales. Allí vigilaban día y noche guardas y municipales, relevándose de hora en hora y levantando procesos verbales contra cualquiera que pasase de los postes para ir á arrodillarse en las cercanías de la Gruta.

XI.

Había en Lourdes un juez de paz. Llamábase aquel hombre Duprat, y tan grande era su encarnizamiento contra la superstición, como el de los Jacomet, los Massy, los Dutour y demas autoridades constituidas. Aquel juez, que no podía en tales circunstancias condenar á los delincuentes más que á una multa mínima, imaginó un medio de hacer la multa enorme y verdaderamente temible para los pobres que de todas partes acudían á rezar delante de la Gruta y á pedir á la Virgen, éste su salud perdida, aquélla la curacion de un hijo de sus entrañas; quién, una gracia espiritual, quién, algun consuelo para un gran dolor.

El Sr. Duprat condenaba á aquellos *delincuentes* á cinco francos de multa: pero por una sutileza digna de su ingenio, envolvía en un solo juicio á todos los que habían violado la prohibicion prefectoral, ora formando parte del mismo grupo, ora visitando la Gruta en un

mismo día. Condenábalos á todos *solidariamente* á los gastos. Por manera que sólo con que visitasen diariamente la Gruta ciento ó doscientas personas, cada una de ellas se hallaba expuesta á pagar no sólo su parte, sino la de las otras; es decir, á desembolsar una suma de 500 ó 1.000 francos. Y sin embargo, como la condenacion individual y principal no excedía de 5 francos, no cabía apelacion de su fallo ante el tribunal superior, y no había medio alguno de hacerle reformar. El juez Duprat era omnipotente, y usaba así de su omnipotencia (1).

(1) Copiamos á continuacion la fórmula de uno de los referidos juicios:

El Tribunal de simple policia del canton de Lourdes ha fallado en el juicio siguiente:

Entre el Sr. Jacomet, Comisario de policia del canton de Lourdes, que desempeña las funciones del ministerio público en este tribunal, demandante, que compareció en persona, de una parte;

Y el Sr. D..., domiciliado en Auch, la señorita M. C., vecina de Lectoure, la señorita B., propietaria, domiciliada en Burdeos, etc., etc., demandados y procesados en rebel- dia, de otra parte.

Hechos:

Por citacion de Juan Bautista Ader, portero de estrados en Auch, fechada el..., sellada y registrada en debida forma en Auch el mismo día; de Juan Escoubart, alguacil de Lectoure, el 6 del mismo mes; de Alpinier, alguacil de Burdeos, fechada el..., sellada y registrada en Burdeos el 6 del mismo mes.

Fueron llamados á comparecer el... de 1838, á las diez de la mañana, ante el Tribunal de simple policia del can-

XII.

Tan brutal intromision del poder en la grave cuestion planteada hacia algunos meses en las orillas del Gave, implicaba por parte de los gobernantes no sólo

ton de Lourdes , Altos Pirineos , para ser condenados á las penas y correcciones marcadas en la ley , por haber contravenido el... al bando del Sr. Alcalde de Lourdes , fecha-do el 8 de Junio de 1838 ; y aprobado por el Sr. Prefecto de los Altos Pirineos el 11 del mismo mes , que prohíbe la entrada en la Gruta de Massabielle y terrenos contiguos , se-gun resulte del proceso verbal levantado por el Sr. Comisario de policia del canton de Lourdes , con fecha de 23 de Agosto de 1838 , sellado y registrado en debida forma el 26 del mismo mes , etc.

En la audiencia de hoy , dia de la fecha , los arriba nombrados , fueron llamados por el alguacil de servicio. Ninguno de ellos respondió , ni nadie en su nombre.

Leido por el escribano el proceso verbal de... , el señor Comisario de policia ha concluido pidiéndonos que conde-nemos al Sr. D. , á la señorita M. C. , á la señora B. y D. L. , etc. , etc. , á cada uno á cinco francos de multa y solidaria-mente á los gastos.

Atendido á que en el proceso verbal de... consta que ha-llándose el Sr. Comisario de policia vigilando por la ejecu-cion de las disposiciones del Sr. Alcalde de la ciudad de Lourdes , que prohiben el acceso á la Gruta de Massabielle y terrenos contiguos , vió venir hacia él á los arriba cita-dos ; que cuando llegaron á su lado el Sr. Comisario de po-licia les dió conocimiento del bando del Sr. Alcalde y les hizo examinar el poste en que está escrita la prohibicion de penetrar en la propiedad comunal y de ir á la Gruta de

la negacion del hecho sobrenatural, sino la negacion tambien de su posibilidad. Admitida efectivamente por un solo instante la *posibilidad* de la Aparicion, las medi-

Massabielle. Que el Sr. D. respondió que hallándose decididos á penetrar en la Gruta sufririan las consecuencias de la contravencion, y que sólo la fuerza podría impedirles que bajasen. Que el Sr. Comisario de policia, no queriendo emplear la fuerza, preguntó á las personas presentes sus nombres, apellidos y domicilio, y que ellos declararon por escrito llamarse.....;

Atendido á que los citados hechos constituyen la contravencion prevista y castigada por las disposiciones del artículo 417, núm. 13 del Código penal:

Atendido á que la llegada á los bienes nacionales y á la Gruta de Massabielle de los susodichos, que venian reunidos desde Lourdes, hace suponer que la contravencion se ha cometido conjuntamente y de acuerdo entre todos ellos.

Atendido á que los reos en quienes recae condenacion deben sufrir los gastos;

Atendido á que, segun principio de derecho, los autores y cómplices de una misma contravencion deben ser condenados solidariamente á los gastos, así como las personas civilmente responsables:

Por tales motivos,

Nos, juez de paz, árbitro en cuestiones de policia, hemos condenado y condenamos por faltas, y *sin apelacion*, al Sr. D. M. C., domiciliado en Auch; M. C., domiciliada en Lectoure; señora B., propietaria y vecina de Burdeos, y D. L. menor, vecino de Bagneres-Adour, etc. etc., á cada uno á cinco francos de multa y *solidariamente á los gastos*, en conformidad con los artículos 471, núm. 13 del Código penal, 162 del Código de instruccion criminal, 156 del decreto de 11 de Junio, y 811 y 1.384 del Código de Napoleon.

Duprat, juez de paz.

das de la administracion hubieran sido muy diferentes. Hubiéranse propuesto el exámen, mientras que los referidos sólo se dirigían á terminar bruscamente la cuestion.

Había un hecho completamente cierto: las curaciones. Produjéralas la naturaleza mineral y terapéutica de las aguas, ó la imaginacion de los enfermos, ó bien una accion milagrosa, aquellas curaciones estaban oficialmente reconocidas por los mismos incrédulos, los cuales, no pudiendo negarlas, procuraban sólo explicarlas de una manera natural.

Contábanse por cientos y por miles los testigos leales y exentos de toda sospecha, que declaraban haber sido curados por el uso de las aguas de la Gruta. Ni uno solo se hallaba para quien hubiesen sido funestas, ó á quien hubieran causado el menor mal. ¿Por qué, pues, aquellas medidas prohibitivas, aquellas empalizadas, aquella fuerza armada y amenazadora, aquellas persecuciones? ¿Por qué, si tales medidas se toleraban, no se llevaba la lógica hasta el fin? ¿Por qué no cerrar la peregrinacion en que un enfermo hubiese recobrado la salud, toda iglesia en que un hombre rezando haya creído recibir una merced de Dios?

Estas eran las preguntas que brotaban de todos los labios.

« Si Bernardita, decían, había, sin hablar nada de visiones ni de apariciones, descubierto pura y sencillamente una fuente mineral dotada de poderosas virtudes curativas, ¿qué autoridad hubiera habido bastante bárbara para impedir á los enfermos que acudiesen á beber

de sus aguas? En el reinado de Neron no se hubieran atrevido; cualquier otro Gobierno hubiese votado una recompensa á la niña. Pero aquí los enfermos se arrodillaban ántes de rezar; y á los subalternos, con galones de estambre, de plata ó de oro, que hundan la frente en el polvo delante de los señores, no les gusta que se humillen delante de Dios. Tal es la causa. Lo que se persigue es la oracion.»

—Pero ¿y la supersticion?—decían los libre-pensadores.

—¿No está allí la Iglesia para velar y defender á los fieles contra el error? Dejadla libertad en su dominio, y no transformeis en Concilio al Consejo de prefectura, ni en Papa infalible á un Prefecto ó á un Ministro. ¿Qué desórden ha resultado? Ninguno. ¿Qué mal ha justificado vuestras medidas y vuestras prohibiciones? Ninguno. El manantial misterioso no hace más que bienes. Dejad á los pueblos creyentes que vayan á beber en él, si así les place. Dejadles la libertad de creer, de rezar, de curarse; la libertad de dirigirse á Dios y pedir á los poderes de lo alto el alivio de sus dolores. Libre-pensadores, tolerad la libre oracion.

Pero ni la filosofia anticristiana, ni el piadoso Prefecto de los Altos Pirineos consentian en dar oídos á aquel unánime clamor, y los rígores seguían adelante.

La intolerancia que con tan patente injusticia echan en cara á la Iglesia católica los enemigos del Cristianismo, es su pasion dominante. Todos ellos son esencialmente tiranos y perseguidores.

LIBRO SETIMO.

Revista del Obispo.—Quejas de las multitudes.—Procesos, condenas y absoluciones.—Fermentacion popular.—La estacion de los baños.—El público europeo.—Última oposicion.—Hechos sorprendentes.—Ilustres forasteros.—Análisis definitivo del profesor Filhol.—Edicto del Obispo constituyendo una Comision.—Carta del Ministro de Cultos al Obispo de Tarbes.—Respuesta de éste último.

I.

El Clero continuaba completamente ajeno al movimiento y sin visitar la Gruta, siendo estrictamente observadas en toda la diócesis las órdenes de Monseñor Laurenee sobre este punto.

Las poblaciones, cruelmente agitadas por las persecuciones administrativas, volvían con ansiedad los ojos hacia las autoridades eclesiásticas encargadas por Dios de guiar y defender á los fieles, y aguardaban que el Obispo protestase enérgicamente contra las violencias cometidas en su libertad religiosa.

Vana esperanza. El Obispo guardaba absoluto silencio y dejaba al Prefecto hacer cuanto quería. Mucho más; el Sr. Massy mandaba imprimir en sus diarios que obra-

ba de acuerdo con la autoridad eclesiástica, y, con general asombro, el Obispo no desmentía semejante asercion. El alma de los fieles sentíase turbada.

Ya, desde el principio, la ardiente fe de la multitud no había comprendido bien la extremada prudencia del Clero. En el punto adonde habían llegado los acontecimientos, despues de tantas pruebas de la realidad de las apariciones de la Virgen, despues del nacimiento del manantial, despues de tantas curaciones y milagros, aquella excesiva reserva del Obispo ante un poder perseguidor les parecía una inexplicable traición. El respeto que inspiraban su carácter y su persona no bastaban por completo para contener la expresion de las quejas populares.

Puesto que de todas partes aflúan los elementos de certeza, ¿por qué no pronunciar su opinion sobre el hecho? ¿Por qué no ordenar al ménos una informacion, un estudio de la cuestion, un exámen cualquiera para guiar la fe de todos é impedir que se extraviase? Los acontecimientos que bastaban para asustar al poder civil y para conmóver á innumerables poblaciones, ¿no eran acaso dignos de llamar la atencion del Obispo? ¿No autorizaba su obstinado silencio al Prefecto para obrar como lo hacía? Si la Aparicion era falsa, ¿no debía el Prelado ilustrar á los fieles y detener el error en su principio? Si era verdadera, ¿no debía oponerse á la persecucion de los creyentes, y defender con valor la obra de Dios contra la maldad de los hombres? Una sencilla decision del Obispo, una informacion, ¿no hubiese impedido al Prefecto entrar en la vía de las persecuciones don-

de se había al fin aventurado? ¿Eran, pues, los Sacerdotes y el Obispo sordos á tantas oraciones y palabras de reconocimiento como se elevaban desde aquella roca, para siempre célebre, en que la Madre de Dios había colocado su pié virginal? ¿Había la letra maleado el espíritu? ¿Estaban, como los Sacerdotes farisáicos de quienes nos habla el Evangelio, ciegos ante el esplendor fulgurante de tantos milagros? ¿Tan ocupados se hallaban en administrar las cosas de la Iglesia y tan absortos en sus funciones clericales, que la mano de Dios, apareciendo fuera del templo, les pareciera un hecho insignificante y sin importancia? En circunstancias tales, cuando Dios intervenía y se multiplicaban los perseguidores, ¿debía el Obispo caminar, como en las procesiones, el último?

Tal era el creciente clamor que de todas partes se elevaba. Acusábase al Clero de indiferencia ó de hostilidad; de debilidad ó de timidez, al Obispo.

Por la lógica de los hechos, ó por la natural propension del corazón humano, aquel gran movimiento de hombres y de ideas, tan esencialmente religioso en un principio, amenazaba convertirse en anticlesiástico. Las multitudes, llenas de fe en la Virgen y en la Santísima Trinidad, pero llenas también de descontento, irritadas contra la abstención tan prolongada del Clero, se inclinaban al propio tiempo á correr hacia la iglesia, donde reside la fuerza divina, y á desertar de la sacristía, donde bajo el traje sacerdotal suelen hallarse las debilidades humanas.

II.

No es tan fácil creer. A pesar de tan evidentes pruebas, monseñor Laurence conservaba todavía dudas y vacilaciones. Su ilustradísima fe no iba tan deprisa como la fe de las gentes sencillas.

Dios, que se manifiesta, por decirlo así, de repente á las almas cándidas é ignorantes, se complace á veces en imponer una tarea más larga y más paciente á las inteligencias instruidas y cultivadas, que son capaces de llegar á la verdad por el camino del trabajo, del exámen y de la reflexion. Como el apóstol Santo Tomás, cuando se negaba á creer en los testimonios de los otros discípulos y de las Santas Mujeres, monseñor Laurence hubiera querido verlo todo con sus propios ojos y tocarlo con sus propias manos. De un talento exacto, más bien inclinado á la práctica que al ideal, desconfiado por naturaleza respecto á las exageraciones populares, el Prelado era de aquellas personas que por yo no sé qué instinto particular se retraen ante los sentimientos apasionados de otro, y suponen gratuitamente que la emocion extravía y el entusiasmo engaña. Aunque en algunas ocasiones se sintiese vivamente conmovido por tan extraordinarios acontecimientos, de tal modo temía afirmar de ligero lo sobrenatural, que acaso se hubiera expuesto á desconocerle ó á confesarle harto tarde, si la gracia

del Señor no hubiese moderado en él y encerrado en los justos límites esa inclinacion natural que acabamos de indicar.

Y no sólo vacilaba en decidirse, sino tambien en ordenar una informacion oficial. Como Obispo católico, fuertemente convencido de la dignidad exterior de la Iglesia, temía un poco comprometer la gravedad de esa Madre amorosa del género humano, mezclándola prematuramente en el exámen solemne de todos aquellos hechos singulares, que aún no le eran completamente conocidos personalmente, y que podían, despues de todo, no tener más fundamento que las habladurías de una pastorcilla y las vanas ilusiones de unas pobres almas fanáticas.

Seguramente el Obispo no hubiera nunca aconsejado las medidas tomadas por la autoridad civil, que desaprobaba vivamente; pero puesto que el mal estaba hecho, ¿no era acertado sacar de él todo el bien accidental que se pudiera? ¿No era prudente (si por casualidad había algun error en las creencias y en las narraciones populares) abandonar el pretendido hecho sobrenatural á sí mismo y dejarle luchar por sí solo con el hostil exámen y las persecuciones del Sr. Massy, de los libre-pensadores y de los sabios, coligados todos para anonadar á la supersticion? Mejor era, pues, aguardar y no apresurarse á provocar con el poder civil un conflicto acaso inútil.

«Deploro como vosotros las medidas que se han tomado,» decía el Obispo en su intimidad á los que le rogaban «para que interviniera; pero como no estoy encargado «de la policia ni nadie me ha consultado, no puedo mé-

»nós de dejar obrar. Cada cual responde de sus actos....
»Yo no he entrado hasta ahora para nada, añadía, en los
»actos de la autoridad civil, relativamente á la Gruta, y
»por ello me felicito. Más adelante verá la autoridad ecle-
»siástica si tiene algo que hacer (1).» Con estas disposi-
ciones de prudencia y de expectativa, el Obispo ordenó al
Clero diocesano que predicase encarecidamente la tran-
quilidad á las poblaciones, y que emplease su influencia en
hacer que se sometiesen al bando del Prefecto. Evitar
todo desórden material; no crear ningun nuevo obstáculo;
favorecer, por respeto al principio de autoridad, la eje-
cucion de las medidas tomadas en nombre del poder, y
esperar los acontecimientos; parecia al Obispo el parti-
do más prudente de todos.

Tales eran los pensamientos de monseñor Laurence,
segun se desprende de su correspondencia de aquella
época. Tales eran las consideraciones que determinaban
su actitud y que inspiraban su conducta.

Acaso si hubiera en aquel momento tenido la pode-
rosa fe de las multitudes, hubiese razonado de otra ma-
nera. Pero convenia que razonase y que pensase así;
convenia que aún no creyese, por las siguientes razones:

Si monseñor Laurence, en su elevada prudencia
como Obispo, se colocaba en el punto de vista de un
error posible, Dios, en su prevision infinita, se colocaba
en el punto de vista de la certeza inmutable de sus actos

(1) Carta de monseñor Laurence al párroco de Lourdes,
fecha el 11 de Junio.

y de la verdad de su obra. Dios quería que aquella obra sufriese la prueba del tiempo y se afirmase por sí sola, venciendo sin socorro de nadie las dolorosas trabas de la persecucion. Ahora bien; si el Obispo hubiera desde el principio creído en la realidad de tantas apariciones y tantos milagros, ¿hubiera podido resistir á los generosos impulsos de su celo de Apóstol y vacilar ni un solo momento en intervenir enérgicamente contra los perseguidores de los fieles, contra los enemigos de la obra divina? Si hubiese tenido fe en que la Madre de Dios se habia verdaderamente aparecido en su diócesis pidiendo un templo para su gloria y curando á los enfermos, ¿hubiese podido dudar ni un segundo entre la voluntad de la Reina eterna del cielo y de la tierra y las miserables oposiciones de un Massy, de un Jacomet ó de un Rouland? Nó, seguramente. Con semejante fe en el corazon, el Obispo, como en otro tiempo San Ambrosio en Milan, no podia ménos de levantarse con el báculo en la mano y la mitra en la cabeza, frente á frente del poder civil. Hubiese ido públicamente, acaudillando á los fieles, sin temor ninguno á los hombres, á beber en la divina fuente, á doblar la rodilla ante la roca bendita que la Virgen habia santificado al tocarla con sus piés, y á colocar en aquellos lugares desiertos la primera piedra de un templo magnífico dedicado á María Inmaculada.

Pero al defender de esta manera la obra de Dios en el presente, hubiérala indudablemente debilitado el Prelado para el porvenir. El apoyo que la hubiese prestado en su origen, la habria comprometido más adelante, induciendo á sospechar que emanaba nó de Dios, sino de

los hombres. Cuanto más se retrajera del movimiento el Obispo, cuanto más rebelde, y aún algo hostil á la fe popular apareciese, mejor manifestaría su fuerza la obra sobrenatural, triunfando sin ningun auxilio exterior, por sí misma, por su verdad intrínseca, por su propio poder, y á pesar de la animosidad ó de la abstencion de todo lo que en este mundo lleva el nombre de poder.

La Providencia había decidido que así sucediera, y que el gran hecho de la aparicion de la Santísima Virgen en el siglo XIX sufriese, como el Cristianismo al nacer, pruebas y persecuciones. Dios quería que la fe universal principiase por los pequeños y por los humildes, de suerte que allí, como en el reino de los cielos, los últimos fuesen los primeros, y los primeros los últimos. Era, pues, necesario para el cumplimiento de los designios divinos que el Obispo, léjos de tomar la iniciativa, fuese de los más reacios, y hasta puede decirse de los más duros en rendirse, para no ceder al fin, despues de todos los demás, sino á la irrecusable gravedad de los testimonios y á la irresistible evidencia de los hechos.

Por eso Dios, en sus secretos designios, había colocado en la silla episcopal de la diócesis de Tarbes al hombre reservado y eminente cuyo retrato acabamos de trazar. Por eso tampoco había querido inspirar inmediatamente á monseñor Laurence la fe en la Aparicion, y ántes bien le había mantenido en la duda, á pesar de elocuentes sucesos. Convenia en tales circunstancias al Altísimo confirmar en el Prelado aquel espíritu de con-temporizacion y de prudencia con que tan abundantemente le había dotado, y no cambiarle aquel carácter

indeciso y extremadamente lento que, en medio de la general efervescencia, no podían comprender las multitudes, pero cuyos admirables resultados y providencial utilidad se habían de ver en el porvenir.

El pueblo tenía la virtud de la fe, pero su impaciente ardor hubiese querido comprometer al Clero en una intervencion prematura. El Obispo tenía la virtud de la prudencia; pero aún no había abierto los ojos ante la verdad de la obra sobrenatural que se estaba verificando y que llamaba la atención de todos los demás. La completa sabiduría y la justa medida de todo hallábase, como siempre, sólo en Dios, que dirigía los acontecimientos, y cuya mano omnipotente utilizaba para sus fines y amoldaba al orden inmutable de sus designios, lo mismo la fogosidad de las muchedumbres, que las vacilaciones del Prelado. Quería Dios que la Iglesia, en la persona del Obispo, se abstuviera de todo papel activo, y que, continuamente separada de la lucha, sólo apareciese en el momento supremo para juzgar como soberana aquel gran debate y proclamar la verdad.

III.

Aunque ménos serenas y más impacientes que el Obispo, como arrastradas por el entusiasmo de las grandes cosas que presenciaban y por el conmovedor espectáculo de las multiplicadas y milagrosas curaciones, no por eso se dejaban intimidar las poblaciones por las medidas violentas de la administracion.

Los más intrépidos, despreciando los tribunales y sus fallos, traspasaban las barreras y acudían á rezar delante de la Gruta, después de haber declarado sus nombres á los guardas que vigilaban á la entrada del terreno comunal. Entre éstos había muchos creyentes, como la multitud, y lo primero que hacían al llegar, ántes de ponerse de centinela, era arrodillarse á la entrada del lugar venerado. Habiendo de elegir entre el pedazo de pan que les daba su modesto empleo de municipales ó de peones camineros, y la repugnante obligacion que les imponían, aquellos infelices, en su plegaria á la Madre de los pobres y de los débiles, echaban la responsabilidad de la dolorosa consigna que ejecutaban, sobre las autoridades que á ello les compelian. A pesar de esto, desempeñaban al pié de la letra su comision, y sumariaban regularmente á los delincuentes.

Si bien en su impetuoso celo se arriesgaban voluntariamente muchos fieles á ir á invocar á la Virgen en el lugar de la Aparicion, la jurisprudencia del Sr. Duprat, cuya multa, en apariencia de cinco francos, podía elevarse, segun hemos explicado, á enormes sumas, consiguió asustar á la multitud. Para la mayoría, para todos los del pueblo bajo, semejante condena hubiera equivalido á una completa ruina.

Por consiguiente, la mayor parte intentaba burlar la rigurosa vigilancia del poder perseguidor.

A veces los creyentes, respetando las barreras donde vigilaban los guardas en los linderos del terreno comunal, llegaban á la Gruta por caminos extraviados, quedándose uno en acecho, guardándoles las espaldas para

prevenirles, por medio de una señal convenida, la llegada de la policía. De tan penosa manera fueron transportados algunos enfermos á la milagrosa fuente. Pero informada la autoridad oficial de semejantes infracciones, aumentó los puestos é interceptó todos los senderos.

Dióse entónces el espectáculo, á pesar de la violencia de las aguas, de atravesar el Gave á nado para acudir á rezar delante de la Gruta y á beber en la santa fuente. La noche favorecía estas infracciones que sin cesar se multiplicaban, á pesar del celo y de la actividad de los agentes.

En tanto, la influencia del Clero había disminuido y hallábase casi comprometida por las razones que hemos expuesto. Aunque hacían grandes esfuerzos por conformarse con las prescripciones del Obispo, no podían los sacerdotes tranquilizar los agitados espíritus ni hacer comprender que los actos del Poder, aunque sean arbitrarios, deben respetarse. «Sólo lo respetable debe respetarse, » les respondían, y esta es una frase revolucionaria que en todas partes hallaba eco. El ascendiente personal del párroco de Lourdes, tan respetado y tan querido, principiaba á estrellarse ante la irritacion popular.

Veíase amenazado el orden por las mismas disposiciones tomadas so pretexto de mantenerle. Las poblaciones ultrajadas en sus más queridas creencias, fluctuaban entre la violencia y la sumision. Si por una parte se firmaban en todas las casas peticiones al Emperador para pedir en nombre de la libertad de conciencia la anulacion del bando prefectoral, por otra, y esto se repitió tres ó cua-

tro veces, las tablas que cerraban la Gruta fueron rotas de noche y arrojadas al Gave. En vano intentó Jacomet descubrir á los creyentes, poco respetuosos con la autoridad, que cometían aquel delito, hasta entónces desconocido en nuestros Códigos: la oracion nocturna con fractura y rompimiento de cercados.

Muchas veces iban otros, para evitar las multas, á arrodillarse junto á los postes, en el límite exterior del terreno comunal. Era una silenciosa protesta contra las medidas de la autoridad civil y como una muda apelacion al Dios Omnipotente.

El dia en que la Audiencia de Pau anuló la sentencia pronunciada por el tribunal de Lourdes contra una de las tres mujeres perseguidas por conversaciones inocentes respecto de la Gruta, y confirmó la absolucion de las otras dos, acudió una enorme multitud en torno á los postes, clamando victoria, hasta que ya no pudo contenerse y traspasó la barrera en masas compactas, sin hacer caso de las interpelaciones ni de los desaforados gritos de los agentes. La policia, desconcertada por el descalabro sufrido en Pau y asustada ante aquellos millares de hombres, retrocedió y dejó pasar el torrente. Al dia siguiente la policia recibió órdenes y amonestaciones del Prefecto, animándola y prescribiendo una vigilancia cada vez más severa. Aumentáronse las fuerzas, y se amenazó á los agentes con la palabra destitucion. Por consiguiente redobló el rigor.

Rumores siniestros, completamente falsos pero hábilmente divulgados y fácilmente creidos por las muchedumbres, hablaban de prision para los delincuentes. Como

no bastaba la penalidad real, tratábase de infundir en el alma de los creyentes una especie de terror por medio de amenazas imaginarias.

Como quiera que fuese, llegaron á impedir durante algunos dias que se renovaran las infracciones de una manera tan manifiesta.

A veces algunos desdichados, que iban desde muy léjos, atacados de parálisis, de ceguera, ó de alguna de esas tristes enfermedades que la medicina abandona y que sólo Dios tiene el secreto de curar, llegaban á casa del Alcalde y le suplicaban de rodillas que les permitiera ir á intentar un supremo recurso de salud. El Alcalde, encastillado en la consigna prefectoral, y demostrando en la ejecucion de las medidas adoptadas esa energía en los detalles, con la cual se engañan á sí mismas las naturalezas débiles, el Alcalde les negaba el permiso, en nombre de la autoridad superior. Y como si esto fuera poco, ¡crueldad sin excusa! sumariaban á los enfermos.

Entónces aflúa la mayor parte á la orilla derecha del Gave, frente á la Gruta. Había allí, algunos dias, un gentío inmenso, sobre el cual no podía ejercer la autoridad violencia alguna, porque aquel terreno pertenecía á particulares, que creían atraer sobre sus cabezas las bendiciones del cielo, autorizando á los peregrinos á ir á arrodillarse en sus praderas para rezar con los ojos vueltos hacia el lugar de las apariciones y la fuente de los milagros.

Durante aquella prodigiosa concurrencia, la jóven Bernardita, extenuada por su asma, fatigada tambien sin

duda por el gran número de forasteros que querían verla y oírla, cayó enferma.

En su vivo deseo de tranquilizar los ánimos y de evitar todo motivo de agitacion, aprovechóse el Prelado de aquella circunstancia para hacer que aconsejasen á los padres de Bernardita que la enviasen á los baños de Caunterets, inmediatos á Lourdes, lo cual era un medio de sustraer á la vidente á aquellos diálogos, á aquellas preguntas, á aquellas descripciones de la Aparicion que todo el mundo ansiaba y que sostenian la emoeion popular. Los Soubirous, inquietos por el estado de Bernardita, y sospechando tambien que aquellas perpétuas visitas gastaban sus pocas fuerzas, la confiaron á una tia suya que iba en persona á Caunterets, y que se encargó gratuitamente de los gastos del viaje, muy poco costosos en aquella época del año en que todavía están los baños casi desiertos. Los privilegiados y los ricos no los visitan hasta más adelante, y apénas hay en Caunterets durante el mes de Junio más que algunos pobres montañeses. Enferma, ávida de silencio y de reposo, y tratando de sustraerse cuanto pudiera á la pública curiosidad, Bernardita habitó en los baños durante dos ó tres semanas.

IV.

A medida que se acercaba el fin de Junio se iba entrando en el gran periodo de los baños pirenáicos.

Bernardita había vuelto á Lourdes á casa de sus padres.

Por todas partes iban llegando á los Pirineos bañis-

tas, viajeros, curiosos, exploradores, sábios de toda Europa. Aquellas montañas, solitarias y salvajes durante lo demás del año, poblábanse poco á poco de todo un mundo, formado generalmente por la alta sociedad de las grandes ciudades. Desde el mes de Julio son los Pirineos un barrio de París, de Lóndres, de Roma, de Berlin. Franceses y extranjeros se hallan allí en los manantiales, se codean en los salones, se pasean por los senderos y entablan conversacion en todas partes, á la orilla de los murmuradores arroyos, en las agrestes cumbres, ó en la florida alfombra de los valles llenos de sombra. Ministros fatigados de sus funciones, diputados y senadores hartos de oír ó de hablar, banqueros, diplomáticos, comerciantes, eclesiásticos, magistrados, escritores, personas del gran mundo, acuden á hacer provision de salud, no sólo á aquellos ilustres manantiales, sino tambien, y acaso principalmente, á aquella atmósfera pura y serena de las montañas, que da á la sangre una actividad más poderosa y al espíritu yo no sé qué especie de frescura y de viveza.

Aquella sociedad tan variada, aquella reunion cosmopolita, compuesta de elementos esencialmente diversos, representaba todas las creencias y todas las incredulidades, todas las filosofías graves y frívolas, todas las opiniones y todos los sistemas. Era un mundo en pequeño; era la Europa en compendio y en resúmen; la Europa puesta por la Providencia, siguiendo la corriente natural de los sucesos, y al llegar la hora designada, en presencia de los hechos sobrenaturales y de los milagros que se verificaban á la entrada de los Pirineos. Dios se-

guía sus planes eternos. Así como en tiempos pasados se apareció en Belén á los pastores, mucho ántes que á los Reyes Magos, de igual manera había llamado en Lourdes ante todo á los humildes y pequeños, á los montañeses y á los pobres; y sólo cuando éstos ya le conocían, convocaba al mundo rico y brillante, á los soberanos de la fortuna, de la inteligencia y del arte para que admirasen el espectáculo de su obra.

De Caunterets, de Bareges, de Luz, de San Salvador, de Aguas Buenas, de Bagneres-de-Bigorre, acudían á Lourdes infinitos extranjeros. A cada paso veíanse cruzar por la ciudad lujosos carruajes arrastrados, segun es costumbre en aquel país, por cuatro vigorosos caballos empenachados y adornados con vistosos colores y sonoros cascabeles.

La mayor parte de los peregrinos y de los viajeros no respetaba las consignas ni las barreras. Casi todos arrojando un proceso, visitaban la Gruta, unos impulsados por la fe católica, otros por un vivo sentimiento de curiosidad. También Bernardita recibía innumerables visitas, lo mismo que las personas curadas. Los sucesos que hemos referido eran, en los salones de todos los establecimientos de baños, objeto de la conversacion general. Formábase así poco á poco la opinion pública, no ya la opinion de aquel rincon de tierra de cuarenta á sesenta leguas, que se extiende en la base de los Pirineos desde Bayona hasta Tolosa ó hasta Foix, sino la opinion de Francia y de Europa, representadas en aquel momento en medio de las montañas por personas de todas las clases sociales, de todos los paises, y de las más opuestas ideas.

Las violencias del baron Massy, tan vejatorias para la curiosidad de los unos como para la piedad de los otros, eran severamente censuradas por todos los partidos. Estos las declaraban legales, aquéllos las declaraban inoportunas, y todos estaban conformes en proclamarlas impotentes por completo para vencer el prodigioso movimiento producido por la Gruta y la fuente milagrosa. La evidencia de aquella palmaria impotencia infundía gran severidad para con el Prefecto, ánn á las mismas personas que participaban de su horror á lo sobrenatural, y que en un principio hubieran, sin duda, aplaudido su política. En general los hombres y en particular la casta de los libre-pensadores, juzgan los actos del poder mucho más por sus resultados visibles que por sus principios filosóficos. Vencer es el medio más seguro de ser aprobado. Ser vencido es una doble desgracia, porque la crítica general casi siempre acompaña á la pública humillacion de la derrota. El señor baron Massy hallábase herido por aquel doble infortunio.

En algunas ocasiones el celo de la policía y el valor cívico de Jacomet sufrían rudas pruebas. Había personajes ilustres que traspasaban el cercado. ¡Grave conflicto! Cierta dia detienen bruscamente á un hombre, á un forastero de facciones enérgicas y varoniles, que se dirigía hacia los postes, con la visible intencion de ir á las rocas Massabielle.

—No se puede pasar.

—Vais á ver cómo sí se puede, responde vivamente el desconocido, entrando sin turbarse en el terreno comunal, y dirigiéndose hácia el lugar de la Aparicion.

— ¡ Vuestro nombre ! ¡ Se os procesará !

— Me llamo Luis Veillot.

Miéntras que sumariaban al célebre escritor , había una señora pasado el limite á algunos pasos de distancia, arrodillándose junto á la cerca de tablas que cerraba la Gruta. A través de las hendiduras de la empalizada miraba correr la fuente milagrosa , y rezaba. ¿ Qué pedía á Dios ? ¿ Volvíase su alma hacia el presente , ó hacia el porvenir ? ¿ Rezaba por sí , ó por otras personas queridas y cuya suerte le estuviese confiada ? ¿ Imploraba las bendiciones ó la proteccion del cielo para una persona ó para una familia ? Sábelo Dios.

Los vigilantes ojos que representaban la autoridad prefectoral , la magistratura y la política , no dejaron de fijarse en aquella mujer arrodillada.

El Argos abandonó á Luis Veillot y corrió hacia ella.

— Señora , dijo , está prohibido rezar aquí. Se os ha sorprendido en flagrante delito y habréis de comparecer ante el Sr. Juez de Paz. En nombre de la ley os requiero: ¿ Cómo os llamais ?

— No tengo inconveniente en decirlo , exclamó la señora : soy esposa del almirante Bruat y aya de su Alteza el Príncipe imperial.

— El terrible Jacomet tenía , como pocos , el sentimiento de las jerarquías sociales , y respetaba en alto grado á los poderes establecidos. Por consiguiente no abrió entónces proceso.

Renovábanse sin cesar escenas parecidas. Algunos procesos asustaban á los agentes prefectorales , y probablemente hubieran asustado al mismo Prefecto. De suer-

te que ¡cosa deplorable! mientras los poderosos violaban impunemente el bando, se descargaba todo su rigor en los débiles. Había, pues, dos pesos y dos medidas.

V.

Sin embargo, según el general parecer, la cuestión promovida por los hechos sobrenaturales, por las apariciones verdaderas ó falsas de la Virgen, por el nacimiento de la fuente, por las curaciones milagrosas, reales ó fingidas, no podía continuar eternamente en suspenso. Era necesario que todas estas cosas se sometieran á un exámen competente y severo. Los forasteros que habitaban aquellas comarcas hacía poco tiempo, que no habían presenciado los acontecimientos, y que no habían podido, como los naturales del país, formar una convicción razonada y profunda, opinaban unánimemente, en medio de las diferentes apreciaciones que por doquiera oían, que era asombroso el completo silencio y la aparente indiferencia de la autoridad eclesiástica. Parecía tan digna de censura la intervencion del poder civil, como la prolongada abstencion del poder religioso, personificado en el Obispo.

Los libre-pensadores, interpretando á su gusto las largas vacilaciones y la actitud del Prelado, creíanse seguros de su apoyo. Los amigos del Sr. Massy principiaban á sostener en voz alta que monseñor Laurence estaba de acuerdo con el Prefecto respecto á la apreciacion de los sucesos, y arrojaban sobre el Obispo la responsa-

bilidad de todas las medidas violentas que se habían tomado. «El Obispo, decían, podía con una palabra contener á la supersticion. No tenía más que haber pronunciado su fallo... Si la autoridad civil ha intervenido, lo ha hecho sólo en vista de su silencio.»

Del mismo modo, al considerar la evidencia de los hechos milagrosos, creíanse los fieles seguros de un juicio en favor de su fe.

Otros, la mayor parte extranjeros, no tenían opinion propia, y pedían que los sacasen de su incertidumbre por medio de una informacion decisiva. «¿Para qué sirve la autoridad eclesiástica, decían, sino para juzgar en semejantes debates y fijar la fe de aquéllos que con motivo de la distancia, de la falta de documentos ó de otra causa cualquiera no pueden examinar y decidir por sí mismos?»

De esta suerte llegaban al Obispo incesantes reclamaciones. Uníase al murmullo de las multitudes la voz de las clases que por costumbre se llaman ilustradas, aunque muchas veces las luces miserables de la tierra les hacen perder de vista la gran luz de los cielos. Todos pedían una informacion.

Continuaban, en tanto, las curaciones sobrenaturales. Por cien conductos diferentes llegaban al Obispo procesos verbales auténticos, firmados por numerosos testigos, que así lo declaraban (1).

(1) Una carta del señor doctor Dozous, que habia observado con gran constancia todo cuanto ocurría, nos proporciona la lista de varias enfermedades crónicas cuya ex-

El 16 de Julio, día de Nuestra Señora del Cármen, Bernardita oyó en su interior la voz tantos meses callada que la llamaba, no ya á las rocas Massabielle, cerradas entónces y vigiladas, sino á la orilla derecha del Gave, á aquellas praderas donde la multitud se reunía y rezaba al abrigo de los procesos verbales y de los atropellos de la policía. Eran las ocho de la noche. Apénas se arrojó la niña y principió á rezar el rosario, cuando se le apareció la Santísima Madre de Dios. El Gave, que la separaba de la Gruta, había en cierto modo cesado de existir para la extática, que no veía más que la roca bendita, tan cerca como otras veces, y la Inmaculada Virgen, que le sonreía dulcemente como para confirmar todo el pasado é iluminar todo el porvenir. Ninguna palabra salió de sus labios, pero en un momento dado inclinó la cabeza hacia la niña como para decirle un «has-

traordinaria curacion se habia obtenido mediante el uso de las aguas de la Gruta:

•Cefalalgias, debilidad de la vista, gota serena, neuralgias crónicas, parálisis parciales ó generales, reumatismos crónicos, debilidades parciales ó generales del organismo, debilidades de la infancia. En estos casos la acción curativa del agua de la Gruta ha sido tan rápida, que muchas personas han negado en un principio la realidad de semejantes curaciones, aunque luego han tenido que reconocerlas como hechos reales y verdades innegables.

•Algunas dermatosis, leucorreas y otras enfermedades de mujeres, enfermedades crónicas de los órganos digestivos, inflamaciones del hígado y del bazo.

•Ulceras, sorderas producidas por debilidad del nervio auditivo, etc., etc.

ta que volvamos á vernos» muy lejano, ó un adios supremo. Era la décima octava aparicion, y debía ser la última.

Acontecieron tambien, en sentido diferente ú opuesto, hechos extraños que merecen referirse. Tres ó cuatro veces pretendieron algunos muchachos y algunas mujeres tener visiones como Bernardita.

¿Eran tales visiones verdaderas? ¿Mezclábase, para amenguar su brillo, el sobrenatural diabólico con el divino? ¿Causaba sencillamente tan singulares fenómenos la alteracion mental, la exaltacion, ó la perversa travesura de algunos envidiosos? ¿O bien había que buscar en otra parte, ocultas entre pérfidas sombras, manos hostiles que impulsaban á aquellos visionarios para desacreditar los milagrosos acontecimientos de la Gruta? Lo ignoramos.

La multitud, con sus millares de miradas fijas en todos los detalles, con sus intuiciones, y con su avidez por salir pronto de dudas, fué menos reservada que nosotros en sus juicios.

La hipótesis de que eran incitados los supuestos visionarios por traidores manejos de la policia adquirió en seguida, justa ó injustamente, en el público, que se había vuelto muy desconfiado, grandísima consistencia. Los dos ó tres muchachos que pretendían tener apariciones, mezclaban á su narracion, harto incoherente de suyo, toda clase de extravagancias. Un dia escalaron la empalizada que cerraba la Gruta, y so pretexto de ofrecer sus servicios á los peregrinos, de sacarles agua y de tocar sus rosarios á la roca bendita, recibían y se

apropiaban sus ofrendas. Y Jacomet (detalle digno de tenerse en cuenta) á quien tan fácil hubiera sido prenderlos, no los inquietaba. Ora fingía no advertir aquellas extrañas escenas, aquellos éxtasis, aquellas infracciones del bando, ora estaba ausente cuando tenían lugar. De tan sorprendente conducta por parte del perspicaz y habilísimo Comisario todos habían deducido una de esas tramas tenebrosas de que con harta frecuencia acaso, se supone capaces á los hombres de la policía y aún á los de la administracion. «El señor baron Massy, se decía, »al ver á la opinion pública pronunciarse en contra suya, »y convencido por la experiencia de la imposibilidad de »contener de frente los acontecimientos por medio de la »violencia, intenta deshonorarlos en su origen, incitando »á falsos visionarios, de quienes luego hablará estrepitosamente al Gobierno y en los periódicos. *Is fecit cui »prodest.*»

Fuera cual quisiera el valor de tales sospechas, probablemente injustas, semejantes escenas podían turbar los ánimos. El señor Párroco de Lourdes, irritado por tales escándalos, apresuróse á arrojar vergonzosamente de la clase de Catecismo á los muchachos visionarios, declarando que si se repetían una sola vez semejantes hechos, abriría por sí mismo una severa informacion y sabría descubrir los verdaderos instigadores.

La actitud y la amenaza del Párroco produjeron un efecto tan súbito como radical. Cesaron de repente las pretendidas visiones, y ya no se volvió á hablar más de ellas. Solo habían durado cuatro ó cinco dias.

El Sr. Peyramale instruyó al Obispo de aquel inci-

dente. El Sr. Jacomet dirigió por su parte á las autoridades competentes una nota hiperbólica y novelesca, en que ya tendremos ocasion de ocuparnos más adelante.

Aquella audaz tentativa del espíritu enemigo, tratando de desnaturalizar y deshorrar el movimiento, venía á fortalecer todas las razones perentorias que impulsaban al Obispo á decidirse. Reuniase todo para demostrar que había llegado la ocasion de intervenir, y para poner en la precision á la autoridad eclesiástica de examinar el asunto y pronunciar su fallo.

Hallábanse á la sazón en aquellas comarcas hombres importantísimos en el mundo católico, como monseñor de Salinis, arzobispo de Auch; monseñor Thibaud, obispo de Soissons, el Sr. Luis Veuillot, redactor en jefe del periodico *L'Univers*; personas ménos conocidas, pero tambien muy notables, como el Sr. de Rességuier, antiguo diputado, el Sr. Véne, ingeniero jefe de minas, inspector general de los baños minerales de la cordillera de los Pirineos, y un gran número de católicos eminentes. Todos habían estudiado los extraordinarios hechos sobre que versa esta historia; todos habían visto é interrogado á Bernardita; todos creían ó se inclinaban á creer. Citábase á un Obispo, de los más venerados, que no había podido contener su emocion al escuchar el relato tan vivo, tan sencillo y tan resplandeciente de verdad de la jóven vidente. Al contemplar aquella niña, sobre cuya frente había reposado sus miradas la inefable Virgen, Madre de Dios, el Prelado no había sabido resistir el primer impulso de su tierno co-

razon ; y él , príncipe de la Iglesia , se había arrodillado ante la majestad de aquella humilde aldeana.

—Rezad por mí , bendecidme á mí y á mi rebaño , le dijo con voz ahogada , y tan conmovido , que hizo ademán de doblar las rodillas.

— ¡Levantad , monseñor ! A vos es á quien toca bendecir á esta niña , exclamó el Párroco de Lourdes , que presenciaba la escena . Y cogiendo vivamente la mano del Obispo , le ayudó á ponerse en pié .

Por rápido que fuese el movimiento del Sacerdote , Bernardita se había anticipado , y llena de confusion en medio de su humildad , inclinaba la cabeza ante la mano del Prelado . El Obispo , con los ojos anegados en lágrimas , la bendijo .

VI.

La fuerza de los hechos , el testimonio de tantos hombres notables y el espectáculo de su conviccion , fundada en el propio exámen , eran hechos suficientes para conmover el talento claro y sagaz del Obispo de Tarbes . Monseñor Laurence juzgó que había llegado el momento de hablar , y salió por fin de su silencio . El 28 de Julio promulgó el siguiente edicto , que fué inmediatamente conocido en toda la diócesis , y que produjo inmensa emocion , porque todos comprendieron que la situacion extraordinaria que á todos ocupaba tan largo tiempo hacia , iba por fin á caminar á su desenlace .

EDICTO DE MONSEÑOR EL OBISPO DE TARRES, NOMBRANDO UNA COMISION ENCARGADA DE INVESTIGAR LA AUTENTICIDAD Y LA NATURALEZA DE LOS HECHOS VERIFICADOS DESDE HACE SEIS MESES, CON MOTIVO DE UNA APARICION, VERDADERA Ó FINGIDA, DE LA SANTÍSIMA VIRGEN EN UNA GRUTA, SITUADA AL OESTE DE LA CIUDAD DE LOURDES.

» Beltran Severo Laurence, por la misericordia divina y la gracia de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Tarbes :

» Al Clero y á los fieles de nuestra diócesis, salud y bendicion en Nuestro Señor Jesucristo.

» Han pasado en Lourdes, desde el 11 de Febrero último, hechos de la mayor gravedad, referentes á la Religión, que conmueven la diócesis y han hallado eco en puntos muy lejanos.

» Bernardita Soubirous, doncella de Lourdes, de catorce años de edad, pretende haber tenido visiones en la gruta de Massabielle, situada al Oeste de dicha ciudad, y habérsele aparecido la Virgen Inmaculada. Allí ha brotado una fuente, cuya agua tomada en bebida ó en baños, dícese ha conseguido gran número de curaciones, las cuales se reputan como milagrosas. Multitud de personas han acudido y siguen acudiendo, tanto de nuestra diócesis como de las inmediatas, á buscar en el agua citada curacion á diferentes males invocando á la Inmaculada Virgen.

» Esto ha llamado la atencion á la autoridad civil.

» Pídesese por todas partes, desde el mes de Marzo último, que la Autoridad eclesiástica pronuncie su fallo sobre esta improvisada peregrinacion.

» Hemos en un principio creído que no había llegado
» la hora de ocuparnos útilmente en semejante asunto,
» sino que para fundar el juicio que de nosotros se espe-
» ra, era preciso proceder con una prudente lentitud,
» desconfiar de los arrebatos de los primeros días, dejar
» que se tranquilicen los ánimos, dar tiempo á reflexio-
» nar, y pedir luces á una observacion ilustrada y atenta.

» Tres clases de personas solicitan nuestra decision,
» aunque con miras diversas:

» En primnr lugar, aquellos que rechazando todo exá-
» men no ven en los hechos de la Gruta y en las curacio-
» nes atribuidas al agua de la fuente, más que supersti-
» ciones y medios de engañar. No hay para qué decir
» que no podemos ser de su opinion *à priori* y sin un exá-
» men formal: sus periódicos han clamado desde luego, y
» con grandes gritos, achacándolo todo á supersticion,
» superchería y mala fe; han asegurado que los hechos de
» la Gruta tenían su razon de ser en un interes sórdido,
» en una avaricia culpable, y así han lastimado el sentido
» moral de nuestras poblaciones cristianas. Convenimos en
» que el sistema de negarlo todo y de acusar las inten-
» ciones es el más fácil para zanjar las dificultades; pero
» parécenos que además de poco leal es irracional y más
» ocasionado á exasperar los ánimos, que á convencer-
» los. Negar la posibilidad de los hechos sobrenaturales,
» es seguir una escuela rancia, es abjurar la Religion
» cristiana y arrastrarse en la senda de la filosofía incré-
» dula del último siglo. Nosotros, como católicos, no po-
» demos ni aconsejarnos para este caso dado de los hom-
» bres que niegan á Dios poder para hacer excepciones

» en las leyes generales que Él ha establecido para gober-
» nar el mundo, obra de sus manos, ni entrar en discus-
» sion con ellos para descubrir si tal ó cual hecho es so-
» brenatural, en atencion á que, *de antemano*, procla-
» man los tales que lo sobrenatural es imposible. ¿Quiere
» esto decir que rechazamos en los hechos de que se tra-
» ta una discusion ámplia, sincera, concienzuda, ilus-
» trada por la ciencia y sus progresos? Seguramente que
» nó; por el contrario, la deseamos de todo corazon.
» Queremos que ante todo se sometan esos hechos á las
» severas reglas de la certeza que admite una sana filoso-
» fia; que despues, para decidir si son sobrenaturales y
» divinos, se convoque para que discutan tan graves y
» dificiles cuestiones á hombres especiales, versados en
» teología mistica, en medicina, en fisica, en geología,
» en química, etc., etc.; en suma, queremos que se oiga
» á la ciencia con atencion, porque deseamos sobre todo
» que no se omita medio alguno para descubrir la verdad.

» Hay otra clase de personas que ni aprueban ni des-
» aprueban los citados hechos, sino que suspenden su jui-
» cio: ántes de decidirse desean conocer la opinion de la
» autoridad competente, y la solicitan con gran empeño.

» Por último, hay otra clase numerosísima que ha for-
» mado ya, aunque prematuramente, su juicio, y que
» aguarda con impaciencia que el Obispo diocesano
» falle en primera instancia tan grave asunto. Aunque es-
» pera de nuestra parte una decision favorable á sus pia-
» dosos sentimientos, conocemos demasiado su sumision
» á la Iglesia para estar seguros de que acatará nuestro
» fallo, sea el que fuere, en cuanto llegue á sus oidos.

»Para satisfacer , pues , la religion y la piedad de
»tantos millares de fieles , para responder á una necesi-
»dad pública , para borrar las dudas y tranquilizar los
»ánimos , cedemos hoy á las instancias que há tanto tiem-
»po se nos dirigen desde todas partes. Ansiamos un ám-
»plio debate acerca de unos hechos que en tan alto gra-
»do interesan á los fieles , al culto de María , y aún á la
»misma Religion. Con tal propósito hemos decidido esta-
»blecer en la diócesis una comision permanente , para que
»recojan y estudien los hechos que han pasado ó que po-
»drian pasar todavía en la gruta de Lourdes , ó con mo-
»tivo suyo , para que nos los presenten , nos expliquen
»su carácter , y nos suministren de este modo los elemen-
»tos indispensables para llegar á una solucion.

»POR TALES MOTIVOS ,

»Invocando el santo nombre de Dios ,

»Hemos ordenado y ordenamos lo siguiente :

»Artículo 1.º Establécese en la diócesis de Tarbes
»una comision con el objeto de investigar :

»1.º Si se han conseguido algunas curaciones con el
»uso del agua de la gruta de Lourdes , sea en bebida ó
»en baños , y si esas curaciones pueden explicarse natu-
»ralmente , ó si deben atribuirse á una causa sobrena-
»tural.

»2.º Si las visiones que pretende haber tenido en la
»Gruta la niña Bernardita Soubirous son reales , y en tal
»caso , si pueden explicarse naturalmente , ó si presen-
»tan un carácter sobrenatural y divino.

»3.º Si el objeto aparecido ha hecho peticiones ó ma-
»nifestado á la niña alguna intencion. En caso afirmati-

» vo, ¿ cuáles han sido? Y si le ha encargado que las comunique á alguien, ¿ á quien?

»4.º Si la fuente que hoy corre en la Gruta existía ántes de la Aparicion que pretende haber tenido Bernardita Soubirous.

»Art. 2.º La Comision no nos presentará más que hechos fundados en pruebas sólidas, y nos dirigirá acerca de ellos notas detalladas que contengan su opinion.

»Art. 3.º Los principales auxiliares de la Comision serán los señores Párrocos de la diócesis, á quienes se ruega que la comuniquen:

»1.º Los hechos que hayan tenido lugar en sus respectivas feligresías.

»2.º Las personas que puedan atestiguar la existencia de esos hechos.

»3.º Aquellas otras que, por su ciencia, puedan ilustrar á la Comision.

»4.º Los Médicos que hayan asistido á los enfermos ántes de su curacion.

»Art. 4.º Segun los datos que adquiera, podrá la Comision abrir informaciones. En ella se tomará declaracion á los testigos bajo la fe del juramento. Cuando las informaciones se lleven á cabo en los mismos sitios que fueron teatro del hecho, se han de trasladar allí dos miembros, por lo ménos, de la Comision.

»Art. 5.º Recomendamos especialmente á la Comision que llame con gran frecuencia á su seno á hombres versados en medicina, en fisica, en química, en geología, etc., con objeto de oírles discutir las dificult-

»tades que puedan pertenecer á sus respectivas profesio-
»nes bajo ciertos puntos de vista , y conocer así su opi-
»nion. La Comision no debe descuidar medio alguno de
»proporcionarse toda clase de datos para descubrir la
»verdad, sea la que fuere.

»Art. 6.º Compondrán la Comision los nueve miem-
»bros del Cabildo de nuestra Catedral, los Rectores de
»nuestros seminarios, mayor y menor, el superior de los
»Misioneros de la diócesis, el Párroco de Lourdes y los
»catedráticos de dogma, de moral y de física de nuestro
»Seminario. Asistirá tambien, con toda la frecuencia ne-
»cesaria, el catedrático de química de nuestro Seminario
»menor.

»Art. 7.º Queda nombrado Presidente de la comi-
»sion el Sr. Nogaro, Canónigo arcipreste, y vice-presi-
»dentes los señores canónigos Tabaries y Soulé. La Co-
»mision nombrará de su seno un secretario y dos vice-
»secretarios.

»Art. 8.º La Comision principiará sus trabajos inme-
»diatamente, y se reunirá cuantas veces lo juzgue nece-
»sario.

»Dado en Tarbes, en nuestro Palacio episcopal, con
»nuestra firma, nuestro sello y la contra-firma de nues-
»tro secretario, á 28 de Julio de 1858.

»† BERTRAN SEVERO, *Obispo de Tarbes.*

»Por su mandato, *Fourcade*, Canónigo-Secretario.»

Apénas acababa de promulgar este edicto monseñor
Laurence, recibió una carta del Sr. Rouland, ministro
de Cultos. Su excelencia le pedía encarecidamente que
interviniese y detuviese el movimiento.

Para comprender mejor los términos de dicha carta forzoso nos será retroceder un poco.

VIII.

Imposible es averiguar de una manera indudable si los falsos visionarios eran instrumentos de la policia ó de la administracion, ó víctimas inocentes de la universal desconfianza, y más imposible es todavía, sea cual fuere la opinion que se acepte, fundarla en documentos regulares. En tales materias suelen manos interesadas destruir las pruebas, cuando las hay. Entónces no queda para descubrir la verdad más que la fisonomía general de los acontecimientos y el unánime sentimiento del público contemporáneo, sentimiento que no negamos es muchas veces muy recto, pero que en cambio otras muchas suele estar ofuscado por la pasion y viciado por el error. Al considerar tan incompletos elementos, al ver aquella sombra mezclada con luz y aquella luz mezclada con sombra, no le queda al historiador más recurso que referir los hechos auténticos y comprobados, manifestar en lo demás sus dudas, sus inquietudes, sus escrúpulos, y dejar al lector que resuelva la cuestion y que opte por lo que más probable le parezca.

Así, pues, fuese la que quisiera la causa ó la mano desconocida que hubiese impulsado á dos ó tres pilluelos á fingirse visionarios, es lo cierto que el Sr. Jacomet, el

Sr. Massy y sus amigos, se apresuraron á aumentar y á propalar ruidosamente aquellas chiquilladas. Esforzándose en llamar sobre ellas la atencion de la multitud, para apartarla de los sucesos graves, como los divinos éxtasis de Bernardita, el nacimiento de la fuente y la curacion de los enfermos, que habían cautivado la fe popular. Cuando se ve pérdida en algun punto de la linea, los grandes estratégicos intentan, por alguna demostracion simulada, atraer al enemigo á un terreno lleno de emboscadas y minado de antemano. Esto es lo que se llama «efectuar una diversion.»

La brusca desaparicion de las falsas visiones y de los falsos visionarios, al ver que habían llamado la atencion y al escuchar las previsoras amenazas del párroco Peyramale, hizo fracasar desde el principio las esperanzas que abrigaban los profundos tácticos del libre-pensamiento.

El buen sentido público continuó imperturbable en el verdadero terreno de la cuestion, y no se dejó engañar. No sucedió lo mismo con la elevada inteligencia del señor ministro Rouland. Explicarémos cómo llegó á extraviarse tan claro talento.

Intentando un esfuerzo desesperado contra la triunfante é irresistible fuerza de los hechos, empleando todos los recursos de su ingenio en sacar á toda costa de tan pequeños incidentes un medio supremo de resistir á la derrota y volver á tomar la ofensiva, habían los Sres. Jacomet y Massy trazado al Ministro de Cultos el más hiperbólico y fantástico cuadro de aquellas escenas infantiles.

Es de advertir que por una ilusion algo inverosmil

en un hombre de Estado acostumbrado á las prácticas parlamentarias, el Sr. Rouland tenía una confianza ciega en los documentos oficiales. La fe, por más que se diga, no se pierde; lo que hace es cambiar de objeto. El filósofo Rouland no tenía fe en nuestra Señora de Lourdes, aunque se afirmase por medio de curaciones y de milagros; pero tenía fe en Massy y en Jacomet. Estos señores le hicieron, pues, creer que á las rocas Massabielle habían acudido muchachos á desempeñar el oficio de sacerdotes; que el pueblo, representado por criaturas de mal vivir, los coronaba de laureles ó de flores, etc., etc. Tampoco le ocultaron la ineficacia de las disposiciones violentas tomadas para contener la agitacion de los ánimos. Segun ellos, la fuerza material era vencida, y la autoridad civil desprestigiada. Sólo la autoridad religiosa podía salvar la situacion por un acto enérgico contra las creencias populares. Poco enterados de lo que es la dignidad de un Obispo cristiano, atreviéronse á imaginar que una presion nacida en las alturas del poder, bastaría para determinar á monseñor Laurence á condenar los sucesos y á obrar segun sus miras. Indicaron, pues, al Ministro que, para zanjar todas las dificultades, debía intervenir directamente con el Prelado.

Esto era impulsar al Ministro hacia el camino á que se inclinaba, pues efectivamente, una de las tendencias más marcadas del Sr. Rouland era la de entrometerse en las cuestiones religiosas y permitirse trazar un programa á los Obispos.

Aunque el Ministro habia sido en otro tiempo Procurador general, no se le ocurrió pensar cómo, si los de-

talles que recibía eran exactos, no habían castigado los tribunales las profanaciones que le denunciaban. Tan extraña abstencion de la magistratura respecto á los supuestos desórdenes, no despertó su desconfianza en lo más mínimo.

Aceptando, pues, con candidez más que ministerial las novelas de la policía y del Prefecto, imaginándose que era un gran teólogo y algo más que Arzobispo, por que era Ministro de Cultos, el Sr. Rouland, desde el fondo de su gabinete juzgó perentoriamente la situacion, y escribió á monseñor Laurence una carta digna bajo todos aspectos de la que había dirigido en un principio al Prefecto, y que ya hemos citado: como en aquélla, descubriase en sus palabras una profunda piedad oficial. Quien vuelva hoy á leerla á la luz de la verdadera historia, no puede ménos de sonreír con tristeza al considerar la manera, á veces tan monstruosamente grosera, con que suelen engañar al Gobierno los agentes inferiores de la Administracion. No puede, en efecto, leerse sin una melancólica ironía la carta siguiente, escrita por el mismo Ministro que debía, en plazo no muy lejano, firmar la autorizacion para edificar una gran iglesia en las rocas Massabielle, para eterna memoria de las apariciones de la Santísima Virgen María.

« Monseñor, decía el Sr. Rouland, los nuevos datos que acerca del asunto de Lourdes he recibido, me parecen de tal naturaleza, que deben causar profunda tristeza á todos los hombres sinceramente religiosos. » Esas bendiciones de rosarios dadas por niños, esas manifestaciones en las cuales se observa en las primeras

»filas mujeres de costumbres equivocadas; esas farsas en
»que se coronan visionarios; esas ceremonias grotescas,
»verdadera parodia de las ceremonias religiosas, ofrece-
»rían sin duda ancho campo á los ataques de los periódicos
»protestantes y de algunos otros diarios, si no inter-
»viniese la autoridad central para templar el ardor de su
»polémica. Tan escandalosas escenas redundan, además,
»en descrédito de la Religión á los ojos de las poblacio-
»nes, y creo, Monseñor, que estoy en el deber de lla-
»mar de nuevo vuestra atención sobre semejantes hechos.

»Parece también que esas lamentables manifesta-
»ciones dan motivo sobrado al Clero para salir de la re-
»serva en que, hasta el presente, se había encerrado.
»Yo no puedo, por otra parte, hacer en el particular
»más que rogar encarecidamente á vuestra grandeza que
»apele á toda la firmeza y á toda la prudencia que le dis-
»tinguen, y preguntarle *si no juzga oportuno reprobare*
»*públicamente semejantes profanaciones.*

»Recibid, etc.

»*El Ministro de Instrucción pública y de Cultos,*

»ROULAND.»

IX.

Recibió monseñor Laurence la anterior epístola precisamente cuando acababa de dar el edicto que el lector conoce, nombrando una Comisión informadora para esclarecer los extraordinarios acontecimientos suscitados por la omnipotente mano de Dios.

Aunque debieron causarle singular asombro é indignación

nacion los cuentos fantásticos que el buen Ministro referia tan gravemente como si fueran la pura verdad, el Obispo supo responder muy comedidamente á la carta de su Excelencia. Sin manifestar todavía su opinion acerca del fondo del asunto, cuya solucion no queria precipitar, restableció la verdad de los hechos, tan vergonzosamente desfigurados. Expuso, con tanta claridad como franqueza, la línea de conducta que habia seguido y hecho seguir á su Clero, hasta que la irresistible corriente de los hechos le obligó á intervenir y á nombrar una Comision investigadora. Al Ministro que, sin conocer y sin estudiar nada, le decia: «Condenad,» le respondia: «Estudio.»

«Señor Ministro, escribia el Prelado: grande ha sido
»mi asombro al recibir vuestra comunicacion. Yo tam-
»bien estoy enterado de lo que pasa en Lourdes, y ten-
»go, como Obispo, gran interes en reprobear todo cuanto
»pueda entristecer á la Religion y á los fieles. Puedo,
»sin embargo, aseguraros que las escenas de que me
»hablais no han existido del modo como os las han con-
»tado, y que los hechos lamentables que haya podi-
»do haber, sobre ser pasajeros, no han dejado rastro
»alguno.

»Los hechos á que alude vuestra Excelencia han pa-
»sado despues de cerrada la Gruta y ya muy entrado Ju-
»lio.— Dos ó tres muchachos de Lourdes principiaron á
»fingirse visionarios y á hacer extravagancias en las ca-
»lles. Como la Gruta estaba á la sazón cerrada, segun
»ya he dicho, consiguieron introducirse en ella y ofre-
»cer sus servicios á los fieles, detenidos en la empaliza-

»da, para tocar sus rosarios á la Gruta y recibir sus
»ofrendas, que luégo se apropiaban. Uno de ellos, que
»se distinguía por sus excentricidades, á veces no muy
»decentes, estaba adscripto al servicio de la iglesia de
»Lourdes. El señor Párroco, despues de reprenderle se-
»veramente, le ha excluido de la enseñanza del Catecis-
»mo y expulsado de la iglesia. Por consiguiente, el des-
»orden ha sido pasajero, y el público no ha visto en todo
»ello más que maldades de un muchacho, que con al-
»gunas amenazas han cesado en seguida (1). Tales son
»los hechos que personas *demasiado celosas* convierten
»en sus notas en escenas permanentes.

»Mucho agradecería, señor Ministro, que os infor-
»marais de lo que pasa en Lourdes por medio de perso-
»nas distinguidas, que se han detenido en dicha ciudad
»para ver personalmente los lugares y oír á los habitan-
»tes y á la niña, que pretende haber tenido la vision.
»Podeis consultar, por ejemplo, á los señores Obispos

(1) Fácil es comprender por qué razon de alta prudencia no menciona el Prelado las sospechas que todos emitian en Lourdes, en Caunterest, en Baréges, en Tarbes, en una palabra, en todas partes, respecto á la oculta influencia de la Administración y de la policía en las escenas de los falsos visionarios. Era efectivamente muy difícil para el Prelado decir al Ministro: « Los supuestos escándalos de que os quejais y que exagerais extraordinariamente hasta el punto de desnaturalizar la verdad y de inventar pura y sencillamente una novela, se deben á vuestros propios amaños, pues los habeis suscitado en secreto, si ha de creerse la unanimidad de la pública opinión.»

»de Mompeller y de Soissons, á monseñor el Arzobispo
»de Auch, al Sr. Véne, Inspector de los baños minera-
»les, á la esposa del almirante Bruat, al Sr. Luis Veui-
»llot, etc. etc.

»El Clero, señor Ministro, no se ha mantenido hasta
»ahora encerrado en una completa reserva con motivo de
»los sucesos de la Gruta. El Clero de la ciudad ha ma-
»nifestado una prudencia admirable, no yendo nunca á
»la Gruta para no acreditar la peregrinacion, y favore-
»ciendo, por el contrario, las disposiciones tomadas por
»la autoridad. No obstante, os le han denunciado como
»protector de la supersticion. Yo no acuso al primer Ma-
»gistrado del departamento, cuyas intenciones siempre
»han sido rectas; pero en el actual asunto ha tenido una
»confianza exclusiva en sus subordinados.....

»En mi carta respondiendo al señor Prefecto, con
»fecha de 11 de Abril último, carta que os han enseña-
»do, ofrecía á este funcionario mi leal apoyo, para llevar
»á buen fin dicho asunto. Pero yo no he podido, como
»algunos deseaban, anatematizar desde la cátedra del
»Espíritu Santo, sin exámen, sin informaciones, sin ra-
»zon ninguna, á las personas que iban á rezar á la Gru-
»ta, ni tampoco prohibirles la entrada, mucho más
»cuando no había el menor desórden, á pesar de que los
»fieles se contaban algunos dias por millares. Además de
»que la Iglesia funda siempre sus prohibiciones, y yo no
»tenía datos suficientes, estaba seguro de que en aque-
»llos momentos de exaltacion de los ánimos, no habría
»sido escuchada mi voz.

»El señor Prefecto mandó en un Consejo de revision

»en Lourdes que el Comisario de policía quitase los objetos y emblemas religiosos de la Gruta, y en una allocucion que dirigió á los alcaldes, dijo que había tomado aquella medida de acuerdo con el Obispo diocesano, asercion que algunos dias despues repitió el periódico de la Prefectura. Informáronme de tal disposicion los diarios y el señor párroco de Lourdes, y me apresuré á escribir á este último para que se respetasen las órdenes del señor Prefecto, sin quejarme, ni entónces ni despues, de que apareciese mi nombre mezclado en una disposicion que hasta ignoraba. Aunque he recibido numerosas cartas instándome para que reclamase, no lo he hecho por no aumentar nuevas dificultades al asunto.

»Una vez quitados de la Gruta los objetos religiosos, podíamos esperar que fuesen las visitas disminuyendo poco á poco, y que aquella peregrinacion, improvisada tan inesperadamente, tocaría á su fin. No sucedió así. Pretendió el público, con razon ó sin ella, que el agua de la Gruta conseguía curaciones maravillosas, y la concurrencia aumentó, acudiendo en tropel de los departamentos inmediatos.

»El 8 de Junio dió el señor Alcalde de Lourdes un bando prohibiendo la entrada en la Gruta. Fundábanse los considerandos en el interes de la Religion y de la salud pública; y aunque se ponía en primer término á la Religion sin haber consultado al Obispo, éste último no ha formulado reclamacion alguna, ántes bien ha guardado silencio por las razones arriba expuestas.

»Ya veis, Sr. Ministro, por estos ligeros detalles, que la reserva del Clero no ha sido completa; no ha

»sido, á mi juicio, más que prudente. Cuando he
»podido he prestado mi apoyo á las disposiciones toma-
»das por la autoridad civil; si éstas no han salido siem-
»pre bien, no es al Obispo á quien hay que culpar.

»Hoy, cediendo á las reclamaciones que de todas
»partes me dirigían, he creído llegado el momento de
»ocuparme útilmente en semejante cuestion. He nombra-
»do una Comision con objeto de reunir los elementos
»necesarios en la parte que me concierne, para formular
»un fallo, sobre un asunto que conmueve al país, y que
»segun las noticias que recibo, parece interesar á toda
»Francia. Confio en que los fieles la recibirán con sumi-
»sion, porque saben que no desdeñaré nada para descu-
»brir la verdad. La Comision trabaja hace ya algunos
»días; por fin me determino á publicar por medio de la
»imprensa un edicto, que espero contribuirá á tranqui-
»lizar los ánimos hasta tanto que se sepa la decision.

»Ya tendré el honor de dirigir, dentro de pocos
»días, un ejemplar á V. E.

»Soy siempre, etc.

B. S. *Obispo de Tarbes.*»

Tal era la carta de Monseñor Laurencez al Sr. Rouland, carta concluyente y clara, que no admitía réplica. El Ministro de Cultos no contestó. Su silencio era al ménos prudente. Acaso hubiera sido más prudente todavía que nunca le hubiera roto.

X.

En el momento en que acababa monseñor Laurence de ordenar en nombre de la Religión el exámen de los extraños hechos que la autoridad civil había condenado, perseguido é intentado ahogar *à priori*, sin dignarse estudiarlos ni áun discutirlos; el mismo día en que salió para el Ministerio de Cultos la carta del Prelado, el señor Filhol, el ilustre profesor de química de la facultad de Tolosa, pronunciaba el fallo definitivo de la ciencia acerca del agua de la Gruta de Lourdes. El concienzudo y perfectísimo trabajo del gran químico, echaba completamente por tierra el análisis oficial del Sr. Latour de Trie, aquel sabio de la Prefectura con quien tanto ruido había hecho el señor baron Massy.

«El infrascrito, —decía el Sr. Filhol, —profesor de
»química en la facultad de Ciencias de Tolosa, profesor
»de Farmacia y de Toxicología en la Escuela de Medicina de la misma ciudad, caballero de la Legion de Honor,
»Certifico haber analizado el agua de una fuente que ha
»brotado en las cercanías de Lourdes...

»De dicho análisis resulta que el agua de la Gruta de
»Lourdes puede por su composicion considerarse como
»agua potable, análoga á la mayor parte de las que nacen en las montañas calcáreas...

»Los extraordinarios efectos, que segun se asegura,

» se han obtenido con el uso de dicha agua, no pueden
» explicarse, al ménos en el estado actual de la ciencia,
» por la naturaleza de las sales que, segun demuestra el
» análisis, la componen (1).

» El agua citada no contiene ninguna sustancia acti-
» va capaz de darle propiedades terapéuticas determina-
» das. Puede beberse sin inconveniente (2).

Tolosa, 7 de Agosto de 1858.

» Firmado: FILHOL. »

(1) Carta del Sr. Filhol al Alcalde de Lourdes, envián-
dole su análisis, con fecha 7 de Agosto.

(2) Daremos en nota aparte el análisis completo y deta-
llado del Sr. Filhol.

«Certifico, continuaba el eminente químico, haber ob-
tenido los resultados siguientes :

PROPIEDADES FÍSICAS Y ORGANOLÉPTICAS DE DICHA AGUA.

Esta agua es límpida, inodora, incolora, y no tiene sa-
bor determinado. Apénas es superior su densidad á la del
agua destilada.

PROPIEDADES QUÍMICAS.

En el agua de la Gruta de Lourdes producen los reacti-
vos los siguientes resultados :

Tintura de girasol rojo.—La colorea de azul.

Agua de cal.—La da un tinte lácteo ; un exceso de agua
de la Gruta vuelve á disolver el precipitado que en un prin-
cipio se forma.

Agua de jabon.—La enturbia fuertemente.

Cloruro de bario.—No produce accion aparente.

Acelato de plata.—Forma un ligerísimo precipitado
blanco, que se disuelve en parte en el ácido acético.

Oxalato de amoniaco.—Precipitado blanco,

Amoniaco.—No produce accion sensible.

Sometida á la accion del calor en un globo, unido á un

Así se desplomaban ante el exámen del célebre químico todos los cimientos pseudo-científicos sobre los cuales los libre-pensadores, los sábios y el Prefecto ha-

aparato dispuesto para recoger los gases, se ha desprendido de dicha agua un gas que en parte absorbía la potasa. La porción de gas que ésta no disolvía, se ha disuelto en parte en el fósforo, y por último, ha quedado un residuo gaseoso, adornado de todas las propiedades del ázoe.

Al mismo tiempo que emanaban de ella los citados gases, el agua se ha enturbiado ligeramente abandonando un depósito blanco con matices rojos. Tratado por el ácido clorhídrico, dicho depósito se ha disuelto produciendo una viva efervescencia. He saturado la solución ácida con un exceso de amoníaco, cuyo reactivo ha determinado la precipitación de algunos ligeros copos, de color rojizo, que he aislado cuidadosamente. Lavados estos copos con agua destilada, los he tratado con la potasa cáustica, reactivo que no ha producido efecto alguno. He vuelto á lavarlos, y los he disuelto en ácido clorhídrico; despues los he colocado en agua, sometiénolos á la acción de algunos reactivos, cuyos efectos voy á indicar.

Cianuro amarillo de potasio y de hierro.—Precipitado azul.

Amoníaco.—Precipitado rojizo oscuro.

Tanino.—Precipitado negro.

Sulfocianuro de potasio.—Color rojo de sangre.

El licor, separado del precipitado cuyo análisis acabamos de hacer, ha formado con el oxalato de amoníaco un abundante precipitado blanco.

Separado el precipitado por el filtro, he puesto en el líquido fosfato de amoníaco, reactivo que ha determinado la formación de un nuevo precipitado blanco.

He evaporado en seco cinco litros de agua, he tratado el residuo seco con una pequeñísima cantidad de agua desti-

bían construido penosamente su teoría acerca de las curaciones extraordinarias. Segun la verdadera ciencia el agua de la Gruta no era mineral: segun la verdadera

lada para disolver las sales solubles, y la solución obtenida coloreaba de un fuerte azul la tintura de girasol rojo.

He vuelto á evaporar en seco la solución obtenida y derramado en el residuo alcohol, y luego lo he inflamado. La llama del alcohol ha ofrecido un tinte amarillento lívido, parecido al que producen las sales de sosa. He disuelto otra vez el residuo en algunas gotas de agua destilada, y he mezclado la solución con cloruro de platino, produciéndose en la mezcla un ligerísimo precipitado amarillo pajizo.

Después de mezclar con ácido clorhídrico dos litros de agua de la Gruta de Lourdes, los he evaporado en seco, y el residuo, vuelto á poner en agua acidulada, sólo se ha disuelto en parte, presentando la parte insoluble todos los caracteres de la sílice.

He sometido á la evaporación diez litros de agua de la Gruta de Lourdes, en los cuales había disuelto ántes carbonato de potasa muy puro; el resultado de la evaporación lo he sometido al alcohol, y la solución alcohólica la he evaporado en seco.

El producto de la evaporación lo he disuelto en algunas gotas de agua destilada, mezclándolo con un poco de cola de almidon.

Tratando la mezcla con agua de cloro, tomó el líquido un tinte azulado.

Sometida á la destilación el agua de la Gruta de Lourdes, da un producto destilado ligeramente alcalino.

Resulta, en suma, de los hechos que preceden, que el agua de la Gruta de Lourdes tiene en disolución:

1.º Oxígeno.

2.º Azoe.

ciencia, el agua de la Gruta no tenia ninguna virtud curativa. Y sin embargo, curaba. No les quedaba, pues, á los que se habian andazmente anticipado á dar explicaciones imaginarias, más que la confusion de su tentativa y la imposibilidad de retirar en adelante la pública confesion que habian hecho de las curaciones obtenidas. La mentira ó el error habian quedado presos en sus propias redes.

3.º Acido carbónico.

4.º Carbonatos de cal, de magnesia, y un residuo de carbonato de hierro.

5.º Un carbonato ó un silicato alcalino, cloruros de potasio y de sodio.

6.º Pequeñas fracciones de sulfatos de potasa y de sosa.

7.º Pequeñas fracciones de amoniaco.

8.º Idem de yodo.

El análisis cuantitativo del agua, hecho por los procedimientos ordinarios, ha dado el resultado siguiente:

UN KILÓGRAMO DE AGUA.

	<u>Gramos.</u>	<u>Centíg.</u>
Acido carbónico.	8	
Oxígeno	3	
Azoe.	17	
	<u>Gramos.</u>	<u>Milígram.</u>
Amoniaco, vestigios.		
Carbonato de cal.	096	
Carbonato de magnesia	012	
Carbonato de hierro, vestigios.		
Carbonato de sosa, id.		
Cloruro de sodio.	008	
Cloruro de potasio, vestigios.		
Silicato de sosa y residuos de potasa.	018	
Sulfatos de potasa y de sosa, vestigios.		
Yodo. id.		

LIBRO OCTAVO.

La prensa de Francia y del extranjero.—Polémica.—El Jefe del estado.—Juan María Tambourné; María Massot-Bordenave; María Capdevielle.—Embajada á Biarritz.—Orden imperial.—Revocacion del bando de 8 de Junio.

I.

El edicto del Obispo nombrando la Comision y el análisis del Sr. Filhol, quitaban al señor baron Massy, al señor Rouland y al Sr. Jacomet todo pretexto para continuar apelando á la violencia, todo pretexto para mantener en la Gruta las rigurosas prohibiciones, las empalizadas y los centinelas.

Para justificar el acotamiento del terreno comunal se había dicho: «Considerando que importa, *en interes de la Religion*, poner un término á las lamentables escenas de la Gruta Massabielle..... »Luego al declarar el asunto bastante grave para intervenir, y al principiar el exámen «de todo lo que importaba al interes de la Religion,» el Obispo privaba al poder civil de aquel motivo, con tanta insistencia invocado.

Para justificar la prohibicion de ir á beber á la fuente brotada bajo la mano de Bernardita en éxtasis, se había

dicho : «Considerando que el Alcalde tiene el deber de
»velar por la salud pública ; considerando que hay razo-
»nes fundadas para pensar que dicha agua contiene prin-
»cipios minerales , y que es prudente aguardar , ántes
»de permitir su uso , á que un análisis científico dé á
»conocer las aplicaciones á que podría destinarlas la
»medicina.....» Luego al declarar que el agua no tenía
principio alguno mineral y que podía beberse sin inconveniente de ninguna clase , el Sr. Filhol destruía , en nombre de la razon y de la medicina , el pretendido motivo de «la salud pública.»

Así , pues , si se habían alegado tales motivos como razones leales y nó como pretextos especiosos ; si se había obrado «en interes de la Religion y de la salud pública ,» y nó bajo el imperio de las malas pasiones y de la intolerancia ; si , en una palabra , su conducta había sido sincera y no hipócrita , el poder civil no tenía más remedio que levantar todas sus prohibiciones y abrir todas sus empalizadas , no tenía más remedio que dejar á los pueblos en completa libertad de ir á beber á aquella fuente , cuya perfecta inocencia había declarado la ciencia , y de reconocerles su derecho para ir á arrodillarse al pié de aquellas rocas misteriosas , donde ya vigilaba la Iglesia.

Pero no sucedió así.

Para aquella solucion , tan claramente indicada por la lógica y por la conciencia , había un obstáculo insuperable : el orgullo. El orgullo reinaba desde lo más bajo hasta lo más alto de la escala oficial , desde Jacomet hasta Rouland , pasando por el baron Massy y por toda

su secta filosófica. Parecía duro retroceder y darse por vencidos. El orgullo nunca se somete. Prefiere levantar audazmente la cabeza en el campo de lo irracional, á inclinarse ante la autoridad de la razón. Desalentado, fuera de sí, loco, se subleva contra la evidencia y dice: *Non serviam*, como el Luzbel de la Escritura. Se resiste, se niega á doblegarse, se aferra á su opinión, hasta que llega de improviso la fuerza y le rompe violenta cuanto desdeñosamente.

II.

Faltábales aún á los enemigos oficiales y oficiosos de la superstición emplear una última arma y apelar á un esfuerzo supremo. Si la batalla parecía definitivamente perdida en los Pirineos, acaso podría reconquistarse la posición en París, y apoderarse en Francia y en Europa de la opinión pública ántes de que el pueblo cosmopolita de los bañistas y de los viajeros divulgase, al volver á sus hogares, sus impresiones poco agradables y sus severos juicios. Organizóse, pues, por la prensa irreligiosa de París, de provincias y del extranjero una formidable campaña contra los acontecimientos de Lourdes y el edicto del Obispo.

Mientras que los generales del libre-pensamiento daban en tan vasto terreno el combate decisivo, el Prefecto de los Altos Pirineos, como Kellermann en Valmy,

recibió la consigna de mantener á toda costa su línea de operaciones, de no retroceder ni una pulgada y no capitular con el enemigo por nada del mundo. Conocida era la intrepidez del barón Massy; y nadie ignoraba que ni los argumentos, ni la razon, ni las consideraciones morales, ni el espectáculo de los más asombrosos milagros, lograrían triunfar de su invencible firmeza. Mantendriase imperturbable en su falsa posicion, y defende-
ría admirablemente lo absurdo.

El *Journal des Debats*, la *Presse*, el *Siècle*, la *Independance Belge* y muchos periódicos extranjeros acometieron á un mismo tiempo con gran violencia. Aun los diarios más insignificantes de los más insignificantes países, solicitaron el honor de figurar en aquel reto á lo sobrenatural. Vióse, en efecto, entre los combatientes hasta un diminuto periódico de Amsterdam, el *Amsterdaamsche Courant*.

Unos, como la *Presse*, por la pluma del Sr. Guérout, ó el *Siècle*, por la de los Sres. Benard y Jourdan, atacaban al milagro en principio, declarando que había pasado su época, y no podía discutirse con él, y que en una cuestion juzgada *à priori* por las luces de la filosofía, perdería su dignidad el libre exámen descendiendo á una polémica. «El milagro, decía el Sr. Guérout, pertenece á una fase de la civilizacion que está á punto de desaparecer. Si Dios no cambia, la idea que de él tienen los hombres varia de época en época, según el grado de su moralidad y de sus conocimientos. Los pueblos ignorantes, que no sospechan la importante armonía de las leyes del universo, ven por do

»quiera alteraciones de esas leyes. Todos los dias Dios
»se les aparece , los habla , está á su lado , les envía sus
»ángeles. A medida que las sociedades se ilustran , que
»los hombres se instruyen , que las ciencias de observa-
»cion llegan á formar un contrapeso á los vuelos de la
»imaginacion , toda esa mitología se desvanece.

»No por eso es el hombre ménos religioso ; lo es
»más , pero de otro modo. No vé ya cara á cara los dio-
»ses ó las diosas , los ángeles ó los demonios , sino que
»procura descifrar la voluntad divina , escrita en las le-
»yes del mundo. El milagro que ha podido ser en otras
»épocas la condicion de la fe , y servir de envoltura á ver-
»dades profundas , ha llegado á ser , en nuestros dias ,
»el espantajo de toda conviccion formal (1).» Declaraba
tambien el Sr. Guérout que si le anunciaban que un he-
cho sobrenatural , aunque fuese de los más asombrosos ,
pasaba en aquel momento al lado suyo , en la plaza de la
Concordia , «ni áun volvería la cabeza para verle. Si se-
»mejantes aventuras , añadía , pueden hallar por un ins-
»tante cabida entre las supersticiones de las masas igno-
»rantes , en cambio en los hombres ilustrados , en aque-
»llos cuya opinion llega á ser con el tiempo la de todo el
»mundo , no provocan más que la repulsion de la des-
»confianza y la sonrisa del desden (2).»

Otros periódicos trabajaban con gran heroismo en
desfigurar los hechos. Al mismo tiempo que atacaba al

(1) *Presse* de 31 de Agosto de 1858.

(2) *Id. ibid.*

milagro en principio, el *Siècle*, á pesar de la evidencia de las cosas y del innegable nacimiento de una fuente que arrojaba cien mil y pico litros de agua diarios, defendía en su cualidad de periódico avanzado la atrasada tesis de las alucinaciones y de la filtracion. «Parécenos »dificil, decia magistralmente el Sr. Benard, que del »alucinamiento verdadero ó falso, de una muchacha de »catorce años y de una *filtracion* de agua pura en una »Gruta, se llegue á sacar un milagro (1).»

En cuanto á las curaciones milagrosas, las dejaban á un lado con sola una palabra: «Los hidrópatas aseguran tambien que obtienen las más brillantes curaciones »con agua pura, y nó por eso nos rompen los oidos clamando que hacen milagros (2).»

Pero la más curiosa muestra de la buena fe del libre-pensamiento ó de su sagacidad en la materia, la suministra el periódico holandés que poco há hemos citado, y cuya grave relacion reprodujeron algunos diarios franceses. Aquel amigo de las luces ilustraba al mundo refiriendo así los hechos:

«Era inminente una nueva manifestacion destinada »á despertar y á alimentar el culto de la Santísima Virgen. Las deliberaciones de los Obispos sobre el particular han producido el milagro de Lourdes. El Obispo de »Tarbes ha nombrado, segun es público, una Comision »informadora. Las llamadas conclusiones del dictámen

(1) *Siècle* de 30 de Agosto de 1858.

(2) Id. *ibid.*

»de la Comision, compuesta de eclesiásticos y de gentes
»asalariadas por el Clero, se habían preparado con mu-
»cha anticipacion á la primera junta. *La pretendida pas-
»tora Bernardita no es una inocente aldeana, sino una
»jóven de la clase media, muy instruida, de carácter
»sumamente astuto y que ha pasado muchos meses en un
»convento de monjas, donde le han inspirado el papel
»que había de representar. Allí, en un reducido círculo
»de compadres, se han dado algunas representaciones,
»ántes de salir á las tablas.* Como se vé nada faltaba en
»la comedia, ni áun los ensayos. Si algun dia hay esca-
»sez de dramaturgos en París, se hallarán en el alto
»Clero personas que llenarán como nadie este vacío.
»Por otra parte, como la prensa ha ridiculizado el asun-
»to como se merece, es posible que el Clero reconozca
»por propio interes la necesidad de ser prudente (1).»
Los informes del periodismo no podían, por su exacti-
tud, compararse más que con los que habían cautiva-
do la cándida fe del excelentísimo Sr. Rouland. Por lo
visto ~~no~~ trataban al público con más respeto que á un
Obispo. Así se forma hartas veces la oposicion de los
que el Sr. Guéroult llamaba en su artículo «hombres
ilustrados.»

Pero los ataques no se dirigian sólo á los aconteci-
mientos y al milagro; el blanco principal era el edicto
del Obispo. Indignábase la filosofia en nombre de la in-

(1) *Amsterdaamsche Courant*, de 8 de Setiembre
de 1858.

falibilidad de sus dogmas, contra el exámen, contra el estudio científico y contra la experiencia. «Cuando un alucinado envía una memoria sobre el movimiento continuo ó sobre la cuadratura del círculo á la Academia de Ciencias, la Academia pasa á la orden del día, sin perder el tiempo en examinar tales elucubraciones. Cuando se trata de un milagro, no procede abrir una informacion: en nombre de la razon la filosofia pasa á la orden del día. Examinar los hechos sobrenaturales sería admitirlos como posibles, y renegar, por consiguiente, de los principios. En asuntos de esta clase, no hay para qué buscar pruebas ni testimonios. Con lo imposible nunca discutimos; nos encogemos de hombros y nos callamos.» Tal era el tema sobre el cual, con mil diversas variaciones, giraba la polémica ardiente é irritada de la prensa irreligiosa. En vano se obstinaba en negarlo ó desnaturalizarlo todo: tenía miedo de un exámen concienzudo. Las teorías falsas gustan de quedar envueltas entre las fugitivas nubes y las indecisas brumas de la especulacion pura. Por yo no sé qué instinto de conservacion temen la luz del día, y no se atreven á bajar con pié tranquilo al firme terreno del método experimental. Adivinan que allí les espera una derrota.

En aquella desesperada lucha contra la evidencia de los hechos y los derechos de la razon, el liberalismo de epidermis del *Journal des Debats* se iba descascarillando y cayendo como si fuera una capa de barniz, hasta descubrir, casi impudicamente, el fondo de furiosa intolerancia que se oculta bajo las frases de relumbron de tal escuela. El *Journal des Debats*, por medio de la pluma del

Sr. Prévost Paradol, se asustaba anticipadamente de la inmensa trascendencia que sin duda tendrían el dictámen de la Comision y el fallo del Obispo, y apoyado en esto daba la voz de alerta al brazo secular, y conjuraba al César para que lo impidiera. «Es evidente, decia, que una »pública demostracion de la Divinidad en favor de un »culto, habla muy alto en pro de su verdad particular, »de su superioridad sobre los demás y de su incontestable derecho al gobierno de las almas. Es, pues, un suceso que producirá numerosas adhesiones, tanto por »parte de los disidentes como de los incrédulos; en suma, »es un poderoso instrumento de proselitismo.» Llamaba despues la atencion sobre la importancia política del resultado de la informacion. «Si la decision es favorable al »milagro, tiende hasta cierto punto á romper en esa »parte de Francia el equilibrio entre el poder religioso y »el civil. Los ministros del culto que tal favor recibe son »otros personajes diferentes de los que se han previsto, »organizado y reglamentado en el Concordato. Tienen »sobre la poblacion otra clase de influencia, y en caso »de un conflicto, ordenan con autoridad independiente »del Consejo de Estado y del Prefecto.

»Ya nos parece haber demostrado la importancia que »bajo diferentes aspectos ha de tener el dictámen de la »Comision episcopal de Tarbes. Ahora bien, el Sr. de »Morny acaba de recordar con justa insistencia al Consejo general de Puy-de-Dome una verdad que es preciso »no echar en olvido, á saber, que en Francia no puede »hacerse legalmente nada importante sin prévia autorizacion del Gobierno. Si no se puede, como dice muy bien

» el señor de Morny, mover una piedra ó abrir un pozo
» sin permiso de la administracion, con mucho más moti-
» vo no se podrá sin este requisito demostrar un milagro
» ni fundar una peregrinacion. Todo el que se haya ocu-
» pado en asuntos religiosos, y particularmente en la
» apertura de templos ó escuelas de las iglesias disidentes,
» sabe de sobra que la autoridad administrativa tiene, nó
» un medio sino diez, nó un artículo de la ley sino veinte
» ó treinta, que le confieren el poder supremo en tales ma-
» terias. Puede evitarse que se reuna la Comision de la
» diócesis de Tarbes, y aún puede ser disuelta por cien ra-
» zones diferentes, por el Concordato, por el Código penal,
» por la ley de 1824, por el decreto de Febrero de 1852,
» por la autoridad central, por la municipal, por todas
» las autoridades imaginables. Y aún más; aunque la Co-
» mision formule dictámen, puede éste anularse de hecho
» por la oposicion legal de la autoridad administrativa á
» la construccion de una capilla, ó á la expendicion del
» agua maravillosa. La misma autoridad puede prohibir y
» disolver toda clase de reuniones y perseguir á sus auto-
» res, etc.» Llegado á este punto, y despues de haber
» gritado á voz en cuello su *caveant consules*, el hábil es-
» critor volvía á tomar su capa de liberalismo. «—¿ Y qué
» nos proponemos, decia hipócritamente, al demostrar
» ese derecho preventivo de la administracion? ¿Será el
» exhortarle á que use de él? No lo quiera Dios (1)!» Y

(1) *Journal des Debats* de 3 de Setiembre de 1858: artículo del Sr. Prévost-Paradol.

así volvía á entrar por la puerta falsa en el campo de los amigos de la libertad.

En provincias los diarios repetían como un eco las palabras de los periódicos de París. La batalla se extendía á toda la línea. En el ejército literario los sargentos, los cabos y hasta los soldados rasos seguían las huellas de los generales del libre-pensamiento. En Tarbes la *Era Imperial*, inspirada por el Prefecto, cargaba su escopeta con argumentos llegados de París, y tiraba al blanco un día sí y otro nó contra lo sobrenatural. Hasta el pobre *Lavedan* se había encontrado algunos granos de pólvora, aunque muy mojados por el agua de la Gruta, y ayudado, según malas lenguas, por Jacomet, se esforzaba en dirigir contra el milagro su pistola semanal, que fallaba cada siete días una vez.

El Univers, *La Union* y la mayor parte de los diarios católicos sostuvieron el choque universal con gran valentía, pues hubo poderosos talentos que se pusieron al servicio de la Verdad, más poderosa todavía. La prensa cristiana restableció la exactitud de la historia, y deshizo los miserables sofismas del fanatismo filosófico.

«Al contemplar los inexplicables hechos á los cuales la fe ó la credulidad de la multitud atribuye un carácter sobrenatural, la autoridad civil,» decía el Sr. Luis Veuillot, «ha optado sin informes, pero también sin acierto, por la negativa. La autoridad eclesiástica también interviene, cumpliendo con su deber y ejerciendo su derecho. Antes de juzgar, se informa, para lo cual ha nombrado una Comisión, una especie de tribunal investigador encargado de averiguar los hechos, de es-

» estudiarlos y de determinar su carácter. Si son verdaderos y tienen un carácter sobrenatural, la Comision lo » dirá. Si son falsos ó meramente naturales, lo dirá también. ¿ Qué más pueden desear nuestros adversarios? » ¿ Quieren que el Obispo se abstenga, á pique de desconocer una gracia que Dios se haya dignado conceder á » su diócesis, ó que, en caso contrario, consienta que se » arraigue una supersticion?

» El Obispo ha debido observar cuán extraña era una » conviccion extendida por todo un pueblo, mediante la » sola palabra de una muchacha ignorante y pobre, y ha » debido preguntarse el por qué de esas curaciones obtenidas con algunas gotas de agua pura, empleada, ora en » bebida, ora en baños..... Y si no ha habido curaciones, » hay que averiguar por qué se ha creido lo contrario. Ahora » bien, supongamos que el agua es pura, como afirman los » químicos, y que sin embargo se han obtenido con ella » curaciones, como lo aseguran hasta ahora muchos enfermos y algunos médicos; en tal caso no vemos qué dificultad puede haber para que se reconozca lo sobrenatural y lo milagroso, salvando, por supuesto, las explicaciones del *Siécle*.

» El enérgico adalid hacía frente á todos los enemigos á un mismo tiempo. Con sólo dejar correr su pluma refutaba el absurdo sistema de negar el milagro, y de negarse hasta á examinar aquellos asombrosos acontecimientos que la multitud veía con sus propios ojos y aclamaba cayendo de rodillas. « Si le dijeran al Sr. Gueroult, que » pasaba en nombre de Cristo un gran milagro en la » plaza de la Concordia, no iría á verle. Haría bien,

» puesto que le gusta seguir siendo incrédulo , y ante tal
» espectáculo es muy probable que no hallase ninguna
» explicacion fisica que pudiera dispensarle de ir á confe-
» sarse. Pero aún haría mejor en mirar y creer , agrade-
» ciendo á Dios el testimonio que en su misericordia le
» enviaba. De todos modos debe comprender que á la mul-
» titud le importaría muy poco su ausencia , y no le im-
» portaría oírle declarar que había visto una cosa natural
» y que el pueblo estaba alucinado. Pasaría en París como
» en Lourdes : habría gentes que lo calificarían de mila-
» gro ; si lo era , produciría sus efectos , es decir , que
» muchos hombres que hasta entónces no habían *procura-*
» *do descifrar* la voluntad divina , ó que no lo habían con-
» seguido , la conocerían y pondrían en práctica , amarían
» á Dios con todo su corazon y toda su alma , y al próji-
» mo como á sí mismos. Tal es el fin que Dios quiere al-
» canzar con los milagros. Tanto peor para los que no lo
» aprovechen.

» Los que precinden de lo sobrenatural , decía un
» escritor antiguo , rompen toda la filosofia. La rompen
» efectivamente y sobre todo despues del Cristianismo,
» porque queriendo retirar á Dios del mundo , no hallan ex-
» plicacion ni para éste , ni para las criaturas que lo habi-
» tan. Ese Dios á quien excluyen niéganle los unos para
» librarse de él completamente ; los otros lo relegan al
» vacío , inerte , indiferente , sin exigir nada á los hombres
» á quienes abandona al acaso , despues de haberlos crea-
» do por un capricho de su desdeñoso poder. Algunos
» afirmándole y negándole al propio tiempo , cual si qui-
» sieran colmar su ingratitud con una doble injuria , pre-

»tenden hallarle en todas partes , lo cual dispensa de adorarle en ninguna determinada. Sin embargo , en torno suyo y aún en su interior , la humanidad confiesa á Dios. »A estos incesantes clamores responden con sofismas que no les satisfacen , con sarcasmos , cuya vaciedad no se les oculta , y por último , despues de ver acorraladas en lo absurdo su ciencia y su razon , se tapan los ojos y los oidos. Rechazan , pues , la filosofia...—¡Mirad ! les decimos. — ¡No queremos ver ! nos replican... David ha dicho del pecador : «Se ha prometido á sí mismo que pecará , y se niega á comprender , para no verse obligado á obrar bien.»

»¡Ah ! Sin duda clamará entónces toda persona lógica indignada : hay una muchedumbre desdichada á quien se puede impunemente predicar toda clase de vulgaridades ; pero hay tambien , aún en Lourdes , lectores cuyo buen sentido se subleva , y preguntan para qué sirven con semejantes sistemas » con esa repugnancia á examinar las cosas , y con esas negativas *à priori* , «la historia , los hechos palpables y la recta razon (1) ?

»En cuanto á impedir á la Comision episcopal que trabaje , dudamos que haya leyes que confieran semejante autoridad al Estado , y caso de haberlas , éste debería abstenerse de usarlas , por prudencia. Por una parte no se conseguiría más que favorecer á la supersticion : » la credulidad popular se extraviaría entónces por falta de un guia , pues «no hay ley alguna que pue-

(1) *L'Univers* , Agosto y Setiembre , *passim*.

»da obligar á un Obispo á fallar en un asunto que no ha
»podido conocer y que le prohíben que conozca..... Sólo
»les queda á los enemigos de la supersticion un recurso :
»nombrar otra Comision , investigar por su parte los he-
»chos , y publicar el resultado , dado el caso de que el
»dictámen episcopal fuese favorable al milagro , pues si
»declarase los hechos falsos ó ilusorios , estaba terminada
»la cuestión.»

Con una reserva verdaderamente admirable en medio de la agitacion de los ánimos , la prensa católica no quiso manifestar su opinion acerca del asunto. No quería prejuzgar el dictámen de la Comision episcopal. Limitóse á rechazar las calumnias , las groseras fábulas y los sofismas de sus enemigos ; á defender la gran tésis histórica de lo sobrenatural ; y á reivindicar , en nombre de la razón , los derechos del exámen y de la libertad de la luz. «Todavía , decía el *Univers* , ni se ha estudiado ni calificado el acontecimiento de Lourdes. Puede ser un milagro ó una ilusion. Sólo la decision del Obispo puede cerrar el debate.»

«Por lo que á nosotros toca , creemos haber respondido á todo cuanto haya podido decirse , con gravedad ó con ligereza , sobre los sucesos de Lourdes. A esto nos limitamos. No convenia dejar á la prensa que amontonase en torno á esos hechos cuantas mentiras pudieran ocurrírsele ; tampoco convenia responder en absoluto á la fecundidad de sus sarcasmos. Las personas prudentes apreciarán el tacto y la buena fe de la Iglesia , y , como siempre acontece , despues de tanto clamoreo , la verdad llegará á formarse su pequeño círculo

»de defensa, *pusillus grex*, que bastará, sin embargo, para sostener el reino de la verdad en la tierra (1).»

Como se ve, en la polémica entablada sobre los milagros con motivo de los sucesos de Lourdes, hallábase perfectamente marcada la línea divisoria entre los dos campos contrarios.

Por un lado los católicos pedían un exámen leal; por otro los pseudo-filósofos temblaban ante la verdad. Los primeros decían: «Que se abra una informacion;» los segundos gritaban: «Que se prohíba el debate.» Aquéllos llevaban por divisa la libertad de conciencia; éstos conjuraban al César á que oprimiese violentamente aquel movimiento religioso y á que le ahogase, nó con el poder de los argumentos, sino con la brutalidad de la fuerza.

Toda persona imparcial, extraña por su posición ó por sus ideas á la polémica, no podía ménos de conocer con completa evidencia que la justicia, la verdad y la razon estaban de parte de los católicos. Bastaba para ello no estar ofuscado por el furor del combate ó por una oposición sistemática.

Aunque por medio de un Comisario, de un Prefecto y de un Ministro, había el Gobierno desempeñado en tan grave asunto un papel apasionadísimo, había un hombre poderoso, que en nada se había mezclado y que reunía, fuesen las que fuesen sus ideas religiosas, filosóficas y políticas, todas las condiciones necesarias para una per-

(1) *L'Univers*, Agosto y Setiembre, *passim*.

fecta imparcialidad. Hubiérase ó nó manifestado en Lourdes lo sobrenatural, esto en nada influía en los planes de su pensamiento ni en el buen estado de sus negocios. Ni su ambicion, ni su amor propio, ni sus doctrinas, ni sus antecedentes, se hallaban comprometidos en semejante asunto. ¿Qué inteligencia, con tales condiciones, no es equitativa y no da la razon á la justicia y á la verdad? Para que se viole la justicia y se ultraje la verdad es menester que se crea muy útil pisotearlas en virtud de algun poderoso interés de fortuna, de ambicion ó de orgullo.

El hombre á quien nos referimos se llamaba Napoleón III, y era, por casualidad, emperador de Francia.

Impasible, segun su costumbre, mudo como las esfinxes de granito que velan á las puertas de Tébas, contemplaba la polémica y miraba oscilar la batalla, aguardando á que la conciencia pública le dictase, por decirlo así, su decision.

III.

Mientras Dios entregaba así su obra á las disputas humanas, continuaba dispensando sin cesar gracias visibiles á las almas humildes y creyentes que acudian á la fuente milagrosa á implorar el soberano poder de la Virgen Madre.

Un niño de Saint-Justin, en el departamento del Gers, Juan María Tambourné, hallábase sumamente enfermo

hacia meses de la pierna derecha, sufriendo dolores tan agudos que le habían torcido violentamente los miembros, hasta el punto de que el pié, vuelto hácia afuera por aquellas terribles crisis, había llegado á formar un ángulo recto con el pié izquierdo. El estado general de su salud no había tardado en resentirse de aquella vida de continuo dolor, que quitaba al niño el sueño como el apetito. El pobre se moría. Sus padres, que disfrutaban de cierto bienestar, habían agotado para curarle todos los recursos indicados por los médicos del país, sin que pudieran vencer con nada un mal tan inveterado.

También habían acudido á los baños de Blousson y á otros establecimientos medicinales, pero todo había sido inútil. Las ligerísimas mejorías, que momentáneamente se notaban, concluían por fuertes retrocesos.

Los padres habían llegado á perder toda confianza en los medios científicos. Disgustados de la medicina, volvieron sus esperanzas hacia la Madre de Misericordia, que, según voces, había aparecido en las rocas Massabielle. El 25 de Setiembre de 1858, la madre condujo á Juan María á Lourdes en el carruaje público. La distancia era larga: próximamente cincuenta kilómetros. Apenas llegaron á la ciudad, la madre llevó en brazos hasta la Gruta á su desgraciado hijo, bañándole en el agua milagrosa, y rogando fervorosamente á Aquélla que ha querido que la llamen en el Rosario «*Salus infirmorum.*» El niño cayó en una especie de éxtasis. Con los ojos fijos y la boca entreabierta, contemplaba, al parecer, algún extraordinario espectáculo.

— ¿Qué tienes? le dijo su madre.

—Veo á Dios y á la Santísima Virgen, respondió.

La pobre mujer sintió al escucharlo una profunda conmocion, y extraño sudor inundó su rostro.

El niño había vuelto en sí.

—Madre, gritó, ya estoy curado. Ya no sufro, y puedo andar. Me siento tan fuerte como en tiempos pasados.

Juan María decía la verdad: estaba curado. Volvió á pié á Lourdes, y allí comió y durmió. Al abandonarle el dolor y la enfermedad, le habían vuelto el apetito y el sueño. Al dia siguiente levóle otra vez la madre á bañarse en la Gruta, y mandó decir en la Iglesia de Lourdes una misa en accion de gracias. Despues se pusieron en camino, nó ya en carruaje, sino á pié.

Quando, despues de haberse detenido á dormir, llegaron á Saint-Justin, el muchacho distinguió á su padre que aguardaba junto á la carretera, mirando sin duda, si volvían en algun carruaje los peregrinos. Juan María le reconoció á lo léjos, soltó la mano de su madre y empezó á correr.

El padre, ante tal espectáculo, por poco se desmaya. Pero ya estaba en sus brazos su hijo querido.

—Padre, gritaba; la Santísima Virgen me ha curado.

No tardó la noticia en recorrer el país, donde todos conocían á Juan María, y de todas partes acudieron á verle (1).

(1) Vigésimo octavo proceso verbal de la Comision episcopal.

El dictámen de uno de los médicos encargados de examinar la referida curacion dice así:

• El niño Tambourné, de cinco años de edad, presentaba

La hermana de un notario de Tarbes, la señorita María Juana Massot-Bordenave, se había quedado de resultas de una larga y grave enfermedad casi enteramente privada de los piés y las manos. Costábale el andar

los síntomas de una coxalgia en primer grado: dolores muy vivos en la rodilla, torpeza en las caderas, desviación hacia fuera de la punta del pié, cojera en un principio, despues imposibilidad de andar, sin sentir grandes sufrimientos. Las funciones digestivas se entorpecieron; causábanle gran repugnancia los alimentos, y por consecuencia adelgazaba de un modo extraordinario. Evidentemente la enfermedad, que avanzaba á grandes pasos en el primer periodo, amenazaba en un tiempo más ó ménos largo, á la vida del niño, cuando tuvieron la idea de llevarle á la Gruta de Lourdes, donde sanó instantáneamente.

La enfermedad del niño Tambourné pertenece á la misma familia que la de Busquet; pero es más grave, porque el mal ha atacado una gran articulacion...

Es posible, sin duda, curar una coxalgia por los medios y procedimientos que posee la ciencia. Las aguas sulfurosas naturales han conseguido muchas curaciones de esta clase; pero jamás han obrado ni una sola con la rapidez del rayo.

Esta rapidez instantánea de la accion está tan por encima de la fuerza medicinal, sin la cual no tendría virtudes curativas, que en todos los casos complicados con lesion material en que aquella se manifiesta, puede asegurarse que hay un hecho del órden sobrenatural. Es preciso no olvidar que el niño Tambourné llegó á la Gruta en brazos de su madre, y que pocos momentos despues subía una áspera cuesta, andaba y corría todo el dia, sin sentir el menor dolor y con tanta facilidad como ántes de que la enfermedad le atacase, etc.»

gran trabajo ; y en cuanto á sus manos , habitualmente hinchadas , doloridas y amoratadas , apenas le servían para nada. Sus dedos , atacados de una completa parálisis , rígidos y encorvados , no podían estirarse. Una vez que había ido á Tarbes á ver á su hermano , volvía sola en el interior de la diligencia á su casa , situada en Arras , en el canton de Autun. Tan grave era la dolencia de sus dedos , que habiéndosele destapado y vertido una bota de vino que le había dado su hermano , no pudo ni levantarla ni volverla á tapar.

Al pasar por Lourdes se detuvo para visitar la Gruta.

Apénas sumergió sus manos en el agua milagrosa , sintió instantáneamente volver á ellas la vida. Estiráronse los dedos y recobraron de improviso su flexibilidad y su fuerza. Mucho más afortunada acaso que lo que hubiera podido esperar , baña tambien sus piés en el agua milagrosa , y los piés sanan como las manos. Entónces cae de rodillas. ¿Qué dice á la Virgen ? ¿Cómo le dá gracias ? Semejantes oraciones , semejantes muestras de reconocimiento se adivinan y no se escriben.

Vuelve á calzarse , y con seguro paso emprende el camino de la ciudad.

En la misma direccion caminaba una jóven que volvía del bosque , llevando en la cabeza un enorme haz de leña. Hacía calor y la pobre aldeana iba bañada en sudor. Extenuada de fatiga sentóse en una piedra , á un lado del camino , y dejó á los piés su carga , harto pesada para sus fuerzas. En aquel instante volvía risueña y radiante de la fuente divina Juana María Massot. Asaltóle un buen pensamiento , y se acercó á la jóven.

—Hija mia, le dijo, acaba el Señor de concederme un favor insigne. Me ha curado quitándome mi carga. Yo quiero á mi vez ayudarte á llevar la tuya.

Y diciendo y haciendo, María Massot tomó con sus manos, por decirlo así resucitadas, el pesado haz, le colocó sobre su cabeza, y entró así en Lourdes, de donde una hora ántes había salido enferma y paralítica. Las primicias de sus fuerzas milagrosamente recobradas habían tenido un noble empleo; habíanse consagrado á la caridad. «Lo que Dios os dé gratuitamente, gratuitamente debeis tambien darlo vosotros,» dice un texto de las Sagradas Escrituras (1).

(1) Transcribiremos tambien el dictámen de los médicos encargados por la Comision episcopal de estudiar este caso, dictámen notable por su circunspeccion. No se atreve á afirmar el milagro, pero semejante reserva en un caso tan extraordinario da á los dictámenes en que aquél se reconoce una autoridad mucho mayor.

«La señorita Massot-Bordenabe (de Arras) de 33 años de edad, había sufrido en el mes de Mayo de 1838 una enfermedad que quitaba á sus piés y á sus manos una parte de su fuerza y de su movimiento. Los dedos le quedaron encorvados... Era preciso hasta partirlle el pan. Fué á la Gruta, se lavó los piés y las manos y salió curada.

«No puede negarse que todas las apariencias del hecho indican la intervencion de una causa sobrenatural; pero examinándolo con atencion, pueden presentarse algunas objeciones fundadas. El mal databa apénas de cuatro meses ántes; era además de poca gravedad, pues se reducía á una debilidad de convalecencia y á una disminucion de energia en los músculos tensores y flexores de los dedos

Una mujer, ya de edad, María Capdevielle, de la aldea de Livron, en las cercanías de Lourdes, se había también curado de una gravísima sordera, que principiaba á degenerar en un mal crónico. « Parecíame, decía, hallarme en otro mundo cuando escuché las campanas de la iglesia que hacía tres años no oía. »

Estas curaciones y otras muchas continuaban demostrando de un modo irrecusable la intervencion directa de Dios. El Señor manifestaba su poder devolviendo la salud á los enfermos, y no podía negarse que si había consentido la persecucion, era porque así convenia para la consecucion en sus designios. De Él dependía que cesase; podía hacerlo sin más que inclinar como le acomodase la voluntad de los poderosos de la tierra.

IV.

Habfase agotado la polémica suscitada por la prensa con motivo de la Gruta. Lo mismo en Francia que en el Extranjero, la conciencia pública había podido juzgar,

de los piés y de las manos. Sólo con la influencia de una fuerte excitacion moral que hiciera acudir la vida á esos músculos, adquirirían en seguida su flexibilidad. Ahora bien ¿no puede perfectamente suponerse que ha podido haber una gran exaltacion de la imaginacion por el sentimiento religioso, y por la esperanza de ser objeto de un favor milagroso? »

nó de la realidad de los hechos sobrenaturales, sino de la violenta opresion que sufrían en un rincón del Imperio la libertad de creer y el derecho de examinar. Los miserables sofismas del fanatismo anticristiano y de la intolerancia que se llamaba filosófica, no habían podido resistir á la abrumadora lógica de los diarios católicos. Callábase el *Journal des Débats*, el *Siècle*, la *Presse*, y la vil multitud de periódicos irreligiosos, lamentando probablemente haber emprendido tan desastrosa guerra, y levantando tal algazara sobre aquellos hechos extraordinarios. Lo único que habían conseguido era propagar por todos los países la fama de tantos milagros. De Italia, de Alemania, de regiones aún más distantes, escribían á Lourdes, pidiendo algunas gotas del agua sagrada.

En el ministerio de Cultos, el Sr. Rouland se obstinaba en atropellar la más santa de las libertades y en detener la fuerza de los hechos.

En la Gruta, Jacomet y los guardas vigilaban perennes dia y noche, y continuaban llevando á los creyentes á los tribunales. El juez Duprat seguía condenando á todos sin excepcion.

El baron Massy, con semejante Ministro para apoyarle y tales agentes para ejecutar sus órdenes, se sostenía como un valiente en su ilógica y absurda situación, recreándose en la omnipotencia de sus arbitrariedades. Cada vez más exasperado al ver que la informacion episcopal y el análisis del Sr. Filhol le privaban de los vanos pretextos de Religion y de orden público, con los cuales había querido en un princio velar su intolerancia, entregábase con orgullo á la amarga alegría de tirano. Sor do

á la unánime opinion , á todas las razones , á la innegable evidencia oponía su voluntad. «Este es mi deseo.» Pareciale dulce ser más fuerte , él solo , que las muchedumbres , más fuerte que el Obispo , más fuerte que el sentido comun , más fuerte que los milagros , más fuerte que el Dios de la Gruta. *Etiamsi omnes , ego non.*

En tales circunstancias acudieron á visitar al Emperador , que á la sazón estaba en Biarritz , dos eminentes personajes , monseñor de Salinis , arzobispo de Auch , y el Sr. de Resseguier , antiguo diputado. Napoleon III recibió al mismo tiempo de diversos puntos peticiones solicitando encarecidamente y reclamando , en nombre de los más sagrados derechos , la anulacion de las arbitrarias y violentas disposiciones del baron Massy. «Señor , »decía una de las peticiones , no pretendemos decidir la »cuestion de las apariciones de la Virgen , por más que , »en fe de asombrosos milagros que aseguran haber visto »con sus propios ojos casi todos en este país , creen en la »realidad de esas manifestaciones sobrenaturales. Lo que »hay de seguro y fuera de toda disputa , es que la fuente »brotada de improviso y cuyo aprovechamiento se nos »veda (á pesar del análisis químico que declara su completa inocencia) , no ha hecho daño á nadie ; lo que hay »de seguro es que , por el contrario , muchos declaran »haber rec obrado en ella la salud. En nombre de los derechos de la conciencia , independientes del poder humano , dejad á los fieles que vayan á rezar allí , si así »lës conviene. En nombre de las más sencillas nociones »de la humanidad , dejad á los enfermos que vayan á curarse allí , si tal es su esperanza. En nombre de la li-

»bertad de las inteligencias dejad á las almas que buscan
»la luz en el estudio y en el exámen, que vayan allí á
»descubrir el error ó á hallar la verdad.» El Emperador,
segun ya hemos dicho, no tenía interes en la cuestion, ó
mejor dicho, tenía el interes de no emplear su fuerza en
una estéril oposicion á la marcha de los sucesos. Tenía
interes en atender el grito de las almas pidiendo la liber-
tad de su fe, el grito de las inteligencias pidiendo la li-
bertad de estudiar y de ver. Tenía interes en ser equita-
tivo y en no herir, con una arbitrariedad gratuita y una
injusticia evidente, á los que creían despues de haber
visto, y á los que, no creyendo todavía, reivindicaban el
derecho de examinar públicamente los misteriosos hechos
que llamaban la atencion de toda Francia.

Ya hemos visto las inverosímiles patrañas que el hon-
rado Ministro Rouland habia aceptado gravemente como
verdades inconcusas. Los datos, pues, que este benévolo
Consejero hubiera podido dar al Emperador, no nos pa-
rece que le ilustrarían mucho. La polémica de los periód-
icos, aunque hubiera puesto triunfalmente en evidencia
el derecho de los unos y la inicua intolerancia de los
otros, no podía darle una idea completamente clara de
la situacion. Sólo en Biarritz la conoció en todos sus
detalles.

Napoleon III era un monarca poco expansivo: rara
vez se traducía su pensamiento en palabras; ántes bien
se manifestaba en actos. Al saber las absurdas violencias
por las cuales el Ministro, el Prefecto y sus agentes des-
acreditaban el poder, sus apagados ojos dícese que se ilu-
minaron con un relámpago de fria cólera; encogióse

convulsivamente de hombres, y oscureció su frente como la sombra de un profundo descontento. En seguida llamó violentamente.

— Que lleven esto al telégrafo, — dijo.

Era un lacónico despacho para el Prefecto de Tarbes, mandando, de parte del Emperador, que se anulase inmediatamente el bando sobre la Gruta de Lourdes, y que se dejase en libertad á los pueblos.

V.

Conocidas son las teorías de la ciencia sobre esa maravillosa chispa eléctrica que los alambres, cruzando el mundo, transportan de uno á otro polo con la rapidez del relámpago. El telégrafo, dicen los sabios, es el rayo. Aquel día el baron Massy fué de la opinion de los sabios. El telégrama imperial, cayendo bruscamente sobre su cabeza, le aturdió, ni más ni ménos que lo hubiera hecho la caída de un rayo sobre su casa. No podía dar crédito á sus ojos. Cuanto más pensaba en ello, más imposible le parecía retroceder y desdecirse públicamente. Tenía, sin embargo, necesariamente que tragar aquel amargo brebaje, ó presentar su dimision y arrojar lejos de sí la copa prefectoral. ¡Fatal alternativa! A veces el alma de los empleados públicos padece grandes angustias.

Quando sufrimos una súbita catástrofe, nos cuesta

trabajo aceptarla como definitiva; y aunque todo esté perdido, queremos todavía luchar. El baron Massy fué víctima de esta ilusion. Con la vaga esperanza de que el Emperador revocaria su decision, cargó con la responsabilidad de tener oculto, durante algunos dias, el despacho, y no obedecerle. Además escribió al Emperador, y rogó que interviniese con el Soberano al Ministro Rouland, herido tan completa, aunque no tan públicamente como él, por la inesperada orden de Biarritz.

Tan insensible fué Napoleon III á las reclamaciones del Ministro, como á las instancias y á las súplicas del Prefecto. Su fallo, fundado en la evidencia, era irrevocable. Cuantos pasos dieron para disuadirle, no produjeron más resultado que el de poner en su conocimiento que el Prefecto se había atrevido á desdeñar sus órdenes y á dilatar su ejecucion. Partió, pues, de Biarritz otro despacho redactado en términos que no admitían ni una réplica, ni una dilacion.

El baron Massy tenía que escoger entre su orgullo y su prefectura. Hizo la dolorosa eleccion, y, á fuer de humilde, optó por la última.

Resignóse, pues, el Jefe del departamento á obedecer. No obstante, á pesar de los imperativos despachos de su señor, intentó todavía no luchar, puesto que era completamente imposible, pero al ménos disimular su retirada y no rendir públicamente las armas.

A consecuencia de algunas indiscreciones de oficina, ó acaso tambien de las conversaciones de los personajes que habían visitado al Emperador, sabía ya vagamente el público el sentido de las órdenes llegadas de Biarritz,

y todo el mundo hablaba de ellas. El Prefecto ni confirmó ni desmintió tales rumores, pero ordenó á Jacomet y á sus agentes que suspendieran los procesos y que dejaran de vigilar en la Gruta. Semejante abstencion, después de los rumores que corrían acerca de las instrucciones del Emperador, pareciale suficiente para que las cosas volvieran por sí mismas á su estado normal, y para que el bando cayera, de hecho, en desuso, sin que fuese necesario revocarle. Hasta era probable que los pueblos, en cuanto quedasen en libertad, se apresurasen á arrancar y á arrojar en el Gave los postes donde estaban escritas las prohibiciones de entrar en el terreno comunal y las empalizadas que cerraban la Gruta.

Pero el Sr. Massy se engañó en sus cálculos, tan plausibles en cierto modo. A pesar de la abstencion de la policia, á pesar de los rumores que circulaban, y que ningun personaje oficial desmentía, y quizá á causa de todo esto los pueblos temieron algun lazo y continuaron yendo á rezar á la otra orilla del Gave. Las infracciones tuvieron, en general, como ántes, un carácter privado. Nadie tocó á los postes ni á las empalizadas. En lugar de caer por sí mismo, como esperaba el Prefecto, manteníase el *statu quo* obstinadamente.

Dado el carácter de Napoleon III y la claridad de las órdenes expedidas en Biarritz, semejante situacion era peligrosa para el Prefecto. El baron Massy tenía harto talento para no comprenderlo. Debía temer á cada instante que no instruyesen de repente al Emperador de la manera que tenía de engañarle ó de intentarlo al ménos, y sin duda le asaltaban sin cesar temores de recibir algu-

na terrible misiva que le aniquilase para siempre, arrojándole en la nada, es decir, fuera de las luminosas esferas oficiales, en esas tinieblas exteriores en que se agita el infortunado círculo de los que no son empleados.

Setiembre se acercaba á su fin.

Durante tantas perplejidades acertó á ir á Tarbes y aún á pasar por Lourdes el Sr. Fould. ¿Aumentó, hablándole del Soberano, el temor del Prefecto? ¿Recibió el Baron algun nuevo telégrama más aterrador que los anteriores? No lo sabemos. Lo que hay de cierto es que el 5 de Octubre, á impulso de una causa desconocida, el Sr. Massy, dócil como una caña hollada por el pie de un caminante, trocó su arrogante altivez por una completa y súbita postracion.

Al día siguiente, en nombre del Emperador, ordenó al Alcalde de Lourdes que revocase públicamente el bando y mandara á Jacomet quitar los postes y la empalizada.

VI.

El Sr. Lacadé no tuvo las dudas que el Sr. Massy. Semejante solucion le libraba de la ruda carga que le había impuesto su complejo deseo de contentar al Prefecto y á las multitudes, á las potestades del cielo y á las de la tierra. Por una ilusion bastante comun en las naturalezas indecisas, imaginóse haber profesado siempre la opinion que prevalecia, y redactó en este sentido una proclama:

«Habitantes de la ciudad de Lourdes, al fin ha llegado el día que tanto deseábamos: nosotros le hemos conquistado con nuestra prudencia, con nuestra perseverancia, con nuestra fe, con nuestro valor....» Tal era la sustancia y el tono de su proclama, cuyo texto se ha perdido (1).

Leyóse la proclama en toda la ciudad, al son de trompetas y tambores, al mismo tiempo que en todas las esquinas se fijaba el siguiente cartel:

EL ALCALDE DE LA CIUDAD DE LOURDES,
en vista de las instrucciones que ha recibido,

ordena:

«Queda derogado el bando que dictó el 8 de Junio de 1858.

»Dado en Lourdes, en las Casas consistoriales, el 5 de Octubre de 1858.

El Alcalde, A. LACADÉ.»

Entre tanto Jacomet y los guardias municipales acudían á la Gruta para quitar la empalizada y los postes.

La muchedumbre allí reunida aumentaba por momentos. Unos rezaban arrodillados, esforzándose por que no los distrajeran los ruidos extariores, y dando á Dios gracias por haber puesto fin al escándalo y á las persecucio-

(1) La familia Lacadé guardó una gran parte de los papeles relativos á la Gruta de Lourdes, en lugar de dejarlos en el archivo municipal. Inútiles han sido cuantos esfuerzos hemos hecho para obtener una copia de tan preciosos documentos. La familia Lacadé nos ha dicho que los había quemado.

nes. Otros , en pié , hablaban en voz baja , esperando no sin razon , lo que iba á suceder. Gran numero de mujeres tenfan en la mano sus rosarios. Muchos llevaban vasijas para llevarlas en el mismo sitio en que brotaba la fuente. Arrojábanse flores en el interior de la Gruta por encima de las empalizadas , á las cuales no tocaba nadie. Era menester que los mismos que públicamente las habian levantado , rebelándose contra el poder de Dios , acudieran á retirarlas públicamente , humillándose ante la voluntad de un hombre.

Llegó Jacomet , y aunque á pesar suyo , se descubriese en su persona , un poco temblorosa , y se adivinase en la palidez de su rostro una profunda humillacion interior ; no tenía contra lo que todos esperaban , el triste aspecto de un vencido. Erguida la cabeza , se adelantaba escoltado por sus agentes , armados de hachas y azadones. Por una singular afectacion , vestía su uniforme de gran gala , con su ancha banda tricolor flotando sobre la espalda. Abrióse paso por entre la multitud y se colocó junto á las empalizadas. Oíanse en la muchedumbre sordos murmullos y algunos gritos aislados. El Comisario , subido en una roca , hizo señas de que quería hablar. Todos escucharon. « Amigos míos , exclamó , segun cuentan , Jacomet : las empalizadas que veis y que , con gran pesar mio , recibió orden de levantar la Municipalidad de Lourdes , van á caer. ¿ A quién ha hecho sufrir tanto como á mi ese obstáculo puesto á vuestra piedad ? Yo tambien soy religioso , amigos míos , y participo de vuestras creencias. Pero el empleado , como el soldado , tiene solo una consigna ; el deber , cruel muchas veces , de obedecer. La responsabilidad no

es suya. Pues bien, amigos míos; cuando he presenciado vuestra admirable tranquilidad, vuestro respeto al poder, vuestra perseverante fe, he dado cuenta á las autoridades superiores. He defendido vuestra causa, amigos míos, y he dicho: ¿Por qué se los quiere impedir que recen en la Gruta, que beban en la fuente? Ese pueblo es inofensivo. Y así, amigos míos, he conseguido que se levantaran las prohibiciones, y por eso hemos decidido el señor Prefecto y yo derribar esas barreras, tan penosas para vosotros, y mucho más para mí.»

La muchedumbre guardaba un frío silencio. Algunos jóvenes cuchicheaban y se reían. Su fiasco turbaba visiblemente á Jacomet, que mandó á sus agentes arrancar la empalizada. Hízose así en seguida, y se formó junto á la Gruta un monton de tablas que despues, á la caída de la tarde, recogió la policía.

Inmensa emocion reinaba en la ciudad de Lourdes. Durante aquella tarde estuvo á todas horas lleno de gente el camino de la Gruta. Innumerables fieles arrodillados contemplaban las rocas Massabielle, entonando cánticos ó recitando las letanías de la Virgen. *Virgo potens, ora pro nobis*. Podía beberse en la fuente: los creyentes estaban en libertad: Dios había vencido.

LIBRO NOVENO.

Traslacion á otro empleo del prefecto Massy y del comisario Jacomet.—La Comision informadora.—Su método. La viuda Magdalena Rizan.—La señorita María Moreau de Lazenay.—Dictámen de los médicos.—Dictámen de la Comision informadora.—Fallo del Obispo.—Construccion de una iglesia en las rocas Massabielle.

I.

Despues de los acontecimientos que preceden, era imposible la permanencia del Sr. Massy en el pais. El Emperador no tardó, pues, en enviarle á la primera prefectura que vacó en el Imperio. Por una singularísima particularidad, esta prefectura fué la de Grenoble. El baron Massy no se alejó de nuestra Señora de Lourdes, sino para ir al encuentro de nuestra Señora de la Saleta.

Tambien Jacomet abandonó la comarca para desempeñar el cargo de Comisario de policia en otro departamento. Colocado en su verdadero terreno, contribuyó á descubrir con poco comun sagacidad los enredos de algunos peligrosos malhechores, que habían conseguido burlar los esfuerzos de su antecesor y las más activas pesquisas

del ministerio fiscal. Tratábase de un robo considerable, un robo de doscientos ó trescientos mil francos, cometido en perjuicio de una compañía de ferro-carriles. Este fué el punto de partida de su fortuna en la policía, que era su verdadera vocacion. Sus notables disposiciones, justisimamente apreciadas por sus jefes, debian conducirle á un alto puesto.

El Procurador imperial, Sr. Dutour, fué trasladado tambien á poco tiempo á otro empleo. El Sr. Lacadé continuó de Alcalde, y aún tendrémos ocasion de ver una ó dos veces su vago perfil en las últimas páginas de esta obra.

II.

Aunque monseñor Laurence nombró un tribunal investigador á fines de Julio, quiso que se tranquilizasen un poco los ánimos antes de que ese tribunal diese principio á sus tareas. «Aguardar, pensaba, nunca podrá comprometernos cuando se trata de las obras de Dios, que tiene el tiempo en su mano.» Los sucesos habian venido á darle la razon. Despues de los tumultuosos debates de la prensa francesa y de las violentas disposiciones del baron Massy, la Gruta habia quedado libre y ya no era de temer el escándalo de un agente de policía prendiese en el camino de las rocas Massabielle á la Comision episcopal al ir á cumplir su mision y á estudiar, en el mismo sitio de la aparicion, las huellas de la mano de Dios.

El 17 de Noviembre trasladóse la Comision á Lourdes, y allí interrogó á la vidente. «Bernardita, dicen las actas del Secretario, se nos presentó con gran modestia; y sin embargo, con asombrosa seguridad. Apareció tranquila, sin turbarse en medio de tan numerosa asamblea y ante respetables eclesiásticos, á quienes nunca habia visto, pero cuya mision le habian anunciado.»

La jóven refirió las apariciones, las palabras de la Virgen, su mandato de que la construyesen en aquel lugar una capilla para su culto, el repentino nacimiento de la fuente, y el nombre de «Imaculada Concepcion» que la Vision se habia aplicado á sí propia. Expuso con la grave conviccion de un testigo seguro de sí mismo, y con el humilde candor de una niña, todo cuanto á su persona se referia en aquel drama sobrenatural, principiado hacia cerca de un año. Respondió á todas las preguntas, sin dejar ninguna duda en el ánimo de los que la interrogaban, no ya en nombre de los hombres, como Jacomet, el Procurador ó tantos otros, sino en nombre de la Iglesia católica, eterna esposa de Dios. Todo cuanto declaró ya lo conocen nuestros lectores, pues lo hemos referido en diversas páginas de la presente historia.

La Comision visitó las rocas Massabielle, y vió con sus propios ojos la divina fuente, convenciéndose, por la unánime declaracion de los habitantes del pais, de que no existía antes de que la hiciera brotar milagrosamente la vidente en éxtasis, en presencia de una gran multitud.

En Lourdes, y fuera de Lourdes, abrió una escrupulosa informacion sobre las extraordinarias curaciones obtenidas con el agua de la Gruta.

Tenía tan delicado estudio dos partes muy distintas: la comprobación de los hechos en sí y de sus circunstancias dependían del testimonio humano; el exámen de su carácter natural ó sobrenatural dependía, al ménos en gran parte, de la medicina. En estos dos pensamientos fundó su método el tribunal informador.

Recorriendo las diócesis de Tarbes, de Auch y de Bayona, citaba la Comision á los que se decía habían sido objeto de aquellas singulares curaciones. Interrogábalos con minucioso cuidado sobre todos los detalles de su enfermedad y de su súbita ó gradual curacion; hacía que hombres versados en la ciencia humana les dirigieran preguntas técnicas, que acaso no se hubieran ocurrido á los teólogos, y convocaba para comprobar las declaraciones á los parientes, amigos, vecinos, en suma, á todos los testigos de las diversas fases del suceso, á los que habían visto al enfermo, á los que habían presenciado la curacion, etc. etc.

Cuando de este modo adquiría la Comision absoluta certeza de los hechos, tanto en su conjunto como en sus detalles, sometíalos á la apreciacion de dos médicos eminentes y autorizados de quienes se asesoraba, y que eran uno el Sr. Dr. Verges, médico de los baños de Bareges, profesor agregado á la facultad de Montpellier; y otro el Sr. Dr. Dozous, que ya había por su propia cuenta estudiado muchos de aquellos singulares casos.

Cada médico consignaba en nota separada su apreciacion; ora rechazando el milagro por atribuir la desaparicion de la enfermedad á causas naturales; ora declarando el hecho completamente inexplicable, á no ser

por una accion sobrenatural del poder divino ; ora , finalmente , no afirmando nada y manifestándose indecisos , aunque se inclinaran algo más á una ó á otra de ambas soluciones.

Con estos dos elementos (el pleno conocimiento de los hechos por una parte, y por otra las afirmaciones de la ciencia) la Comision deliberaba y proponía su juicio al Obispo con todos los documentos del proceso.

La Comision no tenía , no podía tener opinion preconcebida. Aunque en principio creyese en lo sobrenatural , que tantas veces aparece en la historia del mundo , sabía al mismo tiempo que nada desacredita tanto los verdaderos milagros debidos á Dios , como los falsos prodigios debidos á los hombres. Tan distantes de afirmar de antemano como de negar prematuramente , sin estar preocupada ni en pro ni en contra del milagro , limitábase á examinar y buscaba únicamente la verdad. Recurriendo para instruirse á todas las declaraciones , á todos los datos , á todos los testimonios , proporeionaba á sus obras cuanta publicidad era posible. Tan fácil acceso daba á los incrédulos como á los que creían. Enérgicamente decidida á desechar con la más implacable severidad todo lo que fuera vago é inseguro , y á aceptar sólo los hechos ciertos , claros é irrecusables , rechazaba todas las declaraciones fundadas en un se dice ó en vanos rumores.

Imponía á todos los testigos dos condiciones : 1.^a Declarar sólo lo que supieran personalmente , lo que hubieran visto con sus propios ojos. 2.^a Comprometerse á decir toda la verdad y sólo la verdad , bajo la solemne fe del juramento.

Imposible era con semejantes precauciones y con una organizacion tan prudente como bien entendida, que los milagros fingidos engañasen, ni por un momento, á la Comision. Y aún más imposible, si se tiene en cuenta que había muchas personas hostiles á lo sobrenatural é interesadas en combatir y en refutar todo error, toda exageracion, toda afirmacion dudosa, todo supuesto milagro que no se demostrase perfectamente.

Con tal sistema, es cierto que podían quedar indudablemente sin la sancion de la Comision informadora verdaderos milagros, por no comprobarse suficientemente; pero había en cambio la seguridad de que ningun prodigio engañoso podría resistir la severidad de su exámen y ponerse, ni aún en el pensamiento de la Comision, al lado de los admirables hechos de un orden sobrenatural y divino.

Todo el que, para contradecir tal ó cual milagro, pudiera proporcionar, nó vagas y generales teorías, sino afirmaciones concretas por conocer personalmente los hechos, recibía un aviso rogándole que compareciese. No hacerlo equivalía á conformarse con el fallo y confesar que no se tenía nada serio que aducir, ni ninguna contra-prueba que alegar. Tales eran la evidente significacion y la gran trascendencia de la abstencion. Los partidos exaltados por la pasion y por el ardor de una prolongada lucha, nunca se dejan condenar en rebeldía. Rehusar el combate, vale tanto como aceptar la derrota.

III.

De este modo se informó durante muchos meses la Comision episcopal de todas aquellas personas que por la pública voz ó por algunos datos previamente recogidos constábase que habían sido favorecidos por una de aquellas curaciones cuyo carácter estaba obligada á averiguar.

Comprobó así gran número de milagros, muchos de ellos conocidos ya de nuestros lectores. Sin embargo, había dos muy recientes, verificados poco tiempo despues de la derogacion del bando prefectoral. Uno había tenido lugar en Nay, otro en Tartas; y aunque las dos personas agraciadas con el favor celestial no se conocían, unía, al parecer, á ambos sucesos un misterioso lazo. Los referiremos sucesivamente, segun los estudiamos y escribimos al escuchar su viva y conmovedora relacion.

IV.

En la misma ciudad de Nay, donde pocos meses ántes había milagrosamente sanado el jóven Enrique Busquet, una viuda anciana, la señora Magdalena Rizan, estaba á punto de morir. Hacía veinticuatro ó veinticinco años que su vida no era más que una larga serie de do-

lores. Atacada del cólera en 1832 quedó casi completamente parálitica del lado izquierdo, cojeaba, y sólo apoyándose en las paredes y en los muebles conseguía dar algunos pasos en el interior de la casa. Rarísimas veces, que no pasaban de dos ó tres al año en el rigor del verano, podía, ayudada por otras personas y casi llevada en brazos, asistir á la iglesia de Nay, inmediata á su casa, y oír allí misa. Erale imposible, sin ajenos socorros, ponerse de rodillas y luégo levantarse. Tenía completamente atrofiada una de las manos, y su temperamento en general no se resentía ménos que sus miembros de las consecuencias del terrible mal asiático. Asaltábanla continuos vómitos de sangre, y su estómago no podía soportar alimentos sólidos. No obstante, se había conseguido con jaletinas, purés y café sostener en tan deplorables condiciones la vacilante llama de su vida, llama sin embargo moribunda, siempre dispuesta á apagar su misterioso fulgor y sin fuerza para dar calor á aquel desdichado cuerpo, agitado muchas veces por helados temblores. La pobre mujer tenía siempre frio. Aun en medio de los ardores de Julio ó de Agosto quería estar viendo chispear el fuego en el hogar, y mandaba que acercasen su gran sillón á la chimenea.

Hacia diez y seis ó diez y ocho meses que su mal se había agravado, invadiendo completamente su lado izquierdo la parálisis, enfermedad que ya principiaba á extenderse á la pierna derecha. Los miembros atacados de la atrofia estaban desfigurados por una gran hinchazon, como suele acontecer á veces en los de los hidrópicos.

La señora Rizan había cambiado el sillón por la cama,

donde no podía hacer ningún movimiento, agravándose tanto que tenían que cambiarla de posición de cuando en cuando, pues no era más que una masa inerte. No sólo había perdido la sensibilidad, sino el movimiento.—¿Dónde están mis piernas? solía preguntar cuando la movían un poco.

Tenía los miembros, por decirlo así, recogidos y como replegados sobre sí mismos, y estaba echada siempre de lado en figura de Z.

Habíanla asistido sucesivamente dos médicos. El señor doctor Talamon la declaró, tiempo hacía, incurable, y sólo continuaba visitándola con frecuencia como amigo, pero sin querer ordenarla ningún remedio, porque decía que cualquier régimen, fuese el que fuese, le sería en alto grado nocivo, y que la farmacia y los medicamentos no conseguirían más que debilitar á la enferma y gastar aún más su organismo, ya tan mortalmente herido. El señor Doctor Subervielle, accediendo á los ruegos de la enferma, le había recetado algunas medicinas, que reconoció en seguida eran inútiles, renunciando también á toda esperanza.

Si los miembros dominados por la parálisis eran ya insensibles, en cambio los sufrimientos que aquella desdichada padecía en los demás, ya en el estómago ó en el vientre, ya en la cabeza, eran insoportables. La constante posición que su cuerpo había conservado acabó por producirle dos llagas, una en el pecho y otra en la ingle. Además en muchos puntos del costado, la piel desgastada por el continuo roce con las ropas, dejaba descubierta la ensangrentada carne. La muerte se acercaba.

La señora Rizan tenía dos hijos. Su hija, llamada Lubina, vivía con ella, y la cuidaba con infatigable abnegación. Su hijo, el Sr. Roman Rizan, estaba empleado en Burdeos en una casa de comercio.

Cuando ya no quedaba esperanza alguna, cuando el doctor Subervielle declaró que quedaban á la enferma pocos dias de vida, avisaron á toda prisa al Sr. Roman Rizan. Llegó éste, abrazó á su madre, recibió su bendición y su suprema despedida, y en seguida, obligado á partir inmediatamente, en cumplimiento de una orden que le llamaba, arrancado de la cabecera de aquel lecho de muerte por la cruel tiranía de los negocios, abandonó á su madre con la horrible certidumbre de que no volvería á verla ya nunca.

La moribunda había recibido la Extremaunción. Su agonía se prolongaba en medio de insufribles padecimientos.— ¡Dios mio, solía exclamar, poned un término á mis dolores! ¡Concededme, Señor, la gracia de que sane ó de que muera!

Suplicó á las Hermanas de la Cruz en Igon, que tenían por superiora á su cuñada, que hicieran una novena á la Santísima Virgen para obtener de su poder la curación ó la muerte. Por último, demostró tambien deseos de beber agua de la Gruta, y una vecina, la señora Nessans, que iba á Lourdes, la prometió traérsela á su vuelta.

Hacia algun tiempo que la velaban dia y noche. El sábado 16 de Octubre una violenta crisis anunció que se acercaba definitivamente el ultimo momento. Los esputos de sangre no se interrumpían: cadavérica palidez se ex-

tendió por su escuálido rostro, en el que se destacaban sus vidriosos ojos. La enferma apenas hablaba más que para quejarse de sus agudos dolores.— ¡ Señor, repetía, Señor, cuánto sufro ! ¿ No podré, pues, morir ?

— Bien pronto verá satisfechos sus deseos, dijo el doctor Subervielle al despedirse. Morirá esta noche, ó á lo sumo al rayar el dia. Ya no queda aceite en la lámpara.

De cuando en cuando abríase la puerta, y los amigos, los vecinos y algunos sacerdotes, como el señor Dupont y el señor Sanarens, Párroco de Nay, entraban silenciosamente y preguntaban en voz baja si la enferma vivía aún.

Al separarse de ella por la noche el Sr. Andrés Dupont, su confesor y amigo, no pudo contener una lágrima.

— Morirá esta noche, dijo, y no volveré á verla hasta el Paraiso.

Entrada la noche, poco á poco había ido quedándose sola la casa. Lubina, sin esperanza ninguna terrenal, rezaba arrodillada ante una imágen de la Virgen. Sólo interrumpía el medroso silencio la penosa respiracion de la enferma. Era cerca de media noche.

— ¡ Hija mia ! dijo la moribunda.

Lubina se levantó y se acercó á la cama.

— ¿ Qué quereis, madre mia ? dijo cogiéndole una mano.

— Hija querida, — le dijo con apagada voz la enferma, saliendo, al parecer, de un profundo letargo ; — ve á casa de nuestra amiga la señora Nessans, que ha debido volver de Lourdes esta noche, y pídele un vaso de agua

de la Gruta. Con esa agua debo curarme : la Santísima Virgen lo quiere.

—Madre mia , respondió Lubina , es ya demasiado tarde. No puedo dejaros sola , y además estarán acostados todos en casa de la señora Nessans ; pero mañana en cuanto amanezca iré á buscarla.

—Aguardemos entónces.

Y la enferma volvió á quedar callada.

Pasó la noche.

Las alegres campanas anunciaron por fin la aurora del domingo. El *Angelus* de la mañana llevaba hasta la Virgen María las oraciones de la tierra , y celebraba la eterna memoria de su omnipotente maternidad. Lubina corrió á casa de la señora Nessans , y volvió en seguida con una botella de agua de la Gruta.

—¡ Tomad , madre mia , bebed , y ayúdeos la Santísima Virgen ! dijo.

Lleyóse la señora Rizan el vaso á los labios y bebió algunos sorbos.

—¡ Oh hija mia , exclamó , estoy bebiendo la vida ! ¡ Hay vida en esta agua ! ¡ Frótame con ella el rostro , los brazos , todo el cuerpo !

Trémula y fuera de sí , empapó Lubina un lienzo en el agua milagrosa , y lavó el rostro de su madre.

—¡ Ya estoy curada ! exclamaba ésta con voz clara y enérgica. ¡ Ya estoy curada !

Lubina seguía , entre tanto , frotando los hinchados y paralíticos miembros de la enferma. Con embriagadora felicidad , mezclada con una especie de espanto , veía la enorme hinchazon ir bajando y desaparecer de impro-

viso bajo el rápido movimiento de su mano, y la piel, violentamente estirada y reluciente, volver á tomar su aspecto natural. Bajo sus dedos renacían sin transición, instantáneamente, la salud y la vida.

—Parece, decía la madre, como si salieran por todo mi cuerpo unos granos abrasadores.

Era sin duda el principio interior del mal que huía de aquel cuerpo, hasta entónces tan atormentado por el dolor, y que le abandonaba para siempre, obedeciendo á una voluntad sobrehumana.

Todo esto habia pasado en un instante. En uno ó dos minutos el cadavérico cuerpo de la señora Rizan, lavado por su hija, habia adquirido la plenitud de sus fuerzas.

—¡Ya estoy curada, completamente curada! repetía la dichosa mujer. ¡Cuán buena es la Santísima Virgen! ¡Cuán poderosa!...

Despues de exhalar así repetidas veces su gratitud á los celestiales beneficios, sintió despertarse violentamente los apetitos materiales.

—Lubina, querida Lubina mia; tengo hambre, quiero comer.

—¿Quereis café? ¿quereis vino ó leche? balbuceó la jóven asustada por la rapidez, en cierto modo aterradora, de aquel milagro.

—Quiero carne y pan, hija mia, respondió su madre; pues ya va á hacer veinticuatro años que no los he comido.

Habia allí un poco de carne flambre y de vino. La señora Rizan comió y bebió.

—Y ahora , dijo en seguida , quiero vestirme.

—Eso no puede ser , madre mia , dijo Lubina vacilando á pesar suyo en dar crédito á sus ojos , é imaginándose acaso que las curaciones obradas directamente por Dios , estaban sujetas , como las ordinarias , á la lentitud y á las precauciones de la convalecencia. Temía ver desvanecerse aquel tan inesperado milagro.

La señora Rizan insistió y pidió sus vestidos , que estaban hacia muchos meses doblados y puestos en su sitio en un armario de la pieza inmediata. Pensaban ¡ ay! que ya no volverían á hacer falta. Lubina salió de la alcoba para ir á buscarlos , y volvió á entrar casi en seguida; pero al llegar al dintel de la puerta , lanzó un grito y dejó caer al suelo , tan grande fué su asombro , la ropa que llevaba en la mano.

Su madre , durante su corta ausencia , había saltado fuera de la cama , yendo á arrodillarse delante de la chimenea , donde había una escultura de la Virgen. Allí estaba con las manos unidas dando gracias á su omnipotente libertadora.

Lubina , atónita , cual si presenciase la resurreccion de un muerto , no podía ni ayudar á su madre á vestirse. Ésta recogió su ropa , vistióse sola en un abrir y cerrar de ojos , y volvió á arrodillarse á los piés de la sagrada imagen.

Eran cerca de las siete de la mañana , hora de salir de la primera Misa. El grito de Lubina resonó en la calle , y le escucharon los grupos que pasaban por delante de la casa.

—¡ Pobre muchacha ! exclamaron. Por lo visto acaba

de espirar su madre. Era imposible que pasara de la noche.

Muchas personas, amigas ó vecinas, entraron en seguida en la casa para acompañar y consolar á Lubina en su indecible dolor. Entre ellas dos hermanas de la Santa Cruz.

— ¡Pobre niña! ¡Ha muerto vuestra buena madre! Ya volveréis á verla en el cielo.

Y se acercaron á la jóven, á quien hallaron apoyada en la entornada puerta, con el rostro desencajado.

Lubina apénas pudo responderles.

— Mi madre ha resucitado, dijo con voz alterada por una emocion tan fuerte que la hacia desfallecer.

— ¡Infeliz! ¡Delira! pensaron las hermanas, y penetraron en el cuarto, seguidas de algunas personas que con ellas subian la escalera.

Lubina habia dicho la verdad.

La señora Rizan habia abandonado la cama. Estaba vestida, y rezaba arrodillada ante una imagen de Maria. Levantóse y exclamó:

— ¡Ya estoy curada! Demos gracias á la Santísima Virgen. ¡ Todos de rodillas!

La noticia de tan extraordinario acontecimiento recorrió la ciudad de Nay con la rapidez del rayo. Todo aquel dia y el siguiente estuvo llena la casa. Agolpábase la gente, con tanta emocion como recogimiento, en aquel cuarto por donde acababa de pasar un rayo de la bondad omnipotente de Dios. Todos querian ver á la señora Rizan, tocar su cuerpo resucitado, convencerse por sus propios ojos, y grabar en su memoria todos los pormenores de aquel drama sobrenatural.

El señor doctor Subervielle reconoció sin vacilar el carácter sobrenatural y divino de aquella extraordinaria curacion.

En Burdeos, en tanto, el Sr. Roman Rizan aguardaba con angustiosa desesperacion la fatal misiva que habia de anunciarle la muerte de su madre.

Fué para él un golpe terrible una carta que recibió con el sobre de letra del sacerdote Sr. Dupont, para él muy conocida.

—He perdido á mi pobre madre, dijo á un amigo que estaba con él. Y prorumpió en llanto, sin atreverse á romper el sobre.

—Tened fortaleza en la desgracia, tened fe, le decia su amigo.

Por fin abrió la carta. Las primeras palabras que vieron sus ojos fueron las siguientes: « ¡Deo gratias! ¡Alleluia! Alegraos, querido amigo mio; vuestra madre está curada, *completamente* curada; la Santísima Virgen la ha devuelto milagrosamente la salud. »

El Sr. Dupont le contaba por qué medio sobrenatural habia la señora Rizan hallado en su agonía la vida en lugar de la muerte.

¡Qué alegría para el hijo! ¡Qué alegría para su amigo!

Éste se hallaba empleado en una imprenta de Burdeos, donde se publicaba el *Messenger Catholique*.

—Dadme esa carta, dijo á Roman. Es preciso que las obras de Dios se conozcan y que sea glorificada Nuestra Señora de Lourdes.

Medio de grado, medio por fuerza, obtuvo la car-

ta. El *Messenger Catholique* la publicó algunos días despues.

En cuanto al hijo afortunado , volvió á partir inmediatamente para Nay. A la llegada de la diligencia le esperaba una mujer. Al verle corrió á su encuentro ágil y resuelta, y se precipitó en sus brazos llorando de ternura y de alegría.

Era su madre.

Diez años despues , el autor de este libro , buscando todos los pormenores de la verdad , registró por sí mismo, para escribir esta historia , la informacion hecha en otro tiempo por la Comision episcopal.

Visitó á la señora Rizan y admiró su completa salud y su lozana vejez. Ha llegado ya á los setenta y un años, y no padece ninguno de los achaques que la edad trae consigo. Ninguna señal queda de sus males y sufrimientos. A todos los que la habian conocido anteriormente, y cuyo testimonio oíamos , les causaba todavía asombro referir el prodigioso acontecimiento (1).

(1) Todas las circunstancias de este hecho, dice el dictámen de los médicos, llevan el sello de lo sobrenatural. Es imposible no verlo así, cuando por una parte se considera lo crónico del mal, que empezó en 1834, la fuerza de la causa que le ha producido, el cólera, los estragos de algunos de sus sintomas en un órgano importante de la vida, el estómago; la inutilidad de los tratamientos ordenados y seguidos por un médico inteligente, el doctor Suervielle; el aplanamiento progresivo de las fuerzas, consecuencia inevitable de la dispepsia y de los tristes efectos

Quisimos ver al doctor Subervielle. Había muerto hacía algunos años. Entónces dijimos á un eclesiástico de Nay que nos acompañaba :

—Pero asistía además á la enferma un médico del país, el doctor Talamon.

—Efectivamente, respondió nuestro guía, y es una excelente persona. Iba habitualmente á casa de la señora Rizan, nó como médico, sino como vecino y amigo; pero desde la milagrosa curacion cesó de ir, y no volvió á parecer hasta ocho ó diez meses despues.

—Acaso, replicamos, querría evitar que le interrogaran y tener que hablar de este hecho extraordinario, que estaba sin duda poco en armonía con sus principios de filosofia médica.

—No sé.

—No importa; quiero verle.

Y fuimos á su casa.

—El doctor Talamon es un anciano alto y erguido, de faz inteligente y expresiva, frente despejada, cabellos blancos, mirada firme que indica ideas tenaces, boca móvil sobre la cual vaga frecuentemente la sonrisa del escepticismo. Tales son los rasgos principales que en él llaman la atencion.

que en su sistema nervioso causaban sus casi continuos dolores, y por otra se tiene en cuenta, en contraposicion á todas esas circunstancias, la eficacia del agua natural, empleada una sola vez, y lo instantáneo de los resultados que se han obtenido.

Le expusimos el objeto de nuestra visita.

—Hace mucho tiempo que eso sucedió, dijo. Despues de diez ó doce años no recuerdo más que vagamente el hecho de que me hablais y del cual, por otra parte, no fui testigo directo. No vi á la señora Rizan sino algunos meses despues: ignoro en qué condiciones, con qué agentes, con qué progresion, lenta ó rápida, se efectuó su curacion.

—Pero, ¿cómo, señor doctor, cómo no tuvisteis la curiosidad de comprobar personalmente el hecho extraordinario que supisteis por la pública voz, tan extendida por todo el país?

—Caballero, me respondió, soy médico viejo; tengo la conviccion de que las leyes de la naturaleza nunca se trastornan, y, si he de hablaros con franqueza, no creo en esos milagros.

—¡ Ah, Doctor! dijo el Sacerdote que me acompañaba, pecais contra la fe.

—Yo, Sr. Doctor, no os acuso de haber pecado contra la fe; os acuso de haber pecado contra la ciencia que profesais, contra la medicina.

—¿Cómo? ¿En qué?

—La medicina no es una ciencia especulativa, sino experimental; la experiencia es su ley; la observacion de los hechos su primero y fundamental principio. Si os hubieran dicho que la señora Rizan había sanado de esa manera, frotándose con una infusion de una planta recientemente descubierta, á buen seguro que no hubierais dejado de ir á comprobar la curacion, examinar la planta y analizar un descubrimiento que acaso os hubiera pa-

recido tan importante como el de la quina en el siglo pasado. Lo mismo hubiérais hecho si esta repentina curacion la hubiera producido un nuevo manantial sulfuroso ó alcalino; pero se trataba de un agua brotada milagrosamente, y no habeis querido ir á verlo. Olvidando que sois médico, es decir, el humilde servidor de los hechos, no habeis querido mirarlos, como los académicos de ciencias que negaron el vapor sin dignarse estudiarlo, y proscribieron la quina en nombre de no sé qué pretendidos principios médicos. En medicina la presentacion de un hecho que le contradiga prueba la falsedad de un principio. La experiencia es el árbitro supremo. Y si me lo permitis, señor doctor, he de haceros observar que si no hubiérais tenido una vaga sospecha de lo que os digo, no hubiérais vacilado ni un instante en ir á estudiar el caso y en proporcionaros el placer de probar la impostura de un milagro que conmovia á todo el país. Pero esto hubiera sido exponeros á daros por vencido, y habeis obrado como esos hombres sistemáticos que no quieren oir las razones de su adversario. Por ser fiel á vuestras preocupaciones filosóficas, habeis faltado á la fe en la medicina, que consiste en arrostrar el estudio de los hechos, sean los que fueren, para sacar de ellos alguna enseñanza. Os digo todo esto, doctor, con tanta más libertad cuanto que no ignoro lo mucho que valeis, y conozco que vuestro clarísimo talento es capaz de comprender la verdad. Niéganse muchos médicos á dar testimonio de hechos de esta clase, porque no se atreven á provocar el descontento de la facultad y las burlas de sus compañeros. En cuanto á vos, doctor, si la filosofía os ha en-

gañado, á buen seguro que para nada ha entrado en vuestra conducta el temor de los hombres.

—Es exacto, me dijo. Pero acaso considerando la cuestion como decís, hubiera hecho mejor en examinar ese caso

V.

Mucho án es de los sucesos de Lourdes, cuando aún no había nacido Bernardita, en el mes de Abril de 1843, hallábase presa de mortales angustias una distinguida familia de Tartas, en las Landas. Iba á hacer un año que la señorita Adela de Chauton se había casado con el señor Moreau de Sazenay, y se acercaba el término de su embarazo.

Siempre es temible la crisis de una primera maternidad. Los médicos, llamados á toda prisa en cuanto se observaron los síntomas precursores, declararon que el parto sería laborioso, y no ocultaron que podría ofrecer algun peligro.

No hay nadie que ignore ó no comprenda la cruel ansiedad de semejantes situaciones. Pero quien sufre las más desgarradoras angustias no es la pobre mujer que gime en el lecho del dolor, y cuyas facultades absorbe casi por completo el padecimiento físico, sino el esposo que siente en aquellos momentos partirsele el corazon por indescriptibles tormentos. Hállase, por lo general, en la edad en que son más vivas las sensaciones; acaba de

entrar en una nueva vida, la dulce vida de dos; ha saboreado las primeras alegrías de una union que, al parecer, ha recibido la bendicion de Dios; ha pasado algunos meses hablando con su compañera de hermosas esperanzas para lo porvenir; se han sentado juntos, si se nos permite la frase, en la felicidad, como en un tranquilo barquichuelo, y el rio de la vida, meciéndolos dulcemente, los ha ido llevando entre floridas riberas. Y de repente, en medio de tanta felicidad, álzase amenazadora la sombra de la muerte. El corazon del esposo, que se extasiaba con la esperanza de un hijo que iba á nacer, encuéntrase de improviso oprimido con el terror de una esposa que puede morir. Oye gritos desgarrados. ¿Cómo acabará la crisis? ¿Cuál será su fruto, la alegría ó la desgracia? ¿Qué va á salir de aquel cuarto, la vida ó la muerte? ¿Qué hay que ir á buscar, una cuna ó un féretro? ¿O acaso ¡horrible contraste! una y otro al mismo tiempo? Y aún ¿quién sabe si dos féretros, uno para la madre y otro para el hijo?

La ciencia humana guarda silencio.

Deben ser horribles semejantes angustias, y aún más para el que no busque en Dios fortaleza y consuelos.

Pero el Sr. Moreau era cristiano, y sabía que el hilo de nuestra existencia está en manos de un Señor Supremo, ante el cual puede siempre apelarse de la decision de los doctores de la ciencia. Cuando el hombre condena, quédale al Rey de los Cielos, como á los soberanos de la tierra, el derecho del indulto.

—Acaso, pensó el infeliz esposo, se dignará la Santísima Virgen escuchar mis ruegos.

Y lleno de confianza se dirigió á la Madre de Jesu-
cristo.

El peligro, que en un principio parecía tan amena-
zador, fué poco á poco desapareciendo como una oscura
nube que empujan y deshacen los vientos en su carrera.
El horizonte iba despejándose, hasta que por fin se sere-
nó, y poco despues apareció resplandeciente. Acababa
de nacer una niña.

Nada de extraordinario tenía ciertamente el feliz
parto. Por alarmante que hubiera parecido el mal al se-
ñor Moreau, nunca había sido de tal naturaleza que hi-
ciese desesperar completamente á los médicos. El resul-
tado favorable de la crisis podía ser, pues, perfectamen-
te natural. Sin embargo, el corazon del esposo y del pa-
dre rebosaba de agradecimiento á la Virgen Maria, pues
no era de esas almas rebeldes al reconocimiento, que no
desean otra cosa que dudar del beneficio para quedar
dispensadas de la gratitud.

— ¿Cómo quereis que se llame vuestra hija? le pre-
guntaron.

— Maria, respondió.

— ¿Maria? Ese es precisamente el nombre más vul-
gár que hay aquí. Todas las mujeres del pueblo, todas
las criadas se llaman Maria. Y además, *Maria Moreau*
es una cosa poco enfónica. Esas dos M., y esas dos R.,
braman de verse juntas.

Y así le adujeron mil razones por el estilo. En suma,
fué una conspiracion general. Pero el Sr. Moreau, que
era una persona muy sencilla, muy atenta, y muy defe-
rente con cuantos consejos se le daban, en aquella oca-

sion se resistió lo mismo á las súplicas que á los consejos, y desdeñó toda clase de censuras con extraordinaria tenacidad. Acordábase de que en sus recientes angustias había invocado aquel sagrado nombre, y que quien le llevaba era la Reina del Cielo.

—Se llamará María, quiero que sea su patrona la Virgen. Yo os aseguro que ese nombre será causa de su felicidad.

Asombrábanse de su obstinacion cuantos le rodeaban, tan inflexible como la de Zacarías cuando quiso, segun refiere el Evangelio, que su hijo se llamara Juan.

En vano todos redoblaron sus instancias; forzoso fué ceder ante aquella voluntad inexorable.

La primogénita de aquella familia llevó, pues, el nombre de María.

Además decidió su padre que durante tres años vistiese de blanco, color consagrado á la Virgen.

Y así se hizo.

Habían pasado más de diez y seis años. El matrimonio Moreau tenía otra hija, llamada Marta. La señorita María Moreau estaba de colegiala en las señoras del Sagrado Corazon, de Burdeos.

A principios de Enero de 1858 la atacó una enfermedad á la vista, que la obligó á interrumpir toda clase de trabajos. Supuso que no sería más que un aire que desaparecería con tanta facilidad como había venido, pero fueron defraudadas sus esperanzas y su estado acabó por presentar un aspecto alarmante. El médico de la casa juzgó necesario tener una consulta con un distinguido oculista de Burdeos, el Sr. Bermont.

No era un achaque insignificante; era nada ménos que gota serena.

—El mal es gravísimo, dijo el Sr. Bermont. Uno de los dos ojos puede considerarse completamente perdido, y al otro no le falta mucho.

Se avisó en seguida á los padres, y la madre acudió inmediatamente á Burdeos para recoger su hija y hacerla seguir en el seno de la familia y con todo género de solícitos cuidados, el tratamiento ordenado por el médico oculista, si no para curar el ojo perdido, al ménos para salvar el otro, que ya estaba tan enfermo que no distinguía los objetos más que á través de una niebla muy confusa.

Los medicamentos, los baños de mar, cuantas cosas aconsejó la ciencia, fueron inútiles. Intentando tan vanos esfuerzos pasaron la primavera y el otoño, y aquel deplorable estado, no sólo resistía á todo, sino que se agravaba lentamente. Parecía inminente una ceguera completa, hasta que los padres decidieron conducir su hija á París para consultar á las notabilidades médicas.

Miéntas preparaban precipitadamente el viaje, temiendo que fuera hartó tarde para conjurar la desgracia que amenazaba á su hija, recibieron por el correo el número semanal de un periódico de Burdeos al que estaban suscritos, el *Messenger Catholique*.

Era uno de los primeros días de Noviembre, y precisamente aquel número del *Messenger Catholique* contenía la carta del Sacerdote Sr. Dupont, y refería la milagrosa curación de la viuda Rizan, de Nay, obtenida mediante el agua de la Gruta.

Abrióle maquinalmente el Sr. Moreau, y sus miradas se fijaron en aquella historia divina. Al leerla palideció.

Acababa de despertarse la esperanza en el alma del desolado padre, y su inteligencia, ó mejor dicho, su corazón, había visto un rayo de luz.

—Esta, dijo, esta es la puerta á donde debemos llamar. Es evidente, añadió con una maravillosa naturalidad cuya expresion textual quisiéramos conservar, es evidente que si la Virgen María se ha aparecido en Lourdes, está interesada en hacer allí curaciones milagrosas, para probar y demostrar la realidad de sus apariciones. Y esto ha de suceder aún con más razon en los principios, puesto que no es un hecho que esté todavía completamente acreditado... Apresurémonos, pues. En esto, como en todo, los primeros que lleguen serán los primeros á quienes se favorezca. Hija mia, á Nuestra Señora de Lourdes es á donde debemos de dirigirnos.

Los diez y seis años transecurridos no habían, como se ve, amortiguado la fe del Sr. Moreau.

Decidieron hacer una Novena, á la cual se asociaron las compañeras y amigas de la jóven enferma. Por una coincidencia providencial tenía á la sazón en su casa un Sacerdote de la ciudad una botella de agua de la Gruta; por manera que se empezó casi en seguida la Novena.

Los padres, en caso de curacion, ofrecieron ir en peregrinacion á Lourdes y vestir por un año á la jóven de blanco y azul, colores de la Santísima Virgen, que ya había llevado durante tres años, cuando era una niña que acababa de entrar en el mundo.

Empezó la Novena el lunes 8 de Noviembre, por la noche.

¿Habrémos de decirlo? La enferma apénas creía; la madre no se atrevía á esperar: sólo el padre tenía esa tranquila fé, á la cual nunca resisten las benéficas potestades del cielo.

Todos rezaron, reunidos en el cuarto del Sr. Moreau, ante una imágen de la Virgen. La madre, la enferma y su hermanita se levantaron sucesivamente para acostarse; pero el padre continuó arrodillado.

Creyéndose solo levantó la voz con tal fervor, que sus acentos detuvieron en la puerta á su familia que iba á retirarse, á su familia que es quien nos ha referido todo esto, y que todavía no puede recordar aquel solemne momento sin temblar de emoción.

— Santísima Virgen, — decía el padre, — Santísima Virgen María, debeis curar á mi hija. Si, verdaderamente *debeis* curarla. Teneis esa obligacion, y no podeis negaros á cumplirla. Pensad ¡oh María! pensad que á pesar de todos, contra la opinion de todo el mundo, os he elegido para que seais su Patrona. Recordad cuántas luchas he sostenido para darle vuestro nombre sagrado. Pues bien, Virgen bendita, ¿podeis olvidar todo esto? ¿Podeis olvidar que entónces yo defendía vuestro nombre, vuestro poder, vuestra gloria, contra la insistencia y las fútiles razones de los que me rodeaban? ¿Podeis olvidar que puse públicamente á esa niña bajo vuestra proteccion, diciendo y repitiendo á todos que ese nombre, que era el vuestro, Virgen María, sería causa de su felicidad?.... Era mi hija, y yo la hice hija vuestra.

¿Podeis olvidarlo? ¿No estais, pues, obligada por esto, Santísima Virgen? ¿No está comprometido vuestro honor (ahora que soy desdichado, ahora que os pedimos por nuestra hija, por la vuestra) á acudir en nuestra ayuda y á curar su enfermedad? ¿Consentiréis que se quede ciega despues de la fe que en Vos he manifestado?... Nó, nó, imposible, ¡la curaréis!

Tales eran los sentimientos que en alta voz expresaba el desdichado padre, apelando al corazón de la Santísima Virgen, emplazándola en cierto modo y entablándola demanda para que pagase su deuda.

Eran las diez de la noche.

La enferma, al acostarse, empapó en agua de Lourdes una venda y se cubrió con ella los ojos, atándola por detras de la cabeza.

Su alma estaba agitada. Sin tener la fe del señor Moreau, decíase á si misma que, despues de todo, la Virgen bien podía curarla; que muy pronto, acaso al terminar la Novena, podía recobrar la vista. » Luégo tocaba el turno á la duda, y le parecía que los milagros no eran para ella. Con el alma combatida por tan encontrados sentimientos, no podía dormirse, y sólo despues de mucho tiempo la rindió el sueño.

Al día siguiente por la mañana, su primer movimiento al despertar, movimiento de vaga esperanza y de inquieta curiosidad, fué quitarse el lienzo que vendaba sus ojos.

En seguidá lanzó un grito.

En torno suyo la naciente luz del día inundaba el cuarto. La enferma veía clara, distinta, perfectamente.

El ojo enfermo había recobrado la salud y el ojo muerto había resucitado.

— ¡Marta, Marta! — exclamó. — ¡Ya veo, ya veo, ya estoy curada!

Marta, que dormía en la misma alcoba, se levantó y corrió al lado de su hermana. Vió entónces los ojos de María libres por completo de su sangriento velo, sus ojos negros y brillantes, los cuales destellaban la fuerza y la vida.

El corazón de la niña echó de ménos en aquella buena nueva á su padre y á su madre, y empezó á llamarlos.

María la hizo señas de que se callase.

— ¡Aguarda, — le dijo, — aguarda. Antes quiero saber si puedo leer. Dame un libro.

La niña cogió uno de encima de la mesilla, y se lo dió.

María le abrió y leyó en él de corrido, sin esfuerzo ninguno, como todo el mundo. Su curacion era completa, radical, absoluta; la Santísima Virgen no había hecho las cosas á medias.

El padre y la madre habían acudido.

— ¡Papá, mamá, ya veo, ya puedo leer, ya estoy curada!

¿Cómo pintar aquella indescriptible escena? Todos la comprenderán; todos pueden verla, preguntando á su propio corazón.

La puerta de la casa no se había abierto todavía. Las cerradas ventanas sólo daban paso por sus transparentes vidrios á los primeros albores de la mañana.

¿Quién, pues, hubiera podido entrar para compartir la alegría de aquella familia que de improviso encontraba la felicidad!

Aquellos fieles, favorecidos por Dios, comprendieron, sin embargo, que no estaban solos, y que un Sér poderoso é invisible les acompañaba.

El padre, la madre y Marta cayeron de rodillas. María, aún acostada, unió sus manos, y de aquellos pechos, agitados por la emoción y por la gratitud, salió, como una acción de gracias, el nombre de la Madre de Dios.

—¡Oh Santísima Madre nuestra! ¡Oh bendita Virgen de Lourdes!....

¿Qué otras palabras pronunciaron? Lo ignoramos. En cuanto á sus sentimientos, ¿quién no los adivina asistiendo con el pensamiento á aquel suceso maravilloso, á aquel rayo del poder de Dios atravesando de repente el destino de una familia desconsolada para cambiar sus dolores en alegrías?

Inútil nos parece añadir que poco tiempo después la señorita María Moreau iba con sus padres á la Gruta de las Apariciones á dar gracias á nuestra Señora de Lourdes. Allí depositó sus vestidos, y volvió á tomar, feliz y orgullosa al hacerlo, los colores de la Reina de las Vírgenes.

El Sr. Moreau, cuya fe había sido ántes tan grande, hallábase sumido en profundo estupor.

—Yo creía,—decía,—que esos favores sólo se concedían á los Santos. ¿Cómo pueden también dispensarse semejantes mercedes á miserables pecadores como nosotros?

Como testigos de estos hechos pueden citarse á todos los habitantes de Tartas, que se asociaban á la afliccion de aquella familia, una de las más estimadas en el país. Todos han visto y pueden declarar que la enfermedad, hasta entónces tan sin esperanzas, fué instantáneamente curada en cuanto empezó la Novena. La Superiora del Sagrado Corazon de Burdeos, las ciento cincuenta colegialas compañeras de la señorita María Moreau y los médicos del Establecimiento han declarado, tanto la gravedad de su estado ántes de los sucesos referidos, como su completa curacion. Es de advertir que la jóven volvió luégo á Burdeos, donde aún pasó dos años concluyendo sus estudios.

El médico oculista, Sr. Bermont, no podía volver de su asombro al considerar aquel acontecimiento tan inexplicable con solo los recursos de su arte.

Nosotros hemos visto su declaracion refiriendo el estado de la enferma, y reconociendo la impotencia de la medicina para obtener un resultado «que ha persistido, »dize, y que persiste todavía. En cuanto á lo instantáneo »de la citada curacion, añade, es un hecho extraordinario; muy superior á cuantos procedimientos puede emplear la ciencia médica.—En fe de lo cual así lo declaro: *Bermont.*»

Esta declaracion, fechada el 8 de Febrero de 1859, está depositada en el archivo episcopal de Tarbes, con un gran número de cartas y de certificaciones de Tartas, entre ellas la del Alcalde de la ciudad, Sr. Desbord.

La señorita María vistió los colores de la Virgen hasta el día de su casamiento, que tuvo lugar poco tiem-

po despues de concluir sus estudios y de salir del Sagrado Corazon. Aquel mismo dia hizo una visita á Lourdes, y abandonó el traje de doncella para tomar el de esposa.

Entónces quiso regalar su vestido azul y blanco á otra niña, amada tambien por la Virgen, á Bernardita. Teniendo la misma Madre, ¿no eran hermanas?

Este fué el único regalo aceptado por Bernardita, que durante muchos años llevó, hasta que ya no pudo usarle, aquel traje cuyos colores recordaban la benéfica influencia de la divina Aparicion de la Gruta.

Ya han pasado once años desde que tuvieron lugar los hechos referidos. La Santísima Virgen no ha retirado su beneficio. La señorita Moreau continúa gozando de excelente vista, sin haber sufrido ni una recaída, ni la más leve indisposicion. A no ser por un suicidio, es decir, por un acto de ingratitud ó por abusar de la gracia concedida, lo que Dios resucita, no muere. *Resurgens, jam non moritur.*

La señorita María de Moreau se llama hoy la señora de Izarn de Villefort, y es madre de tres preciosos niños, que tienen los ojos más hermosos del mundo. Aunque los tres son varones, todos llevan á la cabeza de sus nombres de pila el nombre de María.

VI.

Contábanse á centenares las curaciones milagrosas, y era, por consiguiente, imposible analizarlas todas. Así, pues, la Comision episcopal sometió treinta á sus profundas investigaciones; desplegando extremada severidad en su exámen, sólo admitió lo sobrenatural cuando era completamente imposible no admitirlo. Rechazó principalmente todas las curaciones que no habían tenido un carácter casi instantáneo, sino que se habían conseguido de una manera progresiva, lo mismo que todas las alcanzadas cuando aún se seguía algún régimen médico, por insuficiente que hasta entónces hubiera sido. «Aun-
»que estuviera suficientemente demostrada la nulidad de
»los remedios prescritos por la ciencia, decía en su dic-
»támen el Secretario de la Comision, no se podía en es-
»tos casos atribuir rigurosamente y de un modo exclusi-
»vo la curación á la virtud sobrenatural del agua de la
»Gruta empleada simultáneamente.»

Habian, además, referido á la Comision, como do-
tados de carácter milagroso, numerosos favores, gracias
singulares, inesperadas conversiones en el orden espiri-
tual. Dificil por demás era demostrar jurídicamente unos
acontecimientos que tenían por teatro el oscuro interior
del alma humana, y que no admitian testimonios ajenos;
por tanto, aunque esos hechos, aunque esos cambios

morales sean á veces más admirables y maravillosos que la curacion de un miembro ó la desaparicion de una enfermedad física, la Comision juzgó acertadamente que no debía comprenderlos en la pública y solemne informacion que el Obispo le había encargado.

La Comision, de acuerdo con los médicos, dividía en tres categorías las curaciones que había estudiado y cuyos pormenores relataba cuidadosamente en sus procesos verbales, firmados todos por las personas curadas y por numerosos testigos.

La primera categoría abrazaba los hechos que, por asombrosos que fuesen, podían tener una explicacion natural. Ascendían á seis y eran las de Juana María Arqué, viuda de Crozat; Blas Maumus y el niño Laffite: las tres de Lourdes; el niño Lasbareillies, de Gez; Juana Crassus, de Arcizan-Avant, y Juana Pomies, de Loubajac.

En la segunda categoría entrañan las curaciones en que la Comision se inclinaba á admitir lo sobrenatural. A esta clase correspondían las de Juan Pedro Malou, Juana María Daube, esposa, de Vendome; Bernarda Soubies y Paulina Bordeaux, de Lourdes; Juan María Amará, de Beaucens; Marcela Peyregne, de Agos; Juana Massot Bordonave, de Arras; Juana Gezma y Augusto Bordes, de Pontancq.

«La mayor parte de estos hechos, decía el informe médico, reúnen casi todas las condiciones necesarias para que se los admita en el orden sobrenatural. Acaso parecerá que al excluirlos obramos con demasiada exigencia y que demostramos tener una conciencia harto severa. Pero léjos de quejarnos de esa censura, nos cau-

» será placer, porque estamos seguros de que en materias
» como ésta la prudencia aconseja gran severidad.»

En tales circunstancias bastaba á la Comision que fuera en rigor posible una explicación natural, aunque completamente inverosímil, para no declarar el hecho milagroso. Entónces le colocaba en la categoría que acabamos de indicar.

La tercera clase comprendía las curaciones que de una manera innegable y evidente presentaban carácter sobrenatural. Quince fueron reconocidas como absolutamente milagrosas, á saber: las de Blasilla Soupenne, Benita Cazeaux, Juana Crassus, esposa de Crozat, Luis Bourriette, el niño Justino Bouhoborts, y Fabian y Susana Baron, de Lourdes; las de la señora viuda de Rizan y de Enrique Busquet, de Nay; la de Catalina Latapie, de Loubajac; la de la señora viuda de Lanou, de Bordes; las de Mariana Gassot y de Dionisio Bouchet, de Lamarque; la de Juan María Tambourné, de Saint-Justin; la de la señorita María Moreau de Sazanay, de Tartas, y la de Pascuala Abbadie, de Rabasteins.

« Los enfermos favorecidos por tan súbitas como asombrosas curaciones, leemos en el dictámen de la Comision, padecían casi todos ellos dolencias de naturaleza diferente y de opuestos caracteres. Unas pertenecían á la patología interna y otras á la externa.

» Tan diversas afecciones se han curado, sin embargo, mediante un mismo y único elemento, usado ora en baño, ora en bebida, y en algunas ocasiones de ambas maneras á la vez.

» Ahora bien; en el orden natural y científico, ade-

» más de que cada remedio se usa únicamente de una ma-
» nera determinada, es sabido que no tiene más que una
» virtud especial adecuada para tal ó cual enfermedad,
» pero que es ineficaz, si no nocivo, en todos los demás
» casos. No pueden, pues, atribuirse á una propiedad in-
» herente á la composicion del agua de Massabielle, cura-
» ciones tan extraordinarias, tan numerosas y tan distin-
» tas, ni la instantánea desaparicion de enfermedades de
» género tan diverso, y á veces tan opuesto.

» Y mucho ménos, añadía el dictámen, cuando la
» química ha declarado autorizadamente, por medio del
» análisis hecho por sus maestros, que dicha agua no tie-
» ne por sí misma ningun carácter mineral ni terapéutico,
» y que, químicamente considerada, no es más que agua
» pura.»

Consultada la medicina, no formulaba, despues del
maduro y concienzudo exámen de las citadas curaciones,
afirmaciones ménos decisivas.

«Dirigiendo una ojeada general á las curaciones, de-
» cía el dictámen médico, asombra desde luego la facili-
» dad, la prontitud, la rapidez con que salen del seno de
» su causa productora. Admira la violacion y el completo
» trastorno de todos los métodos terapéuticos que en ellas
» se observan, contradiciendo los preceptos y las previ-
» siones de la ciencia. Llama la atencion esa especie de
» desden que se burla de la antigüedad, de la resistencia
» y de la profundidad del mal, así como el cuidado ocul-
» to, pero no por eso ménos real, con que se arreglan y
» combinan todas las circunstancias para demostrar que
» hay en la curacion conseguida algo que está muy por

» encima del orden habitual de la naturaleza. Semejantes
» fenómenos exceden con mucho á la penetracion de la
» humana inteligencia. ¿Cómo comprender efectivamente
» la oposicion que existe:

» Entre la sencillez del medio y la grandeza del resul-
» tado;

» Entre la unidad del remedio y la diversidad de las
» enfermedades;

» Entre la corta duracion en la aplicacion del agente
» curativo y los larguissimos tratamientos indicados por el
» arte ó la ciencia;

» Entre la súbita eficacia del primero y la larga inuti-
» lidad de los segundos;

» Entre lo inveterado del mal y lo instantáneo de la
» curacion?

» Hay, sin duda alguna, una fuerza contingente, su-
» perior á las concedidas á la naturaleza, y extraña, por
» tanto, al agua, de la cual se sirve para manifestar su
» poder.»

Al contemplar tan extraordinarios hechos, pública y cuidadosamente averiguados; ante el dictámen tan concienzudo, tan completo y tan profundo de la Comision; ante las declaraciones y las formales afirmaciones de la química y de la medicina reunidas, el Obispo no podía ménos de quedar convencido. Y lo quedó por completo.

No obstante, por aquel espíritu de extremada prudencia que repetidas veces hemos tenido ocasion de observar en el curso de esta narracion, monseñor Laurence, ántes de pronunciar solemnemente el fallo episcopal en aquella cuestion magna, pidió una nueva sancion para las cura-

ciones milagrosas: la sancion del tiempo.

Dejó trascurrir tres años.

Pasado el plazo se abrió una segunda informacion. Las curaciones señaladas más arriba como sobrenaturales, subsistian aún. Nadie acudió ni á retirar su primera declaracion, ni á desmentir los hechos. Las obras de Aquél que reina en la eternidad no tienen nada que temer de la prueba del tiempo.

Despues de tan superabundante serie de demostraciones, de pruebas y de seguridades, monseñor Laurence pronunció al fin el fallo que de él se esperaba. A continuacion trascribimos sus principales disposiciones.

VII.

EDICTO DEL SEÑOR OBISPO DE TARBES PROMULGANDO SU FALLO
SOBRE LA APARICION QUE HA TENIDO LUGAR EN LA GRUTA DE
LOURDES.

«*Beltran Severo Laurence*, por la Divina Misericordia y por la gracia de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Tarbes, asistente al Sólío Pontificio, etc.

»Al Clero y á los fieles de nuestra diócesis, salud y bendicion en nuestro Señor Jesucristo.

»En todas las épocas de la humanidad, queridísimos cooperadores y carísimos hermanos nuestros, se han establecido entre el cielo y la tierra maravillosas comuni-

»caciones. Desde el principio del mundo aparecióse el Señor á nuestros primeros padres, para echarles en cara el crimen de su desobediencia. Vémosle en los siglos siguientes conversar con los Patriarcas y los Profetas, y á veces el Antiguo Testamento no es más que la historia de las Apariciones celestiales con que favoreció á los hijos de Israel.

»Aquellos divinos favores no podían cesar con la ley antigua; por el contrario, tenían que ser en la ley de gracia más numerosos y admirables.

»En la cuna de la Iglesia, en aquellos tiempos de sangrienta persecucion, recibían los cristianos la visita de Jesucristo ó de los ángeles, que acudían ora á revelarles los secretos del porvenir, ora á romper sus cadenas, ora á fortificarlos para el combate. Así es, según la frase de un juicioso escritor, como Dios animaba á aquellos ilustres confesores de la fe, cuando los poderosos de la tierra aunaban sus esfuerzos para ahogar en gérmen la doctrina que debía salvar al mundo.

»Pero las manifestaciones sobrenaturales no han sido patrimonio exclusivo de los primeros siglos del cristianismo. La historia atestigua que se han perpetuado de edad en edad para gloria de la Religion y edificacion de los fieles.

»Entre las apariciones celestiales, las de la Santísima Virgen ocupan un lugar distinguido y han sido para el mundo abundante manantial de bendiciones. Al recorrer el mundo católico, halla el viajero diseminados de trecho en trecho, templos consagrados á la Madre de Dios, y muchos de esos monumentos deben su origen á

»la aparición de la Reina del Cielo. Nosotros poseemos ya
»uno de esos santuarios benditos, fundado ha cuatro si-
»glos á consecuencia de una revelacion hecha á una jó-
»ven pastora, y al cual acuden todos los años millares de
»peregrinos á arrodillarse ante el trono de la gloriosa
»Virgen María, para implorar sus beneficios (1).

»¡Demos gracias al Todopoderoso! En los infinitos
»tesoros de sus bondades nos reserva otro especial favor.
»Quiere que en la diócesis de Tarbes se construya un
»nuevo santuario para gloria de María. ¿Y cuál es el
»instrumento de que se vale para comunicarnos sus mise-
»ricordiosos designios? *Lo más débil segun el mundo;*
»una niña de catorce años, Bernardita Soubirous, naci-
»da en Lourdes, de una familia pobre.»

En seguida refería el Prelado sumariamente las Apa-
riciones de la Santísima Virgen á Bernardita, que ya co-
noce el lector; y luégo pasaba á discutir los hechos.

«Tal es en sustancia, continuaba monseñor Lauren-
»ce, la relacion que hemos oido de boca de Bernardita,
»delante de la Comision, reunida para escucharla por
»segunda vez.

»De suerte que la jóven pretende haber visto y oido
»á un sér que se llamaba la Inmaculada Concepcion, y al
»cual, aunque revestido de forma humana, no le veían ni
»oían ninguno de los numerosos espectadores que pre-

(1) Nuestra Señora de Garaison.

»senciaban la escena. Por consecuencia parece un sér sobrenatural. ¿Qué debemos pensar de tal suceso?

»No ignorais, carísimos hermanos, que la Iglesia obra con prudente lentitud en la apreciacion de los hechos sobrenaturales, exigiendo pruebas seguras ántes de admitirlos y proclamarlos como divinos. Desde el pecado original el hombre, sobre todo en estas materias, está sujeto á muchos errores. Si su razon, tan flaca desde entónces, no le extravía, puede ser víctima de los artificios del demonio. ¿Quién no sabe que éste suele transformarse en ángel de luz para hacernos caer más fácilmente en sus redes (1)? Por eso el discípulo amado nos recomienda que no creamos en todos los espíritus, sino que probemos si los espíritus vienen de Dios (2). Esta prueba es la que hemos hecho, carísimos hermanos. El suceso de que hablamos es, hace cuatro años, objeto de nuestra constante solicitud; hemos estudiado sus diferentes fases y nos hemos inspirado en el dictámen de la Comision, compuesta de Sacerdotes piadosos, instruidos, de gran experiencia, que han interrogado á la niña y estudiado los hechos, examinándolo y pesándolo todo detenidamente. Tambien hemos invocado la autoridad de la ciencia, y estamos convencido de que la Aparicion es sobrenatural y divina, y que por consecuencia el Sér que Bernardita ha visto es la Santísima Virgen. Ha-se formado nuestra conviccion, no sólo por el testimo-

(1) II. Cor., cap. XI, v. 14.

(2) Ep. Joan., cap. IV, v. 1.

»nio de Bernardita , sino principalmente por los hechos
»posteriores , que sólo pueden explicarse por una inter-
»vencion divina.

»El testimonio de la jóven ofrece todas las garantías
»apetecibles. En primer lugar , no puede ponerse en
»duda su sinceridad. ¿Quién no admira al acercarse á ella
»su sencillez , su candor y su modestia? Miétras que to-
»dos hablan de las maravillas que se le han revelado , ella
»sólo guarda silencio. Sólo habla cuando la preguntan , y
»entónces lo cuenta todo sin afectacion , con conmove-
»dora ingenuidad , dando sin vacilar á las preguntas que
»la dirigen respuestas claras , precisas , oportunísimas , y
»que manifiestan profunda conviccion. Sometida á rudas
»pruebas , nunca la han asustado las amenazas ; á las más
»generosas ofertas ha respondido con noble desinteres.
»Siempre de acuerdo consigo misma , en los diferentes
»interrogatorios que se le han hecho , ha sostenido cons-
»tantemente lo que habia dicho ántes , sin añadir nada ,
»y sin quitar nada tampoco. La sinceridad de Bernardita
»es , pues , innegable. Debemos añadir que tampoco ha
»habido quien la niegue. Aun sus propios enemigos ,
»cuando los ha tenido , le han hecho justicia en este
»punto.

»Pero admitiendo que Bernardita no haya querido
»engañar á los demás , ¿ no se habrá engañado á sí mis-
»ma? ¿ No habrá creído ver y oír lo que ni oía ni veía?
»¿ No habrá sido víctima de una alucinacion? ¡ Imposible!
»La sabiduría de sus respuestas revela en esta niña una
»inteligencia despejada , una imaginacion tranquila , un
»buen sentido superior á su edad. El sentimiento religio-

»so jamás ha presentado en ella un carácter exaltado, ni
»se ha descubierto en la jóven desorden alguno intelec-
»tual, alteracion en los sentidos, extravagancias en el
»carácter, ó afecciones morbosas, que hayan podido
»predisponerla para creaciones imaginarias. Ha visto la
»Aparicion, no una, sino diez y ocho veces; la ha visto
»primero súbitamente, cuando no estaba preparada para
»ello; y durante la quincena, cuando esperaba verla dia-
»riamente, no la ha visto en dos dias, aunque se hallaba
»en igual disposicion de ánimo y en idénticas circuns-
»tancias. Además, ¿qué pasaba durante las Apariciones?
»Bernardita se trasformaba; su rostro adquiría una nue-
»va expresion; inflamábase su mirada; veía cosas que
»nunca había visto; oía un lenguaje que nunca había
»oido, y cuya significacion no siempre comprendía, pero
»que sin embargo conservaba en la memoria. Todas es-
»tas circunstancias reunidas no permiten creer en una
»alucinacion; la jóven ha visto, pues, y ha oido real-
»mente á un Sér que se daba á sí propio el nombre de
»Inmaculada Concepcion; y como semejante fenómeno no
»puede explicarse naturalmente, creemos con funda-
»mento que la Aparicion es sobrenatural.

»El testimonio de Bernardita, ya de gran valor en sí
»mismo, ha adquirido nueva fuerza, y hasta puede de-
»cirse su complemento, con los maravillosos hechos ve-
»rificados despues del suceso principal. Si ha de juzgarse
»el árbol por los frutos, podemos afirmar que la Apari-
»cion referida por la jóven es sobrenatural y divina,
»porque ha producido efectos divinos y sobrenaturales.
»¿Qué ha sucedido, carisimos hermanos? Apenas cono-

»cida la Aparicion, cundió su fama con la rapidez del
»rayo. En cuanto se supo que Bernardita debía ir por
»espacio de quince dias á la Gruta, conmovióse toda la
»comarca, el pueblo se precipitó en grandes oleadas
»hacia el lugar de la Aparicion, esperando con religiosa
»impaciencia la hora solemne; y mientras la jóven, ex-
»tasiada, fuera de sí, estaba absorta en el objeto que
»contemplaba, los testigos de aquel prodigio, entorne-
»cidos y llenos de emocion, confundian admirados sus
»plegarias.

»Las Apariciones han cesado, pero la concurrencia
»continúa. Peregrinos de lejanas comarcas como de paí-
»ses cercanos acuden á la Gruta, allí se ven todas las
»edades, todas las condiciones, todas las clases sociales.
»¿Qué sentimiento impulsa á tan numerosos testigos?
»¡Ah! Acuden á la Gruta para rezar y pedir algunos fa-
»vores á la Inmaculada María. Prueban, con su actitud
»recogida, que sienten una especie de aliento divino que
»ánima aquella roca, célebre ya para siempre. Las almas
»cristianas se han fortificado en la virtud; hombres he-
»lados por el indiferentismo se han convertido á las
»prácticas de la religion; endurecidos pecadores se han
»reconciliado con Dios, despues de haber invocado en su
»favor á Nuestra Señora de Lourdes. Estas maravillas de
»la gracia, revestidas de un carácter permanente y uni-
»versal; no pueden tener más autor que Dios. ¿No con-
»firman, por consiguiente, la verdad de la Aparicion?

»Si de los efectos producidos en bien de las almas
»pasamos á los concernientes á la salud del cuerpo,
»¿cuántos nuevos prodigios no habrémos de referir?»

Nuestros lectores recordarán el nacimiento de la fuente donde Bernardita bebió y se lavó. Sería, pues, supérfluo repetir todos aquellos pormenores.

«Algunos enfermos, continuaba el Obispo, recurrieron al agua de la Gruta, y nó infructuosamente. Muchos cuyas dolencias habían resistido á los más enérgicos tratamientos, recobraron de improviso la salud. Sus extraordinarias curaciones tuvieron un eco inmenso, y no tardó su fama en esparcirse por doquiera.

»De todas partes llegaban peticiones de agua de Massabielle para enfermos que no podían ser trasportados personalmente á la Gruta. ¡Cuántos enfermos sanados! ¡Cuántas familias consoladas!... Si quisiéramos invocar su testimonio resonarían innumerables voces proclamando, con el acento de la gratitud, la soberana eficacia del agua de la Gruta. No podemos enumerar ahora todos los favores obtenidos; pero sí debemos decir que el agua de Massabielle ha devuelto la salud á enfermos abandonados y declarados incurables. Esas curaciones se han obtenido mediante el empleo de un agua privada por completo de virtudes curativas naturales, segun dictámen de hábiles químicos que la han analizado rigurosamente; y se han conseguido unas instantáneamente, otras despues de repetir dos ó tres veces el uso de dicha agua, ora en bebida, ora en baños. Además todas esas curaciones son permanentes. ¿Qué poder las ha producido? ¿El del organismo? Consultada la ciencia ha respondido negativamente, luego son obra de Dios.

» Es así que se refieren á la Aparicion , que es su punto
» de partida , y la que ha inspirado confianza á los enfer-
» mos , luego hay un estrecho enlace entre la Aparicion
» y las curaciones , y aquélla es divina , puesto que éstas
» llevan un sello divino. Ahora bien , lo que viene de Dios
» es verdad : es así que la Aparicion vista y oida por
» Bernardita ha dicho llamarse la Inmaculada Concepcion ,
» luego es la *Santisima Virgen*. Exclamemos , pues :
» ¡aquí aparece el dedo de Dios! *Digitus Dei est híc*.

» ¿Cómo no admirar , carísimos Hermanos , la sabi-
» duría de la Divina Providencia? A fines del año 1854
» proclamaba el inmortal Pio IX el dogma de la Inmacu-
» lada Concepcion. El viento llevó en sus alas las palabras
» del Pontífice hasta las extremidades de la tierra ; los
» corazones católicos saltaron de regocijo , y por todas
» partes se celebró el glorioso privilegio de María con
» fiestas cuyo recuerdo permanecerá grabado para siem-
» pre en nuestra memoria. Tres años despues , la Santí-
» sima Virgen , apareciéndose á una niña , le dice : «Yo
» soy la *Inmaculada Concepcion*... *Quiero que se edifique*
» *aquí una capilla en honor mio*. ¿No parece como que
» quiere consagrar con un monumento el infalible oráculo
» del sucesor de San Pedro?

» ¿Y dónde quiere que se construya ese monumento?
» Al pié de nuestras montañas pirenáicas , comarca donde
» se reúnen numerosos extranjeros que vienen de todas
» las partes del mundo á buscar la salud en nuestros ba-
» ños medicinales. ¿No se diría que la celestial Señora
» convida á los fieles de todas las naciones á que acudan
» á honrarla en el nuevo templo que se la va á edificar?

» ¡Habitantes de la ciudad de Lourdes, regocijaos! La
» augusta María se digna fijar en vosotros sus misericor-
» diosas miradas. Quiere que al lado de vuestra ciudad se
» le eleve un santuario donde derramará sus beneficios.
» Dadle gracias por ese testimonio de predilección que os
» concede, y puesto que prodiga sus ternuras de madre,
» manifestaos dignos hijos suyos en la imitación de sus
» virtudes, y en vuestro inquebrantable afecto á la re-
» ligión.

» Y á decir verdad, nos complacemos en reconocer
» que la Aparición ha sembrado ya entre vosotros abun-
» dantes frutos de gracia. Testigos oculares de los acon-
» tecimientos de la Gruta, vuestra confianza ha sido tan
» grande como arraigada vuestra convicción. Nos habeis
» admirado con vuestra prudencia y vuestra docilidad en
» seguir nuestros consejos de sumisión á la autoridad ci-
» vil, cuando por espacio de algunas semanas os habeis
» visto obligados á interrumpir vuestras visitas á la Gruta,
» y á comprimir dentro de vuestro corazón los senti-
» mientos que os inspiraba el espectáculo que asombró
» vuestros ojos durante la quincena de la Aparición.

» Y todos vosotros, muy amados diocesanos, abrid el
» corazón á la esperanza, que ahora comienza una nueva
» era de gracia; todos vosotros estais llamados á recoger
» una parte de las bendiciones prometidas. En vuestras
» plegarias y en vuestros cánticos podeis ya mezclar en
» adelante el nombre de Nuestra Señora de Lourdes á los
» nombres benditos de Nuestra Señora de Garaison, de
» Poeylaün, de Héas y de Pietat.

» Desde lo alto de esos sagrados santuarios, la Inma-

»culada Virgen velará por vosotros, y os cubrirá con su
»tutelar proteccion. Sí, carisimos colaboradores y ama-
»dos hermanos nuestros, sí; con el corazon lleno de con-
»fianza y fijos los ojos en esa Estrella de los mares, atra-
»vesaremos sin miedo á los naufragios las tempestades de
»la vida, y llegaremos sanos y salvos al puerto de
»la eterna felicidad.

»POR ESTAS CAUSAS,

»Despues de haber deliberado con nuestros venerables
»hermanos los Dignatarios, Canónigos y Cabildo de nues-
»tra iglesia catedral;

»INVOCADO EL SANTO NOMBRE DE DIOS,

»Fundándonos en las reglas sábiamente establecidas
»por Benedicto XIV, en su obra de la *Beatificacion y*
»*Canonizacion de los Santos*, para discernir las aparicio-
»nes verdaderas de las falsas (1).

»Visto el dictámen favorable que nos ha presentado
»la Comision encargada de informarnos acerca de la
»Aparicion y de los hechos á ella referentes:

»Visto el testimonio escrito de los doctores en medi-
»cina á quienes hemos consultado respecto á las nume-
»rosas curaciones obtenidas mediante el empleo del agua
»de la Gruta;

»Considerando, en primer lugar, que el hecho de la

(1) Libro III, c. LI.

» Aparicion ya se mire con relacion á la jóven que de él
» ha dado cuenta , ya principalmente con relacion á los
» hechos extraordinarios que ha producido , no puede ex-
» plicarse , sino acudiendo á una causa sobrenatural ;

» Considerando , en segundo lugar , que esa causa ha
» de ser forzosamente divina , puesto que los efectos pro-
» ducidos eran , ó señales sensibles de la gracia , como
» la conversion de pecadores , ó derogaciones de las le-
» yes de la naturaleza , como curaciones milagrosas , y
» ni una ni otra cosa puede hacerlas más que el autor de
» la gracia y el Señor de la naturaleza ;

» Considerando , por último , que fortalece nuestra
» conviccion la inmensa y espontánea concurrencia de
» fieles á la Gruta , concurrencia que no ha cesado desde
» las primeras apariciones , sin más objeto que pedir fa-
» vores ó dar gracias por los ya obtenidos ;

» Para calmar la legitima impaciencia de nuestro ve-
» nerable Cabildo , del Clero y de los legos de nuestra
» diócesis , y de tantas almas piadosas que reclaman há
» largo tiempo una decision de la autoridad eclesiástica ,
» que por motivos de prudencia hemos tenido que de-
» morar ;

» Queriendo tambien satisfacer los deseos de nuestros
» compañeros en el Episcopado , y de gran número de
» personas distinguidas , de otras diócesis .

» Despues de haber invocado las luces del Espíritu
» Santo y la asistencia de la Santísima Virgen ,

» HEMOS DECLARADO Y DECLARAMOS LO SIGUIENTE :

» Artículo 1.º Juzgamos que la INMACULADA MARIA,

»MADRE DE DIOS, se ha aparecido realmente á Bernardi-
»ta Soubirous el 11 de Febrero de 1858, y los dias
»siguientes, hasta diez diez y ocho veces, en la Gruta
»de Massabielle junto á la ciudad de Lourdes; que esa
»aparicion reúne todos los caractéres de la verdad, y
»que los fieles obran con fundamento al creerlo así.

»Sometemos humildemente nuestro juicio al juicio
»del Sumo Pontifice, encargado de regir la Iglesia uni-
»versal.

»Art. 2.º Autorizamos en nuestra diócesis el culto de
»Nuestra Señora de la Gruta de Lourdes, pero prohibi-
»mos publicar ninguna fórmula particular de oraciones,
»ningun cántico, ningun libro de devocion relativo á
»este suceso, sin nuestra aprobacion dada por escrito.

»Art. 3.º Para conformarnos con la voluntad de la
»Santisima Virgen, expresada muchas veces en sus
»apariciones, nos proponemos edificar un santuario en
»el terreno de la Gruta, ya propiedad de los obispos de
»Tarbes.

»Como dicha construccion, atendiendo á lo escabro-
»so y accidentado del terreno, exigirá largos trabajos y
»fondos relativamente considerables, necesitamos, para
»llevar á cabo nuestro piadoso proyeto, del apoyo de
»los sacerdotes y los fieles de nuestra diócesis, de los
»sacerdotes y de los fieles de Francia y del extranjero.
»Apelamos, pues, á su corazon generoso, y particular-
»mente al de las personas piadosas de todos los paises en
»que esté arraigado el culto á la Inmaculada Concepcion
»de la Virgen María...

Art. 4.º Lleno de confianza nos dirigimos á los esta-

»blecimientos religiosos de ambos sexos consagrados á la
»enseñanza de la juventud, á las congregaciones de Hi-
»jas de Maria, á las cofradías de la Santísima Virgen,
»y á las diferentes asociaciones piadosas, tanto de nues-
»tra diócesis como de toda Francia...

»Este nuestro edicto será leído y publicado en todas
»las iglesias, capillas y oratorios de seminarios, colegios
»y hospicios de nuestra diócesis, el domingo siguiente al
»día en que se reciba.

»Dado en Tarbes, en nuestro palacio episcopal, con
»nuestra firma, nuestro sello y la contra-firma de nues-
»tro Secretario, á 18 de Enero de 1862, fiesta de la
»Cátedra de San Pedro en Roma.

+ BERTRAN SEVERO, *Obispo de Tarbes.*

Por su mandato,

Fourcade, Canónigo, secretario.

VIII.

En nombre de su Silla, es decir, en nombre de la
Iglesia, Monseñor Laurence compró á la ciudad de Lour-
des la Gruta, el terreno que la rodea y todo el grupo de
las rocas Massabielle. El Sr. Lacadé era todavía alcal-
de. Él fué quien propuso al Consejo municipal que ce-
diera á la Iglesia, esposa de Cristo, aquellos sagrados

lugares donde se había aparecido la Madre de Dios, y él fué quien firmó la escritura de venta.

El Sr. Rouland autorizó esta enajenación, así como la construcción de una iglesia para eterno recuerdo de las apariciones de la Santísima Virgen á Bernardita Soubirous, y en memoria del nacimiento de la fuente y de los milagros sin cuento verificados para demostrar la realidad de las visiones divinas.

Mientras el vasto templo dedicado á la Inmaculada Concepción en las escarpadas rocas de Massabielle se iba levantando palmo á palmo sobre sus cimientos, Nuestra Señora de Lourdes continuaba repartiendo entre los hombres milagros y beneficios. En París, en Burdeos, en el Perigord, en Bretaña, en Anjou, en medio de los campos solitarios, como en el seno de las populosas ciudades, invocábase á Nuestra Señora de Lourdes, y en todas partes Nuestra Señora de Lourdes respondía con irrecusables señales de su poder y de su bondad.

Referirémos, ántes de terminar este relato y de presentar el cuadro de lo que en la actualidad existe, dos de estas historias divinas. En la vida del autor de este libro forma la primera un episodio, que jamás se borrará de su memoria. Es el siguiente, tal como le escribimos hace cerca de siete años.

LIBRO DECIMO.

Dos episodios.

I.

«Toda mi vida he disfrutado de una excelente vista. Distinguía los objetos á inmensa distancia, y leía un libro de corrido por muy separado que le tuviera de los ojos. Noches enteras consagradas al estudio no me causaban la menor fatiga. Yo mismo me asombraba de ello y me sentía orgulloso con la fortaleza y la resistencia de mi vista, tan clara como incansable. Grande fué, pues, mi sorpresa y cruel mi desencanto cuando en los meses de Junio y Julio de 1862 sentí que mi vista se iba poco á poco debilitando, que la cansaban los trabajos de noche, y que acabó gradualmente por no tolerarlos ni aún de día, hasta el punto de tener que renunciar por completo á leer y á escribir. Si tomaba un libro, á las tres ó cuatro líneas, á veces á la primera, sentía en la parte superior de los ojos tal fatiga, que me era enteramente imposible pasar adelante. En tal apuro consulté á mu-

chos médicos , y sobre todo á dos ilustres especialistas, los Sres. Desmares y Giraud-Teulon.

Los remedios que me ordenaron no me sirvieron casi de nada. Ciertó que inmediatamente despues de un largo descanso y de un régimen ferruginoso , experimenté alguna mejoría , tanto que una vez pude leer y escribir por la tarde un buen rato, pero al dia siguiente volví á caer en el mismo estado. Entónces recurrí á remedios locales, á chorros de agua fria en las pupilas , á ventosas en la nuca , á un sistema de hidropatía general, y á lociones alcohólicas en las regiones inmediatas á los ojos. Algunas veces , aunque muy raras , se me aliviaba por un momento la excesiva fatiga que constantemente me molestaba ; pero la mejoría duraba cortos instantes , y en suma , mi mal iba tomando insensiblemente esa fisonomía crónica, que caracteriza las enfermedades incurables.

Por consejo de los médicos había condenado mis ojos á perpétuo descanso. No contento con salir siempre provisto de anteojos azules , dejé á París por el campo , retirándome al lado de mi madre , á Coux , en las márgenes del Dordoña , donde tomé por secretario á un muchacho que me leía los libros que necesitaba consultar, y que escribía dictándole yo.

Llegó Setiembre. Mi dolencia, que llevaba tres meses , principiaba á inquietarme muy formalmente, causándome profundas tristezas, que á todos ocultaba. Mis parientes y mis amigos participaban de mis temores, pero no los manifestaban. Tenían, como yo, casi seguridad de que mi vista podía darse por perdida ; pero cada

cual procuraba infundir en los otros una esperanza que no sentía, y mutuamente nos ocultábamos nuestros presentimientos.

Tengo un íntimo amigo, un amigo de la infancia, á quien habitualmente confío mis pesares como mis alegrías. Le escribí por medio de mi secretario una carta en que le describía mi dolorosa situación, así como las angustias que para lo porvenir ella me inspiraba.

Este amigo es protestante, lo mismo que su mujer, circunstancia que debe tenerse en cuenta. Por gravísimas razones no puedo decir su apellido; llamarémosle, pues, el Sr. de ***

Pocos días después me contestó, y su carta, que recibí el 15 de Setiembre, me causó profunda sorpresa. Es como sigue, sin cambiar una palabra:

«Mi querido amigo, me decía: gran placer me han
»causado tus breves líneas, pero, según ya te tengo di-
»cho, ardo en deseo de verlas *de tu letra*. Estos últimos
»días, al volver de Caunterets, he pasado por Lourdes
»(junto á Tarbes); allí he visitado la célebre Gruta y he
»oído cosas tan maravillosas en punto á curaciones pro-
»ducidas por sus aguas, principalmente en padecimien-
»tos de la vista, que te ruego muy de veras que acudas
»á ellas. Si yo fuese católico, creyente, como tú, y es-
»tuviera enfermo, no vacilaría en intentar este recurso.
»Si es cierto que ha habido enfermos súbitamente cura-
»dos, puedes tú aspirar á ser uno de tantos, y si no es
»cierto ¿qué pierdes por probar? Debo advertirte que

»tengo algun interes personal en esta experiencia. Si sa-
»liera bien ¡ qué hecho tan importante para someterle á
»mi estudio ! Tendría delante de mí un hecho milagroso,
»ó por lo ménos un acontecimiento cuyo principal testi-
»go era para mí de todo punto irrecusable.

»Parece , añadia mi amigo en una postdata , que no
»es necesario ir al mismo Lourdes para tomar el agua,
»sino que tambien la envían á quien la desea. No tienes
»más que pedirselá al párroco de Lourdes , y te la man-
»dará. Antes hay que cumplir ciertas formalidades pré-
»vias que no puedo indicarte , porque las ignoro ; pero el
»Párroco te informará de cuanto quieras. Ruégale tam-
»bien que te envíe un folletito del Vicario general de
»Tarbes , donde se refieren los hechos milagrosos mejor
»comprobados.»

La carta anterior no podía ménos de admirarme. Mi amigo tiene un talento claro , positivo , matemático , muy elevado por naturaleza , pero al mismo tiempo muy poco propenso á dejarse arrebatar por las ilusiones del entusiasmo , y amén de esto , protestante. Semejante consejo dado por él tan formalmente y con tan viva insistencia , causóme profundo asombro.

Sin embargo , decidí no seguirle.

«Paréceme , le contesté , que estoy ahora ménos mal.
»Si este menos mal se convierte en mejor , y ese mejor
»sigue , no necesitaré recurrir al remedio extraordinario
»que me aconsejas , y para el cual , además , acaso no
»tengo la fe necesaria.»

He de confesar, no sin avergonzarme, los secretos motivos de mi resistencia.

Por más que yo dijera no me faltaba fe, y aunque no sabia lo que era el agua de Lourdes más que por las impertinencias de algunos periódicos mal pensados, tenía certeza moral de que allí, como en otros muchos sitios, podía manifestarse la potencia de Dios por medio de curaciones. Y aún iba más allá; tenía una especie de firmísimo presentimiento de que si acudía á aquel agua (nacida, segun decían, á consecuencia de una Aparicion de la Santísima Virgen), quedaria sano. Pero temía, lo confieso, la responsabilidad de una gracia tan grande. «Si te curase la medicina, me decía á mí mismo, saldabas tu cuenta con pagar al doctor, pues estarías en las mismas condiciones que todo el mundo; pero si Dios te curase con un milagro, por un efecto especial de su poder, por una intervencion personal y directa, la cuestion variaba de aspecto y te verías obligado á corregir tu vida y á procurar hacerte un santo. Esos ojos, de los cuales apénas podrías disponer en cuanto Dios te los hubiera, en cierto modo, dado por segunda vez con su propia mano, no podrías dejarlos como ahora que vagasen sobre lo que los seduce y que contemplaran lo que podía turbar tu alma. Despues de dispensarte un milagro, Dios exigiria su salario, y ese salario seria harto más difícil de pagar que el del médico. Entónces necesitarás vencer tal inclinacion, adquirir tal otra virtud y ¡quién sabe cuántas cosas más! ¡Ah! ¡Imposible!

Y mi miserable corazón , temiendo su debilidad , se resistía á las gracias de Dios.

Por esto , por esto me rebelaba contra la indicacion de recurrir á una intervencion milagrosa , contra los consejos que la Providencia , siempre inexplicable en sus caminos , me enviaba por conducto de dos protestantes , de dos almas que vivian fuera del gremio de la Iglesia. Pero en vano intentaba resistirme ; una voz interior me decía que la mano de los hombres sería impotente para curarme , y que el Señor , á quien tantas veces había ofendido , quería devolverme por sí mismo la visita , para probar si al agraciarme segunda vez con ella la empleaba mejor que la primera.

Mi estado , en lugar de aliviarse , ibase lentamente agravando.

En los primeros dias de Octubre tuve precision de hacer un viaje á París.

Por una coincidencia completamente casual , se hallaba allí mi amigo el protestante con su mujer , viviendo en casa de su hermana , la señora P. , que habita en París con su marido. Mi primera visita fué para ellos. —

—¿Y vuestros ojos ? me preguntó la señora de *** en cuanto me vió.

—Siguen lo mismo , y ya empiezo á creer que los he perdido.

—Pero ¿ por qué no pruebas el remedio que te hemos aconsejado ? me dijo mi amigo. No sé por qué tengo la esperanza de que te curaría.

— ¡ Bah ! le respondí. Debo confesarte que no tengo gran fe en todas esas aguas y supuestas apariciones , sin

que por eso las niegue ni me declare su enemigo. Son posibles y no me inspiran repulsion ; pero cuando no las examino , ni las afirmo ni las niego ; no me entrometo en donde no me llaman. En suma , no tengo gana de intentar el remedio que me aconsejas.

—No puedes presentarme objeciones formales. Con arreglo á tus principios religiosos debes creer y crees en la posibilidad de esos hechos. Pues entónces ¿por qué no pruebas? ¿Qué te cuesta? La experiencia ya te ha dicho que no puede causarte mal alguno , porque el agua es completamente natural , sus elementos químicos son los del agua ordinaria ; y puesto que tú crees en los milagros y tienes fe en tu religion , ¿no te ha llamado la atencion que dos protestantes te aconsejen con tan gran insistencia que recurras á la Virgen? Por lo que á mí toca, te declaro de antemano que si te curas , será para mí un terrible argumento.

La señora de *** unió sus instancias á las de su marido , ayudándola con no ménos insistencia el señor y la señora P. , ambos católicos. Veíame atacado en mis últimas trincheras.

—Pues bien , les dije , voy á confesaros la verdad y á descubrirros los secretos de mi corazon. No me falta fe , pero tampoco debilidades y miserias , enlazadas con las fibras más vivas y sensibles de mi desgraciada naturaleza. Esto supuesto , de verme favorecido con un milagro , me consideraría obligado á sacrificarlo todo y hacerme un santo , y soy tan cobarde que esta terrible responsabilidad me da miedo. Si Dios me cura , ¿qué va á exigir de mí? Miétras que tratándose de un médico , le

pagaba con un puñado de oro. ¿No es verdad que mi conducta es repugnante? ¡Tal es la triste pusilanimidad de mi corazón! ¿Suponíais que vacilaba mi fe? ¿Os imaginábais que temía ver fracasar el milagro? Desengañaos: lo que temo es que salga bien.

Mis amigos procuraron convencerme de que por una parte exageraba, y por otra disminuía mi responsabilidad.

—Tan obligado estás ahora á ser virtuoso, como despues del milagro que suponemos, decía el señor de ***. Además, áun cuando debieras tu curacion á un médico, no por eso dejaría de ser una gracia de Dios, y con tanta razon podrían clamar entónces tus escrúpulos contra tus debilidades ó tus pasiones.

Semejantes razonamientos no me parecían del todo justos, y la inteligencia de mi amigo, lógica como pocas, comprendía probablemente la inexactitud de su argumentacion; pero quería, en cuanto le fuera posible, disipar mis vivas aprensiones y decidirme á seguir sus consejos, sin perjuicio de recordarme luégo la grave responsabilidad, que trataba ahora de disminuir á mis propios ojos.

En vano intenté defenderme contra la insistencia cada vez mayor de mi amigo, de su mujer y de sus huéspedes. Acabé, harto de disputar, por prometerles que haría cuanto quisieran.

—En cuanto tenga un amanuense, les dije, escribiré á Lourdes: pues como he llegado hoy mismo, no he tenido aún tiempo de buscar uno.

—Yo haré sus veces, exclamó mi amigo.

—Corriente. Mañana almorzaremos juntos en el café de Foy , y despues del almuerzo te dictaré una carta.

—¿Por qué no ahora? me dijo vivamente Así ganamos un día.

Efectivamente , en el cuarto inmediato había papel y tinta. Le dicté una carta para el Párroco de Lourdes, y aquella misma tarde la echamos al correo.

Al dia siguiente vino á mi casa el Sr. de ***.

—Amigo mio, me dijo, puesto que estás decidido y vas á probar la suerte , preciso es que lo hagas con toda formalidad , y que te pongas en las condiciones indispensables para que salga bien , sin lo cual sería completamente inútil la experiencia. Haz las oraciones necesarias, vé á confesarte, pon tu alma en buen estado , y cumple con las devociones que tu Religion te ordene. Ya comprendes que esto es de primera necesidad.

—Tienes muchísima razon y haré lo que me dices , le respondí. Pero debo confesarte que eres un protestante singular. Dias pasados me predicabas la fe ; hoy me predicas las prácticas religiosas. Los papeles se han cambiado ; quien nos oyera , á ti , protestante , y á mí , católico , no podría ménos de asombrarse , y confieso que desgraciadamente no saldría yo favorecido.

—No soy más que un hombre científico, me replicó, y quiero pura y sencillamente que ya que hacemos una experiencia, la hagamos con las condiciones necesarias. Razono como si se tratara de física ó de química.

Para vergüenza mia declaro que , á pesar de los jui-

ciosos consejos de mi amigo no me preparé. Hallábase á la sazón en malísimas disposiciones mi alma, y sentía mi naturaleza profundamente perturbada é inclinada al mal.

Reconocía, sin embargo, la necesidad de ir á arrojarme á los piés de Dios; pero como no había cometido ninguna de esas faltas groseras y brutales á las que suele seguir una súbita reaccion, iba dejándolo de un dia para otro. El hombre se rebela más contra el Sacramento durante la tentacion, que cuando la falta cometida ha venido á humillarle. ¿Quién no ha visto en sí propio que es más difícil combatir y defenderse, que pedir perdon despues de la derrota?

Pasó así cerca de una semana. El señor y la señora de*** me preguntaban diariamente si no tenía noticias del agua milagrosa, y si no me había contestado el párroco de Lourdes. Este al fin me escribió, anunciándome que me enviaba el agua por el camino de hierro, y que no tardaría en llegar á mis manos.

Con impaciencia fácil de concebir esperábamos el momento crítico; pero, aunque parezca increíble, era mucho mayor la ansiedad de mis amigos protestantes que la mia.

Mi vista seguía lo mismo: me era imposible leer ni escribir.

Una mañana, la del viérnes 10 de Octubre de 1862, aguardaba al señor de*** en la galería de Orleans, en el Palais-Royal. Ibamos á almorzar juntos, y como yo me habia anticipado á la hora de la cita, mirando á las tiendas de la galería, lei en el escaparate del librero Dentu,

dos ó tres anuncios de libros nuevos, lo cual bastó para producirme en los ojos excesiva fatiga. Había llegado hasta el extremo de no poder ni aún fijar la vista en los gruesos caracteres de los carteles, sin que me atacara en seguida una debilidad extraordinaria. Aquella circunstancia me causó profunda tristeza, haciéndome apreciar una vez más toda la extension de mi mal.

Por la tarde dicté tres cartas al Sr. de***, y á las cuatro, cuando me separé de él, volví á mi casa. Cuando iba á subir la escalera, me llamó el portero.

—Os han traído del ferro-carril una caja, me dijo.

Al oirlo, entré vivamente en el cuarto del portero, donde había efectivamente una cajita de madera blanca, que llevaba en un lado mis señas, y en otro estas palabras, puestas sin duda para que sirvieran de aviso á los recaudadores de derechos de puertas: «Agua natural.»

Era el agua de Lourdes.

Al cogerla sentí en mi interior una violenta emocion, pero procuré disimularla.

—Está bien, dije al portero. Volveré dentro de poco y la recogeré.

Y abismado en mis pensamientos salí á la calle.

—Esto va poniéndose serio, pensaba. Tiene razon mi amigo; es preciso que me prepare. En la situacion de alma en que hace algun tiempo me hallo, no puedo, miéntras no me purifique, pedir á Dios que haga un milagro en favor mio. Con el corazon lleno todavía de miserias voluntarias, no puedo implorar gracia tan grande. Debo yo mismo poner los medios para curar mi alma ántes de suplicarle que cure mi cuerpo.

Reflexionando en tan graves consideraciones, dirigí-me á casa de mi confesor, el Sr. Ferrand de Missol, que es casi vecino mio. Afortunadamente estaba seguro de encontrarle en casa, porque era viérnes, dia en que se queda á confesar.

Estaba efectivamente; pero ya le esperaban en la antesala muchas personas, que como era natural, habían de entrar ántes que yo. Además acababa de llegar inesperadamente un individuo de su familia, por todo lo cual la criada, que fué quien me lo anunció, me dijo que lo mejor sería que volviese á la noche, despues de comer, es decir, á las siete.

Resignéme á seguir su consejo.

Al llegar á la puerta de la calle me detuve un instante, vacilando entre el deseo de ir á hacer una visita que me seducía, y el pensamiento de volver á mi casa para rezar. Mis instintos me empujaban con irresistible violencia hacia la distraccion, miéntras que una voz grave, una voz que sólo me parecía débil porque estaba acostumbrado á ser sordo á sus llamamientos, una voz sagrada y profunda me aconsejaba el recogimiento.

Largo rato vacilé, entregado á contrarios impulsos.

Por fin vencieron los buenos instintos, y me encaminé á la calle del Sena.

Recogí en la portería la cajita y con ella un folleto relativo á las Apariciones de Lourdes, y subí rápidamente la escalera.

Al llegar á mi cuarto, arrodilléme junto á la cama y recé, aunque comprendía que era indigno de volver mis ojos al cielo y de hablar con Dios.

En seguida me levanté. Al entrar había colocado encima de la chimenea la caja de madera blanca y el librito que la acompañaba. Miraba á cada momento la caja que contenía el agua misteriosa, y me parecía que en aquella solitaria habitacion iba á pasar algo grande. Temía tocar con mis impuras manos la madera que cubría el agua sagrada, y por otra parte sentía singulares tentaciones de abrirla y de no aguardar á la confesion que por la noche iba á hacer. Aquella lucha duró breves momentos y concluyó con una oracion.

— « ¡ Si, Dios mio, exclamé! soy un miserable pecador, indigno de elevar mi voz hasta Vos, y de tocar un objeto que Vos habeis bendecido. Pero el mismo exceso de mi miseria debe excitar vuestra compasion. Dios mio, lleno de fe y de confianza acudo á Vos y á la Santísima Virgen María, y desde el fondo del abismo os dirijo mis lamentos. Esta noche confesaré mis faltas á vuestro ministro, pero mi fe no quiere y no puede esperar. Perdonadme, Señor, y curadme. Y vos, Madre de misericordia, ¡ socorred á vuestro desgraciado hijo! »

Y habiéndome de este modo fortalecido con la oracion, me atreví á abrir la caja. Dentro había una botella llena de agua.

Quité el corcho, puse agua en una taza y saqué de mi cómoda una servilleta. En aquellos vulgares preparativos, que hice con minucioso cuidado, resplandecía (nunca lo olvidaré) una secreta solemnidad, que me asombraba á mí mismo miéntras iba y venía por mi cuarto. En aquel cuarto no estaba yo solo: se reconocía evidentemente la presencia de Dios, y la Santísima Vir-

gen, por mí invocada, me acompañaba también sin duda alguna.

La fe, una fe ardiente y vigorosa, abrasaba mi alma.

Cuando acabé todos los preliminares, volví á arrodillarme.

— « ¡Oh Santísima Virgen María, exclamé en alta voz, tened piedad de mí y curad mi ceguera física y moral! »

Y al pronunciar aquellas palabras, con el corazón lleno de confianza, me froté sucesivamente ambos ojos y la frente con la servilleta que había empapado en agua de Lourdes, operación que no duró más de treinta segundos.

¡Júzguese mi asombro, y casi iba á decir mi espanto! Apenas tocó á mis ojos y á mi frente el agua milagrosa, sentime curado de improviso, bruscamente, sin transición, con una rapidez que, en mi imperfecto lenguaje, sólo puedo comparar con la del rayo.

¡Extrañas contradicciones de la humana naturaleza! Pocos momentos ántes creía á mi fe que me prometía mi curación, y entonces no podía dar crédito á mis sentidos que me aseguraban el cumplimiento de mis esperanzas.

Nó; no daba crédito á mis sentidos, hasta el punto de que, á pesar de un efecto tan instantáneo, cometí la falta de Moises y herí dos veces la roca; es decir, que durante algun tiempo, continué rezando y mojándome los ojos y la frente, sin atreverme á levantarme ni á probar si era verdad mi curación.

Sin embargo, al cabo de diez minutos en esta situación, la fuerza que en mis ojos sentía y la completa care-

cia de pesadez en la vista no podían dejarme duda alguna.

— ¡Estoy curado! exclamé.

Y me levanté para coger un libro cualquiera y leer-
e... Pero de repente me detuve.

—Nó, me dije á mí mismo; no debo en estos momen-
tos coger un libro cualquiera.

Y fui á buscar la relacion de la Aparicion que había
dejado encima de la chimenea, lo cual no era más que
obrar con justicia.

Leí sin interrumpirme y sin sentir la menor fatiga
ciento cuatro páginas: veinte minutos ántes no hubiera
podido leer ni tres líneas.

Y si me detuve en la pág. 104 fué porque eran más
de las cinco y media de la tarde, hora en que el 10 de
Octubre es casi de noche en París. Cuando abandoné el
libro estaban encendiendo los faroles en las tiendas de la
calle donde vivo.

Por la noche me confesé y di parte al Sr. Ferrand de
la singular gracia que acababa de concederme la Santísi-
ma Virgen. Aunque no estaba preparado, segun ya he
dicho, mi confesor tuvo á bien permitirme que comul-
gase al dia siguiente, para dar gracias á Dios por un
beneficio tan especial y tan extraordinario, y para fortifi-
car las resoluciones que un acontecimiento de esta clase
debía haber engendrado en mi corazon.

Al señor y á la señora de***, como fácilmente se
comprenderá, causóles singular emocion un suceso en el
cual la Providencia les había hecho tomar parte tan direc-
ta. ¿Qué reflexiones hicieron? ¿Qué pensamientos les
asaltaron? ¿Qué pasó en el fondo de aquellas dos almas?

Secreto es este suyo y de Dios. Lo que yo pueda saber no tengo derecho para decirlo.

Como quiera que sea, yo, que conocía la naturaleza de mi amigo, le dejé reflexionar sin apresurarle ni importunarle para que diera su opinion, pues sabía, y sé todavía, que Dios tiene su hora y conoce sus caminos. Su intervencion en cuanto acababa de suceder era harto visible para que yo no temiese la mia propia, á pesar de mis grandes deseos, no ignorados por mis amigos, de verles entrar en la única Iglesia que contiene á Dios por completo.

Siento no poder detenerme á contemplar un instante en mi imaginacion á aquellos dos séres, para mí tan queridos, recibiendo, á consecuencia del milagro con que Dios había querido favorecerme, los primeros movimientos que da la verdad á las almas que quiere conquistar.

Siete años han trascurrido desde mi milagrosa curacion. Mi vista es excelente. Ni la lectura, ni el asiduo trabajo, ni las largas vigiliass la fatigan. ¡Concédame Dios la gracia de no emplearla nunca más que en servicio del bien!

II.

Otro episodio.

Hay en las carreras civiles hombres cuyo tipo varonil se confunde con el del militar. Aunque nunca hayan vivido en los campamentos, todos los que los ven pasar, y no los conocen, los toman irremisiblemente por veteranos retirados, pues tienen su figura severa, su manera de andar marcial, su aspecto reglamentario y también su aire de hombría de bien. Donde más abundan es en esas administraciones mixtas, como las aduanas y los bosques, que aunque puramente civiles, copian sus formas jerárquicas y su organización del sistema adoptado para el ejército. Por una parte, tienen una familia, una casa, una vida doméstica, y por otra se ajustan á las múltiples exigencias de un régimen completamente militar. De aquí resultan esas singulares fisonomías á que me refiero, y que todo el mundo conoce.

Ahora bien; si alguna vez habeis visto un Oficial de caballería vestido de paisano, con el pelo á punta de tijera y el bigote gris cortado en forma de cepillo; si habeis observado en sus varoniles facciones esos pliegues verticales y rectilíneos, que aún no son arrugas, y que parecen propios y exclusivos del rostro de un soldado; si habeis detenido vuestras miradas en esas frentes refractarias al sombrero de copa, que parecen exclusivamente

configuradas para llevar el k epis   el tricornio con galones de plata, y en esos ojos enérgicos y dulces   la par, que de día están acostumbrados   desafiar el peligro y de noche se dulcifican en la intimidad del hogar doméstico, y se recrean contemplando cabezas de niños; si recordais ese tipo caracteristico, no tengo para qué trazaros el retrato del Sr. Roger Lacassagne, empleado en la aduana de Burdeos, porque le conoceis como yo.

Cuando va   hacer dos años tuve el honor de visitarle en su casa, calle del Chai de Farines, núm. 6, en Burdeos, me llamó desde luego la atencion por su aspecto severo y reservado.

Pregunt me, con esa cortesía un poco brusca de los hombres acostumbrados   la ordenanza, cuál era el objeto de mi visita.

—Caballero, le dije, ha llegado   mis oidos la noticia de vuestro viaje   la gruta de Lourdes, y como me interesa saber la verdad para cierto estudio que estoy haciendo, he venido   escuchar su relacion de vuestros propios labios.

Al escuchar las palabras «la Gruta de Lourdes» aquella ruda fisonomía se dulcific , y la emocion de un poderoso recuerdo enterneci  aquellas austeras facciones.

—Sentaos, me dijo el Sr. Lacassagne, y dispensad que os reciba en esta desordenada habitacion. Hoy sale para Arcachon mi familia, y nos encontramos en medio del trastorno consiguiente   toda mudanza.

—Eso no importa. Referidme los sucesos de que me han hablado y que conozco muy confusamente.

—Por lo que   mi toca, dijo con voz casi embargada

por las lágrimas , nunca olvidaré ni uno solo de sus pormenores.

— « Caballero , continuó despues de un momento de silencio ; no tengo más que dos hijos. El menor , del cual únicamente he de hablaros , se llama Julio. Ahora va á venir , y ya veréis cuán dulce , cuán puro , cuán bueno es. »

El Sr. Lacassagne no me habló del cariño que por aquel hijo sentia ; pero la inflexion de su voz , que en cierto modo se dulcificaba al hablar de aquel niño , me revelaba toda la profundidad de su amor paternal , y comprendí que en aquel sentimiento tan fuerte y tan tierno se concontraba el alma varonil que iba á confiarme sus secretos.

— « Su salud , continuó , fué excelente hasta la edad de diez años.

En aquella época le sobrevino inopinadamente y sin causa fisica aparente , una enfermedad cuya gravedad no comprendí en un principio. El 25 de Enero de 1865 , euando acababamos de sentarnos á la mesa para comer , quejóse Julio de una incomodidad en la garganta , que le impedía tomar ningun alimento sólido , tanto que tuvo que limitarse á tomar un poco de sopa.

Como al dia siguiente persistiera aquel estado , mandé llamar á uno de los médicos más distinguidos de Tolosa , el Sr. Nogués.

— Esto es nervioso , me dijo el doctor , que me dió esperanzas de una próxima curacion .

Pocos dias despues podia efectivamente comer el niño ,

y yo le creía completamente restablecido, cuando volvió á atacarle la enfermedad, que continuó con intermitencias más ó ménos regulares hasta fines del mes de Abril, desde cuyo momento tomó un carácter crónico. El pobre niño vióse obligado á alimentarse exclusivamente de líquidos, de leche y de caldos. Y áun el caldo tenía que estar un poco claro, pues la angostura del orificio que aún quedaba en la garganta era tal, que le era completamente imposible tragar ni áun tapioca.

La pobre criatura reducida á tan miserable alimentacion, adelgazaba á ojos vistos y se iba lentamente consumiéndose.

Los médicos (que eran dos, pues desde el principio de la enfermedad había yo rogado á una especialidad médica, al Sr. Roques, que se uniera al señor Nogues) los médicos, asombrados de la singularidad y de la persistencia de aquel padecimiento, procuraban en vano descubrir su naturaleza para determinar sus remedios.

Un día, el 10 de Mayo (he sufrido tanto, caballero, y he pensado tantas veces en aquella malhadada enfermedad que recuerdo todas estas fechas), un día ví á Julio en el jardín, corriendo con desusada precipitacion y como agitado por violentas sacudidas. Entónces me asustaba ver en él la menor agitacion.

—Julio, detente, exclamé yendo á su encuentro y cogiéndole de la mano.

—No puedo, me dijo. Necesito correr, me impulsa una cosa que puede más que mi deseo.

Entónces le tomé en brazos. Sus piernas se movían

convulsivamente , y poco despues principi6 tambien su cabeza á agitarse y á hacer contorsiones.

Declarábase al fin el verdadero carácter de la enfermedad. Mi desdichado hijo estaba atacado de una corea. Sabréis sin duda, caballero , las crisis horribles que produce esa extraordinaria enfermedad.....

—Nó , le dije interrumpiéndole. Y aún más , ignoro lo que es una corea.

—Es la enfermedad que habitualmente se llama *el baile de San Vito*.

—Ahora lo comprendo , continuad.

—El mal había atacado principalmente el esófago. Los síntomas que acababan de presentarse y que continuaron por desgracia repitiéndose sin interrupcion , desvanecieron desde entónces las dudas de la medicina.

Pero si bien ésta reconoció el mal , en cambio se declaró incapaz de vencerle. Como un gran triunfo , despues de quince meses de curacion , consiguió dominar los síntomas externos ; como la agitacion de las piernas y de la cabeza , ó mejor dicho , para hablar con toda propiedad y explicar claramente mi pensamiento , aquellos síntomas desaparecieron por sí solos , merced únicamente á los esfuerzos de la naturaleza. En cuanto á la extremada angostura de la garganta , se había convertido en un pallecimiento crónico , y resistía á todos los esfuerzos á que apelábamos para combatirla. Por espacio de cerca de dos años recurrimos sucesiva é inútilmente á los aires del campo , á los baños de Luchon y á toda clase de remedios. Pero no conseguíamos con cada nuevo

ensayo más que exasperar en mayor grado al enfermo.

Nuestro último recurso habían sido los baños de mar; mi mujer había acompañado al enfermo á San Juan de Luz. Inútil es decirnos que supuesto el estado del niño, absorbían toda nuestra atención los cuidados físicos, porque lo que queríamos, ante todo, era que viviese. Así pues, desde el principio suspendimos sus estudios, y le prohibimos toda clase de trabajo, tratándole como á un vegetal; pero como Julio tiene un carácter grave y activo, aquella completa privación de ejercicios intelectuales le producía gran tristeza. La pobre criatura estaba además como avergonzada de su mal; veía á los otros muchachos sanos y contentos, y se consideraba como un sér desgraciado y maldito. Por consiguiente, buscaba la soledad....»

— El padre conmovido por aquellos recuerdos, detúvose un momento como para contener un sollozo.

— «Buscaba la soledad, continuó, y siempre estaba triste. Cuando encontraba algún libro, le leía para distraerse. Un día vió en San Juan de Luz encima de la mesa de una señora un folletito relativo á la aparición de Lourdes. Le leyó y causóle, al parecer, profunda emoción, tanto que por la noche dijo á su madre que bien podía curarle la Santísima Virgen; pero su madre no se fijó en aquellas palabras, que consideró como un capricho de niño.

Al volver á Burdeos (porque un poco ántes me habían trasladado y habíamos venido á vivir aquí), al vol-

ver á Burdeos, continuaba mi hijo en idéntico estado.

Esto era en el mes de Agosto del año pasado.

Tantos esfuerzos infructuosos, tanta ciencia prodigada, sin conseguir resultados, por los mejores médicos, tantos cuidados perdidos, acabaron, como fácilmente comprenderéis, por sumirnos en el más profundo abatimiento. Desanimados por la inutilidad de nuestras diversas tentativas, suspendimos toda clase de remedios y dejamos obrar á la naturaleza, resignándonos con el mal inevitable que el Sumo Hacedor tenía á bien enviarnos. Parecíamos que tantos sufrimientos habían en cierto modo aumentado el cariño que al pobre Julio profesábamos, así que tanto su madre como yo le cuidábamos con igual ternura é incansable solícitud. Los pesares nos han envejecido á ambos. Aunque me veis así, caballero, yo no tengo más que cuarenta y seis años.»

Miré á aquel pobre padre, y al contemplar su rostro varonil, en el cual había impreso el dolor sus huellas, no pude ménos de conmoverme vivamente, y cogiéndole la mano se la estreché con cordial simpatía y profunda conmiseracion.

— «A pesar de todo, continuó, las fuerzas del niño iban visiblemente disminuyéndose. Hacía dos años que no tomaba ningun alimento sólido, y si habíamos conseguido prolongar por tanto tiempo su vida, haciendo grandes gastos, lo debíamos únicamente á nuestros extraordinarios cuidados, y á un alimento líquido, que á fuerza de ingenio conseguíamos hacer algo sustancioso.

Su extenuacion era espantosa y extremada su palidez.

Ya no tenía sangre en las venas, y parecía una estatua de cera. Veíamos adelantarse la muerte á pasos agigantados; era, más que segura, inminente. Entónces, aunque estaba convencido de la impotencia de la medicina, no pude ménos, en mi dolor, de llamar otra vez á su puerta. Era la única que conocía en este mundo.

Acudí, pues, al médico más notable de Burdeos, al Sr. Gintrac, padre.

El Sr. Gintrac examinó la garganta del niño, la registró escrupulosamente, y descubrió además de aquella extremada angostura que obstruía casi por completo el canal alimenticio, rugosidades de fatal agüero.

Movió entónces tristemente la cabeza, y me dió pocas esperanzas; pero al ver mi terrible ansiedad, añadió:

—No digo que no pueda curarse: *pero está muy grave.*

Tales fueron sus propias palabras.

Juzgó de absoluta necesidad emplear remedios locales, y apeló primero á inyecciones y luégo al contacto de un lienzo empapado en éter. Pero semejante tratamiento empeoraba á mi hijo, y al ver sus resultados, el cirujano Sr. Sentex, interno del hospital, nos aconsejó que le suspendiéramos.

En una de mis visitas al doctor Gintrac le comuniqué una idea que no podía desechar.

—Me parece, le dije, que si Julio *quisiera*, podría tragar. Acaso esa dificultad provenga solo del temor; acaso no trague hoy, únicamente porque no ha tragado ayer. Entónces su padecimiento sería una enfermedad del espíritu, que sólo podría curarse por un medio moral.

El doctor me quitó esta última ilusión.

—Os engañais, me dijo. La enfermedad radica en los órganos que, por desgracia, están real y profundamente atacados. Yo no me he limitado á mirarle, porque los ojos pueden inducir á error, sino que le he registrado con un instrumento, y le he palpado minuciosamente con los dedos. Tiene el esófago cubierto de rugosidades, y el conducto ha llegado á estrecharse de tal manera, que es *materialemente* imposible que pueda el niño tomar ningun alimento, á no ser líquidos que se reduzcan naturalmente á las dimensiones del canal, y que pasan por esa especie de ojo de aguja que aún existe. Si se inflaman los tejidos unos milímetros más, el enfermo se ahogará. Por otra parte, el principio de la enfermedad, sus alternativas, sus momentáneas interrupciones, confirman mis observaciones materiales. Si el mal fuese, como suponeis, moral, al curar vuestro hijo una vez, hubiera quedado curado para siempre. Por desgracia, el mal no está en la imaginacion, sino en los órganos.

Aquellas observaciones, que ya me habían hecho en Tolosa, pero á las cuales no quería dar crédito, eran harto concluyentes, y me convencieron. Volví, pues, á mi casa con la muerte en el alma.

¿Qué hacer entónces? Nos habíamos dirigido á los principales médicos de Tolosa y de Burdeos, y todo había sido inútil. La fatal evidencia nos abrumaba: nuestro pobre hijo estaba condenado, y condenado sin apelacion.

Pero tan crueles convicciones no pueden ser fácil-

mente acogidas por el corazón de un padre; intenté, pues, engañarme á mi propio, y tanto mi mujer como yo, pensamos, de comun acuerdo, en la hidroterapia.

En aquella situación desesperada y desesperadora, Julio dijo un día á su madre, con una seguridad y una confianza tan completas que no pudieron ménos de llamarle la atención, las palabras siguientes:

—Ya lo ves, ni el Sr. Gintrae, ni ningun otro médico pueden hacer nada con mi enfermedad. Sólo la Santísima Virgen es quien ha de curarme. Llévame á la Gruta de Lourdes, y tú veras como me pongo bueno. Estoy seguro.

Mi mujer me refirió aquella conversacion.

—¡No hay que dudar! exclamé. Es preciso llevarle á Lourdes, y lo más pronto posible.

No vayais á creer por esto, caballero, que yo tenía fe. Entónces no creía en los milagros y consideraba imposibles esas intervenciones extraordinarias de la Divinidad. Pero era padre, y ningun recurso, por insignificante que fuese, me parecía despreciable. Además esperaba que, prescindiendo de los hechos sobrenaturales que me costaba trabajo admitir, aquel viaje podría producir en el niño un efecto moral saludable. Por lo que toca á una completa curacion, ya comprenderéis que ni por un momento pudo ocurrírseme semejante idea.

Estábamos á la sazón en invierno, á principios de Febrero, y como la estacion era mala y para Julio eran muy de temer las menores molestias, quise aguardar á que hiciera un buen día.

Desde que ocho meses ántes, había leído mi hijo

en San Juan de Luz el folleto que os he dicho, no le había abandonado ni un instante el deseo que acababa de comunicarnos. Como la primera vez que le manifestó no le hicieron caso, no había vuelto á hablar de ello, pero aquella idea continuaba animándole mientras sufría (con una paciencia que sólo podía apreciarse estando á su lado) los tratamientos médicos.

Una fe tan completa y tan absoluta era tanto más extraordinaria cuanto que no habíamos educado á nuestro hijo con hábitos de exagerada devocion. Mi mujer cumplía sus deberes religiosos, pero sin pasar de ahí, y yo, como os he dicho, estaba imbuido en ideas filosóficas muy opuestas á todas esas cosas.

El 12 de Febrero presentóse un tiempo magnífico y salimos en el tren de Tarbes.

Durante todo el camino el niño estuvo alegre, manifestando una fe ciega en su curacion, una fe, por decirlo así, abrumadora.

—Me curaré, decía á cada instante; ya lo verás, otros muchos se han curado; ¿por qué no ha de pasar-me á mí lo mismo. La Santísima Virgen me pondrá bueno.

Y yo sostenía, aunque sin participar de ella, aquella confianza tan grande, aquella confianza, que si no temiera faltar al respeto debido á Dios que la inspiraba, calificaría de irreflexiva.

En Tarbes, en la fonda Dupont, donde fuimos á parar, todos se fijaron en aquel pobre niño tan pálido, tan extenuado y al mismo tiempo de aspecto tan dulce y encantador, que sólo al verle le cobraron cariño. Dije el

objeto de nuestro viaje, y en los buenos deseos que todos manifestaron hacia nosotros, se vislumbraba una especie de feliz presentimiento. Cuando salimos, comprendí que esperaban nuestra vuelta con impaciencia.

Por lo que pudiera suceder, y á pesar de mis dudas, me llevé una cajita con galletas.

Cuando llegamos á la bóveda, que está encima de la Gruta, estaban diciendo misa. Julio rezó con una fe que resplandecía en todas sus facciones, con un ardor verdaderamente celestial. ¡El pobre ángel estaba transfigurado!

Observó su fervor el Sacerdote, y cuando dejó el altar, volvió á salir casi en seguida de la sacristía y se acercó á nosotros. Habíasele ocurrido un buen pensamiento al ver al pobre niño; me le comunicó y volviéndose hacia Julio, aún arrodillado:

—Hijo mio, le dijo, ¿quereis que os consagre á la Santísima Virgen?

—¡Oh! ¡sí! respondió Julio.

El Sacerdote procedió en seguida á aquella sencillísima ceremonia, y recitó las fórmulas de costumbre.

—Y ahora, exclamó el niño con una entonacion cuya completa confianza me conmovió, ahora voy á curarme:

Bajamos á la Gruta. Julio se arrodilló y empezó á rezar. Yo le contéplaba, y aún me parece estar viendo la expresion de su rostro, de su actitud, de sus manos unidas.

Se levantó y fuimos á la fuente.

Aquel momento era terrible.

Lavóse el cuello y el pecho; despues cogió el vaso y bebió del agua milagrosa.

Estaba tranquilo, dichoso, alegre, radiante de confianza.

Yo, en tanto, temblaba y me estremecía desfallecido ante aquella prueba suprema. Pero aunque con trabajo, contenía mi emoción, porque no quería dejarle adivinar mis dudas.

—Prueba ahora á comer, le dije alargándole una galleta.

La tomó, y yo aparté la cabeza porque no tenía fuerza para mirarle. Iba á decidirse la vida ó la muerte de mi hijo, y en aquella cuestión, terrible para el corazón de un padre, jugaba en cierto modo mi última carta. Si perdía, podía considerar como muerto á mi querido Julio. La prueba era decisiva, y yo no podía afrontar su espectáculo.

No tardé en salir de tan desgarradora angustia.

La voz de Julio, una voz dulce y alegre, exclamó:

—Papá, ya puedo tragar, ya como; bien seguro estaba: ¡tenía fe!

¡Qué espectáculo! Mi hijo, presa ya de la muerte, sanaba, y sanaba instantáneamente. Y yo, yo, su padre asistía á su esplendorosa resurrección.

Pues bien, aunque parezca increíble, por no turbar la fe de mi hijo, tuve bastante dominio sobre mí mismo para disimular mi asombro.

—Si, Julio mio; eso era cosa segura, y no podía ménos de suceder lo que ha sucedido, le respondí con una voz que merced á toda la energía de mi voluntad conseguí que pareciese tranquila.

Y sin embargo, caballero, en mi interior se desen-

cadena toda una tempestad. Si hubieran abierto mi pecho, le habrían encontrado abrasado, como si estuviese lleno de fuego.

Repetimos la experiencia y el niño comió algunas galletas más, no ya sin dificultad, sino con creciente apetito, tanto que me vi obligado á moderarle.

Yo necesitaba manifestar mi felicidad, dar gracias á Dios.

—Espérame, dije á Julio, y reza á la bendita María. Voy á subir á la capilla.

Y dejándole un momento arrodillado en la Gruta, subí á anunciar al Sacerdote la feliz noticia. Yo estaba poseído de una especie de extravío. Además de mi felicidad, tan inesperada y tan brusca que casi pudiera llamarse terrible, además del trastorno de mi alma, sentía en mi corazón y en mi inteligencia una inexplicable turbación. Sublevábanse mis pensamientos confusos, agitados, tumultuosos, y todas mis ideas filosóficas vacilaban ó se derrumbaban de golpe.

El Sacerdote bajó precipitadamente y vió á Julio acabando su última galleta. El Obispo de Tarbes, que estaba precisamente aquel día en la capilla, quiso ver á mi hijo. Yo le referí la cruel enfermedad que acababa de tener tan dichoso término, y todos acariciaban al niño, todos querían participar de mi regocijo.

Yo, entre tanto, pensaba en su madre y en la alegría que iba á recibir. Antes de volver á la fonda fui al telégrafo. El despacho que puse contenía una sola palabra: « ¡Curado! »

Apénas partió hubiera querido retirarle. « Quizá me

he precipitado, pensaba. ¡Quién sabe si volverá á recaer!

No me atrevía á creer en tanta felicidad , y cuando creía , me parecía que iba á escapárseme.

En cuanto al niño era feliz , feliz sin mezcla ninguna de inquietud. Manifestaba su alegría y su completa seguridad de una manera , por decirlo así , ruidosa.

—Ya lo ves , papá , repetía á cada momento ; sólo la Santísima Virgen podía curarme. Cuando yo te lo decía , era porque estaba seguro.

En la fonda comió con excelente apetito. Yo no me cansaba de mirarle comer.

Quiso volver á pié á la Gruta á dar gracias á su libertadora , y lo hizo.

—¿Serás muy agradecido para con la Purísima Virgen María ? le dijo un Sacerdote.

Julio señaló á la imágen de la Virgen , y despues al cielo.

— ¡ Ah ! ¡ Nunca la olvidaré ! contestó.

En Tarbes nos detuvimos en la fonda donde habíamos parado la vispera. Allí nos esperaban y tenían (ya me parece que os lo he dicho) una especie de favorable presentimiento.

Extremada fué la alegría de todos , que nos rodearon para ver al niño comer con gran apetito de todo lo que sacaban á la mesa , cuando la vispera no podía tragar más que algunas cucharadas de líquido. Parecíame que aquella época fatal estaba ya muy distante.

Aquella enfermedad , contra la que se había estrellado la ciencia de los médicos más entendidos , y que tan milagrosamente acababa de desaparecer , había durado dos años y diez y nueve dias.

« Ardíamos en deseos de volver al lado de mi esposa; así pues salimos en el *express* para Burdeos. El niño estaba rendido por la fatiga del viaje, y pudiera también decirse que por las emociones, á no tener en cuenta su constante serenidad al presenciar aquella súbita curacion que le colmaba de alegría, pero que no le asombraba. En cuanto llegó, muerto de sueño y sin ganas de cenar, quiso acostarse. Cuando le vió tan soñoliento, tan fatigado y sin ganas de comer, su pobre madre, que esperaba llena de alegría nuestro regreso, sintió una horrible duda, que llenó de desolacion su alma. Acusábame de haberla engañado, y todos mis esfuerzos no conseguían que me creyese. ¡Cuál sería su asombro cuando al día siguiente nuestro Julio, sentado á la mesa, almorzó con nosotros, y con más apetito que todos los demás! Sólo entónces se tranquilizó y quedó satisfecha. »

—Y desde entónces, le pregunté, ¿no ha tenido ninguna recaída, ni padecido ningun accidente?

—« Nada, absolutamente nada. No puede decirse que la curacion hizo progresos, ni que se consolidó, en atencion á que había sido tan completa como instantánea. Habíase verificado la transicion de una enfermedad tan antigua y tan rebelde á aquella curacion tan absoluta sin la menor gradacion, y sin conmocion ninguna aparente. Pero el estado general de su salud mejoró de una manera rápida, merced á la influencia de un régimen reparador, cuyos saludables efectos ya hacia tiempo que eran harto necesarios para mi pobre hijo. »

—Y los médicos, ¿han declarado por escrito el estado anterior de Julio? Parece que así lo exigía la estricta, justicia.

—Lo mismo pensaba yo, y así se lo rogué al médico de Burdeos que había visitado últimamente á mi hijo; pero se encerró en una reserva que me impidió insistir de nuevo. En cambio el doctor Roques, de Tolosa, á quien escribí en seguida, se apresuró á reconocer el carácter milagroso del hecho que causa nuestro regocijo, y que declaraba completamente extraño al poder de la medicina. «Al contemplar esa curacion tan largo tiempo deseada y tan prontamente obtenida, me escribía, ¿cómo no salir del estrecho horizonte de las explicaciones científicas, para abrir el alma á la gratitud que inspira un suceso tan extraño, en el cual obedece, al parecer, la Providencia á la fe de un niño?» Rechazaba además enérgicamente, como médico, las teorías que en tales casos suelen invocarse: «estimulacion moral, efectos de la imaginacion, etc.,» para proclamar con la franqueza que en aquel hecho se descubría «la accion precisa, positiva, de una existencia superior, que se revelaba y se imponía á la conciencia.» Tal era la apreciacion del Sr. Roques, médico de Tolosa, que conocía tan bien como yo el estado anterior y la enfermedad de mi hijo. Aquí teneis el original de su carta, fechada el 24 de Febrero.

Los hechos que acabo de referiros son tan notorios, que nadie se atrevería á negarlos. Está demostrado con exceso que la ciencia era radicalmente impotente contra

la enfermedad que Julio padecía. En cuanto á la causa de su curacion puede cada cual apreciarla y juzgarla desde el punto de vista en que se coloque. Por lo que á mí toca , yo , que ántes de aquel hecho extraordinario no creia más que en las acciones meramente naturales, he visto que era preciso buscar la explicacion de muchas cosas en un órden más elevado , y todos los dias elevo mi corazon hacia Dios, que al poner término de manera inesperada á una cruel y larga prueba , ha sabido buscar mi parte más sensible para conquistar mi alma.»

—Comprendo en este particular vuestros pensamientos y vuestra manera de sentir , y me parece , como decís, que tales eran los designios de Dios.

Despues de pronunciar estas palabras permanecí largo rato silencioso y absorto en mis reflexiones.

Insensiblemente volvió á recaer la conversacion sobre el niño curado milagrosamente. El corazon del padre se inclinaba siempre hacia este punto , como la aguja de la brújula hacia el Norte.

—Desde entónces , me dijo , su piedad es angelical. Ahora lo veréis : en su rostro resplandece la nobleza de sus sentimientos. Tiene un fondo excelente y una naturaleza superior. Es incapaz de mentir ó de cometer una bajeza. Pero su piedad ha desarrollado en alto grado todas estas cualidades naturales. Ahora está estudiando en un colegio inmediato , en casa del Sr. Conangle , en la calle del Mirail. El pobre niño no ha tardado en recuperar el tiempo perdido , pues ama el estudio, y es el pri-

mero en su clase. En los exámenes recientes obtuvo el primer premio. Además es el más prudente, el más dulce, el mejor, el predilecto de sus maestros y de sus compañeros. Es nuestra alegría, nuestro consuelo...»

Abrióse en aquel momento la puerta, y entró Julio con su madre en la pieza donde estábamos. Le cogí la cabeza y la besé con ternura. En su rostro brilla la llama de la salud. Su frente ancha y espaciosa es admirable; su actitud, modesta y dulce al par que firme, inspira un secreto respeto. Sus ojos, grandes y muy vivos, reflejan una inteligencia poco común, una absoluta pureza, un alma hermosa

—Sois un padre feliz, dije al Sr. Lacassagne.

—Sí, muy feliz; pero lo mismo mi pobre mujer que yo hemos sufrido mucho.

—No os quejeis, le dije apartándome un poco de Julio. Ese camino de dolores era el que os llevaba de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, de vos mismo á Dios. Dos veces ha demostrado en Lourdes la Santísima Virgen que es Madre de los que viven. Ha dado á vuestro hijo la vida temporal para daros á vos, al mismo tiempo, la vida verdadera, la vida que nunca acabará.

Me separé de aquella familia bendita por Dios, y con el corazón conmovido por todo lo que había visto y escuchado escribí lo que acabo de referir.

LIBRO ONCENO.

Transformacion de la Gruta. — El párroco Peyramale. — La estatua de la Virgen, la iglesia y la bóveda subterránea. Inauguración. — Lourdes actualmente. — Procesiones, curaciones y romerías. — Los muertos y los vivos. — Sor María Bernarda.

I.

Volvamos á Lourdes.

Había pasado algun tiempo, y la actividad humana había empezado á trabajar.

Los alrededores de la Gruta, donde se apareció la Virgen, habían cambiado de aspecto. Sin perder nada de su grandeza aquel lugar agreste y salvaje, tenía una fisonomía graciosa, dulce y risueña. Todavía sin concluir, pero poblada de obreros, elevábase airosamente hacia el cielo una magnífica iglesia orgullosamente arrojada en la cima de las rocas Massabielle. El gran ribazo inculdo y escarpado, por donde ántes bajaban á duras penas los montañeses, estaba cubierto de verde musgo, plantado de arbustos y sembrado de flores. En medio de dalias y de rosas, de margaritas y de violetas, y á la

sombra de las acacias y de los citisos, serpenteaba, formando sinuosos dibujos, una espaciosa senda, tan ancha como un camino real, que iba desde la iglesia á la Gruta.

Esta estaba cerrada, á manera de un santuario, con una verja. Colgaba de la bóveda una lámpara de oro, y delante de aquellas agrestes rocas, holladas por el divino pié de la Virgen, ardían día y noche innumerables cirios.

Fuera del recinto cerrado surtía la fuente milagrosa á tres gruesos caños de bronce, y una piscina, cubierta por una pequeña construcción que impedía verla, permitía á los enfermos bañarse en el agua bendita.

El arroyo del molino de Savi había cambiado de sitio, siendo rechazado hácia el Gave. El mismo río había retrocedido también para ceder su cauce á un hermoso camino que conducía á las rocas Massabielle, poco ha tan completamente desconocidas y á la sazón tan ilustres. Más adelante, en las márgenes del río, á fuerza de desmontes y terraplenes, se había formado, en toda la extensión de una gran pradera, un magnífico paseo adornado de chopos y de olmos.

Todos aquellos cambios se habían hecho y se estaban haciendo todavía en medio de la incesante afluencia de fieles. Las monedas arrojadas en la Gruta por la fe popular, los *ex-votos*, pruebas del agradecimiento de tantos enfermos curados, de tantos corazones consolados, de tantas almas resucitadas y devueltas á la verdad y á la vida, eran los únicos recursos con que se costeaban los gastos de aquellos trabajos gigantescos, cuyo presupuesto

general se calculaba próximamente en dos millones de francos.

Cuando Dios, en su bondad infinita, se digna llamar á los hombres para que cooperen directamente á alguna de sus obras, no emplea ni soldados, ni alguaciles, ni gendarmes para recaudar sus impuestos, y no acepta de sus criaturas más que un apoyo puramente voluntario. El Dueño del mundo nunca se sirve de la violencia, porque es el Dios de las almas libres, y no quiere recibir más tributos que los que espontáneamente, de todo corazón y con absoluta independencia, le ofrezcan los que le aman.

Así se iba construyendo la iglesia; así se rechazaban el arroyo y el río; así se alzaban terraplenes ó se abrían zanjias; así se plantaban árboles y se trazaban caminos al rededor de las célebres rocas donde la Madre de Jesucristo se había aparecido con todo el esplendor de su gloria á las miradas de una mortal.

II.

Semejante por su infatigable ardor y por su sagrado entusiasmo á las grandes figuras de Esdras ó de Nehemias, ocupados por orden de Dios en construir los muros de Jerusalem, hallábase al mismo tiempo en todas partes un hombre de elevada estatura y de frente ancha y respetable, que animaba á los obreros, vigilaba los trabajos, suscitaba á cada paso nuevas ideas y ponía algunas veces

personalmente mano á la obra para volver á su sitio una piedra mal colocada, ó para enderezar un árbol mal plantado. Hacíanle visible desde léjos su imponente estatura y su traje talar negro. Fácil es adivinar su nombre. Era el pastor de la ciudad de Lourdes, el párroco Peyramale.

No pensaba más que en el mensaje que la Santísima Virgen le había dirigido por medio de la vidente, no pensaba más que en las prodigiosas curaciones que habían acompañado y seguido á la divina Aparicion, y en los innumerables milagros que presenciaba como testigo cotidiano. Consagraba su vida entera á ejecutar las órdenes de la poderosa Reina del universo, y á levantar para gloria suya un monumento magnífico. Cualquiera lentitud, cualquier retraso, cualquier momento perdido, parecíanle otras tantas pruebas de la ingratitude de los hombres, y su corazón, abrasado por el celo de la casa de Dios, se indignaba muchas veces y prorumpía en severas reprensiones. Su fe grande y absoluta le hacía mirar con horror las miserables mezquindades de la prudencia humana, que anatematizaba con el sublime desden de todos los que tienen costumbre de ver las cosas por el horizonte de aquella sagrada montaña, desde cuya cima predicó el Hijo de Dios la nada de la tierra y la realidad del cielo. «No temais..... Buscad principalmente mi reino, que todo lo demás se os dará por añadidura (1).»

Un dia, delante de la fuente milagrosa, y en medio

(1) Sermon de la montaña. En San Mateo.

de un grupo de eclesiásticos y de seglares , presentóle el arquitecto el plano , á decir verdad bastante gracioso , de una pequeña y encantadora iglesia, que había de construirse encima de la Gruta. El Párroco fijó en el proyecto los ojos , y sintió teñírsele el rostro de vergüenza. Con un brusco ademan arrugó y despedazó el plano, y tiró los pedazos al Gave.

— ¿Qué haceis ? exclamó el arquitecto estupefacto.

— Ya lo veis , respondió el Sacerdote ; me avergüenzo al contemplar lo que la mezquindad humana se atreve á ofrecer á la Madre de mi Dios , y reduzco á la nada su miserable expresion. Lo que aquí se necesita , en memoria de los grandes hechos que han sucedido , no es la estrecha iglesia de una aldea , sino un templo de mármol, tan grande , cuanto lo permita la cima de las rocas Mas-sabielle , y tan magnífico como pueda concebirlo vuestra imaginacion. Id , señor arquitecto ; atrévase á todo vuestro genio ; que nada le detenga ; y que nos dé una obra maestra. Y tened entendido que aunque fuéreis un Miguel Angel , lo que podais hacer será aún indigno de la Virgen que aquí se apareció.

— Pero, señor Cura , le dijeron todos ; ¡ para llevar á cabo lo que decis , se necesitan millones !

— La que hizo brotar una fuente de esta estéril roca, sabrá tambien hacer generosos los corazones de los fieles, replicó el Sacerdote. Id sin temor. ¿ Por qué temlais, cristianos de poca fe ?

El templo se construyó con las proporciones indicadas por el hombre de Dios.

Muchas veces el párroco Peyramale exclamaba al considerar aquellos diversos trabajos :

— ¿Cuándo me será permitido asistir , en medio de los sacerdotes y de los fieles , á la primera procesion que inaugure en estos lugares benditos el culto publico de la Iglesia católica? ¿No deberé entónces cantar mi *Nunc dimittis* , y no espiraré de alegría en medio de la fiesta?

Con tales pensamientos llenábanse de lágrimas sus ojos. No ha habido en el fondo de ninguna alma aspiracion más ardiente ni más acariciada que aquel inocente deseo de un corazon enamorado por completo de Dios.

Algunos dias , á las horas en que ménos concurridas estaban las rocas Massabielle , iba á arrodillarse humildemente delante del sitio de la Aparicion y á beber en la fuente , una niña , una muchacha del pueblo pobrementemente vestida. En nada se distinguía de las demás , y á no ser que alguno de los peregrinos la conociera ó la designase á los otros , nadie adivinaba que fuese Bernardita. La privilegiada del Señor había vuelto á entrar en el silencio y la oscuridad. Continuaba asistiendo á la escuela de las Hermanas , donde era la más humilde , como hubiera querido ser la que ménos llamase la atencion. Las innumerables visitas que allí recibía , en nada turbaban la serenidad de su alma , donde vivían para siempre el recuerdo del cielo entreabierto y la imágen de la Virgen incomparable , cosas que Bernardita conservaba en lo más íntimo de su corazon. Los pueblos acudían en tanto por todas partes , repetíanse los milagros , y el templo iba elevándose. Y Bernardita , lo mismo que el santo

Párroco de Lourdes aguardaba, como el día más afortunado de su vida, excepto los de las visitas divinas, aquel en que viese con sus propios ojos á los Sacerdotes del Dios verdadero guiando en persona á los fieles, con la cruz y los estandartes al frente, á las rocas de la Aparicion.

III.

La Iglesia efectivamente, á pesar del edicto del Obispo, no había tomado aún posesion por medio de ninguna ceremonia pública de aquellos lugares, para siempre sagrados. Dicha toma de posesion tuvo lugar solemnemente el 4 de Abril de 1864 con la inauguracion y bendicion de una magnífica estatua de la Santísima Virgen, que se colocó, con toda la pompa en tales casos acostumbrada, en aquel rústico nicho, adornado de plantas silvestres, donde se había aparecido la Madre de Dios á la hija de los hombres (1).

(1) Dos nobles y piadosas hermanas de la diócesis de Lyon, las señoras de Lacour, ofrecieron á la Gruta de Lourdes la mencionada estatua, de tamaño natural, labrada en hermoso mármol de Carrara. La ejecutó, con arreglo á las minuciosas indicaciones de Bernardita, el eminente escultor lionés Sr. Fabish. Representa á la Virgen, tal como la describió la vidente, con escrupuloso respeto en los menores accidentes, y con un talento poco comun en la ejecucion.

Hacía un tiempo magnífico. El alegre sol de la primavera se adelantaba en una bóveda azul, que no empañaba ni la más ligera nube.

La ciudad de Lourdes estaba engalanada con flores, gallardetes, guirnaldas y arcos de triunfo. En la elevada torre de la parroquia, en todas las capillas de la población y en todas las iglesias de las cercanías tocaban á vuelo las campanas. Innumerables eran los pueblos que habían acudido á aquella fiesta del cielo y de la tierra. Pocas procesiones recordará la memoria de los hombres semejantes á la que salió de la iglesia de Lourdes para dirigirse á la gruta de la Aparición. Abría la marcha un piquete de tropa con toda la riqueza y todo el esplendor del aparato militar. Detrás las cofradías de Lourdes, las sociedades de socorros mútuos; todas las corporaciones del país, con sus cruces y sus pendones; la Congregación de las Hijas de María, cuyos trajes talaros brillaban con la blancura de la nieve; las Hermanas de Nevers, cubiertas con largos velos negros; las Hijas de la Caridad, adornadas con grandes tocas blancas; las Hermanas de San José, envueltas en sus capas sombrías; las Ordenes religiosas de varones; los Carmelitas; los Hermanos de la instrucción y de las escuelas cristianas, y prodigiosa muchedumbre de peregrinos, de hombres, de mujeres, de niños, de ancianos; en suma, cincuenta ó sesenta mil personas colocadas en dos interminables filas, serpenteaban á lo largo del risueño camino que conduce á las ilustres rocas de Massabielle. De trecho en trecho unos armoniosos coros de voces y de instrumentos exhalaban en alegres tocatas y majestuosos cánticos todas las mani-

festaciones del entusiasmo popular. Por último, cerrando aquel asombroso cortejo, rodeado de cuatrocientos sacerdotes con traje de coro, de sus vicarios, de los dignatarios y del cabildo de su Iglesia catedral, adelantábase solemnemente su grandeza, el muy alto y eminente Prelado, monseñor Bertran Severo Laurence, Obispo de Tarbes, con la mitra en la cabeza, revestido de pontifical y bendiciendo con una mano á los pueblos, miéntras con la otra se apoyaba en su gran báculo de oro.

Una emocion indescriptible, un alborozo, del que sólo es capaz el pueblo cristiano congregado ante las miradas de Dios, inundaba todos los corazones. Al fin, despues de tantos trabajos, de tantas luchas, de tantos obstáculos, llegaba el dia del triunfo solemne. Lágrimas de felicidad, de entusiasmo y de amor surcaban los rostros de aquellos aldeanos, movidos por el aliento de Dios.

¡Cuán indecible regocijo debía, en medio de aquella fiesta universal, llenar el corazon de Bernardita, que caminaba sin duda á la cabeza de las Hijas de María! ¡Qué sentimientos de embriagadora felicidad debían inundar el alma del venerable Párroco de Lourdes, que entonaba, sin duda, al lado del Obispo el *Hosanna* de la victoria divina! Ambos habían estado en el combate: había llegado el momento de que uno y otro asistieran al triunfo.

¡Ay! Inútil era buscar á Bernardita entre las Hijas de María: inútil era buscar entre el Clero que rodeaba al Prelado al párroco Peyramale. Hay alegrías demasiado intensas para la tierra, y que están reservadas para el cie-

lo. Por eso Dios se las niega acá abajo á sus hijos predilectos.

Miéntas todos estaban en la fiesta, y cuando el sol alumbraba el triunfo venturoso de los fieles y de los creyentes, el Párroco de Lourdes, postrado por una enfermedad, mortal al parecer, padecía, atormentado por horribles sufrimientos físicos. Tendido en su lecho de dolor, á cuya cabecera velaban día y noche dos religiosas hospitalarias, quiso que le incorporasen para ver pasar el gran cortejo, pero faltáronle las fuerzas y no tuvo ni áun la fugitiva vision de todos aquellos esplendores. Llegábase sólo, á través de las cerradas cortinas de su cuarto, el alegre doblar de las sonoras campanas como un fúnebre clamoreo.

Por lo que toca á Bernardita, atestiguábase Dios también su predileccion, como Él suele atestiguarla á sus escogidos, haciéndola pasar por la gran prueba del dolor. Miéntas que, dominando la inmensa procesion de los fieles, Su Grandeza Monseñor Laurence, Obispo de Tarbes, iba, en nombre de la Iglesia, á tomar posesion de las rocas Massabielle y á inaugurar solemnemente el culto público de la Virgen que se le había aparecido, Bernardita, lo mismo que el eminente Sacerdote á que poco há nos hemos referido, era victima de una enfermedad, y la maternal Providencia, temiendo acaso los peligros que para su hija muy amada pudiera ofrecer la tentacion de alguna pompa mundana, la privaba del espectáculo de aquellas fiestas nunca vistas, donde hubiera oido su nombre aclamado por millares de bocas y glorificado desde la cátedra sagrada por la ardiente palabra

de los predicadores. Demasiado pobre para que pudieran asistirle en su casa, donde ni ella ni los suyos habían querido recibir nunca ningún donativo, Bernardita fué trasladada al Hospital, donde yacía en el humilde colchón de la caridad pública, en medio de esos pobres á quienes el mundo que pasa llama desdichados, pero á los cuales ha dado Jesucristo su bendición, declarándoles los bienaventurados de su reino eterno.

IV.

Han pasado once años desde que tuvieron lugar las apariciones de la Santísima Virgen. El vasto templo, ya casi acabado, se eleva hasta el nacimiento de las bóvedas, y hace ya mucho tiempo que se celebra el santo sacrificio en todos los altares de la cripta subterránea. El Obispo había instalado algunos misioneros diocesanos de la casa de Garaison á algunos pasos de la Gruta y de la iglesia para distribuir á los peregrinos la palabra apostólica, los sacramentos y el cuerpo del Señor.

Las peregrinaciones han adquirido un desarrollo acaso sin ejemplo en el universo, porque hasta el presente, esos vastos movimientos de la fe popular nunca habían tenido á su disposición los poderosos medios de transporte inventados por la ciencia moderna. El camino de hierro de los Pirineos, variando un poco el trazado

primitivo, más directo y ménos costoso, que estaba marcado entre Tarbes y Pau, ha dado un rodeo para pasar por Lourdes, donde deposita sin cesar innumerables viajeros, que acuden de todos los puntos del horizonte á invocar á la Virgen aparecida en la Gruta, y á pedir á la fuente milagrosa la curacion de sus males. Allí llegan no sólo de las diversas provincias de Francia, sino tambien de Inglaterra, de Bélgica, de España, de Rusia, de Alemania. Hasta en el fondo de las lejanas Américas, se han conmovido algunos piadosos cristianos y han traspasado el Océano para visitar la Gruta de Lourdes y arrodillarse delante de aquellas célebres rocas santificadas desde que las tocó la Madre de Dios. Otras veces los que no pueden ir en persona escriben á los misioneros, rogándoles que les envíen á su país alguna cantidad del agua milagrosa. Efectivamente, de Lourdes están saliendo siempre encargos de esta clase para todas las regiones del mundo.

Aunque Lourdes es una ciudad pequeña, hay en el camino de la Gruta un perpétuo hormiguelo, un movimiento prodigioso de hombres, de mujeres, de Sacerdotes, de carruajes, como en las calles de una populosa ciudad.

En cuanto llega el buen tiempo y el sol, vencedor del invierno, abre en medio de flores las puertas de azul y de oro de la primavera, principian los cristianos de aquellas comarcas á prepararse para hacer la peregrinacion de Massabielle, no ya aisladamente, como durante los hielos, sino reunidos en inmensas caravanas. De un radio de diez, de doce, de quince leguas acuden á pié

los robustos aldeanos de la montaña, formados en grupos de mil ó dos mil personas. Parten la víspera al caer de la tarde, y caminan toda la noche á la luz de las estrellas, como los pastores de Judea cuando iban al establo de Belen á adorar al Niño Dios en su nacimiento. Baján de las altas cumbres, suben de los profundos valles, traspasan los espumosos torrentes, y costean los arroyos y los rios, entonando himnos á Dios. Y á su paso despiértanse los dormidos rebaños y dejan escuchar en las desiertas cimas el melancólico ruido de las sonoras campanillas. Al rayar el dia llegan á Lourdes los peregrinos, colócanse en procesion y desplegan los pendones y las banderas para ir á la Gruta. Los hombres, con gorro azul y calzados con gruesos zapatos claveteados, cubiertos de polvo por la larga caminata de la noche, se apoyan en un nudoso baston y llevan, casi todos, al hombro las provisiones para el viaje. Las mujeres llevan una capucha blanca ó encarnada; algunas van cargadas con el dulce peso de un niño. Así se adelanta lentamente aquel pueblo recogido, salmodiando las letanias de la Virgen.

Oyen Misa en Massabielle, acércanse á la Santa Mesa, y beben en la Fuente milagrosa. Despues los parientes ó los amigos forman grupos separados, que se extienden por las praderas que rodean la Gruta, y desplegando sobre la yerba las provisiones, siéntanse en la verde alfombra de los campos. Y en las márgenes del Gave, á la sombra de las rocas benditas, recuerdan con una frugal comida aquellas fraternales agapes, cuya tradicion nos han dejado los cristianos de los primeros tiempos. En se-

guida reciben una nueva bendicion, se arrodillan por última vez y emprenden, con el corazon feliz y satisfecho, la vuelta á sus hogares.

De este modo van á la Gruta los pueblos pirenaicos. Pero no vaya á creerse que son éstas las peregrinaciones más concurridas. Todos los días llegan, recorriendo de setenta á ochenta leguas, inmensas procesiones transportadas de tan remotas distancias en las rápidas alas del amor. Las hemos visto llegar de Bayona, de Peyrehorade, de la Teste, de Arcachon, de Burdeos. También de París llegará alguna. A petición de los fieles, organiza de cuando en cuando el ferro-carril del Mediodía, trenes especiales, trenes de peregrinacion, exclusivamente consagrados á ese vasto y piadoso movimiento de la fe católica. Al llegar dichos trenes se echan á vuelo las campanas de Lourdes, y de los negros wagones salen y se forman procesionalmente en la estacion, jóvenes vestidas de blanco, viudas, esposas, niños, hombres de edad madura, ancianos, y sacerdotes revestidos de sus sagrados hábitos. Flotan al viento los pendones y las banderolas, pasa la cruz de Cristo, la efigie de la Virgen, las imágenes de los santos, y todos los labios entonan cánticos en honor de María. La interminable procesion atraviesa la ciudad, que tiene en tales días el aspecto de una ciudad santa, como Roma ó Jerusalem. Semejantes espectáculos ensanchan el corazon, elévanle hacia Dios, y le llevan desde sí mismo hasta las sublimes alturas donde se llenan los ojos de lágrimas y el alma queda deliciosamente oprimida por la presencia sensible

de Jesús. Durante un momento se tiene una especie de vision del Paraíso.

La mano del Omnipotente no se cansa de prodigar en el sitio donde se apareció su Madre, toda clase de gracias, y los milagros son allí ahora tan frecuentes como al principio. Ha poco que en aquel lugar ha recobrado al vista el R. P. Hermann.

V.

Dios ha llevado á cabo su obra.

Dios ha dicho al copo de nieve inmóvil y perdido en las crestas solitarias: «Vas á ir desde Mi mismo hasta Mi mismo. Vas á ir desde las inaccesibles cumbres de la montaña hasta las insondables profundidades del mar.» Y ha enviado á su servidor el Sol, con sus haces de rayos para recoger y arrastrar con barrêdera de diamante aquel polvo resplandeciente, que en seguida se cambia en limpidas perlas. Corren entónces gotas de sangre formando franjas en la nieve, ruedan por la cima de los montes, saltan á traves de las rocas, quiébranse entre los guijarrros, se acercan, se reunen, despues corren juntas, ora tranquilas, ora rápidas, hacia el prodigioso Océano, imágen conmovedora del eterno movimiento en el eterno reposo, y llegan así á los valles que la posteridad de Adan habita.

—Nosotros detendremos la gota de agua, dicen los hombres tan orgullosos como en Babel.

Y tratan de cortar el paso al débil y manso arroyo, que baja dulcemente á través de las praderas. Pero el arroyo se burla de los diques de madera, de las masas de tierra y de los montones de guijarros.

—Nosotros detendremos la gota de agua, repiten en su delirio los insensatos.

Y amontonan enormes rocas, y las unen con invencible argamasa. Y sin embargo, á pesar de sus esfuerzos, infiltrase el agua y atraviesa por mil hendiduras. Pero ellos son muchos, forman una legion, componen un ejército más numeroso que los de Darío, poseen fuerzas inmensas. Tapan las hendiduras, obstruyen las grietas, levantan las piedras caídas, y llega por fin un momento en que el río no pasa, porque tiene delante una barrera más alta que las Pirámides, más gruesa que las célebres murallas de Babilonia. Al otro lado de aquel gigantesco muro refléjase el sol en las piedras de su seco cauce.

El orgullo humano lanza gritos de triunfo.

La corriente humana sigue entre tanto bajando de las eternas cumbres donde ha resonado la voz de Dios; millones de gotas de agua, que llegan una á una, van parándose delante del obstáculo, y se amontonan silenciosamente detrás de aquella muralla de granito que millones de hombres construyeron.

—Contemplad, dicen éstos, la omnipotencia de nuestra raza. Mirad esa muralla titánica. Dirigid los ojos á su cúspide; admirad su incalculable altura. Hemos ven-

cido para siempre las corrientes que bajan de las alturas.

En aquel momento una tenue capa de agua traspasa la ciclópea barrera. Cuando acuden, la capa de agua ha crecido: ya es un río que se precipita, arrastrando acá y allá las piedras más altas del muro.

—¿Qué es esto? exclaman por todas partes en la atónita ciudad.

—Es la gota de agua que continúa su camino y que pasa adelante, la gota de agua á quien Dios ha hablado.

¿Qué ha sido de vuestra muralla, semejante á una nueva Babel? ¿Qué habeis conseguido con vuestros esfuerzos titánicos? Habeis convertido una corriente tranquila en formidable catarata. Habeis querido detener la gota de agua, y ésta sigue su carrera con el entusiasmo del Niágara.

¡Cuán humilde era aquella gota de agua, aquella palabra de una niña á quien Dios había dicho: «Sigue tu camino!» ¡Cuán pequeña era aquella gota de agua, aquella pastora que encendía un cirio en la Gruta, aquella pobre mujer que entre oraciones ofrecía un ramillete á la Virgen, aquel viejo aldeano arrodillado! ¡Y cuán fuerte, cuán poderoso, cuán invencible, al parecer, aquel enorme muro en que trabajaron por espacio de ocho meses todas las fuerzas de un gran Estado, desde el obrero hasta el contraamaestre, desde el agente de policía y el gendarme hasta el Prefecto y el Ministro!

El niño, la pobre mujer, el viejo aldeano han con-

tinuado su camino. Sólo que ya no se atestigua la fe popular por medio de un cirio ó de un pobre ramillete, sino por medio de un magnífico templo construido por los fieles; por medio de los millones que éstos arrojan en los cimientos de ese templo, ya ilustre en toda la cristiandad. Se quiso detener á algunos creyentes aislados, y ahora llegan en tropel, en inmensas procesiones, á banderas desplegadas y entonando cánticos. La gota de agua se ha trasformado en asombrosas peregrinaciones, en pueblos enteros que acuden trasportados por los carros de fuego del vapor. Ya no es una pequeña provincia la que cree, es Europa entera, es el mundo cristiano, que llega allí de todas partes. Quisieron enfrenar la gota de agua, y la convirtieron en el Niágara.

Dios ha llevado á cabo su obra. Y en esta ocasion, como en el séptimo dia, cuando descansó, dejó á los hombres el cuidado de ella, al par que la pavorosa facultad de desarrollarla ó de comprometerla. Dejóles, en suma, un gérmen de gracias fecundas, así como un gérmen de todo, con la mision de cultivarle y de perfeccionarle. Puédenle los hombres multiplicar y hacerle elevarse al céntuplo, si caminan humilde y santamente en el órden del plan divino: pueden esterilizarle si rehusan entrar en ese plan sagrado. Todo bien que viene de lo alto se confia á la libertad humana, así como se le confió en un principio el Paraiso terrenal, que contenía todos los bienes, á condicion de saberle trabajar y guardar: *ut operaretur et custodiret illum*. Pidamos á Dios que nunca pierdan los hombres lo que su providencia ha

hecho por ellos, y que, por ideas mundanas ó actos anti-evangélicos, no rompan en sus manos culpables ó torpes el vaso de las gracias divinas, el vaso sagrado que en depósito recibieron.

VI.

La mayor parte de las personas nombradas en el curso de esta larga historia viven todavía.

Pocos son los que han pasado á otra vida. Únicamente el prefecto Massy, el juez Duprat, el alcalde Lacadé y el ministro Fould.

Muchos han adelantado en el camino de la fortuna. El Sr. Rouland ha abandonado el ministerio de Cultos que, al parecer, no le convenía, para administrar los lingotes de oro del Banco de Francia. El Sr. Dutour, procurador imperial, ha ascendido á magistrado. El señor Jacomet es comisario central en una de las más populosas ciudades del imperio (1).

Bourriette, Cruz Bouhohorts y su hijo, la señora Rizan, Enrique Busquet, la señorita Moreau de Sazey, la viuda Grozat, Julio Lacassagne y todos aquellos cuya curacion hemos referido, existen aún llenos de vida, demostrando con la desaparicion de su enfermedad y el restablecimiento de su salud la omnipotente misericordia de la aparicion de la Gruta.

(1) Escribia esto el autor en 1869.

El doctor Dozous sigue siendo el médico más eminente de Lourdes. El doctor Vergez es médico de los baños de Baréges, y puede referir á cuantos visiten aquel célebre establecimiento los milagros que en otro tiempo atestiguó. El Sr. Estrada, aquel imparcial observador cuyas reflexiones más de una vez hemos reproducido, es recaudador de contribuciones indirectas en Burdeos. Vive en la calle Ducan, número 14.

Ahora, como entónces, es obispo de Tarbes Monseñor Laurence, cuyas facultades no se han disminuido nada con la edad, y que está hoy lo mismo que le hemos descrito en este libro. El virtuoso Prelado posee junto á la Gruta una casa, donde se recoge á veces para meditar, en aquellos lugares amados por la Virgen, sobre los grandes deberes y la grave responsabilidad de un Obispo cristiano, que ha recibido en su diócesis gracia tan maravillosa.

El párroco Sr. Peyramale ha sanado de la cruel enfermedad que ha poco mencionamos, y sigue siendo el venerado Pastor de la cristiana ciudad de Lourdes, en la cual el recuerdo de su persona poderosa para el bien, ha quedado grabado con caracteres indelebles. Mucho, muchísimo tiempo despues de que desaparezca, cuando descansa bajo la tierra, en medio de la generacion que ha formado en los caminos del Señor, cuando los sucesores de sus sucesores habiten en su presbiterio y ocupen en la Iglesia su gran sillón de madera, vivirá todavía en el alma de todos, y cuando se diga: «el Párroco de Lourdes,» á él se referirán estas palabras.

Luisa Soubirous, la madre de Bernardita, ha muerto

el 8 de Diciembre de 1866, el mismo día de la fiesta de la Inmaculada Concepcion. Al escoger dicho día para librar á la madre de las miserias de este mundo aquélla que había dicho á la hija: «Soy la Inmaculada Concepcion,» ha querido, al parecer, dulcificar en el corazón de los vivos la amargura de semejante suerte, y presentarles, como prenda segura de esperanza y de resurreccion bienaventurada el recuerdo de su radiante Aparicion.

Mientras que en la Gruta se prodigan millones para acabar el augusto templo, el pobre Soubirous continúa siendo un infeliz molinero, que vive penosamente con el trabajo de sus manos. María, aquella de sus hijas que acompañaba á la vidente el día de la primera aparicion, se ha casado con un honrado aldeano, que trabaja con su suegro, cuyo oficio ha adoptado. La otra compañera de la niña, Juana Abbadié, está de criada en Burdeos.

VII.

Bernardita no está ya en Lourdes. Ya hemos visto cómo había en mil circunstancias rechazado los donativos entusiastas que la ofrecían, negándose á abrir á la fortuna, que llamaba á la humilde puerta de su casa. Otras eran las riquezas con que soñaba. «Algun día se sabrá, habían dicho los incrédulos en un principio, como ha sido recompensada.» Efectivamente, Bernardita ha

elegido su recompensa y se ha apoderado de su tesoro. Se ha hecho Hermana de la Caridad; se ha consagrado á cuidar en los hospitales á los pobres y á los enfermos recogidos por la piedad pública.

Después de haber contemplado la faz resplandeciente de la Madre de Dios tres veces Santo, ¿qué otra cosa podía hacer sino convertirse en cariñosísima sierva de aquellos de quienes ha dicho el Hijo de la Virgen: «Lo que hiciéreis al más humilde de estos pequeñuelos, me lo haceis á mí mismo?»

Ha tomado el velo en las Hermanas de la Caridad y de la instrucción cristiana de Nevers. Llámase la hermana María Bernarda. Poco ha que la vimos, con su hábito de religiosa, en la casa matriz de dicha congregación, y pudimos observar que aunque hoy tiene ya veinticinco años, ha conservado su fisonomía el carácter y la gracia de la infancia. Tiene un encanto incomparable, un encanto que no es de este mundo y que eleva el alma hácia las regiones celestiales. Al verla, siéntese conmovido el corazón en sus fibras más puras por yo no sé qué sentimiento religioso, y al separarse de ella va uno como embalsamado por el perfume de su tranquila inocencia. Compréndese que la Santísima Virgen la ha amado. Nada, por otra parte, tiene de extraordinario; nada que llame la atención y que pueda hacer adivinar el inmenso papel que ha desempeñado entre el cielo y la tierra. El asombroso movimiento que la ha rodeado no ha hecho la menor mella en su sencillez. La concurrencia de la muchedumbre y el entusiasmo de los pueblos no han turbado su alma, lo mismo que el agua de un torrente no al-

teraría, bañárale una hora ó un siglo, la imperecedera pureza del diamante.

Dios la visita todavía; no ya por medio de radiantes apariciones, sino con la sagrada prueba del sufrimiento. Suele estar enferma con frecuencia y padece crueles torturas que soporta con dulce y casi alegre resignacion. Hánla creído muchas veces á punto de morir, y ella decía sonriéndose: «Aún no ha llegado mi hora.»

Nunca, á no ser que la pregunten, habla de los divinos favores con que ha sido honrada. Fué un tiempo testigo de la Virgen: ahora que ha cumplido su mensaje, se ha retirado al abrigo de la vida religiosa, procurando, llena de humildad, vivir oculta entre sus demas compañeras.

Grande es su pesar cuando el mundo va á buscarla á su retiro, y cuando alguna circunstancia la obliga á romper su silencio. Teme el ruido, huye de la gloria humana, y rechaza lejos de sí todo cuanto puede recordarla la celebridad de su nombre en el universo cristiano. Sepultada en su celda ó absorta en el cuidado de los enfermos, cierra sus oídos á todos los rumores de la tierra, y aparta de ella su pensamiento y su corazón para recogerse en la solitaria paz de su retiro ó en las alegrías de la caridad. Vive en la humildad del Señor, y ha muerto para las alegrías del mundo. Sor María Bernarda no leerá jamás este libro, que tanto habla de Bernardita.

APENDICE.

A continuacion copiamos algunas relaciones de milagros obrados por la intercesion de Nuestra Señora de Lourdes, que el autor ha remitido á los editores franceses, como apéndice á la nueva edicion.

PEDRO HANQUET.

Relacion escrita por él mismo.

- Con la mano levantada hacia el cielo, juro no decir aquí más que la verdad.
- Mi enfermedad viene de más de diez años; pero sólo desde el mes de Mayo de 1862 es cuando noté el abandono casi completo de mis fuerzas. Entónces tenía cuarenta y un años cumplidos. Fuéme preciso renunciar á toda clase de fatigas, y principalmente á mover los brazos. Probé varias veces de continuar mi antiguo modo de vivir, pero me fué imposible el hacerlo. Fué, pues, cojin cojeando como llegué al fin de ese año de 1862. Había consultado á dos médicos, pero debo confesar que fué con la intencion de no someterme á ningun plan curativo; en efecto, esperaba que el invierno me pondría bueno, como me habia sucedido anteriormente.

•Viendo en la primavera del año de 1863 que no había mejora alguna en mi estado, me resolví á consultar al señor Michotte, médico de fama. Se apercibió de que había un reblandecimiento de la médula espinal, y me recetó tres fricciones al día.

•A fines del mes de Diciembre del mismo año, se empeoró mi mal, y recibí, por vez primera, la extremaunción en mi cuarto. Había perdido enteramente el apetito; una vez al día se desleía con leche un poco de harina, y este fué mi único alimento durante algunas semanas.

•Desde el mes de Febrero de 1864, hasta Julio, no tomé nada ó casi nada, salvo un poco de té ó café. Hasta entonces pude dejar la cama y permanecer sentado algun rato, pero desde el mes de Julio no me fué posible ya. Pasé, pues, en mi lecho de dolor los tres años siguientes sin poder volverme á derecha ni izquierda. Únicamente lograba moverme un poco cuando la atmósfera estaba muy pura, y esto sucedía con rareza. Preciso será que se me permita decir qué era lo que agravaba extraordinariamente este triste estado; era la cesación completa, durante quince, veinte, y aún hasta treinta y seis días, de cierta función absolutamente indispensable para la vida.

•No obstante, con el auxilio de las nuevas prescripciones del doctor Sr. Gilkinet, obtuve algun alivio, y pude alimentarme algo mejor; hasta llegué á tomar una ligera comida cada día. Esto me sustentaba suficientemente, sin que por eso me diese fuerzas para dejar la cama. Entónces se me hizo soportable la existencia.

•Durante este intervalo fué cuando el doctor Sr. Termonia vino á asistirme con sus cuidados, con una solícitud que no he olvidado en manera alguna. Entre otras me hizo dos largas visitas, despues de las cuales no pudo ménos de confesarme que estaba atacado por un gran número de enfermedades. •Compruebo y veo que las hay de todas las clases, • me dijo con tono amistoso. Y ántes de marcharse dijo á mis parientes con todos los miramientos posibles que su presencia sería inútil en adelante.

•Al cabo de los tres primeros años que pasé en mi lecho, unos antiguos tumores hemorroidales que tenía degeneraron en horribles abscesos. Durante cinco ó seis meses se sucedieron estos abscesos sin intermision, obligándome á estar acostado de medio lado. En ello encontré por lo ménos el ligero alivio de no verme obligado á mantenerme noche y día acostado de espaldas.

•En 1867 los abscesos desaparecieron, dejando en su

lugar una erisipela, que se agravó de día en día, y me causó continuos tormentos, principalmente durante la noche. Esta nueva enfermedad, unida á la tisis, convirtió mi cuerpo en un horno ardiente; ni aun durante el invierno podía mi pecho soportar el estar cubierto con nada más que la sábana. En cuanto á mis piernas, enflaquecidas y privadas de sangre, han tenido que ser calentadas constantemente durante seis años, hasta en el rigor del verano, por medio del contacto con botellas llenas de agua caliente.

•Durante los dos años últimos, mis espaldas estaban encorvadas como un arco de círculo: no se me podía sacar de la cama por más tiempo que unos cinco ó seis minutos, y esto únicamente cada diez, quince ó veinte días, es decir, cuando era absolutamente indispensable hacerlo para mullir los colchones y para cambiar las sábanas.

•A contar desde el mes de Febrero del mismo año de 1869, empeoraba cada día más y más el mal é iba ganando terreno; mi pobre cuerpo sucumbía ante la podredumbre que lo invadía. ¡No tenía ya ni un solo instante de descanso de día ni de noche! Al fin comprendí que había llegado el momento de entregar mi alma á Dios, y ese fué desde aquel momento el objeto de todos mis descos y votos. Calculando lo que me quedaba aún de fuerzas, me persuadí de que sería el mes de Diciembre el que vendría á realizar mi libertad. Mis parientes, sin mi noticia, estaban en la misma persuasión. El cielo había dispuesto que no sería así.

•El 13 de Octubre último, uno de mis hermanos me trajo para distraerme la obra del Sr. Lasserre, titulada NUESTRA SEÑORA DE LOURDES, recientemente publicada. Aquel día terminé una novena, cuyo buen resultado me parecía ser más lejano que nunca. Encontrábame, pues, reducido casi á desesperar de ser escuchado, cuando mi hermano, que nada sabía de mi novena, vino á traerme ese admirable libro.

•Púsemme inmediatamente á leerlo, y me conmovió hasta las últimas fibras de mi sér. Cada vez que leía algunas páginas, mis ojos se llenaban de lágrimas; entónces me tapaba la cara para ocultarlas, pero me era imposible disimular mi emoción. Cuando llegué á las curaciones relatadas en ese tomo, oí tres veces una voz interior que me decía: *¡Tú también serás curado!*

•Algunos días más tarde, mi hermano me preguntó si

había medio de procurarse de esa agua de Lourdes.—In-
dudablemente, le contesté yo.—En ese caso la tendré-
mos; y se puso á escribir al señor abate Peyramale, cu-
ra párroco de Lourdes.

•Apénas se hubo expedido la carta, caí en una vacila-
cion muy grande:—«¿Crees, por ventura, decíame á mi
•mismo, que un sorbo de agua y una simple locion pueden
•curar tus inveteradas enfermedades? ¿Piensas acaso que
•la Santísima Virgen va á hacer un milagro para tí? ¡Para
•qué! ¿Sería por tu familia? ¡No puede ésta acaso pasarse
•fácilmente sin tí!—Sin embargo, todas estas ideas des-
aparecieron cuando vi la botella de agua de Lourdes, que
llegó á nuestro poder el 27 de Noviembre; cuando la pu-
steron encima de mi cama, me puse á besarla.—•Paréce-
me, dije, que me habla.»

•Como á cosa de las seis de la tarde vino mi hermano á
preguntarme si se harían las lociones el mismo día.—•Sí;
•le dije; pero más tarde, cuando todos se hayan retirado,
•excepto mi padre, tú y yo.» Mi confianza se había alte-
rado nuevamente, y tenía miedo de las burlas. Las diez y
media de la noche eran cuando nos encontramos solos y
tranquilos. Mi hermano encendió entónces un cirio bendito,
y recitó en alta voz las Letanias de la Inmaculada Con-
cepcion.

•Un momento ántes, yo había hecho en lo más íntimo
de mi corazon un acto de completa y entera resignacion á
la voluntad de Dios.—«¡Virgen santa, había dicho, no
•puedo rogar mucho, mas dignaos pedir para mí á vuestro
•divino Hijo la gracia que más convenga: morir, sufrir ó
•curarme, siempre que sea para la mayor gloria de Dios,
•del cual depende mi mayor bien. Vamos ahora á la ope-
•racion.»

•Mi hermano destapa la botella y me llena un vaso,
que bebo de un sorbo; toma un paño que empapa en esta
milagrosa agua.—«Empieza por la nuca, le dije, y haz
•lociones en la espina dorsal y en todos los huesos, hasta
•los piés.—Cuando llegó á la region del corazon, perdí el
uso de la palabra, y me puse á exhalar dolorosos gemidos;
mi pobre hermano se apresuraba, y á cada miembro que
tocaba, repetía:—«Nuestra Señora de Lourdes, rogad por
nosotros.»—Pero en lo íntimo de su alma pensaba que mi
última hora había llegado, y que pronto no tendria ya
entre sus manos más que un cadáver.

•Apresuróse, pues, en volver á su sitio mis paños, y
quiso abrigarme: rechacé la sábana, porque mis dolores

eran demasiado agudos. En este momento puse la punta del pié en el suelo, y luego, gimiendo siempre, puse también el otro pié; agarrándome despues en mi cama, me enderecé, gritando más y más, hasta que me hube puesto enteramente derecho. Abandonóme mi hermano un instante en tan solemne momento para coger un frasco de agua de Colonia, pero con un movimiento de cabeza le indiqué que no la quería. Entónces fué cuando cesaron mis gritos.

• Mi anciano padre, que al principio de la operacion se habia sentado en un rincon del cuarto para rezar su rosario, se encontraba allí frente á mi, con mi hermano, en un estado de estupefaccion siempre creciente.

• De repente exclamé: — ¿No veis que voy recobrando la vida? — Pues nó, contestó mi hermano; muchos años hace que no te he visto tan derecho.

• Algunos segundos despues, me puse á correr por el cuarto; volví á mi cama, metime un paletó y volví á emprender mi paseo.

• Pareciéndome demasiado pequeño mi cuarto, fui á dar la vuelta al cuarto inmediato ¡Oh! siempre me acordaré de los gritos de alegría que se escaparon entónces de mi pecho. — Ya veis, decia yo, cómo la Santísima Virgen es todopoderosa; veis como es preciso amarla y honrarla; veis como los impíos son unos impostores; y otras palabras parecidas: estaba loco de alegría.

— Ante un milagro tal como éste, dijo mi hermano, no podemos permanecer aqui solos; — y fué á buscar á toda la familia.

• Olvidaba indicar el tiempo; fueron precisos unos cinco minutos para hacer las lociones. En cuanto á mi curacion, que se efectuó inmediatamente, considero que se operó durante el espacio de un minuto y medio.

• Mi hermano volvió como á cosa de las once con mis otros dos hermanos Enrique y Augusto, y con mi sobrino Enrique; pronto estuvo lleno mi cuarto de parientes y amigos.

• Uno de mis hermanos, viendo un fusil de la guardia ciudadana en un rincon: — Pedro, me dijo, puesto que es así; es menester que hagas el ejercicio tú mismo; — y hé aqui que me hacen manejar el arma tres veces seguidas, lo que ejecuto con facilidad y hasta, segun dicen, con destreza.

• Permanecemos levantados hasta las tres de la mañana. Nos habiamos prosternado dos veces para dar gracias

á Dios y á la Inmaculada Virgen. Yo había bebido una copa de licor y un vaso de vino, habiendo además fumado una deliciosísima pipa.

• Dormí muy poco; á las siete y media ya estaba levantado. Entónces me vino la idea de ir á hacer el aparecido en casa de mi cuñada y sus hijos. Para llegar á hacer lo que yo deseaba, era preciso subir una escalera de diez y siete escalones, los que subí airosamente. Bajé por otra escalera para ir á despertar á mi excelente y anciano padre, que tenía cerca de ochenta años de edad. Sólo él, según he sabido posteriormente por una parienta, había tenido la convicción de que me curaría milagrosamente; y desde hacía mucho tiempo rogaba todos los días para alcanzarme esta gracia; pero en el momento en que le desperté llamando á la puerta de su cuarto, probablemente creyó que había sido juguete de un sueño, porque se guardó bien de abrir, áun despues de haberme pedido mi nombre; no reconocía mi voz. La vida me había sido devuelta realmente.

• La gente afluía ya para verme. El viejo paletó que me había puesto la vispera, hacia mucho tiempo que era la única pieza de mi guardaropa; todas las demas se habían dado á los pobres. Preciso fué, pues, que mis hermanos y mi sobrino se pusiesen en disposición de prestarme pantalones, zapatos, etc.

• Este primer día permanecí levantado hasta las siete y media de la noche, en cuya hora, siguiendo los consejos de mis amigos, me fui á acostar. Dormí tambien muy poco. A las dos de la mañana me levanté, porque me apercibí de que tenía hambre; afortunadamente allí cerca había lo necesario para comer. Aguardé, pues, que el día viniese, comiendo, leyendo, y principalmente rezando á la Santísima Virgen.

• Por la mañana tomé un bueno y suculento almuerzo, lo que no me impidió hacer aún otras tres comidas semejantes antes de la noche. La gente venia cada vez más; entre otras personas recibí la visita de los doctores señores Termonia y Davreux. Retiréme por la noche á las ocho, y dormí perfectamente (1).

• *Todos mis males se han desvanecido en un instante, cual un sueño. Encorvamiento, tisis, erisipela, hinchazo*

(1) Los certificados de estos dos médicos acompañan á la presente narracion, cuya completa veracidad atestiguan.

nes, y demas torturas del cuerpo y del ánimo, todo ha desaparecido. Apenas si me reconozco á mí mismo.

»El miércoles recibí aún á más personas que los dos dias precedentes. En familia convinimos en que iríamos todos al dia siguiente á comulgar en accion de gracias. El miércoles estábamos, pues, reunidos, mis parientes, algunos amigos y yo, en la iglesia de San Dionisio, en la cual tuve la felicidad de recibir á mi Dios y de asistir, por vez primera despues de tanto tiempo, á la celebracion del santo sacrificio de la Misa. Una hora despues llegábamos de vuelta á casa, arrojéme en brazos de mis parientes, y pusimonos á la mesa, llenos de alegría.

»Durante los primeros once dias he recibido, dicen, á más de quinientas personas, á las cuales ha sido preciso contarlo todo, y explicarles hasta los más mínimos detalles.

»Quince dias hace que estoy curado. Duermo de siete á ocho horas de un tiron; mi apetito es excelente; tendria que retroceder á más de veinte años del curso de mi vida para encontrar un bienestar semejante al de que disfruto.

»Honraré y amaré más que nunca á MARIA, la Reina del cielo y de la tierra. Para serle agradable y para darle un ligero tributo de reconocimiento, es por lo que hago esta narracion. ¡Que su nombre sea para siempre bendito!

»Lieja (Bélgica) (rue Cheravoie, 17), á 12 de Diciembre de 1869.

P.-J. HANQUET.

ELISA-BARBARA CANNELET.

La señorita Elisa Bárbara Cannelet, que en la actualidad tiene treinta y seis años de edad, estaba desde su infancia en el hospicio de Santa Inés, en Cambrai. Desde la edad de doce años empezó á sentir una gran debilidad en una pierna. Habiéndose contraído poco á poco los nervios, esta pierna vino á ser unos quince centímetros más corta que la otra, la cual le obligaba á servirse de muletas; por otra parte su rodilla se había hinchado hasta tener doble grueso del natural y la hacía sufrir agudísimos dolores.

»Documentos oficiales, dice el *Emancipador de Cam-*

brai, atestiguan que Bárbara Cannelet estaba en un estado incurable. Las listas de los enfermos incurables del hospicio traen su nombre por vez primera en 19 de Mayo de 1859, con esta mención: *mal en la rodilla*; por segunda vez en 5 de Abril de 1866, con estas palabras: *anda con muletas*; por tercera vez en 28 de Abril de 1868, con la observación: *anquilosis de la rodilla*. En 19 de Agosto de 1871, habiendo la administración de los hospicios tomado la resolución de no conservar más que á los enfermos completamente inválidos, Bárbara Cannelet fué sometida á la visita de dos doctores, los señores Delbare padre y Delbare hijo. La declaración de estos dos médicos en el artículo Bárbara Cannelet, trae estas palabras escritas de puño del Sr. Delbare padre: *artritis cronica de la rodilla*. En consecuencia de esta declaración la enferma se quedó en el hospicio general.

Entonces fué cuando la pobre achacosa, abandonada á sí misma por la ciencia humana, que la consideraba como incurable, volvió únicamente hácia el cielo su esperanza y sus plegarias.

Animada por la historia de *Nuestra Señora de Lourdes* del Sr. D. Enrique Lasserre, suspiraba por el dia en que le sería posible hacer esta romería.

Mas de Cambrai á Lourdes hay cerca de doscientas cincuenta leguas, y una pobre muchacha del hospicio ¿dónde podía encontrar los medios de hacer tan largo y dispendioso viaje? Debía á la casa que le daba albergue y la mantenía el trabajo de sus manos. Pues bien! tomará de su sueño, de sus horas de recreo, el tiempo necesario para hacer algunos trabajos de poca consideración á fin de ahorrar algo; mas ¿cuántos dias no tuvo que emplear para conseguir su objeto! Por fin pudo partir con la romería de Lille y de Cambrai. Pero ántes de marchar hizo una novena con sus compañeras, y éstas la vieron tan piadosa y confiada, que la dijeron: «Bárbara, cuando esté V. curada, no tarde en volver para participárnoslo; mándenos V. un parte.» Ella lo prometió de buena gana. Dirigióse penosamente con auxilio de sus muletas hácia la estación del ferro-carril, cuando advierte que ha olvidado su medalla y la cinta de hija de Maria. «¿Cómo me reconocerá por hija suya la Santa Virgen, se dijo á sí misma, si no llevo sus insignias?» y desanduvo lo andado para ir las á buscar.

Durante todo el viaje tuvo Bárbara necesidad de la ayuda de varias personas para subir y bajar de los wagones.

¡Imagínese también cuánto hubo de sufrir sobre los duros bancos de los coches de tercera clase! Llegó á Lourdes abatida, extenuada: no obstante, quiso ir en seguida á la Gruta, y con este objeto se armó animosamente de sus muletas. La distancia no es más que de veinte minutos, y sin embargo, cuando llegó al término, estaban sus manos cubiertas de ampollas y ensangrentados sus sobacos.

El miércoles 4.^o de Octubre había Bárbara recibido la comunión y rogado con fervor: ninguna mejora se había producido. A las tres y media de la tarde preséntase de nuevo en la Gruta repitiendo interiormente sus plegarias á María, mas en este momento más de mil quinientas personas están agrupadas en los alrededores de la Gruta y la pobre impedida se ve en la imposibilidad de penetrar hasta la piscina milagrosa. ¡Como! venirle tan léjos y no poder acercarse á la fuente que cura! Un instante estuvo el desaliento á pique de apoderarse de su alma y dijo á su compañera: «La Santísima Virgen tal vez no quiere que me cure.» En este momento se oye la voz de un misionero que dice á los romeros: «Hermanos míos, tal vez entre los enfermos que piden ser curados, hay algunos cuya fe no es bastante viva; pues bien! para obtenerles la confianza que tanto necesitan, vamos á rezar cinco *Padre-nuestros* y cinco *Ave-Marías*.» Y todos los rezan.

Al instante nuestra pobre doliente se siente tranquilizada en tales terminos que, dirigiéndose á la Virgen inmaculada, cuya blanca estatua está ante su vista, le dice con el acento de la más confiada piedad: «¡Buena Madre! para curarme no teneis necesidad de que esté en la piscina, podeis curarme en el lugar en que me encuentre.» No ha terminado aún estas palabras cuando siente en la pierna enferma un dolor extremado y unos estirones extraordinarios; «¡Oh! cuánto sufro! dice á su compañera, siento como si me estiraran los nervios, como si me desgarraran la pierna.» Y, bajo la impresion del dolor, cae agobiada.

Su compañera se inclina para sostenerla, pero Bárbara se pone de pié y levantando en alto sus muletas: «¡Viva Nuestra Señora de Lourdes (exclama), ¡estoy curada! ¡estoy curada!» y en efecto, su pierna se había alargado de repente, la hinchazon de la rodilla había desaparecido de golpe; en una palabra todo sufrimiento había cesado para la enferma, la cual se puso á andar, ante la vista de la maravillada muchedumbre, libremente y sin apoyo de ninguna clase, cual si no hubiese cojeado en toda su vida.

¡Adonde fué con ese firme y seguro paso que había

perdido hacía veinte y tres años y que le fué devuelto instantáneamente de un modo tan completo? Todos lo adivinarán: la protegida de María se dirige ante todo hácia la capilla milagrosa y va á dar gracias á su bienhechora. La multitud se arrodilla á su paso, le besa las manos, se recomienda á sus oraciones. Por la noche quiere tomar parte en la gran procesion que se hace en el santuario de la santa montaña; pero en el intervalo, la voz de su curacion ha circulado por todas partes y todos quieren verla; se empujan, se atropellan, en términos que para evitar que se interrumpa el órden y la santidad de la ceremonia, vuelve á entrar furtivamente en la capilla, en la que permanece en oracion.

Al dia siguiente, la misma solicitud, la misma multitud á su alrededor para verla, hablarla, para obtener de ella una mirada, una palabra. Los que están mas inmediatos procuran besar el lugar en que han reposado sus piés, otros recogen como una reliquia la tierra que ha marcado con sus pasos. Entregada enteramente á su reconocimiento para con Dios y su Santa Madre, la pobre niña no había hablado del parte para sus amigas, mas otros habian pensado en ello, y cuando la romeria volvió á Cambrai, inmensa multitud, vénida de todos los puntos de la ciudad, se encontró allí para aclamar á la antigua enferma del hospicio de Santa Inés.

El domingo 12 de Octubre se cantó en la iglesia de San Géry una solemne Salve en accion de gracias, en honor de Nuestra Señora de Lourdes. « Bárbara Cannelet, dice la *Semana religiosa de Cambrai*, se hallaba en ella con un cirio en la mano, al pié de la estatua de la Santísima Virgen. La Iglesia estaba llena por innumerable multitud; todos querian ver á Bárbara Cannelet, todos querian dar gracias al cielo! »

MARIA DE TINSEAU.

La señorita María de Tinséau, hija única de Pablo Tinséau, antiguo miembro del Consejo general del Jura, había disfrutado durante su infancia de muy robusta salud.

A la edad de diez y siete años y de resultas de una fiebre tifoidea, esta buena salud sufrió progresivamente profundas alteraciones: el andar se hizo difícil poco á poco, y

la señorita María llegó al punto de no poder moverse sin sentir en las ingles y en la espina dorsal los más vivos dolores

En 1871, ó sea despues de nueve ó diez años de sufrimientos cada vez más intensos, se vió obligada á guardar cama, en la que yacia medio paralizada, sin esperanza alguna de curacion y ni siquiera de alivio. Efectivamente, los parientes de la señorita María de Tinseau habian recurrido á los más afamados médicos de París, Lyon y Besanzon, y todo habian estado unánimes en decir que el mal no tenia remedio. Verdad es que la tenacidad y constantes progresos de este mal daban toda la razon posible á su manera de apreciarlo.

En medio de estas circunstancias extremas fué cuando se preparó la romería del Franco-Condado para Nuestra Señora de Lourdes, bajo la direccion de Monseñor Caverot, Obispo de Saint-Dié. La señorita de Tinseau, que siempre habia deseado ir á rogar en la santa montaña, logró formar parte de aquella, y se puso en camino con la confianza de que la Santísima Virgen la curaria.

• Es la última vez que me trae V. aquí la santa Comunión, • le dijo al cura de su parroquia cuando, la víspera del dia de la marcha, fué á traerle á su casa el pan eucarístico.

Igualmente contestaba á las personas del lugar que iban á despedirse de ella: • El Domingo que viene iré á misa con Vds. •

Llegada á Lourdes el 7 de Octubre á las diez de la noche, la señorita de Tinseau, extenuada, fué colocada en una cama que con grandes trabajos pudo procurársele á una hora tan avanzada. Muy temprano fué transportada á la Gruta de la aparicion: queria ser sumergida en la piscina

Bajada, por sus parientes y las personas que les acompañaban, del coche en que estaba acostada, se la colocó en una silla á pocos pasos de la verja que cierra la Gruta. Mas en este momento pareció que los elementos se conjuraban para alterar ó distraer su fe. El tiempo, que estaba malo, se puso horrible: llovía á cántaros, á mares, y soplaban un viento huracanado. Insensible á todos estos desórdenes de la naturaleza, la señorita de Tinseau rogaba, recogida, absorta en su plegaria. Entre tanto el señor de Tinseau se personó con el guardian y le rogó que abriese la verja de la Gruta, á fin de que pudiese entrarse allí á la enferma, interin estuviese libre el acceso á la piscina.

En el momento en que el guardián, que al principio se había negado á anticipar la hora señalada, metía la llave en la cerradura y abría la puerta, el señor y la señora de Tinseau, auxiliados por las personas que con ellos se encontraban, se inclinaban para levantar la silla y entrar la enferma; mas esta, cual si fuese arrebatada por una fuerza invisible, con los brazos levantados, se les escapa dando un grito de enajenado gozo: « ¡ Dejadme, dejadme, entro sola! »

El padre y la madre se lanzan detras de ella, creyendo tendrán que sostenerla, mas ha llegado al pié del altar colocado en el fondo de la Gruta, se vuelve y exclama: « ¡ Estoy curada! »

El señor y la señora de Tinseau abrazan tiernamente á su hija uno despues de otro, las lágrimas inundan sus facciones y no saben decir otra cosa que: « ¡ Hija mia! ¡ Hija mia! » Esta contesta con indecible emocion: « ¡ Oh! dad gracias por mí á la Santísima Virgen! ¡ Viva Maria, viva Nuestra Señora de Lourdes! » Y la muchedumbre no hacía más que repetir con entusiasmo estas palabras, que aclamar, felicitar á la Madre de Dios con el cántico del *Magnífical* y otros himnos piadosos.

Advertido de lo que pása el Señor Obispo de Saint-Dié acude; al ver la transformacion que acaba de producirse no puede contener su emocion, felicita á la afortunada familia y dirige á la multitud de peregrinos conmovedoras frases exhortando á todos á perseverar en su fe y su amor á la Santísima Virgen.

Para dar una nueva prueba de su curacion y un nuevo testimonio de su reconocimiento, la señorita pide permiso para ir á la Iglesia construida en lo alto de la roca para recibir en ella la santa Comunion. Vésela subir alegremente los largos tramos de las escaleras que conducen á la vasta gradería exterior; luégo, llegada al magnífico santuario enriquecido con los estandartes de Francia, Europa y de ambos mundos, arro-illarse ante la santa mesa y recibir en su corazon al Autor de todas las gracias; cuando vuelve á salir radiante, transfigurada, redoblan las aclamaciones del gentío en honor de Maria y su protegida.

Al dia siguiente los romeros del Franco-Condado, y la dichosa niña, en quien Dios habia obrado un milagro, se marcharon de Lourdes. En la estacion de Cette, uno de los empleados que se acuerda del señor de Tinseau le pregunta por su hija, á la cual habia ayudado á transportar dos dias ántes. — « Está curada, contesta el padre. — Si, estoy

curada, heme aquí, añadió la señorita de Tinseau. Ya vé V. que no necesito de ajeno auxilio para andar. En un instante se divulga la noticia por todas partes y acude de todos lados la gente para asegurarse por si misma del prodigio. En Dôle, los impios, que esperaban tener un motivo de risa, quedaron consternados: uno de ellos al ver andar á la curada por milagro y oyendo estallar las bendiciones de la muchedumbre que allí se habia dirigido, exclamó: • ¡ Nos han burlado! •

La curacion de la señorita de Tinseau se ha conservado: todos los que la han conocido y todas las gentes del país pueden atestiguarla.

En la actualidad, la señorita María de Tinseau no pertenece ya al mundo. Despues de algunos meses de prueba pasados en el Carmelo de Lons-le-Saulnier, acaba de hacer generosamente en él el sacrificio de su juventud, de su nombre, de su rango, de su familia, para formar entre el número de esas almas escogidas cuya vida consiste en unirse más estrechamente á Dios por medio de la obediencia y la mortificacion, y en rogar por la salvacion de los que le olvidan ó le ofenden. El sábado 23 de Julio de 1874 ha sido el día en que se ha cumplido tan bella renuncia. El señor Obispo de Saint-Claude, asistido por dos de sus vicarios generales, ha celebrado la ceremonia; un numeroso clero, en el cual se notaba á Monseñor de Serres, dean del cabildo de Lyon y camarero de Su Santidad, lo más distinguido de la provincia y una diputacion de Saint-Dié se oprimian en el estrecho recinto de la capilla del convento: el señor abate Besson, canónigo de la Catedral de Besanzon, ha pronunciado el discurso, sobre este texto de la Sagrada Escritura: *María optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.*

Id á Saint-Dié, y las gentes del país os dirán: • ¡ La Santa nos ha dejado! ha llevado á otra parte su paciente resignacion, su ardiente fe, su angelical plegaria; no eramos dignos de ella. • Id al Carmelo de Lons-le-Saulnier, y todo el mundo os contestará: • ¡ Nuestra querida sor María del Sagrado-Corazon es una santa! • porque este es hoy el nombre de la señorita María de Tinseau.

ENRIQUE JOSE GRENIER.

• Despues de una enfermedad de consuncion de unos tres meses, me curé de repente al primer uso que hice del agua

de Lourdes, que fué el Miércoles-Santo, 13 de Abril, á las ocho y media de la noche.

»Desde principios del mes de Enero, padecí de una tos que descuidé durante un mes entero. Veíame frecuentemente atacado de hambre canina, de vértigos estomacales y se me hacia penosa la respiracion. A principios de Febrero comprendí la necesidad en que estaba de cuidarme. El médico, que de pronto no vió más que un catarro, se extrañó mucho de encontrarme tan débil: combatió los desarreglos del estómago, pero mi tos degeneró en una inflamacion del pecho: tuve una fiebre catarral, que sólo se logró vencer por medio de una abstinencia completa bastante prolongada: una vez pasada la fiebre pude comer. Como ya no padecia me creí curado, y desde este momento probé inmediatamente de volver á emprender mis estudios: mas estaba tan extenuado, que no pude hacerlo: hambre canina, vértigos, desmayos, dolor de cabeza, digestiones dolorosas, todo habia vuelto á presentarse, y las opresiones eran casi continuas.

»Hasta el 13 de Marzo arrastré en el Seminario una vida que cada dia se hacia más penosa. Entónces volví al seno de mi familia, en el pueblo de Hermale, á dos leguas de Ljeja, para rehacerme por medio del descanso y con un régimen fortificante: durante tres semanas se mantuvo el apetito, pero sin que volviese á recuperar absolutamente las menores fuerzas. Despues de más de quince dias de un régimen tónico, el médico me consideró más débil que el dia de mi vuelta.

»Desde el 3 de Abril, este apetito ficticio desapareció y pronto sentí que la vida se iba con las pocas fuerzas que me quedaban. El 10 de Abril abandoné las drogas del doctor que me inspiraban invencible repugnancia, y, cediendo á las instancias de mis desesperados padres, consentí en recurrir al agua de Lourdes.

»Resolvimos empezar una novena el Miércoles Santo, 13 de Abril, por la noche: confieso que me costó mucho decidirme á recurrir á este medio: nunca habia pedido mi curacion á Dios, y mi modo de pensar era que se tenia que dejarle obrar como él lo entendiese. Este miércoles, 13 de Abril, estaba yo bajo todos conceptos más débil y abatido que nunca. Habia violentado mi voluntad para confesarme, y tenia intencion de tomar el Viático al dia siguiente. El Sr. Cura párroco decia, entre siete y ocho de la noche, que yo era «un hombre al agua;» la persuasion general era la de que, despues de haber languidecido al-

gun tiempo aún, pasaría dulcemente á la eternidad. A las ocho y cuarto estaba reunida la familia para empezar la novena: «Oh Virgen Imaculada, dije en mi interior, creo que si quereis, podeis curarme; si me curais, iré en peregrinación á Montaignu (á 14 leguas de nuestro pueblo).

Una vez terminadas las plegarias, tomé algunas gotas de agua de Lourdes con una cucharita. Al instante, sin crisis ni dolor, siento en mí mismo completo y perfecto bienestar; en lugar de la flojedad mortal de un momento ántes, una frescura, una agilidad nueva que desde luégo siento la necesidad de experimentar: no podía creer aún; dejo á mis parientes en oracion y bajo lentamente la escalera de mi cuarto, mas siento que estoy cambiado del todo, que he bajado fácilmente. Vuelvo á subir, corro como una saeta y me arrojo en brazos de mi aterrada y anonadada familia. Cojo el libro del Sr. Lasserre y respirando con toda libertad, leo en él un largo trozo, y luégo digo el rosario con voz llena y sonora. ¡yo que la vispera habia probado en vano de decir la mitad de un *Ave-Maria*! Despues corro á anunciar tan fausta nueva al Sr. Cura párroco, y vuelvo á casa á comer, escribir, rezar, etc. Como á cosa de las once y media me dormí con un sueño apacible, profundo y perfecto, y vinieron á despertarme á las diez de la mañana. Muchos años hacia que no habia podido descansar de esta manera.

«Era el Juéves-Santo. Fuí á cumplir con los preceptos de Pascua, á cantar en ayunas en la Misa mayor y, sin experimentar la menor fatiga, observé la abstinencia de esos tres últimos dias de cuaresma. Mis pocos momentos de ocio fueron para rezar el Oficio divino, que durante tanto tiempo habia tenido que dejar. Todas las miserias, todas las debilidades habian desaparecido de golpe, desde el primer día de la novena y á la primera gota de agua.

«La curacion se mantiene á mejor no poder. Desde el 13 de Abril he hecho una serie de jornadas que, en tiempo de plena salud, me hubieran puesto enfermo: el 19 de Abril emprendí á pié la romería de Montaignu, y de vuelta, despues de haber andado veintiocho leguas, estaba tan fresco y dispuesto como ántes de emprender la marcha.

«¡Gloria á Dios! pero, gloria también á la Imaculada Concepcion que conmueve así á las personas sólo para cambiarlas, para convertirlas!»

MACARY.

Repentina curacion de úlceras y de várices, de un obrero de sesenta años.

El presbítero M. Coux, Vicario de Saint-Alain, en Lavour (diócesis de Albi) dirigió al P. Superior de los misioneros de Lourdes la relacion siguiente, que se recomienda muy especialmente á los libre-pensadores:

«Lavour, 20 de Setiembre de 1871,

»Mi Reverendo Padre:

»Francisco Macary, carpintero en Lavour, de sesenta años, estaba padeciendo, hacia ya unos treinta, de enormes y crueles várices en las piernas. El mal se complicaba frecuentemente con extensas y profundas úlceras; y las piernas, oprimidas por numerosas vendas, estaban metidas en polainas de piel de perro. Obligado Francisco con frecuencia á un reposo absoluto, habia recibido, segun nos lo dice él mismo, por sus frecuentes y largas temporadas de descanso forzoso, más de mil francos de la Sociedad de San Luis, de la cual es miembro.

»Había consultado á todos los médicos de Lavour, y algunos de Tolosa, entre otros el doctor Viguerie, y todos le contestaron que su mal era *incurable*.

»No estaba ménos enferma su alma. El pobre Macary habia abandonado las prácticas religiosas; no asistía á otras Misas que á las prescritas por la Sociedad de socorro mútuo; y durante las largas noches de insomnio, causado por atroces dolores, miéntras que su piadosa mujer lloraba y oraba, Macary blasfemaba furioso.

»En Julio último, postrado en su sillón, se moría de tédio. En esto, habiendo oido hablar de Nuestra Señora de Lourdes y del libro de Enrique Lasserre, entró en deseo de leer ese libro para distraerse.

»Leyólo, en efecto, en dos dias, conmovido con frecuencia hasta derramar lágrimas.

»Su mujer tuvo felices presentimientos, y él mismo sintió abrirse á la esperanza su corazón petrificado.

»Apercibióse de él en la tarde del 16 de Julio una agitacion extraordinaria, y no podia permanecer ya en su sillón.

— Mujer, dice entónces, es preciso que salgamos. — Pero es una imprudencia, responde ella. — No importa, replica él, salgamos; yo no puedo ya estar quieto.

•Sale, pues, apoyado en el brazo de su mujer, sin saber á donde va. En lugar de ir hacia los paseos, detiéndose á pocos pasos de su morada, se arrastra por la ciudad, y entra en casa de una de sus hermanas, cerca de la Iglesia de San Andrés.

•Siendo Vicario de esta parroquia entré yo tambien en la misma casa, y dije á la persona que allí se encontraba: •Mañana voy á Nuestra Señora de Lourdes; encárgueme Vds. lo que quieran, que lo haré con mucho gusto.

— Señor, ¿va V. á Lourdes? exclamó Macary. Pues le suplico á V. encarecidamente que diga á la Virgen de aquel lugar que hay en Lavaur un pobre obrero que tiene sus piernas enfermas, *podridas*: que no puedo resistir el dolor, y que me cure ó me mate.

— Repare V., dije, que me da una extraña comision: ¡pedir á la Santísima Virgen que le mate! Mal podría escuchar mi peticion.

•Entónces Macary, con acento grave, me pidió que rogase por él y le llevase un poco de agua de la Gruta. Yo se lo prometí, y tres días despues, el 19 de Julio, le envié un frasquito de agua de la fuente milagrosa.

•Oigamos ahora al mismo Francisco Macary:

•Cuando tuve en mis manos esta bendita agua, díme prisa para llegar arrastrándome á mi cuarto. Póngome allí de rodillas, y hago á la Virgen una corta, pero ferviente oracion. Me quito las polainas y las vendas; echando agua en la mano lavo con ella mis pobres piernas; bebo el agua que aún queda en el frasco, y metiéndome luégo en la cama, quedo dormido.

•Hacia la media noche me despierto; ya no siento en las piernas ningun dolor; las toco con las dos manos, y veo que las várices habían desaparecido.

•Mi mujer estaba en una pieza inmediata, que comunicaba por una puerta con la mia. — Mujer, le grité, estoy curado. — ¿Estás en tu juicio? me respondió; vamos, duermeme...

•Apoderóse de mí un sueño cual no lo había tenido desde muy atrás. Al despertarme á la mañana siguiente, lo primero que hice fué mirar mis piernas: várices, úlceras, todo había desaparecido. La piel estaba más suave que la de las manos, y así la tengo ahora mismo.

•Dos días despues, Macary me decia: •Ahora me entre-

d

»go á V. por completo : la Virgen ha curado mis piernas : á
»V. toca curar mi alma.»

»V. mismo ha visto , mi Reverendo Padre , el 18 de Setiembre , día de la procesion de Castres , á Francisco Macary en la Gruta , llevando en *ex-voto* sus polainas , ahora suspendidas en aquella . V. le ha visto llorar en la Gruta y en la Sagrada Mesa , donde iba á sentarse por cuarta vez despues de su curacion . La parroquia le ha visto acompañando al Santísimo Sacramento , dichoso y orgulloso de llevar el pálio .

»Hé aqui ahora el testimonio de tres respetables médicos que confiesan el milagro . Note V. sobre todo la irresistible demostracion del sabio Dr. Bernet . En cuanto á mi , á una con el buen Francisco Macary , con toda la poblacion de Lavaur y de los alrededores , doy gracias *a la Inmaculada Concepcion* de Lourdes por haberse dignado ofrecer al mundo esta nueva prueba de su poder y de su bondad . ¡ Dios quiera que con ella se abran los ojos de los ciegos , y se ablanden los corazones endurecidos .

»J. Coux , presbítero ,

»Vicario de Saint-Alain , en Lavaur .»

á
e-
a-
ra
y
ez
a-
de
li-
is-
. á
on
cu-
al
ad.
y

r.

